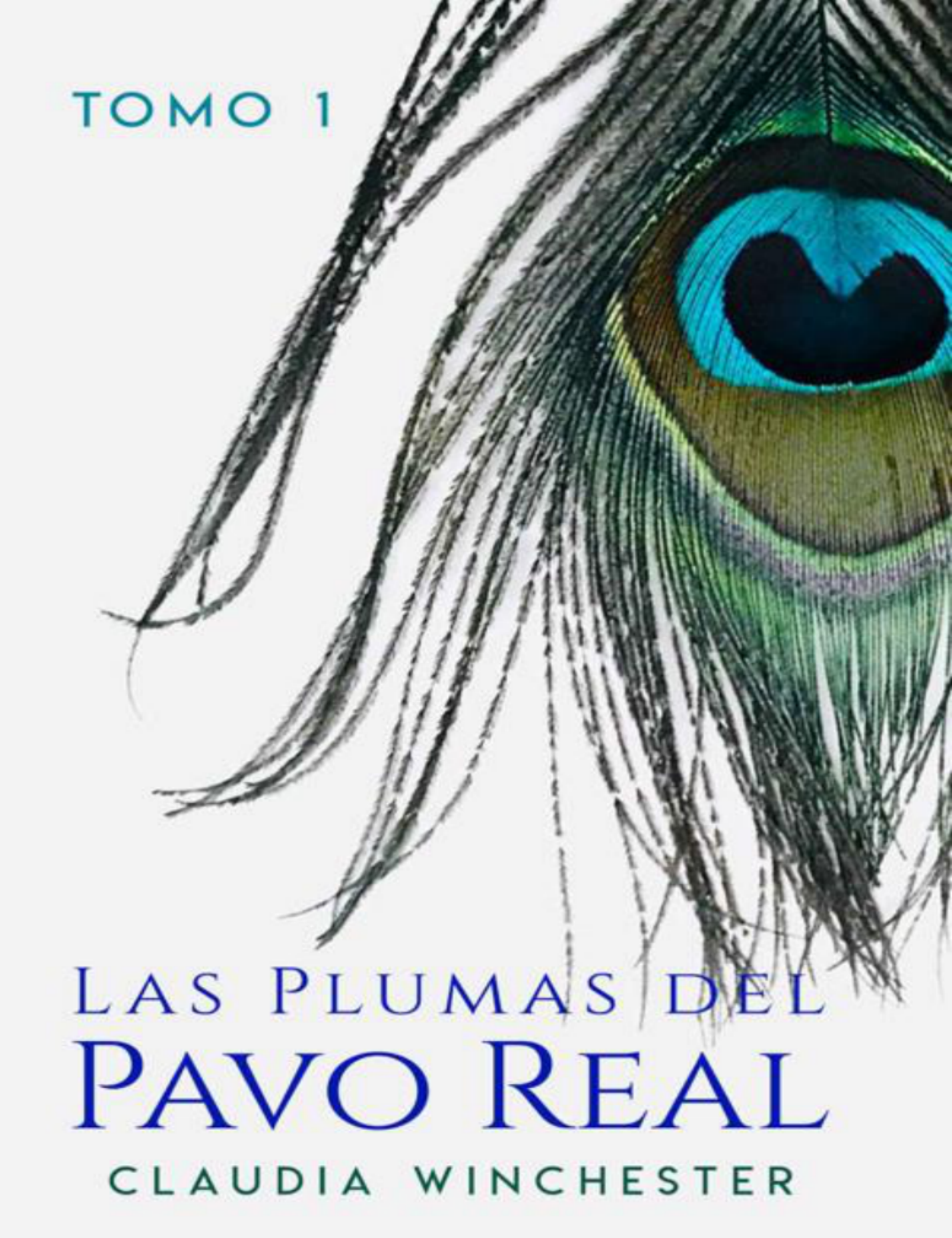



# Las Plumas del Pavo Real

Claudia Winchester

# Las Plumas
# del Pavo Real

Claudia Winchester

ISBN: 9798655709355

# DEDICATORIA

Para mamá, papá y hermanita que aceptan mis rarezas.
Para mi familia que sigue de cerca lo que les muestro y lo aplauden con agrado.

Para mis hermanos literarios que sueñan con la posibilidad de contar historias y llegar al corazón de todos.

Para aquellos que abren la puerta de sus mentes y reciben este libro con amor.

Para aquellas personas que se sientan identificadas con cualquier personaje que encuentren escondido entre estas líneas. No se rindan, porque todo puede y va a mejorar, se los prometo.

# CONTENIDO

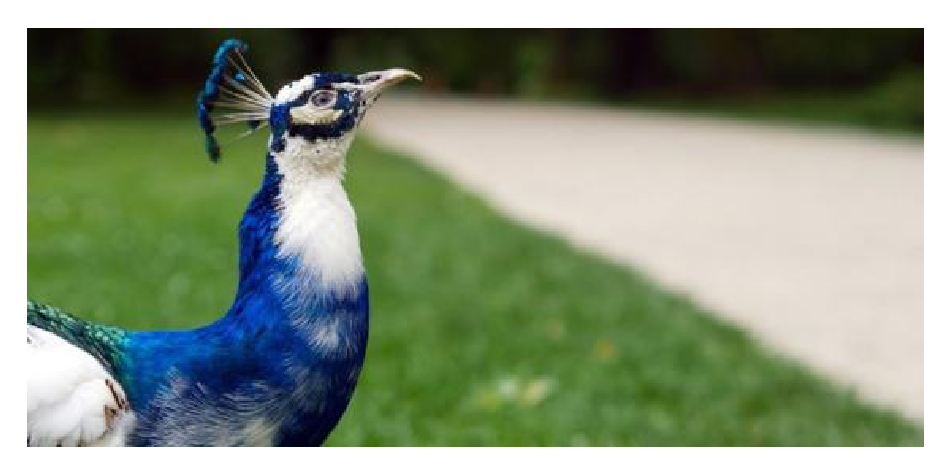
DEDICATORIA
CONTENIDO
AGRADECIMIENTOS
I: El chico de rojo
II: Enfrenta a Goliat
III: Piel gruesa
IV: La novena nube
V: El llamado de la jaula
VI: ¡Silencio, zoquetes!
VII: Un asunto de Seguridad Nacional
VIII: Shut up and Dance
IX: Slow Motion
X: Una historia sucia
XI: Una nueva camiseta para dormir
XII: Supermassive Black Hole
XIII: Dale gusto a Gorski
XIV: Ese color es horrible
XV: Telas, pelos de gato, Daiquirís y The Mars Volta
XVI: ¿Has visto a Flash?
XVII: I wish I knew you
XVIII: De la plaza de Trafalgar y otras bondades ocultas
XIX: Enemigos naturales
XX: El color del cobre
XXI: Me rehúso a ser esa chica
XXII: Golpéame
XXIII: Nunca estarás sola
XXIV: Ganbatte kudasai
XXV: ¡Universo, mi trasero!
XXVI: Deja que sea sorpresa
XXVII: Grava en las botas y olor a pólvora en las manos
XXVIII: Invítala a salir
XXIX: ¡Haz que pare!
ACERCA DEL AUTOR

# AGRADECIMIENTOS

Sin ningún orden en particular:
A Dari Cabushtak, Thyfh Anhy, Raven Yoru, Kalen Crow, Bel Portales, Leo Benancio, Ananana Yoplack, Judyth Arukxa, Gigi Jazzan y Vinslob Nájera por su apoyo moral y por dejarme divagar al estilo "antinormal".

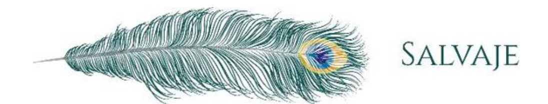
A Dennise Rodríguez por lo ya mencionado y por la hermosa portada que siempre guardaré como el primer gran tesoro de esta historia.

A todos los que me enseñaron alguna cosa, sin importar lo pequeña que haya sido, pues las estrellas antes de brillar y convertirse en gigantes fueron alguna vez diminutas partículas durmientes hasta que el Big Bang ocurrió.



# I: El chico de rojo

*El pavo real es un ave hermosa y llamativa. Los ojos que exhibe en sus plumas se llaman "ocelos". Son hipnóticos y cautivantes, así como unas excelentes defensas cuando se ven en peligro frente a un depredador.*




—Arden.
—Presente.
—Asher.
—Presente.
—Black.
—Presente.
—Blanchard.
—…
—Blanchard…
—…
—¡Emeraude Blanchard!
—¡Presente!

Era el primer día del tercer semestre de clases, y la segunda clase a

la que Emeraude llegaba tarde. Técnicamente el profesor Gorski podía sacarla del salón por retrasarse, pero ella tenía un talento especial para hacer que la gente no la perjudicara demasiado, así que cuando entró corriendo y le dedicó su mejor mirada dulzona al profesor, nada sucedió.

Bueno, no exactamente.

Mientras Emeraude buscaba un sitio para sentarse, tropezó con una de las sillas y estuvo a punto de caer. Incorporándose, levantó la cabeza y vio a alguien que le cambió el ánimo con su sola presencia: un chico de camiseta roja, chaqueta negra, piel blanca de esculpido mármol, perfecto cabello castaño claro e impactantes ojos verdes. El movimiento de sus párpados al pestañear era lento, mesurado e inocentemente seductor, y aquel olor que despedía por los poros era atrapante.

¿Qué clase de espejismo era? ¿Existían chicos así en la Universidad de Copper Grace? ¿Por qué no lo había visto antes?

Emeraude no tuvo mucho tiempo para quedarse mirando al chico de rojo, pues cuando estaba a punto de disculparse con él por tropezar, el profesor Gorski se aclaró la garganta de manera ruidosa.

—Señorita Blanchard… siéntese. Hágame otro favor, cúbrase la cabeza, ese cabello verde me encandila los ojos y los necesito para seguir pasando lista. —toda la clase se rió, excepto Laetitia. La joven pudo notar que el chico de pestañas kilométricas tenía también una hermosa sonrisa.

—Lo siento, profesor. Continúe. —tratando de no dejar que su torpeza la traicionara de nuevo, la muchacha se abrió paso entre las filas hasta la silla que su amiga había reservado para ella

—Ems, ¿qué tienes? Llegaste tarde a esta clase también. —susurró Laetitia.

—Lo siento, Lety. Tal vez un gato negro cruzó mi sombra sin que lo notara.

El profesor Gorski continuó pasando lista mientras la chica murmuraba algo que Emeraude no se molestó en escuchar.

—Seward. —Laetitia levantó la mano.

—Presente. —luego siguió hablándole a su amiga como si nada, sin darse cuenta de que ella no había oído ni una sola palabra. Cuando por fin lo notó, le dio una palmada a Emeraude en la parte de atrás de

la cabeza

—¡Ems! ¿Me estás oyendo? —sin esperar una respuesta, la chica supo por qué su amiga dejó de escucharla—. Claro, estás mirando al modelito.

Sí. Después de sentarse en su puesto, Emeraude siguió mirando al chico de rojo mientras sonreía como una tonta y dejaba de prestar atención a la clase.

—Lety, ¿quién es él?

—No tengo idea. De hecho, no conozco a nadie. ¿De verdad crees que haber tomado la clase de Estadística fue una buena idea?

—Claro que lo fue —Emeraude se encogió de hombros—, esto podría servirnos algún día.

—Ems, somos las únicas de Diseño, todos son de Ingeniería o Ciencias Exactas.

—Eso no es malo. Dijiste que teníamos que conocer gente nueva.

—Pero no así.

—Oye, cuando no estamos aquí, estamos trabajando. No tenemos amigos fuera del bar, y se supone que salimos de Short Hand para conocer personas. Ésta es una forma.

—Bueno, tienes un punto. Pero no vas a poder conocer a nadie si miras a los chicos lindos como una idiota y te quedas en silencio cuando te ponen los ojos encima.

—Cállate.

—Me callo. Pero sabes que es cierto. Ahora baja la voz, Manfred Gorski es el mejor economista del país, pero tiene fama de estar loco, y si nos oye hablando es capaz de avergonzarnos delante de todos.

Después de dos horas en las que sorpresivamente la clase estuvo aburridísima, las chicas salieron del salón. Laetitia tomó notas de todo lo que escuchó, pero Emeraude no hizo más que dibujar en su libreta cada expresión facial de aquel chico que la había distraído tanto, y si le hubieran preguntado qué tema se discutió en clase, no habría sabido la respuesta. Pero no le importó. De hecho, habría garabateado por más tiempo. Y Laetitia lo comprendía sin juzgar.

Emeraude siempre fue la chica extraña en la escuela, y cuando llegó a la universidad, eso no cambió. La única que entendía su carácter era Laetitia, pues se necesitaba una chica rara para encontrar otra, por lo que ella, con su cabello violeta y su estilo pin-up para vestir, tampoco encajaba mucho entre las personas normales. Por eso las dos se entendieron tan bien. Al momento de entrar a la universidad, las dos llevaban cuatro años de conocerse. Ambas tenían

tan buenas notas, que Emeraude dio el discurso de despedida en su ceremonia de graduación y Laetitia obtuvo becas en cinco universidades diferentes, incluyendo dos en Europa. Pero cuando se encontraron la una a la otra, supieron que iba a ser muy difícil separarse, por lo que decidieron estudiar lo mismo y empezar de nuevo en otra ciudad, y para eso no había otra mejor que Copper Grace, una gran metrópolis que les ayudó a expandir su universo.

La siguiente clase en el horario era una de las favoritas de Emeraude: Historia de la Música. Sabía que la amaría, y no sólo por ser otra de las que le permitía conocer gente nueva. También podía aplicar conocimientos de algo con lo que ella se ganaba la vida.

Sabía cantar y tocaba varios instrumentos. Era bastante buena en eso. Cuando no estaba estudiando, trabajaba junto a su mejor amiga en un pequeño bar de Copper Grace, llamado “The Stockpile”. Todos los que trabajaban en el lugar eran como una pequeña familia, y cuando oyeron cantar a la joven por primera vez, de inmediato la aceptaron en la banda que tocaba allí cinco noches a la semana.

Emeraude nunca iba a llegar tarde a una de sus clases favoritas, y antes de que iniciara, se sentó junto a Laetitia en la primera fila del salón, esperando algo divertido del profesor de turno. Y como si tuviera poderes telepáticos, invocó a la cereza del postre cuando vio entrar al chico de rojo al salón y estuvo a punto de desmayarse.

—Oh, vamos. —Laetitia no podía creerlo. Nunca había visto a Emeraude tan distraída por un hombre, y aunque le parecía gracioso, también era extraño. Su mejor amiga, a pesar de que antes se había sentido atraída por uno que otro chico, nunca había estado tan interesada en alguien de esa forma, y la aparición de aquella maravilla de rojo, si bien era inusual, había sido entretenida. No sabía explicar por qué, pero le alegraba ver a su mejor amiga interesada en algo más que estudiar y trabajar.

Y si ese interés adicional era el chico de rojo, Laetitia no pensaba oponerse a eso.




Para Emeraude fue prácticamente imposible no prestar atención a la clase de Historia de la Música, pues estando en la primera fila

habría sido extraño que se volteara cada dos minutos para buscar a aquel atractivo chico en la parte de atrás del salón. Pero quería saber desesperadamente el nombre de aquel regalo de Dios para los ojos de las chicas, y se llevó una gran decepción cuando el profesor Sánchez se saltó la parte de la llamada a lista y empezó a hablar directamente sobre los temas del curso. Debía aceptarlo, y si quería averiguar ese nombre, tendría que hacerlo después, sin importar que la ansiedad la matara.

Cuando la clase terminó, Emeraude y Laetitia salieron a almorzar al restaurante del campus mientras esperaban hasta las tres de la tarde para su cuarta clase del día. Desde que empezaron a estudiar en la Universidad de Copper Grace, nadie era capaz de quitarles los ojos de encima por sus raras apariencias, pero ya estaban más que acostumbradas a la atención, y trataban de disfrutarlo un poco.

Laetitia masticaba sus rollos de sushi mientras miraba a una nerviosa Emeraude, que volteaba la cabeza a todos lados buscando al chico de rojo. Era una lástima que él no estuviera por ahí.

—¿Buscando pintas rojas, Ems? —Emeraude asintió.

—No está. Tal vez almuerza fuera del campus, ¿no? —su mejor amiga soltó una pequeña risa.

—Ems, falta mucho para que empieces a parecer loca, pero vas por ese camino desde la clase de Estadística. —la cantante suspiró mientras apoyaba los codos en la mesa.

—Lety, es que es lindo. Muy lindo. —Laetitia levantó una ceja.

—Te apuesto cincuenta a que no eres capaz de hablarle o invitarlo a salir.

—Pero…

—Cincuenta y lo saludas en un pasillo. Cien si te consigues su número.

—¿En serio?

—Claro que sí. ¿Por qué la timidez? No eres tan lenta en el bar.

—Es diferente. No estoy en un escenario. Y los chicos que tratan de ligar conmigo en el bar no se ven como él.

—Ems, desde George no te veo así. De hecho, él nunca te gustó tanto.

—George es un cabrón de Grandes Ligas —Emeraude sacudió la cabeza, tratando de deshacerse de un mal recuerdo—. Créeme, es un error que no volveré a cometer.

—Tienes la referencia —Laetitia dio un par de suaves manotazos al aire—. Ahora… cincuenta si lo saludas.

—Lety…

—No tienes que hacerlo ya, pero cuando te decidas tendré que

estar ahí para verificar que lo hagas.

—Está bien, lo pensaré.

—Vale.

Las chicas siguieron comiendo, y después de la clase de Producto Gráfico salieron del campus para una noche más de labores en el bar. Entre tantos libros de estudio, grandes hojas de cartulina y rotuladores de fieltro, pasar unas cuantas noches a la semana con cervezas y música era una especie de oasis para liberar el estrés de los trabajos que debían entregar.

Ernie y Gretchen, los dueños del bar, se encariñaron rápidamente con Emeraude apenas la conocieron. Ernie era un británico que decidió probar suerte en Estados Unidos, y cuando conoció a Gretchen supo que había encontrado su hogar. Harriet, la cocinera, era una irlandesa que un día apareció con Sylvain, su hijo adoptivo, y con sus deliciosas recetas se ganó un puesto tanto en el corazón como en el estómago de Ernie. Charlie, el guitarrista de la banda, era un espíritu libre que dormía en su auto y le costaba encontrar ropa limpia para usar. Lyle, el bajista, era algo parecido a un científico loco que también estudiaba en la Universidad de Copper Grace. Alex, el segundo guitarrista, pertenecía a la selecta lista de los mejores músicos nacidos en Los Ángeles. Y Arne, el baterista, era un alemán que se robó el corazón de Laetitia desde el primer momento en que los dos se miraron a los ojos. Todos ellos eran una segunda familia para las chicas, y las habían hecho sentir bienvenidas en Copper Grace hasta el punto de no querer abandonar nunca la ciudad, ni siquiera en los días festivos.

—Buenas noches, par de hermanitas desquiciadas. —Gretchen estaba de buen humor ese día. Parecía alocada, pero era el polo a tierra de su esposo, y los dos se complementaban de una manera que sólo se veía una vez cada siglo.

—Buenas noches, Gretchen. Lindo día, ¿no? —la dulce mujer asintió.

—Verdaderamente lo es, Ems. Te veo más feliz de lo normal. ¿Es por el inicio de semestre? —Emeraude asintió. Gretchen no pudo aguantar la risa por mucho tiempo, pues tuvo que ver a Laetitia negando con la cabeza a espaldas de su amiga sin que lo supiera.

—Sí. Digamos que estoy feliz por eso. —el solo hecho de recordar el rostro sonriente de aquel chico en la segunda clase de la mañana era suficiente para que Emeraude se sonrojara.

—Cariño, no mientas. Esa cara es la que pongo yo cuando paso

frente a una vitrina de Valentino. Viste algo bonito hoy, ¿verdad? —Sylvain se acercó con unas cuantas botellas de licor para acomodar en las repisas. Mirándolo, Laetitia sonrió y se tocó la nariz con la yema de su dedo índice.

—Fue alguien lindo, Syl. Ems vio al… ¡chicooooo de rojooooooo! —los cuatro se rieron ruidosamente. Era agradable poder compartir ese tipo de cosas con otras personas, y a Emeraude le agradaba haber dado con amigos como Laetitia, Gretchen y Sylvain.

Ernie llegó cargando una caja llena de latas de cerveza, escoltado por Harriet.

—¿Les importaría contarme el chiste? —después de descargar la caja de cervezas, el británico caminó hacia la barra y besó la frente de su esposa.

—La pequeña tiene un chico lindo rondándole la cabeza, pastelito. —el hombre levantó las cejas y frunció el ceño.

—Vaya, vaya. A Emeraude le agrada un joven. Eso es nuevo. La pequeña creció… —Harriet chasqueó la lengua con suficiencia luego de rodear a Emeraude con el brazo.

—Ernest, no te preocupes. Esta dulzurita seguirá siendo la pequeña. —el británico sonrió ampliamente.

—Sabes que los chicos y las chicas son diferentes en su físico, ¿verdad? —la joven, incómoda, se abanicó con la mano por un par de segundos.

—¡Ernie! ¿Me vas a dar la charla? —los esposos rieron mientras Harriet le ponía la mano a Emeraude en el hombro, como una madre con su hija antes de una conversación seria.

—Hija, cuando mami y papi se quieren mucho, mucho, sienten que deben expresar sus sentimientos de formas... —Laetitia estalló en risas antes de que Harriet pudiera terminar la frase. Emeraude estaba tan acostumbrada a ese tipo de bromas, que no se quejaba cuando la trataban como la hermana pequeña. Y de hecho le divertía.

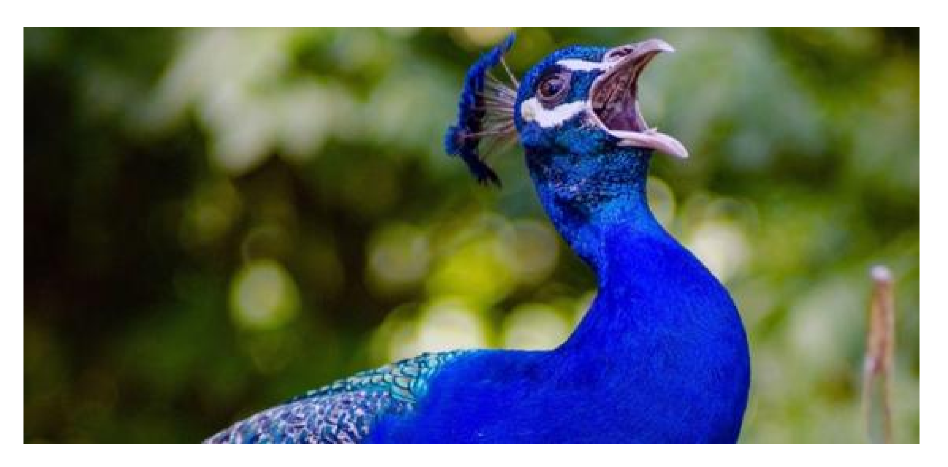
—Lety, eres una idiota. —las dos rieron de nuevo.

—Ems, recuerda tu tarea. Y tal vez sea más importante que cualquier trabajo que tengamos que entregar en el semestre. ¡Cincuenta billetotes! —la chica de cabello violeta se paró detrás de la barra junto a Sylvain, lista para recibir los primeros clientes de la noche.

Mientras Emeraude afinaba la guitarra de Charlie y la batería de Arne, los clientes del bar iban llegando. Una hora y media más tarde, todos los miembros de la banda se pusieron a punto y el bar se llenó. Pero antes de que Emeraude pudiera subirse al escenario, Laetitia y

Arne la llevaron casi a rastras a la parte de atrás del bar. —¿Lety, qué demonios? ¿Por qué me traen aquí? —Laetitia estaba asustada. Era extraño, pues le temía a muy pocas cosas en la vida. Y no había serpientes rondando por ahí, así que…

—Ems, George nos encontró.



## II: Enfrenta a Goliat

—Trata de calmarte, Ems. Tal vez bromeaba cuando dijo que no vendría.

—¿Cuántas veces ha jugado con eso, Louie? Sabes que es agrio y no voy a dejar que siga haciéndome esto. Chris tiene razón.

—Esperé por meses que dijeras eso. Estoy orgulloso de ti. Vamos, doscientas personas nos esperan.

—A vivir el sueño.

Emeraude y su banda habían practicado mucho para el concurso de talentos del colegio, y lo mínimo que esperaban era hacer que el público se levantara de sus asientos para disfrutar de la música. Y a pesar de que muchas personas veían con maravillosos ojos aquel esfuerzo, una mancha impedía que la satisfacción fuera completa.

El novio que tenía Emeraude antes de entrar a la universidad era el único que no percibía con agrado que un grupo de amigos se subiera a un escenario para "matar la música". Su pensamiento era demasiado retrógrado como para que ellos lo soportaran, pero por alguna razón, aun desconocida, la líder de la banda seguía empecinada en juntarse con George Mansfield, un perdedor que no era muy dulce con ella.

—Recuérdame una vez más por qué te juntaste con ese empleado de gasolinera de pacotilla, Ems. —Gabriel jugueteaba con una de las baquetas que había pintado con rotuladores de colores, exclusivamente para regalar a los asistentes del concurso.

—Es algo que ni siquiera yo tengo claro ahora, Gabs. —Emeraude se encogió de hombros. El chico de la batería sonrió al escuchar

aquella respuesta.

—Cuestionó tus habilidades por años. ¿Qué cambió para que decidieras mandarlo al infierno precisamente hoy?

—¿Prometes que mantendrás el secreto? —Gabriel asintió.

—Prometido.

Emeraude respiró hondo, aliviada de poder liberarse de una carga bastante dolorosa.

—La vez que dije haberme caído por una escalera...

—Lo sé. Lety se burló de ti por días.

—No lo habría hecho de haber sabido la verdad.

—Y esa es... —Emeraude suspiró una vez más antes de soltar la bomba.

—George me golpeó. Y esa vez las marcas fueron completamente visibles.

Un pequeño vacío en el estómago dejó a Gabriel sin habla por unos segundos. Al recobrar la voz y reflexionar un poco, aprovechó para decirle a su amiga un par de cosas que necesitaba escuchar.

—¿Emeraude Blanchard, en qué planeta vives? ¿Te parecía eso correcto?

—Pues...

—Y me dices ahora que esas marcas eran completamente visibles, "esa vez"—el baterista hizo con las manos el gesto de las comillas al aire—, ¿acaso te dejaste golpear antes? ¿Era por eso que usabas maquillaje todo el tiempo?

—Yo...

—Si te atreves a justificar a ese troglodita, olvídate de tocar ahora. Te quedas sin baterista.

—¡Ems, ya es el turno de ustedes! —Laetitia disolvió la pequeña discusión haciendo un par de señas con la mano mientras le entregaba el micrófono a su mejor amiga—. Queen, ¿verdad? —Emeraude asintió.

—Van a llorar un poco, Lety. Te lo aseguro.

Antes de que pudiera dar otro paso en camino al escenario, Emeraude sintió que un brazo la halaba hacia atrás y la aprisionaba contra una de las paredes del lugar. Asustada, cerró los ojos y respiró hondo, distinguiendo un característico olor a gasolina que conocía muy bien.

—¿Te pierdes por dos semanas y crees que no voy a darme cuenta, muñeca? —aprovechándose de su fuerza, George le cerró el paso a Emeraude, quitándole la vía de escape. Ella reunió un poco de valor para recuperar el habla.

—Déjame tranquila, George. No me vas a quitar esto. —el hombre la agarró de los brazos, haciéndole daño.

—¿Qué es esto? ¿Ir a estropear canciones cantadas por hombres sólo por querer sentirte igual a ellos? Sabes que no lo eres, tú...

—Sé que soy malditamente buena en lo que hago, y no me lo vas a impedir. Esto se acabó, George Mansfield. Iré a vivir el sueño, contigo o sin ti.

Emeraude empujó a George con toda la fuerza que le permitía aquel reducido espacio, encendió el micrófono y comenzó a cantar las primeras líneas de "Bohemian Rhapsody".

*"Is this the real life? Is this just fantasy? Caught in a landslide, no escape from reality. Open your eyes, look up to the skies and see..."*

Caminó hasta el borde de la tarima donde sabía que su ahora exnovio no la alcanzaría, y siguió cantando. De cuando en cuando miraba por el rabillo del ojo hacia la parte de atrás del escenario para verificar que George no la esperara ahí, y mientras la canción llenaba el aire, Emeraude se tranquilizó.

El público fue agradecido y se unió al dulce canto mientras Chris, Louie y Gabriel tocaban. Los ensayos habían valido totalmente la pena, todos estaban sincronizados, y los jueces del concurso también disfrutaban del espectáculo.

Pero aquella armonía que llenaba el auditorio se vio abruptamente interrumpida cuando Emeraude tomó la que creyó una buena decisión al bajarse del escenario y cantar más cerca del público. En medio del solo de guitarra y creyendo sentirse segura entre la multitud, sintió un empujón y un golpe en la cabeza que la aturdió, seguido de un par de manos que conocía de sobra, aferrándose a su cuello y estrangulándola.

La música se detuvo abruptamente, y lo único que Emeraude alcanzó a escuchar antes de desmayarse fue la voz de su exnovio, pronunciando las palabras más dolorosas que alguna vez le dijeron para obligarla a rendirse.

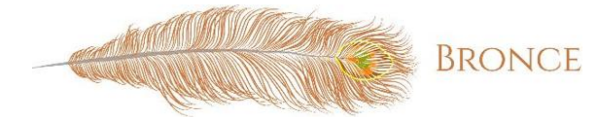
"Hazte a la idea, cantar frente a doscientas personas no es vivir el sueño."

No era normal ver a Laetitia practicando algún deporte, pero cuando se trató de jugar béisbol con la cabeza de George, fue la primera en saltar al diamante. Rápidamente, la chica tomó el bate de aluminio del capitán del equipo que se encontraba entre el público y asestó un golpe a la nuca del agresor, dejándolo inconsciente y liberando a Emeraude de un daño peor en la garganta. Chris, dejando su guitarra en el suelo, se bajó del escenario y trató de reanimar a su amiga con suaves palmadas en el rostro, mientras todo el auditorio se enfrascaba en un increíble alboroto.

—Vamos, niña árbol, despierta, despierta... —al cabo de unos instantes, Emeraude recuperó el conocimiento. Y su única preocupación en ese momento era probarle a George que estaba equivocado, por lo que se levantó rápidamente y se aclaró la garganta.

—¿Por qué paraste de tocar? ¡Sube al escenario, nos van a descalificar! —con una voz ronca por el esfuerzo de recuperar el aire, Emeraude le increpó a Chris, a lo que él, asombrado, se mordió el labio.

—No iba a seguir tocando mientras veía que ese idiota estaba a punto de matarte. De nada, ¿no?




—Y es por eso que no me parece humano exponer a Ems a un tipo que solía golpearla. —Laetitia le explicó a Sylvain lo que sucedió con George a grandes rasgos, a lo que él no pudo ocultar su asombro.

—Vale, Lety. El tipo es un atarván. Mi pregunta es... ¿cómo supo que ustedes estaban en Copper Grace? —la joven movió la cabeza en señal de negación.

—No tengo idea. Sé que ninguno de nuestros amigos le habría dicho alguna cosa, lo último que querrían es que George se nos volviera a acercar, sería capaz de matarnos y lanzarnos al río.

Sí, había gente así de intransigente en el mundo, y Emeraude había tenido la mala suerte de dar con una de esas personas.

Afortunadamente, después de ganar el concurso de talentos y con ayuda del Departamento de Policía de Short Hand las cosas se

solucionaron. Se las arreglaron para meter a George en la cárcel por violencia psicológica y física, pero pasó menos tiempo del que merecía tras las rejas.

Y estaba en "The Stockpile", no precisamente buscando algo de beber.

—Voy a hablar con Braulio para que saque del bar a ese *arschloch*. —el alemán conocía toda la historia, y no entendía cómo Emeraude había aguantado las vejaciones de ese perdedor por tanto tiempo.
—Arne, no lo metas en este asunto, por favor... —Braulio era un brasileño enorme que trabajaba como guardia de seguridad en el bar, y Emeraude estaba segura de que él le patearía el trasero a George sin esfuerzo. Pero no quería más problemas, y si su exnovio la veía se armaría uno enorme.

—Voy a llamar a la policía. No quiero entrar ahí, Ems. Y tú no deberías hacerlo si valoras el orden natural de tu cara. —Laetitia sabía muy bien que George la mataría si se asomaba, así que las dos chicas se quedaron en la parte de atrás del bar hasta que Ernie llegó.
—Jovencitas, las necesito adentro. ¿Qué sucede? —Emeraude estaba tan asustada, que comenzó a hiperventilar mientras su mejor amiga le explicaba la situación al jefe.
—Ernie, el tipo de gris que está en la mesa tres...
—¿Qué pasa con él?
—Es George.
—George, George... ¿EL George?
—Exacto. Y si me ve a mí o a Ems, va a enloquecer. Hay que sacarlo del bar de alguna forma.
—Sí, hay que sacarlo. Cuando dé una razón para eso.

Si George no causaba ningún problema dentro del bar, Ernie no podía echarlo. Era la ley, y tanto Laetitia como Emeraude entendían eso.

—Sí, lo sé. Pero se va a desatar el infierno aquí si no sacamos a ese tipo del bar. Mira —señaló a su amiga—, Ems está a punto de desmayarse.
—Lety, voy a hablar con Braulio. No la dejará sola. Pero no puedo echar a ese tipo de mi bar sin una razón, y lo sabes.
—Ems no puede trabajar así. Yo puedo, pero mira lo mal que se pone ella. Ernie, por favor.

Ernie era un hombre justo. Y le molestaba ver asustada a la

hermana pequeña de la familia que él eligió.

—Ve adentro, Lety. Si algo sucede, yo mismo llamaré a la policía. —la joven asintió.

—Voy a enviar al caballo para que se quede aquí. Ella no puede estar sola en ese estado. —antes de irse, Laetitia se sentó junto a su amiga en el aparcamiento del bar y le pasó el brazo por la espalda.

—Ems, quédate aquí con Braulio. Voy a ver qué es lo que quiere ese hijo de perra. —Emeraude asintió mientras respiraba dentro de una bolsa de papel para calmarse.

Laetitia se disponía a entrar de nuevo al bar cuando Sylvain le cerró el paso.

—Déjamelo a mí. Voy a echar a esa cosa con ojos a la calle sin ponerle un dedo encima. —antes de que alguno de los dos pudiera decir algo más, el muchacho se dio la vuelta, entró al bar y localizó a George con la mirada. Mientras atendía otros clientes, se mantuvo pendiente de cada movimiento del tipo que hacía que Emeraude casi se orinara en los pantalones. Unos cinco minutos después, al ver que no ordenaba nada y se limitaba a mirar hacia la barra, Sylvain se armó de valor y se acercó a la mesa donde la pesadilla de su amiga estaba sentada.

—Tú eres el atorrante que golpeaba a Emeraude, ¿verdad?

—¿Disculpa?

—Mira, los tipos como tú no son bienvenidos en este lugar, entonces debes irte antes de que llame a la policía.

—¿Quién crees que eres, maricón?

—Soy amigo de Ems. Y no la volverás a tocar nunca más.

—Te habrán dicho mentiras. Ella se merecía cada cachetada.

—Ella no merecía que la golpearas, no necesitaba que la hicieras sangrar, no tenía por qué hacer lo que le ordenaras.

—Ella necesitaba que la corrigieran.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué te hace pensar que eras el indicado para hacerlo?

George se levantó de la silla, esperando que Sylvain retrocediera al intimidarlo con su estatura. Pero él no se movió, ni bajó la mirada.

—Dime de una vez dónde está Emeraude, loca plumífera.

—No.

—Tendrá que salir en cualquier momento. Dímelo por las buenas.

—No.

—No seas estúpido. ¿Quieres problemas? ¡Dime dónde está!

—Vas a tener que pasar sobre mí.

George agarró a Sylvain por los hombros con fuerza.

—Si así lo quieres... —rápidamente, él lanzó al bartender por los aires como si no pesara mayor cosa y su cabeza se estrelló contra una columna antes de caer inconsciente al suelo. Mientras la gente en el bar gritaba, su dueño corrió hacia George, y a pesar de ser más bajo que él tuvo la valentía suficiente para enfrentarse a aquel demonio.

—Vete de aquí, George. No vas a hablar con Emeraude. —él, creyendo que Ernie sería tan fácil de franquear como Sylvain, intentó apartarlo con un manotazo, cosa que el valiente británico aprovechó para asestarle un gancho a la mandíbula, noqueándolo al instante.

El alboroto aumentaba en el bar mientras Harriet llamaba al 911. Ernie, al igual que Braulio, tenía entrenamiento en artes marciales mixtas. Ellos entrenaban juntos, y el británico era bastante bueno en lo que hacía. Ni hablar de Braulio, tenía el nivel de un peleador profesional. Podía patear traseros de tipos más grandes que él y ganar los campeonatos que quisiera, pero ser guardia de seguridad le entretenía mucho y lo prefería.

Como un enorme roble, George cayó. Y todas las personas en el bar que vieron lo sucedido, aplaudieron a Ernie por su valentía. Harriet tuvo que reanimar a Sylvain con ayuda de Gretchen, y mientras él despertaba la policía llegó para llevarse a George, que no pudo volver a ver a Emeraude.

Braulio, al ver que todo estaba en orden, buscó a la asustada chica en la parte de atrás del bar.

—Todo está bien, pequeña. Los polis se llevaron al chico, vamos adentro. —la cantante asintió y abrazó a Braulio.

—Gracias, caballo. —el guardia de seguridad del bar era un gigante con un corazón de oro, y nunca había visto a Emeraude tan aterrada, por lo que se le ocurrió una idea genial.

—De nada, pequeña. Deberías ir a entrenar conmigo, aprender a defenderte. Para que les des su merecido a idiotas como tu ex. ¿Te parece bien?

A Emeraude nunca se le había pasado por la mente aprender artes marciales mixtas. Pero quería dejar el miedo atrás, hacer un poco de ejercicio y verse bien mientras pateaba traseros.

—Me gustaría aprender, Braulio. ¡Enséñame! —el brasileño sonrió.

—Mañana, a las siete en mi gimnasio. Te voy a convertir en una guerrera. —la joven arrugó la nariz al sonreír. Luego entró al bar, y sabiendo que la noche iba a ser buena, se subió a la tarima, dispuesta a tener una de las jornadas de trabajo más divertidas del año mientras

cantaba junto a sus amigos.

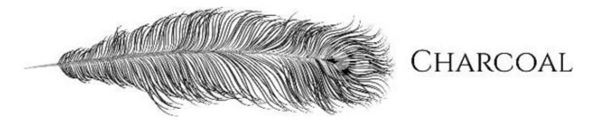
Había sido un entretenido primer día de clases, y al salir de trabajar, las chicas llegaron de madrugada a su habitación. Con una sonrisa en el rostro, Emeraude se fue a dormir esa noche, esperando que el resto del semestre fuera perfecto. Lo único que le había faltado para que su día fuera inigualable, era conocer el nombre del chico que le había robado su atención al inicio del día, pero su meta para el resto de la semana sería averiguarlo, pues no quería que la curiosidad carcomiera su mente por mucho tiempo.

—¿Quién eres, chico de rojo? —murmuró Emeraude antes de caer dormida después de un día agotador.



## III: Piel gruesa

*Cuando un pavo real sufre algún tipo de traumatismo, golpe o herida, se siente desorientado y le toma un tiempo descomprimirse y tranquilizarse.*




A las siete de la mañana del día siguiente Emeraude estaba en la entrada del gimnasio Almeida, donde Braulio y Ernie entrenaban. No tenía idea de lo que debía hacer, por lo que se sentó a esperar que alguno de los dos apareciera. Al cabo de diez minutos, se cansó de estar sentada como una idiota y decidió tocar la puerta del gimnasio.

Braulio abrió la puerta con una expresión severa.

—Diez minutos tarde, Blanchard. ¡Cinco vueltas a la manzana, a trotar! —Emeraude miró al brasileño con incredulidad.

—¿Qué? Pero... —nunca lo había visto con un semblante tan duro.

—¡Siete vueltas, ya! —¡qué demonios! La chica estaba estupefacta.

—Oye, espera... —el caballo no planeaba ser blando con Emeraude en su primer día de entrenamiento.

—Diez vueltas. Y si sigues protestando, sumaré tres vueltas más. ¡A correr! —suspirando, la cantante salió corriendo antes de que Braulio decidiera aumentar el conteo.

Quince minutos después Emeraude había corrido diez vueltas a la

manzana y estaba a punto de vomitar, así que cuando entró al gimnasio se tiró al suelo acolchado de la zona de hidratación. Ernie se acercó y se sentó junto a ella.

—Buenos días, pequeña. —la alumna nueva respiraba pesadamente, y a duras penas podía hablar. Lo oyó reír.

—No te acuestes. Ese era el calentamiento nada más. —el británico trató de disimular lo mucho que le divertía la cara de asombro de la joven.

—¿Qué? Ernie, dime la verdad. —él asintió.

—Es la verdad, pequeña. Braulio va a hacer que te duelan músculos que ni recordabas que tenías.

—Ernie... ¡tengo clase en unas horas, voy a salir muerta de aquí!

—Nada que un poco de café no solucione. ¡Levántate, es hora del karate!

—¿Qué?

—¡Vamos, vamos, vamos!

Ernie tomó la mano de Emeraude y la ayudó a levantar de un tirón para acompañarla a un salón con el suelo de espuma donde ya estaban entrenando varios chicos, que quedaron boquiabiertos al verla entrar. Braulio acercó su enorme humanidad a la joven y le puso una mano en el hombro.

—Jóvenes, hoy tenemos una nueva compañera de entrenamiento. Su nombre es Emeraude. —todos saludaron al mismo tiempo.

—Buenos días, Emeraude. —ella sonrió con timidez.

—Hola a todos. —el brasileño dio unos cuantos pasos mientras hablaba.

—No parece, pero esta niña no es sólo una cara bonita, tiene la piel más gruesa que muchos de ustedes. Resistirá cualquier cosa. Y está dispuesta a aprender cuanto quieran enseñarle, así que pueden mostrarle lo que sea. ¿Entendido? —todos respondieron al unísono con un sonoro "*¡oss!*".

—Primera cosa para aprender, Blanchard: cuando el sensei te hable, responderás como ellos lo hicieron. ¿*Oss*? —Emeraude asintió.

—*Oss, sensei*. —Braulio se agachó y tocó los tenis de su nueva alumna.

—Segunda cosa: quítate los zapatos mientras estés en el tatami. En el dojo entrenamos descalzos. —ella asintió de nuevo después de quitárselos y dejarlos en la entrada del salón.

Braulio se portaba de manera muy diferente cuando trabajaba en el bar. En Modo Entrenador dejaba de ser un oso de peluche gigante y se convertía en un sargento estricto y temible. Emeraude aprendió eso

cuando vio lo exigente que podía ser, y lejos de desanimarse, le encantó que fuera así. En una hora aprendió los movimientos más básicos del karate, y al terminar el entrenamiento, salió con una sonrisa en el rostro.

Mientras bebía un poco de agua, vio a Ernie rodando por el suelo en el salón de lucha, junto a otro chico. Braulio se acercó a ella y le puso la mano en la cabeza.

—¿Cómo te sentiste, pequeña? —estaba en Modo Oso de Peluche de nuevo.

—Fue muy divertido. Gracias, Braulio. —él sonrió.

—Espero que sigas sonriendo más tarde, pequeña. Te van a doler un poco los músculos por hacer ejercicio. Dúchate con agua fría antes de ir a clase y la molestia se sentirá un poco menos.

—Sí, lo haré.

—Bien. Mañana tendrás clase de JJB.

—¿JJB?

—Jiu jitsu brasileño. Es entretenido, te gustará.

—Está bien… si lo dices, te creo.

—Ve, pequeña. El entrenamiento de hoy ha terminado. Que tengas un buen día.

—¡Lo mismo para ti, Braulio!

Emeraude se despidió de Braulio, Ernie y sus compañeros. Cuando llegó a la habitación que compartía con Laetitia dentro del campus, ella aun seguía dormida y con la almohada cubriéndole la cabeza. Después de una ducha fría y un desayuno abundante, la cantante despertó a su amiga, pues se les hacía tarde para ir a clase.

—Seward, levántate. ¡Vamos! —la muchacha dio una vuelta en la cama y lanzó la almohada hacia la dirección en la que creía oír la voz que la llamaba.

—Ems, cinco minutos más… —Emeraude tomó a su amiga por el brazo y le quitó la cobija.

—Lety, te dejé dormir demasiado. ¡Levántate, llegaremos tarde! —a rastras, Laetitia se levantó. Para ella, lo complicado de todos los días era salir de la cama, pero una vez estaba lejos de ella la energía fluía a través de su cuerpo. Con una ducha rápida, un panecillo de crema y una taza de café expresso, estaba lista para el inicio del día.

Después de la extensa y entretenida clase de Ilustración las chicas fueron a la cafetería a almorzar. A Emeraude le costaba un poco de trabajo caminar, pues el ejercicio le había dejado los músculos como papilla. Sentía las piernas un poco débiles, pero no se preocupó, pues Braulio le había advertido que eso sucedería.

Al recibir el almuerzo las dos amigas se sentaron en una de las mesas. Tenían un poco de tiempo libre antes de las clases de la tarde para conversar, y eso hicieron. Pero sólo por cinco minutos.

Cuando el chico de rojo entró a la cafetería, esta vez usando una camiseta gris oscura y un saco azul marino, no hubo ningún tipo de poder que hiciera que Emeraude se concentrara de nuevo en lo que Laetitia le estaba diciendo. Ahí estaba, de nuevo sonriendo como una idiota.

Laetitia tiró una servilleta a la cara de su mejor amiga.

—Toma, para cuando empieces a babear. —Emeraude se quedó mirando al chico mientras su amiga seguía comiendo. No podía creerlo. ¿Era posible que una persona se distrajera a tal nivel? —Debe ser un idiota con las chicas, Ems. Te lo aseguro. —la chica de cabello violeta trataba de no reírse, pero la cantante ponía una cara tan graciosa, que se lo complicaba demasiado.

—Lety, tengo que saber su nombre. Algún día. —Laetitia señaló con el tenedor hacia la mesa donde el chico estaba sentado.

—Ems, está solo en la mesa. Ve ahora. —Emeraude sacudió la cabeza.

—¿Qué? ¡No voy a hacer eso!

—Ve. Aprovecha que no se ha sentado con nadie y sé dulce. ¡Levántate y ve a hablarle!

—Es que...

—Vas a sacar otra excusa estúpida, ¿verdad? Ni se te ocurra hacerlo. ¡Vamos, levántate!

—Lety, no puedo.

—¿Por qué no? —Emeraude suspiró.

—No... puedo.

Laetitia acomodó sus gafas y frunció el ceño.

—Ems, ¿qué sucede? —Emeraude empezó a sollozar.

—Me duelen las piernas. —había intentado levantarse, y aunque quería aguantarse el dolor y caminar hasta aquella mesa para saludar a quien le robó su atención, no quería hacerlo con lágrimas en los ojos.

—Buen día para hacer ejercicio, Ems. ¿Crees que sea mejor dejarlo para después? —la joven asintió mientras se limpiaba las lágrimas y su amiga se aguantaba la risa.

—¡Pobrecita, el dolor debe estar matándote! ¿Quieres que te traiga un poco de hielo? —Emeraude asintió en silencio, esforzándose por no

llorar de nuevo.

Mientras el hielo calmaba un poco el dolor en las piernas de Emeraude, Laetitia seguía comiendo en silencio. Sabía que si trataba de poner algún tema de conversación, no recibiría respuesta, así que dejó que su amiga siguiera mirando al chico de rojo sin protestar, hasta que él terminó su almuerzo y se fue de la cafetería.

La pobre Emeraude suspiraba y se quejaba al mismo tiempo mientras trataba de levantarse de la silla con ayuda de Laetitia. No quería llegar tarde a clase, pero le dolían tanto las piernas, que tuvo que hacer un esfuerzo gigante para no caminar despacio. Finalmente logró llegar al salón, y cuando la clase terminó era hora de ir a trabajar de nuevo.

—Buenas noches, matona. —Sylvain se acercó a Emeraude apenas entró al bar y le dio una botella de agua. Ella reparó en la cabeza de su amigo y notó algo que no era típico de él.

—Syl, te cortaste el cabello. ¡Te ves genial! —el chico asintió mientras se daba la vuelta.

—La excusa fue el golpe que me dio el troglodita de tu ex. Mira —dijo señalando la parte baja del cráneo—, cuatro puntos de sutura. Le dije al enfermero que me hiciera el mohicano, ya que tenía la máquina ahí cerca.

—¿Un mohicano? ¿Eso no está muy lejos de tu estilo?

—Querida, si algo como eso pasa, lo convertiré en algo muy mío. Excepto las rastas, sólo se le ven bien a Jason Momoa. —Sylvain se encogió de hombros.

—Te verías como Lisa Bonet si te los haces.

—¡Y no tengo cerca a un Lenny Kravitz para casarme primero!

Los dos amigos rieron.

—En todo caso… me conformaría con el enfermero. Se veía demasiado lindo para ser tan bien portado.

—¿Al menos te diste cuenta si podías tener algo con él?

—Oh, pequeña *padawan* —Sylvain chasqueó los dedos—, subestimas mi poder.

—¿Cuándo vas a dejar de usar frases de Star Wars en un contexto gay?

—Cuando en Hoth haya un verano digno de llamarse así. Ve, los chicos te necesitan.

La noche no fue tan complicada, pues Braulio le ayudó un poco a Emeraude con el dolor en sus piernas, dándole un ungüento caliente.

—Toma, pequeña. Debí darte esto en la mañana, lo siento. —ella recibió la cajita con una sonrisa.

—Mejor tarde que nunca. ¡Gracias, caballo! —después de aplicárselo en los muslos, estaba lista para trabajar, y se paró en el escenario con la misma sonrisa de siempre.

Al día siguiente la cantante tuvo que sacar fuerzas de donde no tenía para levantarse a entrenar, y a las siete estaba de nuevo en el gimnasio, lista para la clase de JJB. Braulio la esperaba en la puerta para que no se perdiera de nuevo.

—Buenos días, Blanchard. Vamos adentro. —modo Entrenador otra vez. Emeraude entró y se quitó los zapatos antes de meterse a la clase con los demás alumnos.

Básicamente, la clase de jiu jitsu brasileño era para aprender a utilizar la fuerza del oponente en su contra, llevando la pelea al piso, aplicando llaves y estrangulaciones para ganar. Emeraude no lo creía, pero una hora completa de eso podía ser bastante agotadora.

Braulio pidió a los alumnos que buscaran una pareja para trabajar, y Emeraude se juntó con un chico rubio que no le quitaba los ojos de encima. Al acercarse a él, le tendió la mano.

—Hola, soy Emeraude. —el chico respondió con una sonrisa.

—Soy Jason. Un gusto.

El entrenamiento empezó, y todo iba perfecto. Emeraude aprendió varias técnicas de inmovilización, pero antes de que la clase terminara, Jason se puso un poco rudo. Por un momento olvidó que estaba en un entrenamiento, y rápidamente inmovilizó a la chica, haciéndole una llave al hombro tan profunda, que casi le arranca el brazo.

La joven se levantó un poco mareada e intentó mover el brazo sin éxito. Arrastró los pies hasta Braulio, que apenas la vio, le entregó una bolsa de hielo.

—Lo vas a necesitar, Blanchard. —la joven recibió la bolsa y se la puso en el hombro.

—*Oss, sensei.* —no se dio cuenta de la gravedad de su lesión hasta que Jason salió corriendo tras ella, preocupado.

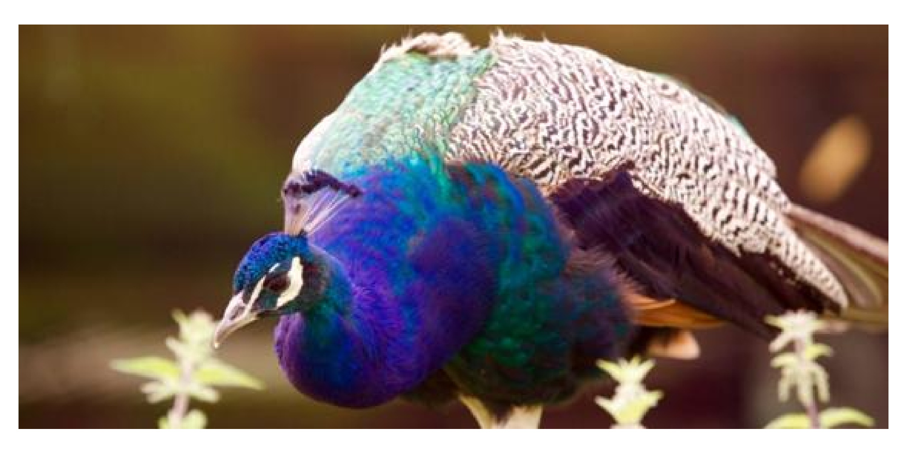
—¿Oye, te duele mucho?

—Estoy bien, Jason. No te preocupes.

—Pero…
—Déjalo así —la cantante dio un manotazo al aire—. No me pasó nada.
—No te has visto el brazo, ¿verdad?

Emeraude respiró hondo y, para que Jason la dejara tranquila, se acercó a uno de los espejos del salón. Lo que vio, le bajó los niveles de adrenalina hasta el suelo: su hombro estaba separado del resto de su cuerpo, el brazo estaba desencajado y muy salido de su ubicación original.

En cuestión de segundos empezó a sentir un intenso dolor en todo el cuerpo, y antes de poder decir alguna cosa, la cantante se desmayó.



# IV: La novena nube

Emeraude despertó en la enfermería del gimnasio, con el hombro izquierdo cubierto de hielo y una intravenosa de analgésicos en el brazo derecho. Sabía bien lo que había sucedido, pero no recordaba haberse desmayado. Por suerte no estaba sola. El médico del gimnasio estaba sentado junto a ella.

—Hola, Emeraude. Soy el doctor Marshall Watson. —la joven trató de sentarse en la cama.

—Doctor... —Marshall le impidió a la joven moverse más.

—Quédate quieta. Se va a caer el hielo.

—¿Doctor, puede explicar por qué me apagué sin interruptor? —el médico asintió con calma.

—Emeraude, el dolor intenso te causó un shock y te desmayaste. Afortunadamente Jason te atrapó antes de que cayeras al suelo y no te golpeaste la cabeza.

—Vaya.

—Fue una suerte que estuvieras inconsciente, pude acomodar tu brazo en su lugar sin problemas.

—¿Usted lo hizo?

—Sí. Y te habrías enloquecido de ver cómo lo hacía.

—Dios mío... gracias.

—No es nada, Emeraude. Es mi trabajo. Discúlpame, voy a llamar a Braulio. Dijo que quería verte apenas despertaras.

—Está bien.

Marshall salió de la enfermería, y mientras Braulio entraba, Emeraude miró su celular. ¡Las nueve! Iba a llegar tarde a clase y

Laetitia le había dejado siete llamadas perdidas. ¡Estaría preocupada!

Braulio entró a la enfermería, de nuevo en Modo Oso de Peluche.

—¿Dormiste bien, pequeña? —la cantante asintió.

—Sí, Braulio. Lo que me inyectó el doctor Watson me tiene en una nube. —el caballo sonrió.

—Me alegra ver que estás mejor. ¡Tenías el brazo a dos kilómetros de tu hombro! —a la chica le dio un pequeño escalofrío al recordar la última vez que se miró al espejo, con el brazo suelto y sin poder tener control sobre él.

—Braulio, ¿qué va a suceder con Jason? —el brasileño movió la cabeza de lado a lado.

—Si te preocupa que lo vaya a castigar, descuida. El susto de ver tu hombro dislocado le dio una buena lección. —Emeraude dejó escapar una pequeña risa. Los analgésicos la tenían de buen humor.

—¿Braulio, has hablado con Lety? Tengo siete llamadas perdidas de ella, debe estar como loca.

—Hablamos hace un rato. Ya sabe que estás aquí y te va a excusar con el profesor de la clase de las nueve.

—Gracias. Ya puedo relajarme un poco más, pero debo irme en un rato, tengo otra clase a las once y no puedo faltar.

Braulio chasqueó la lengua unas cuantas veces.

—Pequeña... Lety me ha dicho por qué no puedes faltar a esa clase. No te preocupes, podrás ver a tu chico de rojo hoy. —Emeraude sonrió. Era lo único que quería.

—Oh, gracias, Braulio... ¡gracias! —Marshall entró a la enfermería.

—Bueno, Emeraude... ya puedes irte. Pero necesito que sigas mis instrucciones. —un poco atontada, la joven se sentó en la cama.

—Lo escucho, doc.

—Mucho hielo en los próximos días. Mañana no podrás entrenar, pero en dos días trabajarás hasta donde te sientas capaz. Trata de no mover demasiado el brazo hoy.

—Sí, doctor Watson. Lo que usted diga.

—Tómate una de estas en la noche y usa lo que te voy a entregar. Si necesitas algo, puedes llamarme. Que tengas un buen día.

—Gracias.

Marshall le dio un cabestrillo y un frasco de analgésicos a Emeraude antes de que ella saliera de la enfermería, y Braulio la acompañó hasta su habitación para asegurarse de que se arreglara rápidamente y llegara a tiempo a clase.

Afortunadamente llegó temprano a la clase del profesor Gorski, y no dio razón alguna para que él la avergonzara de nuevo. Luego se sentó junto a Laetitia.

—Oye, no deberías estar cargando esas cosas sola. ¿Quieres que tu brazo se caiga?

—Lety, ¿dónde está?

—No ha llegado, Ems. Relájate, faltan cinco minutos.

—Vale.

—Por favor, dime que estás bien.

—Lo estoy. No te preocupes, no es nada que los analgésicos no puedan solucionar.

El profesor Gorski entró, y tras él, con una camiseta negra y una chaqueta del color del caramelo, el chico de rojo. No podía evitar llamarlo así, pues a pesar de que siempre se veía bien, el rojo era el que mejor le quedaba, así que se quedaría con ése, sin importar el color que usara.

Lety supo que, de nuevo, su mejor amiga la ignoraría por estar mirando al chico lindo, así que ni siquiera se molestó en hablar. Empezaría a acostumbrarse a eso por el resto del semestre, y a pesar de que no le gustaba que Emeraude dejara de escucharla, lo iba a aceptar.

Al cabo de un rato, por más que tratara de impedirlo, la cantante empezó a cabecear mientras la clase se tornaba más y más aburrida. Los analgésicos que Marshall le había recetado estaban causándole problemas para prestar atención, y sabía que si Gorski se daba cuenta de eso la avergonzaría de nuevo, así que tuvo que salir del salón sin que el profesor la viera y corrió a su habitación.

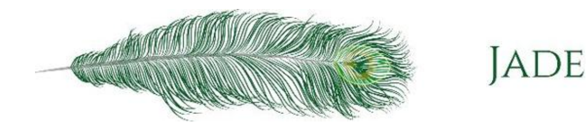
Laetitia se quedó prestando atención a la clase. Mientras hacía garabatos en las hojas del cuaderno para distraerse un poco, el chico de rojo, para atraer su atención, se sentó a dos sillas de ella y le puso la mano en el antebrazo.

—Oye, disculpa... ¿qué le pasaba a tu amiga? Casi se queda dormida en clase y estuvo a punto de darle un cabezazo al escritorio. —Laetitia se rió en voz baja.

—Su hombro se dislocó. Los analgésicos la tienen un poco adormilada, así que prefirió salir de clase y descansar. —el chico miró al suelo mientras soltaba un suspiro casi imperceptible.

—Ya veo. —Laetitia asintió sin hablar. Él volvió a mirar al profesor

y no dijo nada más por el resto de la clase.




—Sal del edificio, ¡maldita! —a la hora del almuerzo, Emeraude estuvo a punto de desmayarse cuando Laetitia le contó que el chico de rojo había preguntado algo sobre ella.

—Ems, cálmate. Nada más preguntó qué te pasaba, no me pidió tu número. —la cantante no quería hacer otra cosa diferente a sonreír. No podía moverse mucho sin que el hombro le doliera, pero no le importaba en lo absoluto.

—Lety, no gritaré porque estamos en público. ¡Pero lo haría, lo haría si pudiera!

—Ems, relájate. Se te va a salir el hombro otra vez.

—¿Crees que me preocupa eso?

—Ahora no, pero sé que lo vas a lamentar mañana.

—Creo que no voy a sentir si mi hombro se sale de nuevo. Esos analgésicos son fuertes.

—Lo son. Creo que estás viendo unicornios ahora.

—No, pero casi. Veo elefantes rosados y a Syl vestido de la reina de los cisnes.

—Los elefantes rosados dicen que te acabes la comida, tenemos clase en un rato.

—Está bien, señores elefantes rosados. ¿Y Syl?

—Nada, sólo déjalo bailar.

Después de comer, Emeraude no podía dejar de sonreír. La pastilla que había tenido que tomar en la mañana le calmó bastante el dolor, y durante el resto del día estuvo un poco distraída. Esa noche, en el bar, tuvo que cantar sentada en un banco, y al ir a la cama, sólo pudo acomodar el brazo si pasaba la noche acostada de un solo lado. Los analgésicos no lograban calmar el dolor punzante que sentía cuando se daba vuelta en la cama a la mitad de la noche, pero al menos le permitían descansar.

En una de esas dolorosas punzadas, Laetitia se levantó para darle una nueva bolsa de hielo a Emeraude, y antes de ir a dormir de nuevo aprovechó para darle un pequeño consejo a su amiga, notando que aun no caía dormida de nuevo.

—Ems... prométeme algo.

—Dímelo.

—Vas a hablar con el perfecto novio de pastel de boda pronto, ¿vale?

—Lety…

—No te sigas excusando. Habla con él, ¿sí?

—Está bien.

—¿Mañana?

—Mañana.

—¿Lo prometes?

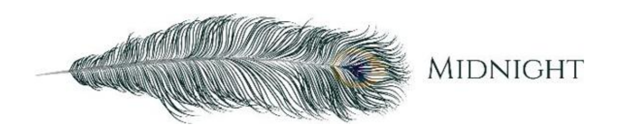
—Trataré.

Laetitia puso el hielo en el hombro de Emeraude y le dio un beso en la cabeza antes de volver a la cama. Si tan sólo fuera cierto lo que su mejor amiga acababa de decir…



## V: El llamado de la jaula

*El pavo real figura en la mitología hindú como la montura de Skanda o Karttikeya, el dios de la guerra y las actividades bélicas.*




—Ems, vamos. Eres capaz de ganarle a esa chica. —Laetitia estaba junto a Emeraude en el primer torneo de artes marciales mixtas para principiantes al que se había inscrito. Había pasado un poco más de un mes, y Braulio, al ver la constancia y rápido aprendizaje de su alumna al entrenar, le sugirió que intentara pasar de hacer *sparring*

con hombres a las peleas reales con mujeres de su mismo tamaño.

—Lety, esa chica me lleva cinco meses de ventaja en entrenamiento. ¡No puedo contra ella!
—Sí que puedes. Aguantaste al desgraciado de George por años, y te dobla en tamaño. Un golpe de esta chica no debe ser gran cosa para ti.
—Pero lleva más tiempo entrenando.
—Ems, puedes ganarle. Te he visto patear como un caballo, y eso que sólo llevas mes y medio. Te apuesto lo que sea.

Laetitia creía en Emeraude cuando ni siquiera ella se tenía confianza. Eso era bueno, pero debía ser realista: sus probabilidades de ganar eran remotas.

—Acepto la apuesta.
—¿En serio? ¿Vas a apostar contra ti misma?
—Pues...
—Si pierdes, le hablarás de una vez al niñito lindo. Si ganas, le hablarás de una vez al niñito lindo. Me has dado excusa tras excusa durante el último mes, y creo que ya se te agotaron.
—Pero, Lety...
—Le hablarás y estaré presente cuando lo hagas —la chica de cabello violeta se cruzó de brazos—. He dicho. Ahora, ve a patearle el trasero a esa chica. No puedes vivir con miedo, Johnny Blaze.

Vaya condiciones las que había puesto Laetitia. Pero ella tenía razón, Emeraude no podía vivir siempre con temor de hablarle a alguien que le gustara por miedo al rechazo, y debía aceptar que cada excusa que sacaba para no hablarle a aquel chico era más tonta que la anterior.
—Está bien. Lo que digas, le hablaré después de esto. —Laetitia aplaudió emocionada.
—¡Sí! Ahora ve, pon tu puño en la cara de esa chica.

En el mes que Emeraude llevaba entrenando, sólo había hecho dos sesiones de combate real: en una sangró por la nariz. En la otra logró someter con una estrangulación de anaconda a Joshua, uno de sus compañeros de entrenamiento. Y ahí estaba él junto a ella, animándola mientras un *cutman* le vendaba las manos y le ponía un par de guantes negros.

—Vendada y con guantes, Ems. Estás lista.
—Gracias, Josh.

—Aún tienes moretones en las piernas. ¿Cómo vas con eso?

—No he podido usar vestidos en días. Pero ya me las arreglaré. Pateas fuerte.

—Siento mucho oír eso. Aunque debo decirte que me estaba conteniendo, si hubiera pateado con toda la fuerza, te habría roto una pierna. Ven, ponte el protector bucal.

Emeraude se puso una pieza de silicona que se amoldaba perfectamente a sus dientes superiores, y después de unas palabras de aliento de Braulio, salió caminando entre la gente mientras sonaba "Sidewinder", su canción favorita.

El torneo era en un coliseo pequeño, pero estaba tan lleno de gente que Emeraude se asustó un poco. Sólo se calmó cuando pudo reconocer a sus amigos entre la multitud, y Laetitia le puso una mano en el hombro para darle ánimo.

—Sigue caminando, Ems. Tienes un trasero por patear.

La cantante continuó caminando hasta una jaula hexagonal, y antes de entrar, otro *cutman* la revisó para ver que todo estuviera en orden y le aplicó vaselina en las cejas y los pómulos. Luego le indicó que entrara a la jaula donde su rival la esperaba.

Emeraude se dio cuenta de lo mucho que le gustaba golpear. Y a pesar de haber recibido palizas terribles antes no tenía ningún problema en hacerlo de nuevo. La gran diferencia radicaba en la igualdad de condiciones que implicaba una pelea como la que iba a tener, y por primera vez en la vida creyó que no se sentiría miserable si recibía un golpe de aquella chica que la miraba desde el otro lado de la jaula con unos penetrantes ojos negros.

El anunciante de la pelea entró a la jaula con su micrófono, y el público hizo silencio de inmediato.

—Damas y caballeros, esta pelea irá a tres rounds en la división aficionada de peso gallo. Presentando primero, en la esquina azul, una judoka de cinta amarilla, con un récord de dos victorias, sin derrotas ni empates, peleando desde Nashville, Tennessee… ¡Trina Andrews! —la gente aplaudió. Los nervios de Emeraude aumentaron mientras el anunciante mencionaba su nulo historial de peleas.

—Y ahora su oponente, en la esquina roja, una karateka de cinta blanca, con un récord en ceros, originaria de Short Hand, Utah, pero peleando por Copper Grace, Nevada… ¡Emeraude Blanchard! —la joven levantó una mano y saludó al público, que estaba de parte de ella sin importar que tuviera menos experiencia que la otra chica.

El referí entró a la jaula e hizo una seña a las dos chicas para que se acercaran al centro de la jaula a recibir indicaciones.

—Chicas, hagan de esta una pelea limpia. Protéjanse todo el tiempo y sigan mis instrucciones. Toquen guantes si quieren. —Emeraude ofreció sus puños para tocar guantes con la otra, y soltó una pequeña risa nerviosa al ver que había sido ignorada. El referí respiró hondo.

—Vayan a sus esquinas. —la cantante obedeció. Sentía el latido de su corazón en las sienes, y cuando el referí dio la orden para empezar se dio cuenta de que no había vuelta atrás.

Braulio, aprovechando que Emeraude tenía conceptos avanzados de música, le enseñó una técnica para controlar su ritmo de combate: en cada entrenamiento de karate, hacía sonar un metrónomo, y cada golpe que ella lanzara, debía dar en su objetivo al mismo tiempo de cada clic. Así aprendió a no lanzar golpes innecesarios, a controlar su respiración y a predecir cuándo atacaría su rival.

Obviamente, eso fue algo que no le enseñaron a Trina Andrews en seis meses de entrenamiento.

Durante todo el primer asalto, Emeraude controló su aire y su ritmo de manera perfecta, siempre con un clic en la cabeza. Clic, clic, golpe. Clic, clic, finta. Clic, clic, patada. Clic, clic, esquivar. Clic, clic, anticipar. En la esquina de su oponente, el entrenador berreaba órdenes que no estaban siendo escuchadas, mientras la esquina de Emeraude, confiando plenamente en ella, se mantenía en silencio. Braulio, Joshua, Marshall y Laetitia no pronunciaban una palabra, pues veían a la chica con una fluidez complicada de seguir, movimientos difíciles de descifrar y una concentración excepcional. Básicamente, después de años de no saber defenderse, había aprendido a hacerlo de forma sencilla, y le estaba funcionando. En un abrir y cerrar de ojos el primer asalto se acabó y las dos chicas fueron a sus esquinas para descansar por un minuto.

Durante el minuto de descanso en el que Emeraude no escuchaba a la multitud que gritaba, pero sí lo que Braulio le decía, ella logró recuperar un poco el aliento. La otra chica no había logrado darle un solo golpe en la cara, y sin darse cuenta, la cantante había hecho sangrar a su oponente. La adrenalina que fluía por su cuerpo la tenía más despierta y activa que de costumbre, y con toda la energía que traía consigo, entró al segundo asalto con un poco más de aire.

Clic, clic, puñetazo. Clic, patada, clic. Clic, clic, intento de derribo. Derribo exitoso, clic, clic. Media guardia, clic, guardia completa.

En menos de dos minutos, Emeraude aprovechó un descuido de su rival y la sometió con una llave de *kimura*. Cuando Trina Andrews se rindió y el referí separó a las dos chicas, el público aplaudió y gritó el nombre de la ganadora mientras ella sonreía, aun incrédula por lo que había acabado de hacer.

Mientras el referí levantaba la mano de Emeraude y el anunciante la declaraba victoriosa, ella respiró aliviada. Ganó su primera pelea, salió con la cara y los brazos intactos, sus amigos estaban orgullosos de ella, había conseguido un poco más de coraje... y tendría que hablarle al chico de rojo.

¡El chico de rojo!

Había pasado más de un mes desde el inicio de clases en la universidad y la cantante no había logrado averiguar una sola cosa sobre aquel muchacho. Siempre sucedía algún impedimento para que ella escuchara su nombre, como si el Universo conspirara y eso no sucediera. Pero ya tendría que averiguarlo por su cuenta, sin excusas, sin miedo, sin dudar.

Apenas Emeraude salió de la jaula y pasó una revisión médica se unió a sus amigos y todos salieron a comer unas hamburguesas. Nunca estaban tan de malas como para rechazar una hamburguesa de Wendy's, y mucho menos si tenía queso y tocino.

Aquella tarde de sábado parecía tranquila y Emeraude estaba feliz. Su cabeza estaba llena de todo y de nada, y le agradaba haberse dado cuenta de lo fuerte que podía ser, pero no hubo guantes o vendajes que la prepararan para lo que vio mientras rellenaba su refresco: frente a ella, detrás del mostrador, junto a la freidora, estaba George, mirándola fijamente de forma amenazante.

—¿Emeraude? —el mostrador separaba a George de su exnovia, así que no podía tocarla. Pero no necesitaba ponerle un dedo encima para hacer que estuviera a punto de desmayarse de miedo.

—G... George... ¿qué? —la joven no era capaz de hablar más, pues el nudo que se le formó en la garganta amenazaba con dejarla sin respiración. Afortunadamente George no podría hacerle daño, pues se arriesgaba a perder su trabajo. Pero eso no impedía que la pobre chica se paralizara de nuevo.

Laetitia caminó hasta la fuente de refrescos al ver que su mejor amiga tenía el miedo en la cara, y sólo pudo ver la razón de eso cuando se asomó por detrás de ella y vio a George con una rejilla de freír patatas en la mano. De inmediato, la chica de cabello violeta arrastró a su amiga hasta la mesa donde todos estaban comiendo.

—Chicos, tenemos que irnos. ¡Ya, ya! —Arne chasqueó los dedos para que su novia lo mirara, y ella hizo la mímica de pasarse un cuchillo por el cuello, lo que él entendió perfectamente.

—Maldita sea. George está aquí. Salgamos. —mientras Emeraude trataba de no hiperventilar como la última vez que había visto a su mayor pesadilla, todos abandonaron Wendy's de inmediato, al tiempo que apuraban la comida y se pasaban los últimos bocados.

La cantante caminaba arrastrando los pies mientras oía hablar a sus amigos y trataba de descomprimirse de nuevo. No podía sentirse mal del todo por lo que había logrado horas antes, pero le molestaba que su día hubiera sido opacado por semejante idiota, que al parecer estaba en Copper Grace para quedarse. Afortunadamente nunca estaba sola, así que podía tranquilizarse un poco, y Sylvain trató de ayudar con un par de palabras de aliento.

—Mira, galletita de sangre... deberías ir a una de mis clases de yoga. Eso podría ser bueno para ti. —Emeraude se arrancó un pellejo del labio con los dientes, nerviosa y pensativa.

—No lo sé. ¿La harías en mi horario de entrenamiento? A otra hora es difícil.

—Oh, Emeraude Blanchard. Esta cara lisa y suave no es de madrugar, cariño.

—¿Ni siquiera para ver a los tipos lindos sin camisa?

—No, dulzura. Vivo cerca a la estación de bomberos, puedo sacar la cabeza por la ventana y verlos sin levantarme de la cama. Duerme en mi casa un fin de semana y lo sabrás. Nos divertiríamos juntos entre tanta manguera.

—¿Estás seguro, Syl?

—Únete al lado oscuro, Ems. Sé que quieres. —Emeraude suspiró.

—Lo pensaré. Por ahora quiero apagarme un rato.

—Descansa, linda. Nos veremos más tarde.

Después de tomar un baño y dormir un rato, Emeraude debía trabajar. Laetitia y ella llegaron al bar antes de que cayera la noche, y aunque estaba cansada, junto a la banda tenía un poco más de energía, así que esa noche fue muy entretenida a pesar de los golpes que sentía por todo el cuerpo. Al final de la jornada, entró a su

habitación y se tiró a la cama. Cuando abrió los ojos, era de día. Domingo.

—Ems, ven conmigo. Tengo que ir a la biblioteca. —Laetitia se había levantado inusualmente temprano, siendo el único día que no había clase y solía dormir hasta tarde.

—¿Lety, tengo que ir contigo? Es domingo. Es día de dormir.
—¿Puedes quedarte dormida en los próximos cinco minutos?
—Puedo intentarlo.
—No, no puedes, y lo sabes. Vamos, levántate.
—Por favor...
—Voy a hacer el trabajo sobre Basquiat hoy, y me vas a acompañar. Aprovecha y busca el libro de empaques que quieres leer, no tenemos otro día para hacer estas cosas.
—Está bien, ya voy.

Después de una rápida ducha Emeraude se vistió con una camiseta verde, jeans azules y tenis negros, y caminó con Laetitia a la biblioteca del campus, donde la agria bibliotecaria, Georgina Dornell, se sentaba en el mostrador de la entrada con su frecuente cara de aburrimiento.
—Buen día, señora Dornell. —la mujer miró a Emeraude con enojo.
—Buenos días, niña. Haz silencio. —la chica asintió y se fue caminando junto a su mejor amiga hasta los estantes donde reposaban los libros de diseño.

A Emeraude le encantaba leer. Si encontraba algún libro que le interesara, no importaba que se saliera de lo que necesitaba, iba a leerlo, así que pasaron varias horas para que ella por fin se sentara a ojear el libro que debía.

Mientras tanto, la señora Dornell estaba ordenando los ficheros una y otra vez, cuando un chico se acercó al mostrador.
—Disculpe, señora Dornell... quisiera tomar en préstamo este libro. —la mujer negó tajantemente con la cabeza.
—No, jovencito. Es un libro de referencia. No puede salir de la biblioteca —antes de que el chico pudiera protestar, la mujer le hizo una seña con la mano—. Hazle las copias que quieras, pero no puedes sacar el libro de aquí. O ve y léelo en alguna de las mesas. Ya, muévete. —el chico asintió y se llevó el libro, y otros más, a una mesa vacía cerca de la hemeroteca.

Laetitia siguió a aquel chico hasta el lugar donde estaba sentado, y antes de que él lo notara, se ocultó detrás de una columna para luego

buscar a Emeraude.

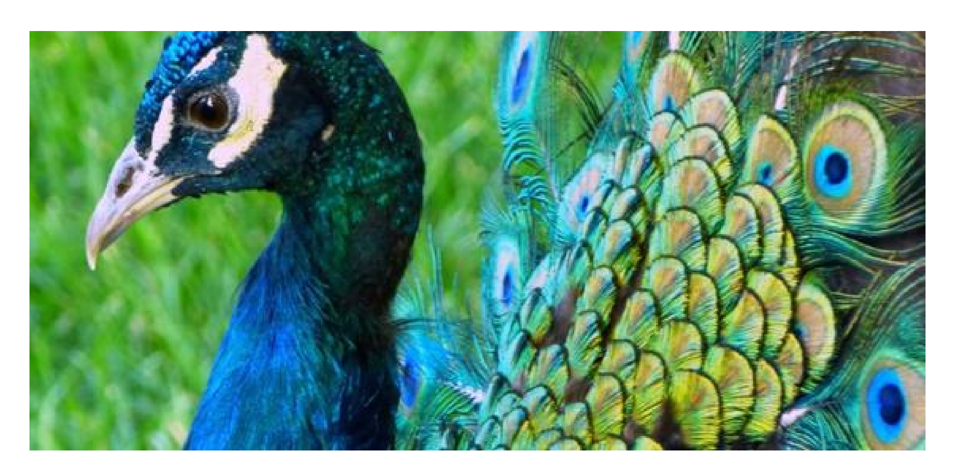
—Ven acá. Necesito que veas esto. —ella tomó rápidamente los apuntes y libros que tenía en la mesa y obedeció a su amiga, que la hizo sentar en la mesa desocupada más cercana a la hemeroteca.

—Ems, mira al frente. Voy a estar en el mostrador. No saldrás de aquí hasta que hagas tu tarea.

Emeraude levantó la mirada después de acomodar sus cosas en la mesa, y no pudo creer lo que tenía frente a ella, en medio de una enorme pila de libros sobre videojuegos y animación. Una oportunidad que no podía dejar pasar más, después de tantas excusas idiotas.

—Oh… demonios. Laetitia Elena Seward, eres un genio maligno.

Solo, en una mesa, para que Emeraude hiciera lo que debía. Ahí estaba. En gris y negro, como un espejismo perfecto, el chico de rojo.



## VI: ¡Silencio, zoquetes!

Emeraude trataba de mantener la atención en lo que estaba leyendo, pero teniendo a aquel chico frente a ella era casi imposible. Lo único que hacía era garabatear su cara en un pequeño bloc de notas adhesivas que iba pegando cuidadosamente por toda la mesa sin saber qué hacer. Él estaba tan concentrado en su lectura, que no se daba cuenta de la insistencia con la que ella le ponía los ojos encima.

Laetitia miraba la escena fijamente desde el mostrador de la entrada, mientras Georgina seguía reorganizando los ficheros. Era comprensible que se mantuviera de mal humor, no había mucho por hacer en ese lugar. Y además, trabajar un domingo... eso ponía de malas a cualquiera.

—¿Señora Dornell, puedo llevarme este libro?

—Firma aquí, niña —la chica obedeció—. Tienes una semana para devolverlo.

—Gracias. Lo devolveré antes.

Mientras Laetitia firmaba la ficha del libro que quería llevarse, Georgina miraba a Emeraude con curiosidad.

—¿Qué pasa con tu amiga? Parece estreñida.

—Oh, no. No, no, no. Está en una misión. ¿Ve al chico de la mesa frente a ella?

—Claro que sí. Por ese chico he tenido que venir a trabajar los

últimos cinco domingos.

—Ese chico se va a convertir en la próxima cita de Emeraude.

—Déjame adivinar. No saldrá de aquí hasta que le hable.

—*Ding, ding, ding.* —Laetitia sonrió.

—Oh, no puede ser. Tendré que quedarme aquí hasta que anochezca.

—Créame, señora Dornell. Le tomó más de un mes decidirse, así que sería una completa idiota si no se le ocurre hacer algo ahora.

—Más le vale apurarse. Más le vale.

Georgina no quería admitirlo, pero gracias a la genial idea de Laetitia, no sería un domingo aburrido para ella. Las dos se quedaron mirando fijamente a Emeraude mientras se decidía a hablarle al niño lindo. A ella le costó un poco levantarse de la silla pues las piernas le temblaban ligeramente, pero apenas pudo, tomó uno de los pequeños dibujos a lápiz que había hecho, dio unos cuantos pasos hacia la mesa del frente y lo pegó en el lomo de uno de los libros que el chico de rojo tenía sobre la mesa. Luego fue a sentarse de nuevo. Unos minutos después, hizo lo mismo hasta que se quedó sin papeles para pegar, y tuvo que esperar a que él notara lo que ella había hecho.

Laetitia y Georgina miraban la escena tratando de no reírse. Era como ver un par de niños jugando en una caja de arena: Emeraude lanzando bolas para llamar la atención del chico mientras él juega con un balde y una pala, absorto en la construcción de su castillo. En cierto punto podía ser aburrido, sobre todo si él de verdad no se daba cuenta de lo que pasaba.

El muchacho estaba tan concentrado en su lectura que se gastó un buen rato en notar que sus libros tenían varios papeles pegados, hasta que tomó el del tope de la pila y vio uno con su cara dibujada encima. Emeraude estaba buscando otra cosa para leer y cuando llegó a su mesa, era él quien la miraba fijamente a ella. ¿Cuándo había pegado esa chica tantos papeles en sus libros?

Apenas la cantante se dio cuenta de la inquisidora mirada que le dirigía el chico de rojo, su cara se encendió como un aviso de neón. Como un láser incandescente, los ojos verdes de aquel chico le estremecían la piel, causando un placentero escalofrío en ella y llenándole las entrañas de mariposas.

"Emeraude Blanchard, relájate. Deja de morderte el labio o creerá que estás loca". Mientras trataba de callar la voz en su cabeza, Emeraude miró al chico y estuvo a punto de desmayarse cuando lo vio

caminando hacia ella con todos los papeles adhesivos en la mano.
—Disculpa... ¿tú hiciste estos dibujos? —ella asintió. ¡El chico de rojo estaba hablando con ella! —. Aquí los tienes de regreso. De verdad eres muy talentosa. —el muchacho se dio vuelta, y antes de que pudiera irse a su mesa, la joven pasó saliva y se llenó de valor.
—¡El de los dibujos eres tú!

Georgina, que no había dejado de mirar lo que pasaba, profirió un sonoro "shhhhhh", y de inmediato, la joven se llevó la mano a la boca y asintió mientras miraba a la bibliotecaria. "¡Idiota, no puedes gritar en una biblioteca!", pensó. El chico de rojo tomó su silla y la llevó hasta la mesa de Emeraude, que no pudo ocultar su sorpresa cuando él se sentó junto a ella después de tomar una de sus libretas y escribir algo con una caligrafía inusualmente pulcra para un hombre.

"Creo que deberíamos comunicarnos así. No sería divertido que la señora Dornell te volviera a callar, ¿no crees?". Emeraude asintió y escribió en otro papel. "Sí, es mejor... ya es suficiente con ver su cara de limón cuando nadie hace ruido". El chico de rojo sonrió. "Te he visto en algunas de mis clases. Tu nombre es Emily Blanchard, ¿verdad?". Ella negó con la cabeza.

—"De hecho, es Emeraude. Mamá estaba obsesionada con las cosas francesas cuando nací, todos en la familia de papá se llaman como un color, y así apareció ese nombre."
—"Emeraude Blanchard. Se ve genial. Mi nombre no es tan exótico."
—"Tendría que saberlo para juzgar. ¿Cómo te llamas?"
—"Samuel William Arden."

La cantante sonrió. Por fin sabía el nombre del chico de rojo.

—"Es lindo. ¿Tienes una versión corta? Si te llamara por tu nombre completo sonaría a regaño."
—"Sam o Sammy. Puedes llamarme como gustes."
—"Vale. Es un gusto conocerte, Sammy Arden."

Emeraude le tendió la mano a Sam y él la estrechó con firmeza, haciendo que ella se sonrojara aun más.

—"El gusto es mío, Emeraude. ¿Puedo preguntarte algo?"
—"Dispara, Sammy."
—"¿Qué estudias? No es usual ver chicas como tú en una clase de Estadística."

—"Oh, estudio Diseño Gráfico. Debemos tomar alguna clase que tenga que ver con manejo de datos y bueno, mi amiga y yo elegimos esa."
—"Ya veo."

Sam y Emeraude compartieron una sonrisa. El arriesgado movimiento había salido mejor de lo que ella esperaba.

—"Oye, ¿qué estudias tú? Tienes demasiados libros de videojuegos en tu mesa, pero no pareces el tipo que juega mucho."
—"De hecho, sí. Tengo que jugar para saber qué voy a desarrollar. Estudio Ingeniería en Entretenimiento Digital."
—"Vaya, parece genial."
—"Lo es. A veces programar es tedioso, pero el producto final satisface mucho."
—"Debe ser divertido crear personajes y codificar sus acciones."
—"Claro que sí. Aunque todo el tiempo suceden cosas que pueden ser un gran dolor de cabeza. Un día escribí un código que marcaba un error y me di cuenta horas después que faltaba un punto y coma."

Emeraude rió. Georgina volvió a proferir un "shhhhh", a lo que Sam ahogó una pequeña risa.

—"Lo siento, Sammy. No puedo reírme tanto de eso. Una vez olvidé cerrar una etiqueta en HTML y casi me vuelvo loca, sé lo que se siente."
—"Fue horrible, el profesor se rió de mí cuando lo supo, pero en realidad no implicó algo grave."
—"Es bueno saber eso."

Emeraude reparó en una pequeña línea negra sobre la muñeca izquierda de Sam, y con delicadeza tomó el borde de su saco para mirar el resto. Él sonrió y se remangó para descubrir un hermoso pez Koi tatuado en el antebrazo, a todo color y con un trazo impresionante.

—"Qué buena tinta tienes ahí."
—"Gracias. Mi madre es tatuadora, le pedí que practicara conmigo y aceptó."
—"Se nota que es buenísima en lo que hace, los trazos son delicados y hermosos. ¿Tienes más tatuajes?"

Sam asintió.

—"Sí, pero tendría que quitarme la camisa para que pudieras verlos, y no voy a complacer a la señora Dornell. No se lo merece."
—"Vamos, sólo un pedazo."

Suspirando, Sam se levantó y dio media vuelta. En la parte baja de su cintura podía verse una porción de un dragón en estilo japonés, pero con algo más reconocible: una Esfera del Dragón de cinco estrellas. Emeraude se cubrió la boca, asombrada. Reconocía muy bien esa imagen.

—"Shen Long en japonés tradicional, es simplemente precioso."
—"Gracias. Costó un poco de trabajo convencer a Mike de que lo hiciera así, pero me encantó el resultado."
—"¿Mike Rubendall? ¿El tatuador de japonés más genial del país?"
—"Sí."

Emeraude soltó una exclamación que no logró detener a tiempo. —¡Silencio, zoquetes! —Georgina levantó la mano, molesta. Sam volvió a su asiento.

—"¿Atravesaste todo el país para tatuarte en Nueva York?"
—"Lo que sea por Rubendall."
—"No te culpo. Yo habría hecho lo mismo."
—"Dime que tienes tatuajes también. No puedes conocer de ese mundo sin haberte hecho al menos una línea."
—"Tengo uno, pero es muy distinto a los tuyos."
—"Te mostré uno y un cuarto de otro, déjame ver. Por favor..."

La cantante le dio la espalda a Sam y se levantó la camiseta hasta dejar ver en parte de su espalda una hermosa ilustración de un sable de luz azul, tatuado en el estilo de la nueva escuela. Él no pudo ocultar su asombro.

—"Esto es de Jime Litwalk. Desde lejos se nota."
—"Sí. Fui a una convención en Carson City antes de empezar la universidad y lo encontré allá. La ilustración es mía. A él le gustó tanto que se ofreció a tatuarla gratis."
—"Pues ya te lo he dicho, dibujas muy bien."
—"Gracias."

Sam miró su reloj y se sobresaltó. Luego le entregó otro papel a Emeraude. "Disculpa, Emeraude. Tengo algo por hacer y se hizo tarde, debo irme". Ella asintió. "No te preocupes, Sammy. Ten un buen día". El chico sonrió y se despidió con un movimiento de la mano, después

de tomar todos los libros y dejarlos en sus respectivos estantes.

A Emeraude le alegraba haber conversado con el chico de rojo, sin importar que hubiera sido por medio de pedazos de papel. Pero no quería dejar las cosas así, por lo que corrió tras Sam para entregarle una última nota. Cuando lo alcanzó, tomó su brazo con suavidad y le puso el papel en la mano.

"¿Sammy, saldrías conmigo alguna vez?"

—¿Qué? —Sam no estaba acostumbrado a que una chica lo invitara a una cita, por lo que la propuesta de Emeraude lo sorprendió.

—¡Te dije que te callaras, jovencito! ¿Por qué no aprendes? —Georgina, aunque se había entretenido con aquella situación, seguía insistiendo en mantener el silencio en la biblioteca—. Niña, tu amiga ya se fue. Deberías salir tú también, en un rato debo cerrar. —la joven asintió y miró a Sam, que había empezado a sudar frío sin darse cuenta.

—Sammy, sólo piénsalo. No tienes que decirme nada ahora. No estás obligado a aceptar, es sólo que me caíste bien y quería conversar contigo un poco más. —Una risa nerviosa fue lo único que salió de la boca de Sam, y aunque era algo inesperado, no quería dejarla sin una respuesta.

—¿Te parece bien el jueves? —Emeraude sonrió.

—El jueves es perfecto. Conozco un lugar genial cerca de aquí. —Sam asintió.

—Genial, cuando nos veamos en clase podemos ultimar detalles. Adiós, Emeraude. —él salió rápidamente de la biblioteca. Ella entró de nuevo, con una enorme sonrisa en el rostro. Cuando llegó a la mesa donde estaban sus cosas, Laetitia estaba sentada en una de las sillas.

—¡Lety! Creí que te habías ido. —ella negó con la cabeza.

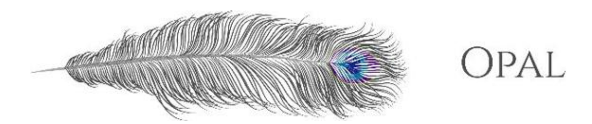
—No me fui. Solo me oculté. ¿Por qué estás tan feliz? —Emeraude se sentó junto a su amiga, incapaz de dejar de sonreír.

—Laetitia Elena Seward, me debes cincuenta dólares.



## VII: Un asunto de Seguridad Nacional

*El pavo real es el ave nacional de la India. En algunas danzas folclóricas del país, como el* ***Bharatha Natyam****, se muestran pasos inspirados en el baile de cortejo del pavo real.*




Laetitia y Emeraude salieron de la biblioteca y gritaron ruidosamente como si las dos hubieran ganado la lotería. Laetitia estaba feliz por su amiga, y Emeraude estaba satisfecha por lo que había hecho. ¡Tendría una cita con Sammy Arden!

—Ems, tienes que ponerte hermosa para el jueves. —la cantante asintió emocionada.

—Lo sé, me voy a hacer un peinado lindo, voy a maquillarme... oh, Dios... ¡tengo que usar vestido otra vez!

—Relájate, para ese día ya no se verán los moretones.

—Eso no es lo que me preocupa, Lety. El jueves tenemos que trabajar, y no sé a dónde llevar a Sammy...

—Ay, no seas tonta. Llévalo al bar.

—¿Qué?

—Sí —la chica de cabello violeta se acomodó las gafas—. Deja que te vea cantar, enloquécelo así. Toda la banda será tu compañera de

ligue.

—¿Lety, serías capaz de convencer a los chicos para eso?

—Lo hemos hecho muchísimas veces. Deja eso en mis manos y en las de Syl. ¡Tienes una cita!

Las chicas fueron a la habitación y dedicaron el resto del día a terminar trabajos por hacer, y el lunes después de clase aprovecharon que no tenían que trabajar para pasar la tarde y la noche en casa de Arne, comiendo pastas y jugando videojuegos.

—Así que tienes una cita, *Frau* Emeraude. ¡Genial! —la cantante asintió mientras se llenaba la boca de macarrones con queso.

—*Fí. Foy a falir con Fammy Arfen.* —Arne y Laetitia se miraron y rieron ruidosamente. Emeraude terminó de masticar y bebió un poco de gaseosa.

—Lo siento, Arne. Sammy. Se llama Sammy Arden. —el baterista sonrió mientras disparaba un lanzagranadas en su videojuego.

—¿Quieres ayudarme a matar a Nemesis? Lety nunca juega. —Emeraude asintió y se sentó junto a Arne a disparar un rato mientras Laetitia se deshacía de la basura.

—¿Emeraude, puedo mostrarte algo? —ella asintió. Después de asegurarse que Laetitia no estuviera cerca, Arne sacó de su bolsillo una pequeña caja y la abrió, dejando ver un enorme anillo de diamantes.

—Vaya, Arne... ¡esa es una piedra gigante! —el alemán le tapó la boca a su compañera de banda con rapidez.

—¡Baja la voz, es una sorpresa!

—¿Arne, vas a proponerle matrimonio a Lety?

—Sí —el muchacho asintió con una sonrisa—. Mi abuela me envió su anillo de compromiso hace meses. Aun no sé cuándo decírselo.

—¡Eso es genial!

—Lo sé... quiero que sea cuanto antes, pero debe ser un momento perfecto.

—Oh, ¡qué romántico!

Arne guardó el anillo y tomó el control de nuevo para seguir jugando.

—Arne y Lety se van a casar, y debajo de un puente se van a besar...

—canturreaba Emeraude en voz baja, mientras el muchacho trataba de no reírse.

—Planeaba hacerlo el día de tu cita. ¿Te parece bien? —la joven asintió con una sonrisa.

—Creo que es perfecto. Sé que le gustará que lo hagas frente a nuestros amigos. —antes de que Emeraude pudiera decir otra cosa, Laetitia entró y se sentó junto a su novio.

—¿De qué hablaban, chicos? —el alemán se encogió de hombros.

—De... ataques sorpresa. —Emeraude y Arne se miraron de reojo y asintieron.

—Sí, Lety. Ataques sorpresa. —Laetitia miró hacia abajo y suspiró.

—Vale. Lo que sea que quieran planear en sus videojuegos. —la estilizada joven movió la cabeza con suavidad y recogió su cabello violeta en una cola de caballo. Luego se levantó para lavar platos mientras su mejor amiga y su futuro prometido jugaban videojuegos por el resto de la noche.

Al día siguiente, después del entrenamiento diario y de la primera clase del día, las chicas asistieron a la clase de Estadística. Emeraude estaba ansiosa, pues esperaba que Sam entrara por la puerta, pues tenían una cita por arreglar, pero sin explicación alguna, él no apareció en todo el día. Ni en la clase de Estadística, ni en la de Historia de la Música.

—¿Lety, crees que le haya sucedido algo?

—No lo creo, Ems. No tienes su número, ¿verdad? —la cantante negó con la cabeza.

—Habrían sido cincuenta dólares más para mí... pero no, no lo tengo.

—Ay, qué mal. Pero bueno, Sam no puede perderse para siempre, tal vez mañana te lo encuentres.

—Eso espero.

Las chicas terminaron las clases, y antes de que anocheciera pasaron por la habitación para dejar unas cosas y luego ir a cenar. Después de limpiar un poco, Laetitia entró al baño, y Emeraude decidió que la esperaría afuera. Cuando abrió la puerta, tuvo una inesperada sorpresa: Sam, que miraba para otro lado en ese momento, no se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. En vez de poner sus nudillos en la madera, le dio un pequeño golpe a la cantante en la frente.

—¡Au, oye! —Sam, al ver lo que había hecho, enrojeció de vergüenza. Incluso así, se veía fantástico.

—Oh, Emeraude... lo siento, ¡lo siento mucho! —la joven sonrió mientras se acariciaba la frente con suavidad.

—No te preocupes, Sammy. Me extrañó no verte hoy en clase.

—Tenía unos asuntos por arreglar. De verdad lo siento.

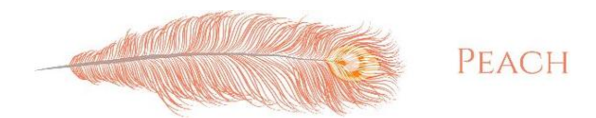
—Otro tatuaje, ¿verdad? —Sam se encogió de hombros.
—Era Richard Stell. Y estaba de paso en la ciudad, pero sólo fue por un retoque rápido. Nada nuevo, luego te mostraré.
—Lo comprendo. La tinta es adictiva. Y no es como si fueras a esconderte de mí, ¿verdad?
—Para nada, Emeraude.
—Oye, ¿cómo averiguaste mi número de habitación? Nunca te lo dije.
—Lo pregunté en la oficina académica. No te di mi número y olvidé pedir el tuyo.
—Eso es muy de...
—¿Acosador?
—Para nada. Iba a decir que era de alguien proactivo.

Sam sonrió. A Emeraude nunca se le ocurrió averiguar el nombre de su cita así, y aunque lo hubiera pensado, habría sido muy ridículo preguntar en la oficina académica por un chico de rojo, alto y de cara perfecta.

—Disculpa, Emeraude. Tengo poco tiempo, necesito visitar a mi amiga Irina en un rato, pero no podía dejar nuestra cita sin arreglar... ¿qué tienes en mente?
—¿Conoces un sitio llamado "The Stockpile"?
—Claro que sí. Paso por ahí algunas veces.
—Pues me encantaría ir allá contigo.
—Me parece bien. ¿A las nueve?
—A las nueve es perfecto. Nos vemos adentro.
—Está bien. *Au revoir, mademoiselle Blanchard.*
—*Adieu, monsieur Arden.*

Después de intercambiar sus números, Emeraude cerró la puerta de la habitación y sonrió. Laetitia salió del baño, extrañada de ver a su amiga con cara de haberse tragado un arco iris. —¿Ems, de qué me perdí? — Recibiendo el celular de su amiga, la chica de cabello violeta pudo ver el número de Samuel William Arden entre sus contactos.

—Oh, rayos. Ahora te debo cien.




En la noche del martes y durante todo el miércoles el tiempo pasó lentamente, y en la mañana del jueves a Emeraude la despertaron los

estornudos de Laetitia. Dos opciones: o tenía alergia, o se había resfriado.

—No, no, no, no, no, por favor... Lety, te juro que si me contagias, no te lo perdonaré. No hoy. —Emeraude estaba preocupada por su amiga, pero le incomodaba más contagiarse de Dios sabría qué cosa, siendo el día de su cita con Sam.

—Ya va, Ems. Ayer pinté con aerógrafo y olvidé usar tapabocas. No te enloquezcas, debe ser sólo una alergia. —Laetitia esperaba que fuera alergia para no alarmar a su amiga, pero sabía que la fiebre que le impidió dormir no era síntoma de haber olido un poco de pintura el día anterior.

—¿Vas a estar bien, Lety?

—Lo estaré —respondió la chica de cabello violeta luego de una larga serie de estornudos—. Solo es alergia, no te preocupes.

—¿Crees que puedes alistarte para ir a clase? —la joven enferma levantó un dedo y lo movió de lado a lado.

—Ehhh... no. Es mejor que no vaya. Si sigo estornudando así en clase, van a creer que tengo ántrax y todos se irán del salón.

—No exageres. Seguridad Nacional habría venido anoche si eso hubiera sido ántrax.

—Aun pueden venir por mí. —replicó Laetitia mientras se sonaba ruidosamente la nariz.

—Lety, por favor...

—Con todo el gusto, Ems. Ve, te alcanzaré en la de Estadística si los pulmones me lo permiten.

—Pero...

—Ve y arréglate. ¡Ahora!

Emeraude obedeció. Se arregló con rapidez y corrió a la primera clase del día mientras trataba de preocuparse un poco menos por su amiga. Vaya suerte la de Laetitia, nunca se había enfermado así y empezó a estornudar en el día menos conveniente.

Antes de entrar a la clase de Gorski, Emeraude recibió un mensaje de su mejor amiga: "No iré a clases por el resto del día. Si encuentras un aviso de 'No Pasar' en la puerta, ya sabes que me convertí en un asunto de Seguridad Nacional. Te adoro. PD: Hay una silla junto a Sam que grita tu nombre. Pon el trasero en ella."

—Dios mío... ¡Arne va a estar muy triste! —la propuesta de matrimonio del alemán tendría que esperar, pues él no podía faltar a trabajar y no existía una sola probabilidad de que Laetitia se

apareciera en el bar esa noche. No si empezaba a destilar mocos y a estornudar como si quisiera convertirse en una asquerosa regadera.

Mientras el profesor Gorski hablaba sin cesar, Emeraude miraba hacia la puerta del salón. Sam no aparecía, y era el segundo día en la semana que él no llegaba. Ella no se preocupó, pues aun le quedaba una clase para poder hablar con él.

Pero Sam tampoco llegó a la clase de Historia de la Música.

Emeraude no quería parecer desesperada, pero estaba un poco preocupada por no haber visto a Sam, ni en clases, ni en la cafetería a la hora del almuerzo. Así que debió aguantarse las ganas de llamar a su cita y esperar que apareciera en The Stockpile a la hora apropiada.

Antes de ir al bar, Emeraude se detuvo en su habitación para revisar que Laetitia siguiera viva.

—¿Lety, existes? —un sonido de salpicaduras y escupitajos respondió la pregunta.

—Claro. En el baño, creo que acabo de vomitar el primer desayuno sólido de mi vida. ¡Lucky Charms!

—Ew. Eso es asqueroso.

—¡Lo es! —gritó Laetitia a través de la puerta.

—¿Insistes en decir que es alergia?

—Eso ya no importa. ¿Te sentaste junto a Sam?

—Lo habría hecho... si él hubiera entrado a clase.

—¿Otra vez faltó? Tiene que haber pasado algo horrible esta semana.

—Con tal que no me plante esta noche...

Laetitia salió del baño después de limpiarse la boca. Estaba pálida y se notaba que no había comido nada en todo el día.

—¿Quieres que te traiga una pizza antes de irme?

—No te preocupes por eso. Cualquier cosa que coma, saldrá de mi cuerpo horriblemente. De un lado u otro.

—Demasiada información, Seward.

—Ya va. Me callo. Y me acuesto.

La joven de cabello violeta se tiró en la cama mientras sacaba una caja de pañuelos desechables.

—Ems, llámalo. Por algo te dio su número. —Emeraude se sentó junto a su amiga y le dio una lata de soda.

—No. Si voy a llamarlo será después de las nueve. No quiero que él crea que soy una loca. —Laetitia bufó.

—Ems, Ems, Ems. Él ya lo cree. No es de gente cuerda ligar con un chico de la forma en que lo hiciste.

—Está bien. Aunque no fue lo más indicado, funcionó. Pero no estoy loca.

—No eres el tipo de loca de la que los hombres se alejan. Pero algo te pasa.

—¡Laetitia!

—Oooooooh, ya te enojaste. Mejor me quedo callada antes de decir otra burrada. Ve y arréglate.

Emeraude se levantó de la cama y abrió su armario. Respiró hondo cuando llegó la duda que le surge a cada chica que se para frente a una enorme cantidad de ropa.

—Lety, no tengo qué ponerme. —Laetitia rió.

—Ems, abre mi armario y saca una bolsa fucsia. Sabía que ibas a decir algo así. —Emeraude hizo lo que su amiga le decía, y cuando abrió la bolsa encontró una falda roja y una blusa de color amarillo pálido.

—Son para ti —dijo la joven—. Era tu regalo de cumpleaños, pero esta es una ocasión más especial. —la cantante sonrió y abrazó a su amiga.

—Lety, están hermosas... ¡gracias, gracias! —la muchacha se cubrió la boca mientras la abrazaba de vuelta.

—Es lo único que te quiero regalar hoy. ¡Aléjate, te voy a contagiar el ántrax! —Emeraude se levantó y se alejó de la cama.

—No es ántrax, Lety. Me iré a arreglar. —Laetitia asintió mientras seguía estornudando.

Emeraude se miró en el espejo de cuerpo entero y revisó sus piernas. Aun tenía marcas de entrenamiento. Con suerte, Sam no las notaría, pero aún se veían algunos puntos rojos y unas cuantas manchas verdosas y violetas. "Se ven mejores que las que me causaba George", pensó. Y tenía razón. Tal vez no había mucha diferencia con los golpes que recibió antes en cuanto a intensidad, pero la forma en la que los había aguantado era diferente: tuvo oportunidad de defenderse y de golpear de vuelta y eso, lejos de ser humillante, era satisfactorio.

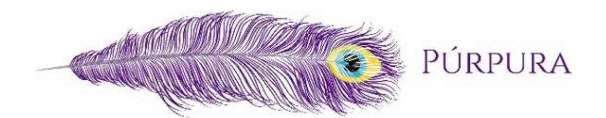
Después de un rápido y prolijo maquillaje, Emeraude se vistió con la ropa que Laetitia le regaló, se trenzó el cabello y se puso sus tenis favoritos. Nunca le habían gustado mucho los zapatos de tacón para

usarlos diariamente, pues era lo suficientemente alta como para no necesitarlos, y prefería estar cómoda si se iba a parar en el escenario para impresionar a Sam con su voz.

—Lety, ya me voy. —Emeraude dio una vuelta para que su amiga la viera.

—Estás preciosa, Ems. Si tienes suerte, podrás dejarle unos cuantos rasguños en la espalda esta noche. —las dos rieron. La cantante no tenía eso en mente, pero la idea era divertida, aunque improbable.

—Ya veremos. ¡Deséame suerte! —las dos amigas se despidieron y Emeraude salió al bar, directo a su cita con Sammy Arden.




—¿Vas a traer tu cita aquí? ¡Me parece perfecto! —Gretchen estaba feliz por Emeraude, pues sabía lo tímida que era cuando no tenía un micrófono en la mano. Y también le satisfacía ver que por fin se interesaba en alguien de manera romántica, después del horror que había sido George unos años antes.

—No podía faltar a trabajar, así que Lety me lo sugirió. Y creo que es mejor. —Sylvain se acercó con una sonrisa mientras limpiaba la barra.

—¿Cómo es el principito, Ems? ¿Portada de Men's Health, *nerd* incurable, metrosexual, bola de mugre, muñeco Ken?

—Nada de eso, Syl. Usa camisetas de superhéroes, tiene tatuajes, corte limpio castaño claro, ojos verdes...

—Oh, el modelo *hipster millenial*. No es mi favorito, pero lo encuentro racionalmente soportable.

—Tiene un problema. Se pierde por días enteros, así que no tengo idea de si decida aparecer hoy.

—¿Le dijiste que estarías aquí?

—Claro que sí.

—Entonces relájate. Si es lo suficientemente caballero aparecerá. Y podré darle un par de miradas para saber si te merece.

Mientras los demás llegaban el bar empezó a llenarse de gente, y Emeraude se sentó a afinar los instrumentos para matar el tiempo antes de que el reloj marcara las nueve.

Sam no aparecía después de la hora señalada, y los chicos de la banda no paraban de preguntarle a Emeraude por él mientras ella trataba de no perder la calma en el camerino. Lyle le entregó una taza

de té y se sentó junto a ella.

—¿Estás bien, Emi?
—Sí, no es que tenga razón para estar mal. ¿Y qué haces tú usando camisa amarilla, vas a volver con Gru?
—Qué graciosa. Sólo te burlas porque eres más alta que yo.
—Todos aquí son más altos que tú, Sanders. No alcanzas a Lety ni usando tacones.
—Claro, claro. ¿Oye, tienes el número del tipo? Si necesitas hacerlo, puedes llamar.
—¿Debería?
—Claro que sí. Es de mal gusto aceptar una cita para desaparecer después. No es justo contigo.
—Lo sé, me costó trabajo hablarle. Pero debe haber una razón para que no aparezca, tal vez le ha pasado algo...
—Si fuera el caso, te habría dejado un mensaje.
—Ya llegará. Prefiero no enloquecerme por eso.

Emeraude respiró hondo y se terminó el té. Después del último sorbo Harriet entró al camerino y se sentó junto a ella.
—Nena, ¿qué pasa con tu cita? Gretchen me dijo que vendría hoy. —la cantante se levantó de la silla.
—¿No pensemos en eso, quieres? Ya aparecerá. Ya vendrá, estoy bien, estoy bien. ¡Oh, Dios... necesito un trago! —Harriet, sabiendo que no debía hacerlo, fue a la barra y sirvió un vaso de vodka que le entregó a la joven.
—Toma. No es una Guinness, pero te hará sentir mejor. —Sin decir una palabra, la cantante recibió el vaso y se bebió el contenido de un tirón ante la atónita mirada de la pelirroja.
—Gracias, Harriet. Es perfecto. —ella recibió el vaso y asintió.
—De nada, preciosa. Creo que ya es hora de que llames al chico. Son las nueve y veinte.

Un poco molesta, Emeraude tomó el celular y marcó el número de Sam.
—Vamos, Sammy... contesta, contesta... ¡rayos! —no había respuesta. El chico no contestaba, y ella consideró dejar de esperarlo y ponerse a trabajar. Si había algo que le fastidiaba era que alguien llegara tarde. Lo había hecho en un par de oportunidades, pero se sentía culpable cuando le sucedía y se disculpaba millones de veces porque sabía lo que se sentía que la dejaran plantada, y no era lindo.

A las nueve y treinta, Emeraude bebió dos cervezas que había ocultado en el camerino "para emergencias", y subió al escenario

después de soltarse el cabello y apagar su celular. Se había hecho a la idea de que Sam no llegaría a la cita. Y no quería pensar más de la cuenta en eso, así que tomó el micrófono y llamó a los de la banda para que se subieran al escenario también.

—Charlie, "Whiskey in the Jar", por favor. —Charlie asintió, un poco triste por Emeraude.

—¿Estás bien, Ems? —ella asintió. De inmediato, él empezó a tocar los primeros acordes de lo que su compañera pidió, mientras trataba de mantener la concentración.

Las ganas de sacudirse la frustración podían más que cualquier otra cosa, así que Emeraude comenzó a moverse por todo el escenario, sabiendo que eso ayudaría a calmar lo que sentía. No era ira, pues le costaba mucho trabajo enojarse. No era tristeza, pues ella necesitaba muchísimo más que ser plantada por alguien para llorar. No era impaciencia, pues desde niña había aprendido que las cosas no salían como se esperaban al primer intento, ni al segundo, ni al tercero. Era una inmensa decepción.

Cuando Laetitia había dicho que probablemente él era un idiota con las chicas tenía razón, y Emeraude no quiso creerlo. No le volvería a hablar, no lo miraría en clase, ni siquiera cuando estuviera de...

—Emi, el de verde que está junto a la barra te mira como idiota. —Lyle le gritó al oído a Emeraude mientras Alex tocaba el solo de guitarra antes de la última estrofa de "Whiskey in the Jar".

Ella se encogió de hombros y sonrió. Las luces del escenario reducían un poco su visibilidad, pero pudo mirar hacia la barra mientras cantaba la última parte de la canción. De camiseta verde, pantalón negro y el cabello perfecto de siempre, ahí estaba, con su hermosa sonrisa y un asombro casi infantil.

Al mirar a Sam a los ojos, Emeraude dejó la decepción a un lado y se tranquilizó. Tendría una cita después de todo, pero alguien todavía tenía algo por explicar.



## VIII: Shut up and Dance

—Creí que no llegarías. —Emeraude se bajó del escenario por un momento mientras Alex cantaba una canción con la banda y se sentó junto a su cita.
—Lo siento... me dicen eso muy seguido, pero trato de no llegar tarde a todas partes. —los dos sonrieron. Emeraude no podía creer lo bien que se veía Sam, y él aun seguía mirándola de pies a cabeza.

—Emeraude, te ves preciosa.
—Gracias, Sammy. También te ves muy bien. Y hueles genial.
—Vaya, gracias. ¿Puedes resolverme una duda?
—Claro que sí.
—¿Trabajas aquí? Es que... no creo que dejen cantar con la banda a cualquiera. —Emeraude levantó las manos y asintió.
—Me descubriste. Soy la cantante de la banda.
—Pues... fue una buena sorpresa para mí. Este lugar es genial, parece un café por fuera.
—Técnicamente es un café, pero nadie ha pedido un capuchino de vainilla y canela en años.
—Bueno, es hora de desempolvar la cafetera.

Gretchen se acercó a Emeraude y la miró con picardía.
—Querida... es más lindo de lo que describiste. ¿Qué van a tomar? —Sam y Emeraude se miraron a los ojos y sonrieron. Luego miraron a Gretchen.
—¡Capuchino de vainilla y canela!

Mientras los dos bebían sus cafés, Ernie se llevó aparte a Emeraude por un momento.

—¿Es él? ¡Buen trabajo, pequeña! No pudo quitarte los ojos de encima desde que llegó y te oyó cantar. —ella enrojeció.

—Gracias, Ernie... eso noté, pero voy a tener que entretenerlo de otra forma mientras trabajo, no quiero que se aburra y se vaya. —él movió la cabeza en señal de negación.

—No te preocupes. Quiero que tu cita salga bien, así que hoy trabajarás por una hora nada más. —la cantante, sorprendida, miró a su jefe.

—¿Qué? Ernie, y el resto de la noche... —él puso una mano en el hombro de la joven y sonrió.

—Una hora. No te preocupes por el resto de la noche. —Emeraude, emocionada, abrazó al británico.

—Gracias, Ernie. Te lo compensaré mañana, lo prometo.

—No tienes por qué hacerlo. Tengo todo en orden y hay algo diferente por hacer. No iba a obligarte a cantar mientras el chico se quedaba solo en una mesa esperándote.

—Eres un ángel. Gracias, gracias, ¡gracias!

—Diviértete. Lo mereces.

Ernie regresó a la barra junto a Gretchen mientras Emeraude se terminaba el café. Ella se acercó a Sam y luego señaló el escenario.

—Sammy, tengo que pedirte algo. —él asintió.

—No te preocupes, Emeraude. Ya empezaste a cantar y no puedes pararlo. No me iré de aquí. —ella sonrió de nuevo, dejando que el exótico olor de Sam inundara su nariz. De verdad olía bien, aunque no supiera exactamente lo que era.

—Sólo es por una hora. De verdad lo siento, es que creí que... —el chico levantó una mano. El que necesitaba disculparse era él.

—Ve. Estaré aquí cuando te bajes del escenario. —la cantante arrugó la nariz y sonrió. Luego se subió al escenario de nuevo, y Alex le entregó una hoja de papel con las canciones que tocarían en la hora siguiente.

**#LaHistoriaPlumosa:**
**Primera cita de Emeraude Blanchard y Sammy Arden**
**(Playlist disponible en Spotify)**

1. Pour Some Sugar on Me – **Def Leppard**
2. Killing me Softly – **The Fugees**
3. Faith – **George Michael**
4. Supermassive Black Hole – **Muse**
5. Love in an Elevator – **Aerosmith**
6. Black Velvet – **Alannah Myles**
7. Everything's Magic – **Angels and Airwaves**

**8.** First Date – **Blink 182**
**9.** One Wild Night – **Bon Jovi**
**10.** You Spin me Round – **Dead or Alive**
**11.** The Dark of the Matinee – **Franz Ferdinand**
**12.** Undisclosed Desires – **Muse**
**13.** Talk Dirty to Me – **Poison**
**14.** Closer – **Nine Inch Nails**
**15.** Hurricane – **30 Seconds to Mars**

Emeraude reconoció esa lista de inmediato. Era la lista de los ligues. La que había usado Arne con Laetitia en una de sus citas, y la que usaron los demás chicos de la banda para coquetear con otras chicas. Pero no era lo que ella quería cantar esa noche. Algunas canciones eran demasiado agresivas para una cita con alguien como Sam.

—Alex, no voy a usar esa lista con Sammy. ¡Estás loco!
—Vamos, Ems —el guitarrista la miró desconcertado—. Tienes que hacer lo que tienes que hacer.
—Pero eso no. Lo siento.
—Oye...
—No.
—Pero...
—¡No!
—¡Dale una oportunidad a la lista de los ligues, es mágica!
—¡Yo no quiero esa magia hoy! Tal vez otro día...
—Emeraude, por favor...

Después de un momento de silencio Emeraude respiró hondo y decidió aceptar.
—Alex... tú y Lety son genios malignos. Lo haré, pero no voy a cantar "Closer". —él sonrió. Eso era mejor que nada.
—Vale. Lo importante es que cantes.

Durante la hora siguiente, Emeraude cantó todas las canciones de aquella lista excepto "Closer", mientras Sam mantenía los ojos fijos en ella. Nunca había conocido a una chica así, y le alegraba haberlo hecho. Su semana había sido horrible, pues había tenido un par de discusiones fuertes con su padre. Pero no quería que aquella chica lo supiera, era una noche de diversión, no de visitas al psicólogo.

Él, costándole trabajo admitirlo, también necesitaba esa cita.

Necesitaba a alguien que le ayudara a olvidar sus problemas por

unas horas, alguien que lo hiciera sonreír un poco. Alguien torpemente dulce, que no temiera pedirle cosas absurdas, que tuviera un talento especial, que lo hiciera reír, que lo tratara bien, que cantara como si no existiera nadie más en el lugar aparte de él, que se sonrojara cada vez que le hablara, que lo irrespetara un poco con su espontaneidad.

Necesitaba a alguien como Emeraude en su vida.

Apenas la banda terminó de tocar, Ernie tomó el micrófono.

—¡Buenas noches a todos! Hoy haremos algo diferente. Primero que todo, démosle un saludo a Emeraude, nuestra cantante. ¡Tiene una cita! —la gente aplaudió y se oyeron unos cuantos silbidos mientras ella saludaba tímidamente con la mano—. En segundo lugar, preparen sus gargantas. Ustedes serán los artistas por hoy. ¡Concurso de karaoke!

El público aplaudió de nuevo. Emeraude, con una loca idea en la cabeza, se acercó al británico y tomó el micrófono otra vez.

—Ernie, si me permites... ¡hola a todos! Ya saben que estoy en una cita, y he cantado durante una hora completa. Necesito que alguien venga aquí de primero. ¡Llamo al escenario a mi cita, Sammy Arden!

Emeraude señaló a Sam, que la miraba confundido mientras el público aplaudía.

—Sammy, ven acá. Escoge una canción y canta, por favor, por favor, por favorcito... —la cantante hizo los mismos ojos de borrego que vio el profesor Gorski el primer día de clases del semestre, y Sam no pudo escapar de esa mirada—. Sammy, por favor... —él, sin poder hacer nada más, se levantó de la silla y se subió al escenario.

—Emeraude, lo que voy a hacer no le llegará a los talones a tu voz. Te lo juro. Ni aunque lo intente. —ella sonrió.

—No te preocupes. Lo disfrutaré, te lo aseguro. —el chico se acercó a Ernie y le dijo algo mientras Emeraude se sentaba de nuevo.

Sam se decidió por "Shut up and Dance" de Walk the Moon, y por primera vez en la vida, Emeraude se quedó sin palabras. Lograr asombrarla a ella era bastante complicado, pero le había alegrado que hubiera sido él quien lo consiguiera. Era oficial, el chico de rojo tenía ese superpoder.

El público empezó a aplaudir cuando Sam terminó la canción. Él se sentó junto a Emeraude de nuevo y ella aun no lograba musitar palabra.

—¿Y bien... qué te pareció? —ella sólo sonreía. Le tomó un rato

poder hablar.

—Eh, yo... oh, Dios mío... ¡eso fue fantástico! Tienes muy buena voz. ¡Y la canción es genial, una de mis favoritas! —Sam sonrió.

—Gracias. Nunca había hecho algo así, y menos delante de tantas personas. —Emeraude aun no salía de su asombro, y le alegraba que fuera así. Sam, además de ser increíblemente atractivo, era inteligente, talentoso y de buen corazón. Y a ella le complacía haber encontrado a alguien como él.

El bar se había vuelto más ruidoso que de costumbre, por lo que después de oír a muchas personas cantando en karaoke, a Emeraude y Sam les costaba un poco hablar. Sylvain, notando eso, se acercó a la mesa donde ellos estaban, y sigilosamente le entregó una nota a su amiga: "Vayan al camerino, es mejor si quieren conversar". Después de reflexionar un poco, Emeraude pensó que era una buena idea, y decidió sugerírsela a Sam.

—Sammy... ¿te parecería bien si vamos a un lugar más tranquilo? Para que podamos conversar... y todo eso. —él sonrió.

—Estaba a punto de proponer lo mismo. Vamos. —la cantante se levantó de la silla y le tendió la mano a su acompañante, quien de inmediato entrelazó sus dedos con los de ella, causándole un imperceptible escalofrío.

Unos instantes después, Emeraude y Sam entraron al camerino. Apenas ella cerró la puerta y encendió las luces, empezó a sonar una canción desde un parlante instalado en una de las esquinas de la habitación. "Closer", más exactamente.

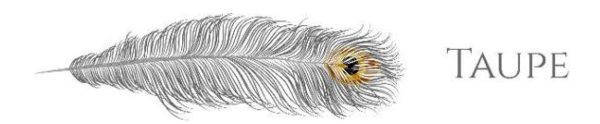
—Oh, no puede ser. —la cantante puso la mano en la cerradura, y antes de que pudiera girarla, escuchó la voz de Sylvain desde el otro lado.

—Ni lo intentes, Ems. La cerré desde afuera.



# IX: Slow Motion

*El ritual de apareamiento del pavo real incluye sus característicos cantos, que pueden ser de varios tipos.*




—Vamos, Syl. ¡Quítale el seguro a la puerta! —a Emeraude no le molestaba estar sola con Sam, pero no quería que fuera de esa forma. Detestaba forzar las cosas, y Sylvain no estaba ayudando mucho. Al bartender se le sumó Alex, y Emeraude reconoció su risa de inmediato.

—Ems, nos vamos. Y ustedes dos no salen de ahí hasta que algo suceda.

—Alex, vuelve... eres el cuerdo de la banda, ¡no hagas esto!

—Disfruten el sushi de Harriet, el tequila y el iPod de Lyle. ¡Adiós!

Emeraude giró la cerradura de la puerta, intentando abrirla sin éxito.

—Syl... ¡Alex! —ya no había respuesta del otro lado de la puerta, pero la cantante sabía que los dos seguían ahí—. Veo la sombra de sus pies bajo la puerta. ¡Déjennos salir! —silencio sepulcral. Emeraude suspiró con resignación. Sam sonreía divertido mientras se tomaba un

vaso de tequila y mordía un pedazo de limón.

—Sammy, lo siento... Alex y Syl están mal de la cabeza hoy. —Sam movió la cabeza con tranquilidad. Se lo estaba tomando mejor de lo que Emeraude habría imaginado.

—No te preocupes. Podemos conversar como lo dijiste, ven. —el chico palmeó el sitio del sofá junto a él. La cantante se sentó, y cuando lo hizo una de sus marcas de entrenamiento se asomó por debajo de su falda: un moretón en un costado de la pierna, un poco más arriba de la rodilla. Sam no pudo pasar eso por alto.

—Oye, ¿qué es eso? —en la piel blanca de la cantante los violetas y verdes de los golpes se veían más vivos, así como el rojo intenso que invadió sus mejillas. Avergonzada, se cubrió la rodilla con la falda.

—No es nada, Sammy... no te preocupes. —el chico tatuado la miró sin creerle una sola palabra.

—Háblame de eso. Un golpe así no sale de la nada. Y sabes que soy insistente, así que, si no me dices, lo averiguaré de cualquier manera. Soy fan de Sherlock Holmes y los juegos de Phoenix Wright, aprendí a deducir lo que pasa. —Emeraude se puso de pie frente a su cita y se levantó un poco la falda.

—Está bien, inténtalo. —Sam, sin tocarla y respetando su espacio personal, miró el moretón para sacar sus conclusiones.

—Veamos... hay un patrón nebuloso en los bordes y un color más oscuro en el centro. Es un golpe hecho por un objeto curvo y aplanado... hace más o menos dos semanas. —Emeraude levantó una ceja, impresionada.

—¿Diagnóstico?

—Un objeto como una vara metálica no puede haber hecho este hematoma. Veamos...

Mientras tomaba un rollo de sushi de la mesa con los dedos y se lo llevaba a la boca, la cantante se dio la vuelta y le mostró a Sam un moretón muy parecido en su pierna derecha.

—Tal vez esto te ayude. —asombrado, él la miró. Luego reparó en la nueva pista.

—Vaya, los tienes en las dos piernas y son muy parecidos. Están en una ubicación demasiado inusual como para decir que te golpeaste contra una mesa o una cama, así que me arriesgaré a decir que... son patadas de *muay thai*. Y no te pateó una chica, fue un hombre de tu misma estatura. Esa sesión de *sparring* debió doler mucho. —ella sonrió, sorprendida por la exactitud de la deducción.

—Sammy... de verdad conoces tus videojuegos. —Emeraude dio

unos cuantos pasos alrededor de la habitación mientras Sam la miraba. Los dos se olvidaron del iPod, que había dejado de reproducir "Closer", para hacer que sonara "Let's Get it On", de Marvin Gaye.

—¿En serio?

—Sí. Lyle adora esa canción.

—No, no hablo de la canción. ¿De verdad practicas *muay thai*?

—Bueno, no sólo *muay thai*. El karate es mi favorito, pero también hago JJB, lucha, capoeira... un poco de todo. ¿Recuerdas al grandote de Seguridad en la puerta? Él es mi entrenador.

—No puedo creerlo —Sam sonrió—. ¡Eres peleadora de artes marciales mixtas!

—Sólo llevo dos meses, así que no soy muy buena.

—Eres valiente, ¿pero por qué eso y no yoga o gimnasia? —Emeraude se encogió de hombros.

—Es una larga historia, pero puedo resumirla un poco.

—Te escucho.

—Estaré preparada por si mi exnovio golpeador vuelve a buscarme algún día.

—Oh, lo siento. No quise...

Sam, nervioso, bebió un segundo vaso de tequila. Luego tomó un par de palillos y se comió otros dos rollos de sushi antes de acomodarse en el sofá y ver la forma en la que Emeraude movía los pies a través de la estancia, fascinado por lo que acababa de descubrir.

—No te preocupes, Sammy. Antes no podía defenderme, pero ahora puedo golpear de vuelta. ¡Es divertido!

—Es que no te imagino golpeando a otra persona. Te ves tan...

—¿Frágil? —la cantante ladeó un poco la cabeza al preguntar.

—No —replicó Sam—. Aun no sé qué palabra usar para describir eso.

—Algo se te ocurrirá. Mientras tanto cuéntame algo sobre ti.

—Veamos —el chico tatuado tomó un poco de aire—, tengo veintiún años, he vivido durante toda mi vida en Copper Grace, solía huir de los bravucones en la escuela y... ¡altiva! Esa era la palabra que buscaba.

—¿Soy altiva? —Emeraude entornó los ojos hacia su cita. Sam asintió.

—Bueno, que midas casi metro ochenta hace que te veas así.

—Mira quién lo dice, el que mide metro ochenta y...

—Ochenta y ocho. Y sí. Eres altiva, pero eso no es algo malo.

—Dile eso a la Emeraude de hace siete años. Ser la más alta de la escuela podía ser aterrador en Short Hand.

—¿Eres de Utah?
—Nací y crecí en el estado de la colmena.
—Debe ser genial crecer tan cerca del lago Teal Victory.
—Es divertido nadar en él. Dicen que hay tesoros en el fondo, pero yo no lo creo.

El iPod de Lyle reprodujo "Slow Motion", de Juvenile. Emeraude no podía creerlo. El genio maligno combinado de Sylvain y Alex y la lista extendida de los ligues que sonaba en el camerino estaban poniéndola incómoda, así que se acercó al origen de la música y presionó el botón de pausa.
—No sé por qué no se me ocurrió antes, a veces me falla el sent… —el iPod interrumpió a Emeraude y siguió sonando. Sylvain, detrás de la puerta, soltó una sonora risa.
—Cariño, tengo un control remoto. Lo usaré cada vez que toques ese botón. No se te ocurra sacar el iPod de su lugar, vas a perder el tiempo. ¡Que Krishna bendiga el Bluetooth! —el bartender seguía tras la puerta después de un buen rato y al parecer no tenía nada mejor por hacer que vigilar la cita.

Rindiéndose, Emeraude se sentó junto a Sam de nuevo y tomó otro rollo de sushi, mientras él se bebía otro vaso de tequila y jugaba con un pedazo de limón en la boca.
—Emeraude, mira esto —Sam se levantó y comenzó a hacer un *moonwalk* ligeramente torpe, pues ya llevaba tres vasos de tequila y apenas había tocado el sushi—. *Uhhh, I like it like that, she working that back, I don't know how to act, slow motion for me, slow motion for me, slow motion for me, move in slow motion for me…* —la joven no pudo contener la risa. El Sam ebrio era bastante gracioso y sabía rapear. ¿Quién creería que el chico tatuado se transformaba así con el alcohol?

Emeraude, después de acabarse su plato de sushi, le echó una mirada a la botella de tequila. Aparte del vodka y las cervezas no había bebido más alcohol antes de comer, pero ya tenía el estómago lleno así que podía hacerlo con más tranquilidad sin temor a embriagarse demasiado rápido. Se sirvió un vaso y lo pasó con pequeños sorbos mientras lamía un trozo de limón con sal.

Sam, un poco mareado por los tragos, se sentó junto a Emeraude después de dar unas cuantas vueltas. Luego sirvió otro vaso de tequila y se lo bebió.
—Creo que estoy ebrio. Debí comerme el sushi antes del tequila. —los dos se levantaron, él se tambaleó y tropezó. Ella trató de evitar que

cayera, pero el peso de su cuerpo hizo que también tropezara, y en un instante, los dos estaban tocando el suelo alfombrado de negro. Rápidamente, la cantante se sentó en *seiza*[1] mientras Sam miraba hacia arriba.

—Oye, el techo parece una pintura de Jackson Pollock. —Emeraude alzó la mirada y sonrió. Un fondo azul oscuro con puntos blancos y amarillos simulaba el cielo estrellado.

—Es lindo, ¿verdad? Yo lo pinté. —asombrado, Sam levantó la cabeza.

—Sal del edificio. ¿De verdad lo hiciste tú? Es genial. —la joven asintió.

—Sí. Un poco de pintura en aerógrafo y ya, pan comido.

Sam, sintiéndose un poco ligero, volvió a poner la cabeza en el suelo.

—¿Emeraude, puedo tocar tu cabello? —su voz se convirtió en un irresistible ronroneo. Emeraude se acostó boca abajo en el suelo, tomó la mano de él y la puso en su hombro, dejando que tocara uno de los mechones que caían sobre su espalda como una cascada de esmeraldas.

—Tócalo cuanto quieras, Sammy Arden. —después de entrelazar sus dedos con aquel suave cabello, Sam se levantó y tomó a Emeraude de la mano para que hiciera lo mismo. Puso una mano con suavidad en su mejilla, mientras la rodeaba por la cintura con la mano que le quedaba libre.

El inoportuno iPod de Lyle hizo que "Have You Ever Really Loved a Woman" de Bryan Adams llenara la atmósfera de una inusual comodidad. El sonido de la guitarra flamenca hacía que la piel de Sam se erizara al tratar de mantener el equilibrio, a lo que Emeraude luchaba por evitar que sus rodillas se doblaran. Los dos se miraron a los ojos mientras ella se aferraba a su espalda y él le pasaba suavemente las yemas de los dedos por el cuello.

—Sammy, ese no es mi cabello. —él le puso ambas manos en la cara.

—Lo sé. Ya no es lo único que quiero tocar —Sam suspiró. El alcohol estaba hablando por él—. Frambuesa. Hueles a frambuesa y chocolate blanco. —Emeraude cerró los ojos y puso su cabeza en el hombro del Sam ebrio.

—Creí que no lo notarías.

—Reconocería ese olor hasta en medio de una cloaca. Amo el cheesecake de frambuesa.

—Sammy…

—No, Emeraude… no digas nada. Sé que estoy ebrio, pero esto me gusta. Me gusta estar aquí contigo. Tú me gustas.

—Oye, yo…

Sam tiró suavemente del cabello de Emeraude. Sus rostros quedaron a escasos centímetros de distancia, sus miradas se cruzaron en una mezcla de verde y marrón, y antes de que ella pudiera reaccionar de alguna forma, él la besó.

El estómago de la cantante era un pequeño hoyo negro que a duras penas podía controlar. Cuando el Sam ebrio decidió juntar sus labios con los de ella, un cosquilleo se apoderó de sus dedos, y solo pudo calmarlo acariciando la cara y la espalda del chico tatuado. Nunca, ni siquiera en sus sueños más disparatados, habría imaginado que aquella cita tomara aquel rumbo, ni que él fuera tan dulce con ella a pesar de las circunstancias en las que estaban reunidos. Pero sin importar lo que sucediera después de que la botella de tequila se terminara, Emeraude planeaba disfrutar cada contacto, cada sonrisa, cada mirada que Sam quisiera dedicarle antes de desmayarse por la borrachera.

El iPod de Lyle se detuvo súbitamente, y el sonido de una llave en la puerta hizo que los dos se sobresaltaran.

—Ahora sí me voy, Ems. ¡Buenas noches! —el sonido de las pisadas de Sylvain en el suelo de madera confirmaban que, finalmente, Emeraude Blanchard y Sammy Arden estaban completamente solos, y podían salir del camerino cuando quisieran. Emeraude se apartó de Sam con suavidad, a pesar de que no quería hacerlo.

—Sammy… ya podemos salir. —él no se movió de su lugar, y tomó la mano de su cita para que ella tampoco lo hiciera.

—¿Quieres salir para que todos te maten a preguntas como si fueran el FBI? —la cantante negó con la cabeza.

—Estoy bien aquí. Las preguntas pueden esperar hasta mañana. —los dos sonrieron y se besaron de nuevo.

A pesar de que Emeraude no estaba completamente sobria, estaba más en sus cabales que Sam, por lo que tuvo la sensatez suficiente para no obligarlo a hacer algo que él no quisiera, así que no dijo absolutamente nada cuando él se bebió otro vaso de tequila y puso su cabeza sobre aquel regazo enfundado en una falda roja, para sentir luego que le acariciaban el cabello con suavidad.

—¿Sammy, estás bien? —él cerró los ojos y sonrió.

—Sí. Solo estoy un poco mareado. —Emeraude tomó el plato con

la cena de Sam, sujetó un rollo de sushi con los palillos y lo puso cerca de él, asegurándose de que lo viera.

—Ven, cómete uno. No los has probado, y lo necesitas —él sonrió, dejando que ella pusiera el rollo de sushi en su boca—. Mucho mejor, ¿no crees? —Sam asintió mientras masticaba. Luego de un rato, ella había logrado que el chico de rojo se terminara el sushi. Un par de instantes después, él se sentó y recostó la cabeza en el hombro de su cita.

—Espera, no puedo hacer esto. —la cantante puso su mano en la mejilla de Sam.

—¿Qué quieres decir con eso? Ya te acabaste el sushi. —él se limpió la boca con una servilleta y se puso de pie.

—No hablo de eso. Ven acá. —Emeraude, curiosa, se levantó y abrazó a Sam.

—Sammy, ¿qué sucede?

—Es que no puedo hacer esto —Sam se cubrió la cara con las manos—. No puedo hacerte esto.

—¿Quisieras iluminarme?

—Complicado.

—No soy idiota. Hay una razón por la que decidiste ponerte ebrio esta noche. Algo te pasa.

—Es que… Emeraude…

Los dos se sentaron en el sofá por centésima vez. La mirada de Sam se había tornado sombría, como si tuviera malas noticias para Emeraude.

—Sammy, di alguna cosa. ¿Qué sucede?

—Escucha… he tenido una semana infernal, y realmente esperaba esta cita con ansias. Esperaba divertirme, y de hecho lo hice. Pero no puedo hacerte esto.

—¿Hacerme qué? ¡Por favor, dime qué demonios pasa!

Sam suspiró profundamente y fijó la mirada en el suelo. Emeraude temía escuchar algo horrible.

—Emeraude… eres una chica genial y de verdad me gustas.

—Pero…

—No hay pero. El problema es mío.

—Sammy, no te entiendo.

—Yo tuve una semana terrible. Y necesitaba relajarme un poco. Me divertiste. En serio.

—Oye, si la pasaste bien, ¿cuál es el problema? —respondió la

cantante luego de cruzarse de brazos.

—Eres una chica muy... no sé cómo decirlo. No eres el tipo de chica con la que se tiene una sola cita. De verdad, eres grandiosa, inteligente, y muy interesante. Pero ahora estoy pasando por un mal rato, y...

—¿Quieres un rollo de una noche?

—Disculpa, no puedo hacerte eso. Lo siento.

Emeraude miró hacia el techo y suspiró. No podía culparlo por sentirse así, y apreciaba que hubiera dicho la verdad. Pero él tenía razón, ella no era el tipo de chica que alguien olvidaba después de una sola cita, y tenía demasiado amor propio como para acostarse con un hombre y no volverlo a ver después, así que no sabía qué hacer.

—Sammy, gracias por ser honesto conmigo. No todos hacen eso.

—Mereces que te diga la verdad. No puedo ofrecerte algo más ahora y de verdad lo siento.

—No te preocupes. Soy yo la que debe tomar una decisión. Y créeme, no tengo idea de lo que quiero hacer.

—Tómate tu tiempo, Ems. Decide lo que quieras.

—Está bien.

La cantante estaba confundida y con una tormenta en la cabeza. Sam le gustaba, y sabía que era algo recíproco. Nadie en sus cabales se habría avergonzado de tenerla como novia, o de decir que salía con ella, y él lo sabía. Pero a pesar de que tenía presente que ella podía ofrecerle algo más que un rollo de una noche, él no quería que la cantante lidiara con una carga que no le correspondía, y era consciente de que eso sucedería si los dos se involucraban de manera más profunda.

Emeraude se acostó en el sofá y miró al techo. Ella quería lo que Sam no podía darle, pero la oferta que él había hecho sonaba muy tentadora. Antes de que ella pudiera decidirse, Sam caminó hacia la puerta del camerino y la abrió. A punto de salir, cruzó una mirada cómplice con su cita, a la espera de lo que ella quisiera hacer por el resto de la noche.

— Hace mucho calor adentro. Estaré en la parte de atrás del bar con la botella de tequila esperándote.

[1] Seiza: Palabra japonesa para describir la forma de sentarse de rodillas apoyando los glúteos sobre los talones.



## X: Una historia sucia

En la mañana del viernes, Emeraude había tenido tiempo de entrenar y asistir a la primera clase del día antes de regresar a su habitación. Cuando lo hizo, sirvió una taza de café y se sentó en uno de los sillones mientras miraba fijamente su cama. Sammy Arden estaba ahí, durmiendo, sin nada más que una sábana lila cubriéndole el trasero, dándole a su cita una magnífica vista llena de tinta en la espalda y los brazos. Estaba más tatuado de lo que parecía cuando usaba ropa, y Emeraude estaba fascinada.

"Tomaste la mejor decisión de tu vida, Emeraude Blanchard. Ahora él sigue ahí, probablemente se levantará con resaca, y tendrás que hacerlo sentir mejor cuando despierte". El mensaje que Laetitia le envió al celular había sido leído cientos de veces, y a pesar de que Emeraude creía haber hecho una buena elección, no estaba convencida de eso al cien por ciento. Después de todo, había decidido algo que se prometió nunca hacer.

Laetitia, con todo y su resfriado, salió de la habitación en medio de la noche cuando Emeraude y Sam llegaron, rompiendo al menos cinco reglas impuestas en el edificio de dormitorios por una buena causa. Luego se fue a la habitación de Lyle a pasar la noche y dejó que ellos hicieran lo que quisieran. Pero no tardó en llamar a su amiga para pedirle detalles al día siguiente, así que antes de ir a entrenar, Emeraude tuvo que contestarle una videollamada a Laetitia en el baño

para que Sam no la escuchara hablar.

—Emeraude Blanchard, habla ya. Dime que salí de MI habitación para que te sucediera algo bueno.
—De hecho, sí —la cantante asintió—. Sammy aun está durmiendo. Si las paredes pudieran hablar…
—¿Lo hicieron?
—Dos veces.

El grito ensordecedor de Laetitia despertó a Lyle, que rugió un par de groserías antes de volver a dormir.
—¡Seis de la mañana, Laetitia! —Emeraude pudo ver un cojín dirigido a su amiga viajando por el aire.

—¡Ems, eso es genial!
—Pues sí. Fue genial. Y es oficialmente el mejor sexo borracho que he tenido en mi vida.
—Estoy feliz por ti. Necesitabas algo así desde hace mucho tiempo.
—Sí. Lo necesitaba…

Emeraude no pudo ocultar su preocupación de Laetitia, quien de inmediato notó que algo extraño sucedía con su amiga.

—Jovencita, algo te pasa. Deberías estar bailando samba y no te veo tan bien.
—Debería, lo sé. Pero no estoy feliz del todo. Es algo complicado.
—Dímelo.
—¿Podemos hablar de eso después? Debo ir a entrenar, y si llegara tarde Braulio sería capaz de hacerme correr una maratón. —Laetitia suspiró, rindiéndose.
—Ah, está bien. Ya no me siento tan mal entonces podré ir a clase ahora. ¿Dejarás a Sam durmiendo allá?
—No quiero despertarlo. Necesita recuperar mucho sueño perdido.
—¡Loca pervertida!
—No hablo de eso, Lety. ¿Nos vemos ahora?
—Vale. Te veo en clase.

Cuando Emeraude entró al gimnasio, Ernie y Braulio la esperaban en la zona de hidratación. Y no pudo evitar que ellos preguntaran alguna cosa acerca de la noche anterior. El británico estaba particularmente curioso ese día, y no lo disimuló.
—Buenos días, pequeña. Dime que no dormiste anoche. —Emeraude se sonrojó mientras su entrenador y su jefe la miraban, esperando una respuesta.

—Apenas pude cerrar los ojos. Todo salió bastante bien. —Ernie suspiró y le tendió la mano a Braulio.

—Paga, caballo. —el brasileño miró a Emeraude, sacó un billete de diez dólares y lo puso en la mano de Ernie.

—Fue una apuesta inofensiva, pequeña. No nos prestes atención con eso. Ve a calentar. —la joven asintió, y sin decir una palabra salió a darle unas cuantas vueltas a la manzana.

Durante la clase de *muay thai*, Emeraude estuvo muy distraída. Tanto así que Zachary, uno de sus compañeros de entrenamiento, le dio un codazo en la cara que la hizo sangrar, y no estuvo consciente de eso hasta que Braulio se lo dijo.

—Blanchard, corte en la ceja. Ve donde Marshall, no puedes seguir entrenando así. Levine, acompáñala. —ella obedeció y fue a la enfermería escoltada por Zachary, quien se disculpó millones de veces.

—Emeraude, de verdad lo siento, ¡no quise hacerlo! —la cantante sacudió la cabeza.

—No te preocupes, Zack. Estábamos entrenando, algo así podía suceder.

—Pero, es que eres una chica, y no puedo golpear a las chicas. No está bien.

—No te sientas así. Yo decidí dejarme golpear, no es tu culpa. De verdad, no te preocupes.

—Dame un codazo. —Emeraude lo miró desconcertada.

—¿Qué?

—Golpéame. Por favor. —Zachary juntó las manos a manera de ruego. Su compañera de entrenamiento movió la cabeza en negación.

—Estás loco. Lo siento, no lo haré porque sí.

—¿Tal vez otro día?

—Está bien. Otro día.

—No me defenderé, para que me rompas la cara a tu gusto.

—Gracias, Zack.

Diez minutos después, Marshall estaba poniendo cinco puntos de sutura en la ceja de Emeraude.

—Seis días con esto. Nada de contacto, y mucho hielo.

—Está bien. —el médico le entregó un pequeño frasco a su paciente.

—Tómate estas pastillas. Te calmarán el dolor.

—Gracias.

—Ve a descansar, es todo por hoy.

Emeraude obedeció, y cuando llegó a la habitación le echó una mirada a Sam, que aun dormía como un bebé. Él no se movió de ahí, ni siquiera después de que Emeraude conversara con Laetitia en plena clase y regresara sola al edificio de dormitorios.

Ahí estaba ella después del mediodía, bebiendo café en el sillón mientras veía dormir a su tatuado revolcón de una noche y leía el mensaje de Laetitia sin terminar de creer lo que decía. Emeraude no se sentía del todo bien acerca de lo que había hecho, pero tampoco tenía razones para convertir eso en una tragedia. Después de todo, los dos habían acordado divertirse y nada más.

Emeraude, habiendo decidido no ir a clase por el resto del día, tuvo tiempo de limpiar un poco su habitación antes de que Sam despertara con el dolor de cabeza más fuerte que alguna vez había sentido. Una taza de café humeante y una rosquilla con queso crema le dieron las buenas tardes, pues despertó antes de la una.

—Buenas tardes, Sammy. ¿Cómo te va con esa resaca?

Sam se volteó en la cama, sin preocuparse por el hecho de estar completamente desnudo. Pero bueno, a ella no le molestaba.

—Oye... hola. —le dolían los ojos, pero los abrió lo suficiente como para darse cuenta de la hinchazón y los puntos en la ceja de Emeraude cuando ella se sentó en la cama junto a él.

—¿Qué demonios tienes en la ceja? —el chico trató de tocar, pero ella le apartó la mano con suavidad.

—Fue un golpe de entrenamiento, nada grave. —Emeraude se sentó junto a Sam en posición de loto mientras él se enrollaba en la sábana.

—¿Qué hora es?

—Casi la una.

—Oh. Ya me perdí dos clases hoy.

—Te perdiste las clases de toda la semana.

—Sólo las de la mañana.

—Sammy, creo que hay algo importante que debemos discutir.

—¿Quieres hacer eso ahora?

—Sí. Son cosas que ambos necesitamos saber.

Sam se acostó boca abajo y Emeraude pasó saliva. Para ella era imposible concentrarse en lo que quería decir si tenía junto a ella una perfecta escultura de piel blanca e infinidad de lunares salpicándole el cuerpo y abriéndose paso entre los grandes tatuajes.

—Sammy.
—¿Sí?
—Ponte algo encima, por favor.
—Oh, claro. Lo siento.

Emeraude metió la mano debajo de la cama y sacó los bóxers de Sam. Luego se los entregó para que se los pusiera.

—Listo. Ya no te distraigo.
—Bien, Sammy... anoche me dijiste cosas muy interesantes.
—Creo que recuerdo algo.
—Tal vez. Estabas bien ebrio.
—Lo siento. Dime que no te vomité la blusa.
—No, para nada. No hay vómito involucrado.
—Vale. ¿Qué cosas te dije?
—Supongo que recuerdas lo de "quiero divertirme y no puedo darte más que eso porque estoy en una etapa horrible de mi vida". —Emeraude hizo las comillas al aire con los dedos mientras hablaba.
—Luego salimos del camerino y te sentaste junto a mí en el parqueadero para seguir bebiendo.
—¿Nos detendremos ahí, te parece?
—¿Qué pasa con eso?
—Sammy —la cantante suspiró—, sé que no lo haces todo el tiempo, pero que hayas decidido ponerte ebrio para olvidar tus malos ratos no es saludable.
—¿Sugieres algo?
—Habla conmigo. Si no volveremos a salir, al menos merezco saber por qué decidiste beber tanto en nuestra cita. ¿Qué tan grandes son tus problemas?

Sam se levantó de la cama, buscó su pantalón y se lo puso. La cantante tenía razón. Lo mínimo que él podía hacer era explicarle lo que pasaba por su cabeza, tenía que justificar qué tan mal estaba como para haberle pedido a Emeraude, una completa extraña, que lo entretuviera.
—¿Has visto mi camiseta? —ella asintió.
—Te la quitaste en el bar, dijiste que hacía mucho calor. La buscaré hoy y te la entregaré el martes. —Sam suspiró extrañado y se tiró de nuevo en la cama. No recordaba haber hecho eso.

—Emeraude, tal vez anoche te hablé de mi padre.
—Sí. Me dijiste que es abogado y detesta que no sigas sus pasos. Quise saber algo más y empezaste a besarme para que no hiciera preguntas.

—Lo siento.
—Descuida. Fue bueno que me callaras así.
—Lo que sucede es que le molestan mis decisiones. Van en una dirección completamente opuesta a las suyas. Y no ayuda el hecho de que mamá me apoye.
—Es comprensible. Una profesión tan tradicional suele ser muy restrictiva.

La taza de café que Emeraude había preparado para Sam se estaba empezando a enfriar, así que él se la bebió rápidamente. Se comió la rosquilla antes de seguir hablando.
—Mamá adora tatuar, papá está embebido en su firma de abogados, y yo sigo mis sueños. —Emeraude detectó un pequeñísimo brillo en los ojos de Sam cuando mencionó su carrera.
—Se nota que adoras lo que estudias. —él sonrió.
—Siempre quise hacer algo así. Desde niño me entretenían los videojuegos.
—Pero no querías quedarte frente a la pantalla nada más.
—Exacto. Siempre me pregunté qué pasaba debajo de las gráficas geniales y los títulos espectaculares.
—Tu padre no entiende eso.
—Es difícil hacérselo entender. Se está convirtiendo en un asunto muy agotador. Es algo que respiro y vivo, no puedo alejarme así como así.
—Lo mismo me sucede a mí con la música. El día que no pueda cantar o tocar un instrumento... creo que moriré.

Sam imitó la posición de Emeraude al sentarse frente a ella en la cama. Los dos tenían un semblante sombrío, algo irónico, sabiendo que doce horas antes habían estado ahí, en ese mismo sitio, haciendo cosas innombrables.

—Sammy, ¿qué haremos con todo esto? Digo, sé lo que quieres tú, pero...
—No quieres lo mismo —completó el chico tatuado—. No piensas decirlo, pero crees que soy un bastardo egoísta.
—No lo eres. Yo estuve de acuerdo con lo que propusiste y creo que deberíamos seguir en esa tónica. Poner tu cabeza y tus proyectos en orden es importante. Pero me preocupa que un día vuelvas a beber demasiado y te suceda algo.
—¿Estás segura de que eso es lo que te preocupa? —la cantante asintió.
—Completamente.
—Te creeré. Así como tú me escuchaste y comprendiste todo.

Emeraude tomó la mano de Sam, y los dos se miraron a los ojos. Ella sabía que él debía irse, pero no quería que fuera tan pronto. Su tacto iba a extrañar la suave piel llena de lunares y tatuajes, sus ojos echarían de menos aquella sonrisa, sus oídos iban a necesitar el sonido de su voz, su nariz buscaría sin éxito aquel indescifrable olor, y su boca nunca más probaría aquella lengua inquieta que el tequila hizo enloquecer.

—Sammy, de verdad espero que tus problemas se resuelvan. De todo corazón deseo que seas feliz.

—Ems, no seas tan tétrica. No es como si fuéramos a dejar de vernos por ahí. No te vas a morir, ni yo.

—Lo sé. Pero nos quedaremos con un recuerdo de lo de anoche y nada más.

—¿Va a ser un buen recuerdo, no crees?

—Sí. La historia sucia que no podremos contarle a nuestra futura pareja.

Sam se levantó de la cama y se puso los zapatos. Emeraude caminó hacia la puerta de la habitación y se recostó en ella.

—Nos vemos por ahí, Sammy Arden. —un último beso fue la despedida del chico de rojo, mientras Emeraude aprovechaba para acariciarle la espalda.

—Ten una maravillosa vida, Emeraude Blanchard. —Sam salió de la habitación y caminó por el corredor mientras ella lo veía alejarse con una sonrisa inolvidable, regalándole también una vista completa del tatuaje de Shen Long con las siete Esferas del Dragón que adornaba su espalda.

No hubo ninguna clase de poder que tranquilizara a Emeraude cuando Sam se fue. Al cerrar la puerta, abrió su armario, sacó una botella de vino y empezó a beber, entregándose a la resignación. Era una lástima que los dos se hubieran encontrado en épocas de sus vidas tan diferentes: Ella lo tenía todo y estaba dispuesta a compartirlo con agrado. Él no tenía nada y no quería ser una carga emocional para nadie. Ninguno de los dos lo puso en palabras, pero tanto Sam como Emeraude estaban seguros de que las cosas habrían sido distintas si los dos hubieran estado en el mismo punto emocional.

Tal vez en otra vida, en otra Tierra, o en otro universo, Sam no habría sido el chico que se le escapó a Emeraude.



# XI: Una nueva camiseta para dormir

*Es importante prestarle la adecuada atención a un pavo real, ya que si se le descuida, puede volverse salvaje.*




Laetitia entró a la habitación casi a las cinco de la tarde para cambiarse de ropa y encontró a Emeraude en la cama, mirando al techo con los ojos aguados y la botella de vino vacía en la mano.

—¿Ems, qué demonios sucedió? ¿Dónde está Sam? —la chica de cabello violeta corrió hacia la cama de su amiga y la obligó a sentarse.

—Sammy Arden… se fue. Todo se acabó, *it's over, è finita, c'est fini, owarimashita, es ist aus, ¡kaput!* —Laetitia prendió la cafetera. Si Emeraude planeaba ir a trabajar, no podía hacerlo así.

—¿Ems, estás ebria?

—Sí —la cantante movió la cabeza en círculos—. ¿Recuerdas la botella de vino que me regalaste el año pasado en mi cumpleaños? Estaba deliciosa. No la compartí, era mía. Sólo mía. ¡Wiiiiiiiiiii!

—¿Por qué te bebiste esa botella sola?

—Quería hacerlo. Sólo necesitaba saber si…

Emeraude se desplomó en la cama, sintiendo que la gravedad atraía su cabeza hacia la almohada. Laetitia sirvió un poco de café

para ella y llenó otra taza con lo que quedaba.

—Jovencita, dime que esto no tiene que ver con el hecho de haber visto a Sam ebrio anoche.

—No, se me ocurrió hoy. Después de conversar con él.

—Así que hablaron mientras él estaba sobrio... —la cantante se dio la vuelta en la cama y adoptó posición fetal.

—Laetitia Elena Seward, nunca, nunca, pero nunca... hables con un hombre si te acostaste con él la noche anterior. —la chica de cabello violeta aguantó la risa con mucho esfuerzo.

—Está bien, no volveré a hablar con Arne nunca más desde hace años.

—Eso. Sigue mi ejemplo. No volveré a hablar con Sammy.

Laetitia se arrodilló junto a la cama y empezó a acariciar la cabeza de Emeraude. Quería saber lo que sucedió después de clase, y debía averiguarlo antes de que su amiga cayera dormida.

—Oye, Sam no puede haber dicho algo bueno si te pusiste así. —la cantante respiró hondo, tratando de contener las lágrimas.

—Lety, no fue bueno. Pero yo sabía lo que iba a suceder, una parte de mí creía que él no hablaba en serio y resulta que sí lo hacía. —Laetitia siguió acariciando la cabeza de su amiga.

—Ems, lo siento mucho. Pero no puedes hacer lo mismo que Sam, sería el colmo de la incoherencia. Ven, tómate el café. Debemos ir a trabajar y Ernie no puede verte así. —Emeraude obedeció. Bebió el café, tomó una ducha y se cambió de ropa.

La chica de cabello violeta hacía bien en reprender a Emeraude, pues no podía enmascarar con vino lo que le dolía. Ella había elegido una sola noche con Sam en vez de ninguna. Su decisión. Tenía que lidiar con las consecuencias de eso sin quejarse, pero para ella era difícil. Para esas cosas siempre fue de corazón blando, y no era la clase de persona que podía desprenderse fácilmente de lo que le gustaba, pues sabía que eso requería de un gran sacrificio. Pero tampoco era egoísta. También odiaba forzar las cosas, así que, por más que le molestara, sabía que su elección había sido la correcta para los dos.

En el bar, Emeraude trató de ser simpática con sus amigos, pero le fue prácticamente imposible. Laetitia tuvo que explicarles a todos lo que sucedió y de inmediato dejaron de hablar del tema.

Durante toda la noche la cantante intentó ocultar su incomodidad, y en uno de los descansos corrió al camerino para tomar un poco de

aire. Al entrar encontró, perfectamente doblada sobre una de las mesas, la camiseta verde de Sam.

—Oh, demonios. —Emeraude tomó la camiseta, y antes de guardarla en su bolso se sintió tentada a ponerla cerca de su nariz. Aun tenía rastros del olor de Sam, y no estaba de más tener un pequeño recuerdo de la noche anterior. Pero sabía que si la olía se iba a enfurecer más, así que la guardó en el fondo de su bolso antes de arrepentirse de lo contrario.

Alex entró al camerino buscando un cable y encontró a Emeraude acostada en el suelo, mirando hacia el techo.

—Ems, ¿qué sucede? ¿Estás bien? —no estaba bien del todo. Aun estaba un poco mareada por el vino, pero podría solucionarlo con una taza de café.

—Sammy estaba acostado en este mismo punto anoche, Alex... no pienso moverme de aquí. —el guitarrista se arrodilló junto a su compañera de banda.

—Está bien, Ems... no tienes que hacerlo. Pero dime que te sientes bien.

—No puedo mentir. Lo siento.

—Mira, sé que esto apesta, y habrías querido que fuera algo más que un rollo de una noche, pero al menos sucedió y fue divertido.

—Lo fue. No me había entretenido tanto en años.

—¿Lo ves? Te conozco, y sé que te habrías lamentado de no haber elegido estar con él. Te tendría más ebria y loca, y probablemente habrías causado algún problema en la calle.

—¿Tú crees? —Alex asintió.

—Estoy seguro. Habrías roto alguna ventana, o cualquier otra cosa. En vez de eso fuiste a entrenar hoy en la mañana y te sentiste mejor. ¿O me equivoco?

—No, tienes razón. Habría sido peor.

—Ven, vamos por un café. Tienes que cantar ahora.

—¿Puedo quedarme aquí por cinco minutos más?

—Claro que sí, Ems. Yo me adelantaré.

Emeraude cerró los ojos y respiró hondo. Necesitó mucha energía para levantarse, pero cuando lo hizo se sintió mejor y pudo cantar por el resto de la noche. Al terminar la jornada, ella fue al parqueadero y se sentó sobre la acera. Un par de minutos después, Arne apareció y encendió un cigarrillo antes de sentarse junto a la cantante.

—*Guten nacht*, Arne. —el alemán soltó una bocanada de humo antes de chocar su puño suavemente con el de Emeraude.

—¿Qué tienes, camarada? —la joven abrazó sus piernas y puso la

cabeza sobre las rodillas.

—Es como si hubiera hecho la caminata de la vergüenza, pero no tuve que moverme del lugar donde pasó todo.

—Hace falta caminar esa distancia para reflexionar, ¿no? —Emeraude asintió.

—Claro que sí. En lugar de eso acabé con una botella de vino y lo estoy sintiendo.

—Trata de relajarte. Estoy seguro de que el *tätowierten*[2] no se está sintiendo igual. Lo único que debe estar buscando a esta hora es una pastilla de ibuprofeno, no arrepintiéndose de lo que hizo anoche.

—Yo no me arrepiento. Fue divertido.

—Pero te portas como una monja que se montó a un sacristán.

—Perdón por no ser una zorra.

Arne rió. Luego hizo un par de anillos con el humo del cigarrillo, lo que le causó curiosidad a Emeraude.

—¿Arne, qué gusto le encuentras a eso?

—Podría explicarlo, pero no entenderías —el baterista se encogió de hombros—. Me ayuda a manejar el estrés.

—¿Y si me das uno? Tal vez funcione conmigo también.

—¿Sabes fumar? —Emeraude movió la cabeza, negándolo.

—Enséñame.

—Sería irresponsable de mi parte.

—Sólo lo haré una vez. No quiero que me cambie la voz por fumar muy seguido. —Arne metió la cajetilla de Lucky Strike en el bolsillo de su camisa.

—No. Lety no me perdonaría que te contagie uno de mis vicios.

—Lety no me manda.

—Pero a mí sí. Soy eternamente suyo, y podría convertirme en *apfelstrudel*[3] si te ve fumando.

—Arne, es por una buena causa. Tal vez eso me calme.

—Así como estás, vas a marearte el triple.

—Por favor, sabes que soy muy insistente, ahórrame saliva.

Arne terminó su cigarrillo, pisó la colilla con la punta de su bota y sacó otro. Respirando hondo, se lo entregó a Emeraude.

—Aspira como si estuvieras tomando aire normal. —la cantante encendió el cigarrillo y tomó una gran bocanada. Sólo se dio cuenta de que había exagerado un poco cuando comenzó a toser, mientras expulsaba el humo desordenadamente por la boca y la nariz.

—Tranquila. Hazlo un poco más despacio. Saboréalo. Luego

expulsa el humo por la boca. —Emeraude lo intentó de nuevo, con un resultado más satisfactorio.

—Sí que conoces tus cigarrillos.

—Comenzaste con Lucky Strike, es bastante fuerte para un novato. —la cantante le dio un par de toques al cigarrillo para deshacerse de la ceniza.

—¿No fumas otra cosa?

—Ya no. Dejé la hierba en Juilliard.

—No hablas en serio.

—Claro que no. Mi hermano nunca dejó que me acercara a un porro.

Emeraude terminó de fumar en silencio mientras Arne la supervisaba como si fuera necesario. Los dos se levantaron de la acera y ella se limpió las manos en el pantalón después de pisar la colilla de un cigarrillo al que le faltaban un par de caladas antes de consumirse por completo.

—No es algo que quiera repetir, pero lo necesitaba. Gracias, Arne. —el alemán levantó el pulgar y sonrió.

—Ven, a guardar todo y a dormir.

El fin de semana no fue fácil para Emeraude, pues el sábado despertó con resaca a pesar de todo el café que bebió la noche anterior. Pero después de pasar el día con un poco de dificultad, el domingo pudo dormir bien y reponerse para estar como nueva el lunes. El martes, antes de la clase de Estadística, la cantante esperó a Sam en la entrada del salón. Él llegó usando gafas oscuras y bebiendo de una botella de agua medio llena. Ella trató de no reírse.

—Buenos días, Sammy de viernes. —él sonrió.

—Buenos días, Emeraude de martes.

—Aun tienes resaca de hace cuatro días.

—No... de hace tres.

—¿Tres?

—Y dos...

—¿Qué?

—Y uno.

—¡Sammy!

—Y no voy a entrar a clase hoy.

—¿Oye, escuchaste de verdad lo que te dije?

—Sí.

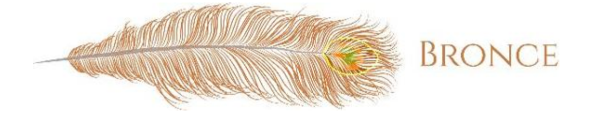
—¿Y entonces? ¿Decidiste seguir bebiendo el fin de semana?

—Necesitaba ese fin de semana. Solo ese y no más. Ya hay que decirle adiós al Sammy ebrio.

—Yo le dije adiós el viernes. Tú en cambio le dirás adiós en dos horas.
—Sí, lo siento.
—Ahí viene Gorski. Si no vas a entrar a clase deberías irte. Cuando te vea, te fastidiará por el resto de tu vida terrenal.
—Vale. Adiós, Ems.
—¡Corre, Sammy, corre!

El chico tatuado pasó detrás de Gorski sin ser visto, y antes de entrar al salón Emeraude metió la mano en su bolso, recordando que debía entregarle la camiseta verde a Sam, que para eso había salido del salón. Rápidamente dio unos pasos en la dirección que él tomó, y antes de perderlo de vista, logró gritarle algo.
—¡Sammy, tu camiseta! —el muchacho, desde el otro lado del corredor, se volvió hacia ella con una sonrisa antes de desaparecer.
—¡Quédatela, Ems! ¡El verde se te ve mejor que a mí! —Emeraude sonrió de vuelta y guardó la camiseta en su bolso.
—Que no venga a pedirla en unos días. No se la devolveré nunca.

Sammy Arden, sin darse cuenta, le había regalado a Emeraude Blanchard una nueva camiseta para dormir.




[2] Tätowierten: “Hombre tatuado” en alemán.
[3] Apfelstrudel: Postre tradicional alemán hecho de manzana, canela, hojaldre e ingredientes varios.



## XII: Supermassive Black Hole

Un niño de ocho años lloraba en medio de las ruinas de su hogar destrozado por una explosión de metanfetaminas. Llegó del colegio con una buena noticia para su madre, el boletín de notas en la maleta y todas las materias en diez. Pero las cenizas que se esparcieron en la que solía ser su casa le hicieron cambiar el semblante por completo.

—¡Mamá está ahí, déjenme verla, por favor! —los bomberos trataban de evitar que se acercara al lugar, pero de alguna manera logró escabullirse y abrirse paso entre el humo y los escombros achicharrados.

Corriendo hasta la que solía ser su habitación, él escarbó entre los restos de su cama calcinada y logró rescatar un osito de peluche que había tenido desde bebé. Luego buscó en el resto de la casa algún rastro de su madre para encontrarla al final de la calle, viva y siendo arrestada por un par de policías que la esperaban desde hacía horas.

—Shanae Westbrook, queda arrestada por consumo, posesión, elaboración de estupefacientes y evasión de impuestos. Tiene derecho a guardar silencio, o todo lo que diga será usado en su contra. Puede llamar a alguien y tiene derecho a un abogado, si no puede pagarlo se le asignará uno de oficio. ¿Comprende lo que le acabo de anunciar? —la mujer asintió sin un rastro de arrepentimiento mientras era escoltada a la patrulla de policía.

—¡No se la lleven, por favor! ¡Es lo único que tengo! —el niño se aferraba a la chaqueta de un policía mientras lloraba desconsolado al

ver cómo se llevaban a su madre.

—¿Oye, tienes algún familiar cercano con el que te puedas quedar? —el pequeño cerró los ojos y sacudió la cabeza de lado a lado.

—Sólo vivo con ella. Por favor… —el oficial se las arregló para hacer que el niño lo soltara y lo levantó para tranquilizarlo.

—¿Cuál es tu nombre? —el niño apoyó la cabeza en el hombro del policía y balbuceó algo ininteligible—. Disculpa, no entendí nada. No te escondas, dímelo fuerte y claro. —el pequeño se irguió y se limpió las lágrimas.

—Soy Sylvain Westbrook.

—Genial, Sylvain. Es un nombre muy bonito.

—Gracias, oficial… —el pequeño miró la placa del policía para poder dirigirse a él con propiedad—. O'Brien. Oficial O'Brien.

—No seas tan formal. Llámame Gilroy.

—Está bien.

Gilroy le acomodó el pelo a Sylvain y tocó su mejilla con suavidad.

—¿Amigo, te gustaría pasar unos días en mi casa? Mientras la situación de tu madre se resuelve. —el pequeño no lo sabía, pero ese asunto tardaría muchos años en encontrar una salida.

—No puedo quedarme viviendo solo aquí. No sé cocinar, la lluvia me mojaría y no tengo ropa.

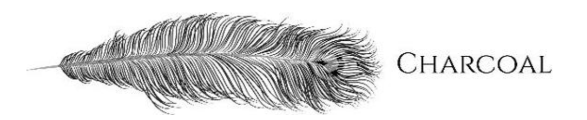
—Tranquilo, tendrás todo lo que necesitas. Harriet estará feliz de conocerte.

—¿Quién es Harriet?

—Mi esposa. Es adorable, su comida te va a encantar. Voy a llevarte con ella y luego resolveré un par de cosas en la comisaría.

—Gracias, Gilroy.

—Todo estará bien. Yo te protegeré.




—Mamá me salvó de una loca drogadicta que no me quería. Y hoy estoy eternamente agradecido con ella —Sylvain levantó el vaso de cerveza y tomó la mano de Harriet—. Por eso y por mudarse cerca de la estación de bomberos cuando papá murió. —todos rieron. Harriet se puso de pie y le dio un beso en la mejilla a su hijo.

—Feliz cumpleaños, amor. Sabes que te adoro, ¿verdad? —el muchacho asintió.

—Lo sé de sobra. Si no me quisieras, habría crecido en un orfanato

donde no podría ser tan fabuloso.

El *pub* irlandés donde Sylvain eligió organizar su almuerzo de cumpleaños era un pequeño homenaje para su madre adoptiva, pues estaba feliz de haber podido dar con ella estando tan pequeño. Tanto ella como Gilroy le salvaron la vida al haberlo rescatado de una madre irresponsable que no habría podido darle los cuidados necesarios para ser un niño normal.

Después de un pastel de cumpleaños con veinticuatro velas, Laetitia entró al baño para retocarse un poco el maquillaje. Emeraude decidió esperarla afuera, y su sorpresa fue enorme al ver que Sam entraba al *pub* con una enorme sonrisa... y acompañado de otra chica.

"Mal día para almorzar en The Leprechaun's Kitchen", se dijo Emeraude a sí misma. La chica con la que Sam había entrado al lugar se le hacía muy familiar, y cómo no, si tenía el cabello rojo de fuego y una perforación en la nariz, tal como otras tantas chicas de la Facultad de Diseño en la Universidad de Copper Grace. Emeraude no quería reconocerlo, pero ver eso le molestaba un poco. Lo único reconfortante de aquella escena era que Sam y la otra chica no se tocaban ni tenían cercanía. Aun así, Emeraude no pudo evitar poner cara de preocupación.

Queriendo salir de allí tan rápido como le fuera posible, Emeraude caminó hacia la entrada del *pub*. Antes de cruzar la puerta, sintió que una cálida mano la tomaba de la muñeca.
—Casi te me escapas, Emeraude Blanchard. —ella se volteó, reconociendo esa voz que le cosquilleaba los oídos.

Sam.

—Oh. Hola, Sammy. ¿Cómo estás?
—Bien, haciendo unos cuantos favores. ¿Qué haces por aquí?
—Estaba almorzando —la cantante señaló hacia su mesa—. Es el cumpleaños de Syl.
—Vaya, genial. Pero ven acá, dame un abrazo...

Sam abrazó a Emeraude, y aunque ella lo intentó, no pudo evitar olisquearlo con disimulo. Sí, él olía a la camiseta que ella usaba algunas veces de pijama, a algo delicioso, a una noche de tequila con canciones sucias y estrellas pintadas en el techo, a...

—¡Calvin Klein! ¡Eso era!

—¿Disculpa?
—Tu loción. Oh, Sammy... es que desde hace días trataba de recordar qué clase de loción usabas y... bueno, no importa.
—Ja, ja, ja. Vale, Ems.

Emeraude no pudo evitar sonrojarse de nuevo como cada vez que Sam la miraba, pero logró camuflar eso con una sonrisa.
—Sammy, disculpa... veo que estás un poco ocupado allá, y no creo que a tu cita le guste... —él negó con la cabeza.
—Oh, no. No, no, no. No es una cita. Como te dije, estoy haciendo unos favores. Luego sabrás de qué se trata. —Emeraude apretó el puño en señal de victoria, con un gesto imperceptible para Sam.
—Está bien... ya me voy. Que tengas un buen día. —con una sonrisa, el chico de rojo se despidió de Emeraude y caminó hasta la mesa para reunirse de nuevo con la chica. En eso, Laetitia salió del baño y alcanzó a su amiga en la salida.
—Ems, ¿qué hace Sam con Aura Spitfire?

¡Aura Spitfire! Ella estudiaba Diseño de Vestuario en la Universidad de Copper Grace y organizaba todo tipo de eventos extraños. Pero Emeraude aun no entendía qué hacía "Flama" hablando con alguien como Sam.

—Flama y Sammy... definitivamente no están saliendo. Él me lo dijo.
—Bien, sólo están hablando... ¿maldita sea, de qué?
—Sammy dijo que estaba haciendo unos cuantos favores. Tal vez él... le está... ah, ¡no se me ocurre nada!
—Relájate, Ems. Vámonos, hay clase.

Durante toda la jornada de la tarde Emeraude estuvo distraída, formulándose millones de hipótesis acerca de la reunión entre Sam y Aura. Y en el bar, antes de empezar a cantar, Sylvain le presentó a alguien que ella ya conocía.
—Galletita, hay alguien que quiere hablar contigo, ella es... —la chica se adelantó y le tendió la mano a Emeraude.
—Aura Spitfire. Te he visto en la uni. Eres de Gráfico, ¿verdad? —la cantante asintió.
—Yo también te he visto. ¿Flama, cierto? —Aura rió ruidosamente.
—¡Sí! ¡Soy Flama, la famosa Flama! —Emeraude sonrió con discreción. Nunca había conocido a una chica tan ruidosa, y eso era demasiado decir, pues Laetitia y ella nunca pasaban desapercibidas en la Facultad de Diseño.
—Es un gusto conocerte, Flama. Ven, siéntate un momento. —las

dos chicas se sentaron junto a la barra, mientras Emeraude bebía un poco de zumo de uva.

—Mira, Ems... ¿puedo llamarte así?
—Claro, hazlo si quieres.
—Vale, gracias. Escucha, sabes que organizo ciertas cosas para la uni... y este año me llevé una sorpresa, algo así como que súper genial.
—¿Qué sorpresa?
—Ay, no te hagas. Hoy me viste con Arden, el de Entretenimiento Digital.
—Sí, te vi en "The Leprechaun's Kitchen". ¿Qué te dijo?
—Bueno, no te asustes. No fue nada raro. Él quería mostrarme algo fantástico. Aquí está.

Aura sacó de su bolso un celular y se lo entregó a Emeraude.
—No tienes que mirar, sólo escucha. Es súper, súper genial. —ella obedeció, y cuando tocó la pantalla del celular oyó su propia voz. Sí, eso era: Sam la había grabado cantando "Supermassive Black Hole" sin que ella se diera cuenta. La sorpresa que se llevó Aura fue mínima en comparación con la de Emeraude.

—¿Flama, Sammy te habló sobre mí?
—Sí. Me dijo que eras una magnífica cantante. No se equivocó, eres súper dúper ultra genial. Oye, ¿de dónde lo conoces? Nosotras no nos metemos con los de Ciencias Exactas.
—Veo dos clases con él. No es nada extraño.
—Oye, pero él y tú salieron. Lo sé. Él me lo dijo. ¿Cómo besa?
—Pues...
—No te preocupes. No tienes que decírmelo. ¿Es bueno en la cama?
—¡Flama, por Dios!
—Disculpa, no debí preguntar eso. Es que ese chico no tiene cara de matar una mosca, créeme, pero si es capaz de hacer algo así por ti, pues pienso que...
—Flama, estás divagando.
—Lo siento, Ems. Me pasa mucho. ¿En qué íbamos?
—¿Quieres que te diga la verdad? No me di cuenta de que Sammy me había grabado.
—Pues no te preocupes. Con este video es más que suficiente.
—¿Para qué?
—Para mi fiesta de cumpleaños. Pasaste la audición. ¡Bienvenida al *show*!
—¿QUÉ?

Aura organizaba su fiesta de cumpleaños con mucho tiempo de anticipación. Siempre era una fiesta enorme, llena de cosas magníficas. Y ese año quería el talento de la banda de "The Stockpile" en su celebración.

—Ems, quiero organizar mi fiesta de cumpleaños contigo y tu banda. Sé que apenas estamos en abril y faltan cuatro meses, pero necesito curarme en salud. Después del desastre con la fiesta del año pasado en ese bodrio de bar me encantaría un cambio de lugar, y quiero llevar este sitio a mi casa. Es un gana-gana. Tú trabajas, nosotros festejamos, todos nos divertimos. ¿Qué te parece?

—Sería genial. ¿Dónde vives?

—En Golden Nest. —al oír eso, Emeraude sintió un inusual sudor en las manos y una rarísima sequedad en la lengua.

—¡GOLDEN NEST! ¡El barrio más adinerado de Copper Grace!

—Así es. Voy a pagarte lo que quieras. La temática será de superhéroes y supervillanos. Yo haré tu traje y te daré un montón de dinero para que lo uses, te verás genial como la princesa de Themyscira. Quiero que todo salga como yo quiero. Di que sí, por favor...

Emeraude quería aceptar, pero no estaba segura de que su jefe se dispusiera a cerrar el bar para complacer a Aura.

—Flama, no sé si a Ernie le guste la idea. Cerrar por una noche le puede costar bastante. Es dinero que va a dejar de ganar. —la chica pelirroja sacó una chequera y escribió una cifra. Luego le hizo una seña a Emeraude y se dirigió al británico, entregándole el cheque y diciendo un par de frases que lo convencieron por completo.

Tan rápidamente como apareció, Aura se fue del bar, dejándole a Emeraude un nuevo trabajo para una noche de agosto, todo gracias a Sammy Arden.

Emeraude, ligeramente agotada, sonrió mientras se terminaba su bebida. Laetitia se acercó a ella.

—Esa chica sí que habla, ¿verdad? —Emeraude asintió.

—Sí. Es un poco... pintoresca.

—¿Pintoresca? Habla más que un náufrago cuando toca tierra. Está tres niveles de locura por encima de nosotras. ¿Crees que haga mi traje de Psylocke si le pido el favor?

—Claro que sí. Podrá dar un poco de lata, pero es generosa.

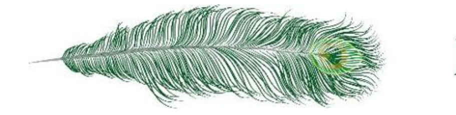
—Bueno, entonces hablaré con ella. Será una magnífica fiesta. Estoy segura de que Sam asistirá... y tal vez cambie su opinión acerca

de ciertas cosas.

—No contaría con eso, Lety.

—Pero debes tener un poco de fe, ¿no lo crees?

—Tal vez. No pensaré en eso hoy, debo ir a cantar.



Jade

Eran las doce de la noche cuando Sam logró tirarse al sofá para descansar un poco. Había sido un día bastante agotador pero satisfactorio. Aquella era la época en la que sólo se detenía en casa para comer, dormir y cambiarse de ropa, pues los trabajos de la universidad lo tenían a tope.

—Voy a dejar la comida en el horno para que la calientes mañana. No puedo dejarte solo porque mueres de hambre. Eres un tonto. —una chica rubia tomó las llaves de su auto y le revolvió el pelo castaño a su amigo antes de irse.

—Voy a dejar morir de inanición al pez Koi y a Shen Long si no me ayudas.

—Aprende a cocinar. No te voy a durar toda la vida. —la rubia se recogió el pelo en una cola de caballo y se acercó a la puerta. Sam asomó la cabeza por detrás del sofá para asegurarse de que ella lo viera.

—Lo mismo te digo, Irina. Vas a extrañarme cuando menos pienses. ¿Con quién apostarás lavar los platos si algún día me voy de vacaciones a Colombia? —la chica se encogió de hombros.

—Quédate allá. Tal vez te enamores y tengas tu casa en una ciudad rodeada de montañas y llena de flores. Justo como te gusta. —Sam sonrió con un suspiro.

—Sería lindo.

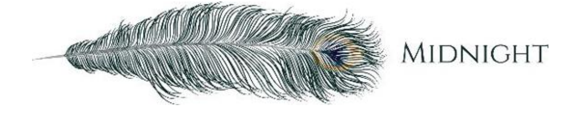
La conversación del par de amigos fue interrumpida por un pitido en el celular de Sam. Al revisar, no pudo esconder una sonrisa por el mensaje de texto que, a pesar de contener sólo dos palabras, estaba cargado de una inmensa satisfacción e inefable dulzura.

*"Gracias, Sammy. ;)"*



## XIII: Dale gusto a Gorski

*Los pavos reales son omnívoros. Lo más inusual que se puede encontrar en sus dietas son serpientes como las cobras reales.*




Tic, tac.

Tic, tac.

Tic, tac.

El tiempo pasaba lento mientras Emeraude era víctima de un tormentoso y difícil estiramiento. Apenas se había dado cuenta de lo mucho que los músculos de sus piernas podían elongar, pero el hecho de ser más flexible de lo que imaginaba no la salvó de aquel dolor punzante en los muslos y la pelvis. Braulio tampoco quería ser compasivo si de eso se trataba.

—Para el final del año deberás tocar el tatami con la frente, pequeña. Vas bien por ahora. —en lugar de gritar de dolor, Emeraude decidió que morder algo para distraerse era una buena idea, así que sus dientes se clavaron en el hombro derecho de Zack, su compañero de estiramiento. Él gritó y se llevó la mano al hombro, soltando a la joven y dándole un poco de descanso.

—¡Oye! ¿Me quieres arrancar un pedazo?

—Si quisiera comer *kosher* en este momento, habría comprado algo en Little Tel Aviv antes de venir a entrenar.

—Oh —Zack formó con sus manos la figura de un corazón, para separarlas después simulando una rotura—. Eres mala, Emeraude Blanchard.

—Me estuviste estirando por bastante tiempo. Si no te esperabas algo así, no es mi maldad. Es que eres ingenuo.

—Míralo por el lado bueno, podrás patear a la gente directamente en la cara con más facilidad.

—Algún día eso me servirá.

Zack se sentó en el tatami y pasó un trago de agua. Emeraude lo imitó después de arreglarse el cabello en una larga y verde trenza.

—¿Ems, ya estudiaste para el examen que me dijiste ayer?

—Todavía no —la cantante movió la cabeza—, lo haré hoy. No puedo posponerlo más, creo que el profesor me odia.

—Gorski es una serpiente que odia a todo el mundo —Zack se encogió de hombros—. Se burlaba de los alumnos por cualquier cosa. Cuando estudiaba, se ensañó conmigo por ser judío.

—¡Ah, entonces es así desde siempre!

—Cuando tomé el curso de cálculo integral con él le fastidiaba entregarme los exámenes calificados en diez sin un solo error. Es un cascarrabias de los que ya no hay. ¿Necesitas que te ayude?

—Te lo agradezco. Voy a estudiar con Lety y uno de mis compañeros más tarde, Gorski aceptó cambiar la clase por una sesión de estudio.

—Vale. Si te dejan plantada, puedes llamarme y te ayudaré con lo que sea.

—Eres una belleza cuando no me estás matando los aductores. Gracias, Zack.

El entrenamiento terminó y Emeraude paró en su habitación para darse un baño rápido antes de ir al salón de clase y encontrarse con Laetitia.

Gorski entró al salón, interrumpiendo toda conversación que se hubiera originado. Detrás de él, Sam corrió como un ninja y se sentó junto a la cantante, que lo recibió con una sonrisa.

—Hola, Sammy. —él sonrió de vuelta.

—Hola, Ems. —el profesor empezó a dar las pautas para la sesión de estudio asistida, y antes de que uno de los dos abriera la boca, Sam

le entregó una pequeña nota a Emeraude.

"¿Irás a la Súper Fiesta?

OSí
ONo

Sam."

La joven soltó una risa casi imperceptible, sólo para recibir un pedazo de tiza volando hacia ella. Gorski la miraba fijamente, como un toro enojado.

—¿Qué es tan gracioso, señorita Blanchard? —ella, más asustada que avergonzada, lo miró sin decir una palabra. El profesor caminó hacia su silla y le quitó la nota de Sam antes de que tuviera tiempo de ocultarla—. Veamos qué clase de chiste tiene escrito aquí, niña.

El profesor le echó una ojeada a la nota y luego miró a Sam.

—Señor Arden, me extraña que usted se preste para algo como esto en mi clase. Blanchard lo haría, ella es la rara. ¿Pero usted? —Emeraude y Sam miraron indignados a Gorski, y el chico tatuado tomó la palabra.

—Gorski, ¿cuál es el problema? No estamos interrumpiendo. Yo sólo quería...

El profesor arrugó la nota y la mantuvo en su mano mientras señalaba la puerta.

—Ustedes dos, salgan de mi clase. Blanchard se ríe cada vez que hablo y yo no estoy en un programa de Comedy Central. No soy el maldito George Carlin para que vengan a reírse de mí. —Sam se levantó de la silla y salió del salón sin decir una sola palabra. Emeraude estaba tan asustada, que Laetitia debió tocarle el hombro suavemente para que reaccionara.

—Ems, ve con Sam. Ve ahora. —ella bajó la cabeza y salió del salón mientras Gorski la miraba fijamente.

—Estudie por su cuenta y saque una buena nota. No quiero verla repitiendo este curso el próximo semestre. También espero que le diga a Arden que irá a la "Súper Fiesta", así valdrá la pena que los haya sacado de clase a los dos.

Mientras el resto de la clase se reía y murmuraba, Emeraude salió del salón. Sam la esperaba afuera recostado contra una pared.

—Lo siento, Ems... no quería... —ella movió la cabeza con

suavidad.

—No te preocupes, Sammy. De todas formas, no quería entrar a esa clase. Últimamente Gorski está insoportable. —los dos caminaron lentamente por el corredor mientras hablaban.

—Siempre ha sido así. A principio de carrera tomé una clase de Matemáticas con él, y no pasaron cinco minutos de la primera sesión para que se burlara de una chica con tacones altos y de su forma de caminar.

—Debe haberla llamado...

—Venado recién nacido.

—Oh, pobre chica —Emeraude suspiró apenada—. ¿Qué habrá sido de ella?

—Ahora estudia Diseño de Vestuario y creo que nunca había estado tan feliz.

—¿Aprendió a usar tacones?

—No hay día que deje de usarlos. ¿Lo has notado? —Sam se encogió de hombros.

—¿Qué quieres decir?

—Ems, te hablo de Flama. Aura...

—Spitfire —la cantante levantó las cejas, sorprendida—. ¡No! ¿Ella estudiaba Ingeniería?

—Deseo de papi. Pero no le gustaba ni un poco. Siempre fue demasiado unicornio para la Facultad de Ciencias Exactas.

—Es una buena chica. Gorski no tiene idea del enorme favor que le hizo.

—Es mejor que no lo sepa. Si se entera de alguien que dejó de sentirse miserable por causa suya le estallará la cabeza.

Los dos rieron. Sam había hecho que Gorski tomara una excelente decisión al hacer que los sacaran de clase. Sin embargo, aunque ya la supiera de sobra, quería una respuesta de Emeraude a su invitación.

—Barry Allen.

—¿Qué?

—Quizás vaya vestido de Barry Allen a la Súper Fiesta.

—¿Quieres decir que vas de Flash?

—Tal vez. —respondió Sam con una sonrisa.

—Falta mucho tiempo para eso. ¿Estás seguro de que no cambiarás de opinión?

—Muy pocas veces lo hago.

—Oh... anotaré eso.

—Ems... no respondiste mi nota.

—¿Tengo que hacerlo? —Emeraude se cruzó de brazos y esbozó

una sonrisa de vuelta.

—Emeraude...

—Samuel...

—Vamos. Dímelo. Dale gusto a Gorski.

Sam se detuvo delante de la puerta de la cafetería y cruzó los brazos, cerrándole el paso a Emeraude. La mezcla de marrón y verde estaba de vuelta cuando los dos se miraron a los ojos en un interminable instante. Tal vez, sin intención, él había logrado ponerla nerviosa de nuevo, como si quisiera revivir aquella noche divertida en ese corredor.

—Tal vez sea Diana Prince.

—Claro. La Mujer Maravilla te queda perfecta.

—Sí, quizás use la armadura completa.

—¿Quizás?

—Quizás.

—Quizás... con eso es suficiente. ¿Quieres ir a "The Leprechaun's Kitchen"?

—Espera, me...

—Antes de que lo preguntes, sí. Te estoy invitando a salir.

Ninguna patada al estómago había dejado a la cantante sin aire como lo hizo Sam en ese momento, por lo que no lo pensó dos veces antes de apagar su celular y aceptar la invitación. Media hora después, los dos estaban tomando unos cuantos vasos de cerveza verde y escuchando *folk* irlandés. Emeraude estaba más que cómoda, y a Sam le complacía verla sonreír.

—Sammy, no creí que esto fuera a suceder de nuevo.

—Yo tampoco. Pero ya que no estamos en clase sería una pérdida de tiempo que cada uno se fuera por su lado, ¿no crees?

—Así es.

—Este lugar es divertido. De vez en cuando hacen actividades que no he visto en otras partes. Es entretenido.

—¿Has traído a tus otras citas aquí?

—No. De hecho, llevo varios años sin salir con alguien en este tipo de plan, mi última cita fue en Applebee's y estaba acompañando a mi amiga Irina y su ahora exnovio. Así que técnicamente no fue algo que me beneficiara.

—Vaya, eso es frustrante.

—No para mí. He salido con chicas, pero ninguna me llamó tanto la atención como para querer una segunda cita. No son tan interesantes.

—Estás siendo condescendiente. Acepta que son tontas y ya.

—No quiero decir esa palabra. Ni se acerca a lo que en realidad son algunas.

—Ya veo... entonces debo ser muy suertuda.

—Tus palabras, no las mías.

Un hombre de cabello rubio y muy baja estatura se acercó a la mesa donde Emeraude y Sam se encontraban y se quitó el sombrero verde antes de hablar.

—Buenas tardes, par de tórtolos. ¿Me permiten un minuto? —los dos asintieron. El hombre prosiguió—. Verán, he notado que hay varias parejas que han elegido este lugar para sus citas, y quiero proponer un trato al muchacho —Sam apoyó los codos en la mesa e hizo un leve gesto para pedirle al hombre que continuara—. Al fondo del bar hay un ring de boxeo. Mi hermano quiere retar a una pelea a una persona de cada pareja. Con un extra para ustedes, claro está. —aquel diálogo captó la atención de Emeraude inmediatamente.

—¿Cuál es el premio?

—Sencillo —el hombre dio un par de toques en el suelo con la punta de su zapato—: si el retador gana, lo que consuman será gratis. Si no, tendrán que pagar dos dólares más de propina.

—Vale —Emeraude sonrió—, iré yo.

—No, no —el rubio la detuvo—. Es solo para los hombres.

—Espere, yo sé boxear. Él no.

—Esto no es un sitio de entrenamiento. Podríamos meternos en problemas si te haces daño. Lo siento.

—¡Pero, señor!

—Mira, jovencita hermosa... no puedo hacer eso. Mi hermano no aceptaría pelear con alguna chica, y no es porque no seas capaz. Es para evitar algún problema. Por eso le dije al muchacho. Políticas del jefe.

La cantante suspiró. Le molestaba cuando la subestimaban, pero si la regla del lugar era no subir mujeres al ring, debía aceptarlo.

—¿Al menos va a permitir que le dé un par de indicaciones a mi cita, o tampoco se puede?

El hombre de sombrero verde aceptó, a lo que Emeraude se ubicó en la esquina del retador y ayudó a Sam a ponerse los guantes.

—Un tutorial rápido, Sammy: la guardia cubre la cabeza. Ambas manos siempre arriba para defenderte. Al lanzar un puño, mantén una mano cubriendo tu cara, no puedes dejarla sin protección. Trata de

impulsar los golpes con la cadera.
—Está bien.
—Y recuerda que los irlandeses engañan a los incautos.
—Vale.

El ring estaba vacío, y el hombre le indicó a Sam que entrara para esperar al peleador. Durante unos cuantos instantes el chico de rojo estuvo esperando a su oponente, y se dio cuenta de que Emeraude le hizo una señal para que se diera la vuelta. Cuando obedeció, sintió un golpe en la zona baja que le sacó el aire y lo dejó tendido en la lona.

El hermano del rubio de sombrero verde era mucho más bajo que él, escurridizo, un poco traicionero y gustaba de golpear a los demás en sus partes nobles.

—¡Dios mío, Sammy! —Emeraude se subió de un salto al ring y se acercó a Sam, que respiraba pesadamente mientras trataba de recuperarse. Ella se volvió al rubio de baja estatura, un poco molesta.

—¡Oye, Rumpelstiltskin!
—Eso es alemán.
—Lo que sea. Haz algo por mi cita, tu hermano estuvo a punto de convertirlo en eunuco.
—Lo que ordene, señorita.
—Tráeme hielo —Emeraude señaló la entrepierna de Sam—. Tengo que cuidar esto de aquí.
—Oh, claro. Vas a dejar reposar las canicas antes de volver a jugar con ellas.

La cantante sintió que Sam le apretaba la mano suavemente, lo que le hizo desviar la mirada.
—¿Sammy, estás bien? —él asintió.
—Todo bien. Las Esferas del Dragón volvieron a su sitio. —ella soltó una breve risa y ayudó a Sam a levantarse y volver a la mesa que compartían, donde encontraron un plato de papas fritas y dedos de queso con una nota: *"Cortesía de la casa."*

Mientras terminaban de comer, Emeraude y Sam no dijeron una sola palabra, pero mantuvieron el contacto visual hasta la última gota de cerveza sin dejar de sonreír. Lo que ella no sabía era que a él le había quedado en la mente una pequeña traza de lo que Aura había insinuado días atrás.

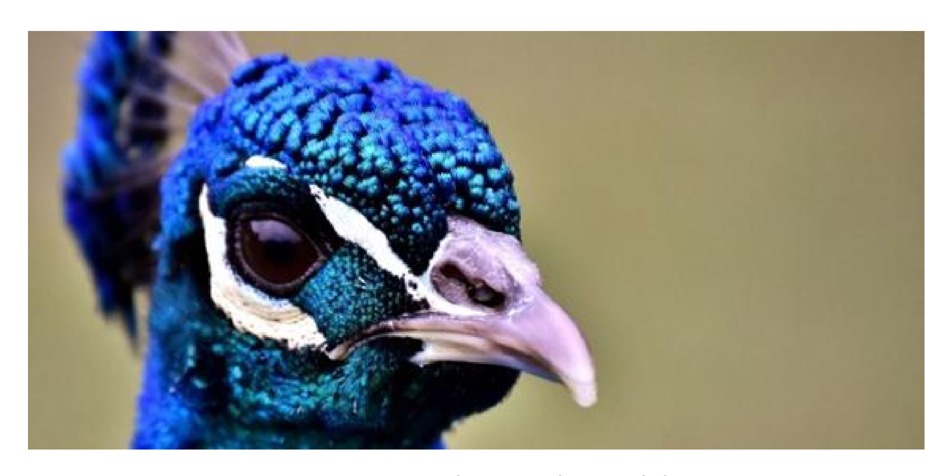
"Si de verdad te gusta, deberías relajarte un poco y entrar en su

mundo. No te vas a arrepentir."

A pesar de eso no quería decírselo a Emeraude, sonaría incoherente hasta la médula después de lo que ellos habían hablado tiempo atrás y no quería confundirla. No era justo.

La cita terminó rápidamente, pues los chicos tenían clase de Historia de la Música. Era ese tipo de cita que no necesitaba ser gritada al mundo para darle importancia pues ya era valiosa por sí sola. Había sido un almuerzo entretenido, revelador, breve, secreto y perfecto.

Un almuerzo que terminó con George encontrándose a Emeraude y Sam justo cuando salían de aquel lugar.



## XIV: Ese color es horrible

—¡Puedo jurarlo, señor Feldman! No toqué a ese tipo, él me dejó el ojo así, pero la que lo dejó inconsciente pateándolo a la cabeza fue Emeraude... ¡no mentiría sobre eso!

—No te preocupes, Sam. Yo te creo, aunque el policía que se llevó a la chica no lo haga ni un poquito. Es que se ve demasiado...

—¿Frágil?

—No es frágil. Es que no parece ese tipo de chica que anda pateando a los demás.

—Es lo mismo que yo dije. Pero ese tipo solía golpearla y ella lo permitía.

—Oh, vaya. Hasta que se cansó y le devolvió el golpe.

—Sí. Ya era hora, lo aguantó por dos años. Debieron darle un premio por esa patada... fue un *knock out* fantástico.

Al salir de "The Leprechaun's Kitchen", Sam y Emeraude se encontraron con George, el molesto exnovio golpeador que no la dejaba tranquila, y enfureció apenas los vio juntos. Sam trató de evitar que él se le acercara a Emeraude y se convirtió en el feliz ganador de un puñetazo en el ojo izquierdo. Pero ella no iba a permitir que George le hiciera daño a alguien más, así que decidió cortar de raíz con ese problema soltando una patada circular que aterrizó en la nariz de aquel idiota, rompiéndole el tabique y poniéndolo a dormir de inmediato.

Sin que ellos se dieran cuenta, alguien llamó al 911 reportando una pelea callejera y los tres terminaron en las celdas del Departamento de

Policía de Copper Grace. Jasper, el padre de Irina, pudo sacarlo a él con facilidad para que diera su versión de los hechos, pero no le fue tan fácil dejar salir a Emeraude.

—Sam, dime algo. ¿Es esa la chica con la que saliste hace días? —el joven sonrió, y no necesitó decir nada más para responder a esa pregunta de manera positiva.

—Oye, es bonita... muy bonita. ¿Cómo la invitaste? —los dos rieron un poco y Sam suspiró.

—Ella me invitó primero y luego yo a ella. Es una larga historia. —Jasper entendió que Sam no quería hablar de ese tema, así que no le hizo más preguntas.

—Ve y búscala, debe estar muy confundida. —Sam se levantó de la silla, fue a la celda donde sabía que estaba Emeraude y la encontró caminando de un lado a otro, más aburrida que nerviosa.

—Hola, Ems. —Emeraude sonrió cuando vio a Sam acercándose a la reja.

—¿Sammy, qué hora es? Está haciéndose de noche, debo ir a trabajar, mi celular está apagado, mis amigos deben estar preocupados... —el chico agarró con fuerza uno de los barrotes y ella, involuntariamente, puso su mano sobre la de él.

—Lo siento, Ems... ya deberías estar afuera, no sé qué pasa. —George interrumpió el momento bramando improperios a los guardias.

—Idiotas, sáquenme de aquí, tengo la nariz rota y tal vez una contusión, ¡si me desmayo o me da un ataque será por culpa de esa maldita perra en la celda del frente! —Emeraude trataba de ignorar a George, pero con el volumen de sus gritos era complicado. Sam intentaba aguantarse la risa, pues sabía que si se burlaba lo enfurecería más, y no quería que él causara un escándalo mayor.

—Desearía haber grabado esa patada, fue tan...

—No fue vistosa ni bien hecha —le interrumpió ella—. Braulio me mataría si llegara a ver que estoy pateando así.

—A mí me pareció fantástica.

—Gracias, Sammy.

George no se callaba. Seguía gritando cosas ininteligibles mientras Sam y Emeraude trataban de conversar un poco. Debían esperar a uno de los guardias para que la dejara salir de la celda, pues no había hecho nada malo.

—Ems, ¿qué tan celoso es tu ex? —ella inclinó la cabeza.

—Un poco. Bueno, bastante en realidad. —Sam sonrió. Quería revolver las cosas un poco, aprovechando que aquel troglodita estaba

encerrado.

—¿George, quieres saber algo? ¡Ya he salido con tu exnovia y es genial!

Emeraude se sobresaltó cuando su ex golpeó los barrotes de la celda. Ella también quería divertirse un poco a costa de aquel gorila irracional.

—No sólo eso, Georgie... ya dormí con él, ¡y estando ebrio es mil veces mejor que tú sobrio! —los dos se reían cada vez más fuerte a medida que George se enojaba. Él hizo tanto ruido que un guardia se vio obligado a entrar a la zona de celdas para hacerlo callar después de dejar que Emeraude quedara delante de los barrotes.

—Georgie, no creo que quieras ver lo que voy a hacer ahora. —Sam tomó a Emeraude de la cintura y le plantó un beso mientras ella trataba de evitar enloquecerse. Entre risas ella lo besaba de vuelta al tiempo que George rugía como un tigre herido.

—¡Perra estúpida, ya verás cuando salga de aquí!

—No saldrás de prisión en mucho tiempo, jovencito. —Jasper entró en el preciso momento en que George amenazaba a Emeraude con matarla si seguía besando a Sam.

—Púdrase, idiota. ¡Voy a salir en menos de lo que cree, lo juro! —los tres salieron de la zona de celdas mientras George seguía gritando y entraron a una oficina donde los esperaba el jefe del departamento, con un cerro de documentos que Emeraude debía firmar para presentar cargos.

Cuando ella terminó de firmar todo lo que debía eran casi las siete de la noche. Sam la acompañó hasta la puerta de "The Stockpile", y prefirió no entrar para evitarle un momento incómodo. Antes de irse, él se despidió con un abrazo que ella no quería soltar tan pronto, y así se lo hizo saber.

—¿Sammy, por qué lo hiciste?

—¿Qué, besarte?

—Sí —la cantante asintió—. Digo, fue divertido enfurecer a George, pero...

—No lo sé, Ems. Sólo lo hice. ¿Te molestó?

—No, para nada. Mucho menos después de nuestras citas de juego previas.

—¡Yupi! —Emeraude se cruzó de brazos.

—Sammy, cálmate. —El muchacho trató de enseriar el gesto aguantándose la risa.

—Estoy muy calmado. Créeme, sólo lo hice porque quise ser espontáneo. Nada más.
—Vale, sólo por eso. Dejémoslo de ese tamaño.
—Me parece bien. Buenas noches, Ems.
—Cero alcohol y mucho hielo en ese ojo, jovencito.

Apenas Emeraude entró al bar, Laetitia se le abalanzó acribillándola a preguntas. No paraba de hablar, alegando lo preocupada que estaba.
—Es que no me parece lógico, no te vi en la cafetería, no apareciste en clase de Música, Sánchez me preguntó por ti y no supe qué decirle, apagaste tu celular, Sam tampoco estaba por ahí y... oh, ¡no! ¿Estuvieron juntos? ¿Te lo cepillaste otra vez? —Emeraude quería mantener su tarde perfecta en secreto, así que no mencionó su graciosa cita.
—Lety, necesitaba una tarde sola. Gorski fue un completo cabrón conmigo, quería romper cosas y patear traseros. Pues bueno, me encontré a George cerca de "The Leprechaun's Kitchen" y lo envié de vuelta a prisión, justo donde merece estar. —Laetitia le dio un golpe con el puño a la barra.

—No estuve ahí para ver eso. ¿Por qué me torturas? ¡Ems, habría amado verte pateándole el trasero a ese imbécil y lo sabes!
—Perdón, es que estar en clase debió ser complicado para ti mientras yo andaba llorando por la humillación de Gorski. Para la próxima te llamo.
—Claro que sí, es lo que debes hacer.
—Lety, ¿tienes algo de comer por ahí? Pasé toda la tarde en el Departamento de Policía con un vaso de agua y nada más, necesito llenar la tripa con cualquier cosa.
—Pollo picante en mi bolso.
—Gracias. En un rato me siento a afinar, tengo hambre.

Después de comer, Emeraude se sentó frente a la batería mientras suspiraba y recordaba la cita de la tarde entre sonrisas discretas. Sylvain no pudo evitar notar que su compañera de trabajo estaba un poco distraída y se acercó a averiguar lo que pasaba.

—Cariño, me enteré de que vengaste tu honor con el troglodita. ¿*Chocotini*? —el muchacho le entregó una copa.
—Gracias, fabuloso —Emeraude le dio un sorbo corto—. Le rompí la nariz.
—¿No hay foto de eso?
—Sí, pero está en poder del Departamento de Policía de Copper

Grace.

—Oh, qué mal. No tengo exnovios en el DPCG para cobrarles favores con eso. —Emeraude le dio una suave palmada en la cadera a su amigo luego de reír un poco.

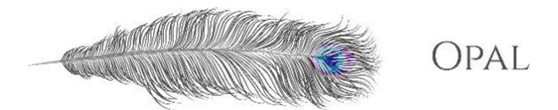
—¿Te gustaría ligarte alguno? —Sylvain tocó su mentón, pensativo.

—No sería mala idea —el muchacho levantó una ceja—. Por si me meto en problemas alguna vez. Además, ese uniforme oliva es tan limpio, los hace ver tan atractivos… me encantan los policías.

—Quédate con todos, yo prefiero a los Marines —Emeraude le guiñó el ojo a su amigo y bebió de la copa otra vez—. Mi tía Amber fue prometida de uno hace años, me encantaba verlo de uniforme cada vez que llegaba de una misión.

—Los pocos y orgullosos son otro nivel, querida mía —exclamó Sylvain—. Es como la Fuerza Aérea o los SEAL, pueden tripularme cuando se les antoje.

El par de amigos rieron ruidosamente y siguieron conversando mientras esperaban que la banda se reuniera. Luego pasaron el resto de la noche tocando y divirtiéndose hasta la madrugada.




—Hizo su tarea, señorita Blanchard —Gorski le entregó el examen final de Estadística a Emeraude con una calificación perfecta, para disgusto y sorpresa del profesor a partes iguales—. Ya terminó el periodo. No quiero volverla a ver. —ella asintió con una leve sonrisa.

—Gracias, señor. —el profesor bajó la vista y siguió repartiendo los exámenes.

—Váyase de aquí a hacer desorden en otra clase. Y por lo que más quiera, no vuelva a soltarse el cabello. Ese color es horrible.

Emeraude y Laetitia salieron del salón luego de recibir las hojas calificadas y respiraron aliviadas. Era uno de los pocos cursos que las había molestado más de lo que debía, y no veían la hora de pasar a temas más divertidos.

—Por fin dejamos de verle la cara a Gorski, Ems. De verdad es un fastidio.

—Si hubieras oído con qué se despidió de mí…

—Puedo imaginarlo. ¿Tu cabello? —Emeraude asintió—. Es un

viejo aburrido. No merece ver tu genialidad.

Las chicas se encontraron con Sam a la salida del salón. Él miraba su examen un poco decepcionado.

—¿Gorski te torturó? —Emeraude se acercó al chico tatuado. Él se encogió de hombros.

—Fue mi culpa. Me equivoqué en una cadena de Markov sencilla. La memoria me traicionó.

—Qué inconveniente. Pero fue la única pregunta que respondiste mal, no hay lío.

—No quería arruinarla. Pero bueno, lo importante es que aprobé el curso.

—Felicitaciones, Sammy Arden. ¿Eso merece una cerveza, no crees?

—Por hoy paso. Tengo que reunirme con papá.

—Oh, ya veo —Emeraude se acercó a Sam, puso su mano en el hombro del chico tatuado y le dio un beso en la mejilla—. Buena suerte con eso.

—La voy a necesitar. Gracias, Ems. —el muchacho sonrió. Luego se despidió y desapareció por el corredor que daba a la cafetería del campus.

—¿Ems, notaste algo raro en Sam? —Laetitia acomodó sus gafas después de guardar su examen en el bolso. Emeraude se encogió de hombros.

—Debe ser frustrante saber resolver de memoria un problema del examen y luego fallar.

—No —la joven de cabello violeta sacudió la cabeza—, me refiero a otra cosa. Anda un poco ido, desconcentrado.

—Lo que te conté de su padre.

—Tal vez. Sigue sin parecérmelo, pero no voy a correr a preguntarle. No me incumbe. Luego lo averiguarás tú.

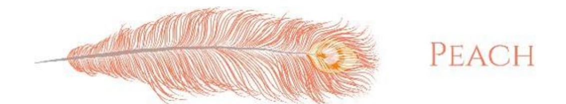
Emeraude concluyó mentalmente que las impresiones de Laetitia acerca de Sam ya tenían razones de peso que podían notarse a simple vista, y hasta ese momento parecía algo lógico, así que decidió no pensar más en eso. Pero tiempo después se daría cuenta de que el chico tatuado tenía un secreto importante que lo agobiaba desde hacía varios años.

Eventualmente lo sabría en el lugar y momento más inesperado, como la mayoría de cosas que solían rodearla.



## XV: Telas, pelos de gato, Daiquirís y The Mars Volta

*Los cien ojos de Argos Panoptes son los ocelos en la cola del pavo real, después de que la diosa Hera los retirara de la cabeza cercenada del gigante y los preservara en las plumas del ave que la representa.*




—Claro que sí, querida. Prometo cuidar ese traje con mi vida —Aura jugaba con su fueguino cabello mientras conversaba por teléfono con alguien importante—. No le va a caer vómito encima, sabes que mis fiestas no son tan salvajes —la joven anotó algo en una libreta —, aparte deberías ver al chico que lo va a usar, si no tuviera el cuerpo tatuadísimo habría sido súper perfecto para el papel de Barry Allen en la serie, te lo juro —Soltando una risita, Aura caminó por toda la sala —. Obvio, te enviaré una foto apenas se lo ponga. Que tengas un día súper genial. ¡Adiosito!

"Flama" tenía contactos. Muy buenos contactos para conseguir cualquier cosa que necesitara. Sin embargo, no era egoísta con la información, y le encantaba conectar a sus conocidos para que se ayudaran entre ellos cuando lo ameritaba, por lo que no pensó dos veces el tomar su agenda de teléfonos y hacer unas cuantas llamadas. Iba a hacerlo de todas formas, era su fiesta de cumpleaños y debía salir perfecta.

Un par de toques en la puerta de la enorme casa sobresaltaron a la

pelirroja, que corrió a atender con una malteada de chocolate en la mano. Emeraude la saludó con timidez al verse abrumada por la grandeza de su próximo escenario.

—Ems, ¡qué bueno que llegaste! Tengo que mostrarte algo genial. —sin dejarla hablar, Aura tomó de la mano a la cantante y la llevó a su habitación.

En medio de la estancia decorada con temática romana se alzaba un maniquí con un traje rojo bastante reconocible, que a los ojos de Emeraude parecía un espejismo increíble.

—Logré conseguirlo con Maya Mani. Quería que fueras la primera en verlo.

El traje de Flash usado para la tercera temporada de la serie de televisión.

—Flama, hay ADN de Grant Gustin regado por todo este traje. —la cantante pasó sus dedos por el suave cuero que atestiguó incontables horas de rodaje entre metahumanos de fantasía y efectos especiales formidables.

—Estoy consciente de eso. ¿Sabes la gran cantidad de tiempo que esa belleza ha pasado ahí dentro? —la pelirroja suspiró—. Esto es fantástico. Vamos a ver a Arden usándolo.

—¿Estás segura de eso?

—Por favor, Ems —Aura se encogió de hombros—. Él nació para vestir cosas como ésta. O para andar completamente desnudo, tapar tanta tinta debería ser ilegal.

—¡Es exactamente lo que pienso! —Emeraude mordió su labio inferior con suavidad, aun nerviosa por ver ese traje tan de cerca—. Flama, Sammy usando este traje…

—¿Qué con eso? —preguntó Aura, curiosa.

—¿Crees que me vaya a ver igual de bien con lo que debo ponerme? A su lado voy a parecer rara.

Aura miró a Emeraude y colocó sus manos en la cintura.

—¿Qué crees que tengo para ti, jovencita? Has visto mi trabajo. Sabes que soy puntillosa con los detalles. Vas a quedar perfecta para empezar a rodar una película.

Un precioso gato Munchkin salió de debajo de la cama y se acercó a Emeraude, frotando su lomo contra la pierna de la chica. Aura sonrió al ver la escena.

—Mira, le caíste bien a Delcatty. —la cantante se agachó y pasó su mano por el suave cuerpo del felino manchado de negro, ocre y

blanco.

—Qué lindo es… —el animal ronroneó ante los mimos de Emeraude, y no opuso resistencia cuando ella quiso cargarlo. Aura le dio un beso entre las peludas orejas.

—Hechicería. Eres bruja. Sólo se deja cargar de mí y mi hermano, acaba de conocerte y ya te ama. —Emeraude arrugó la nariz.

—Siempre me han gustado los gatitos. Nunca he podido tenerlos, pero cuando veo uno me fascina juguetear.

—Cereza, necesito que me entregues el… —un muchacho alto, rubio y musculoso entró a la habitación de su hermana y se vio sorprendido al ver a Delcatty en brazos de una extraña.

—Vaya, las brujas existen. ¿Quién eres? —Emeraude le tendió la mano que quedaba libre del dominio del gato.

—Emeraude Blanchard. ¿Eres el hermano de Flama?

—Creo que me adoptaron. No puedo ser hermano biológico de esta perra loca. Me llamo Gunray.

—¿Gunray? ¿Como el virrey Nute Gunray? —El chico asintió.

—Mis papás son unos *nerds* amantes de Star Wars. Me habrían llamado Leia si hubiera nacido mujer. Pero bueno, prefiero Gunray a Jar Jar. —Emeraude hizo una mueca de asco.

—Agh, estúpido *gungan*.

Los dos compartieron una sonrisa. El gato interrumpió la conversación al escaparse de los brazos de Emeraude dando un pequeño salto para ir a saciar su hambre.

—Lo es en todos los escenarios posibles —Gunray se acercó a su hermana—. Oye, hazme un favor. ¿Ya está listo mi traje? Necesito tomar un par de medidas antes de irme. —la pelirroja asintió.

—Está en el cuarto de juegos. ¿Ya convenciste a Conor de venir, o se va a hacer la diva otra vez? —el chico se rascó la cabeza.

—No lo sé. A veces me pregunto por qué salí del clóset si no me estoy ahorrando esas rabietas tan típicas de ustedes. —Aura puso su mano en la mejilla de su hermano menor y le dio un suave toque con un gesto condescendiente.

—Eso no es de mujeres, Gunnie. Lo que hace tu novio es de reina del drama y nadie le va a quitar esa corona. Fíjate si cabes en ese leotardo y me lo traes en caso de hacer falta. Ve, ve.

Gunray se despidió y salió corriendo de la habitación de su hermana. Aura le señaló a Emeraude una puerta junto al baño.

—Ems, los chicos de la banda están a punto de llegar para la prueba de sonido. ¿Quieres ver tu traje antes de que lleguen?

La de Aura no fue exactamente una pregunta que Emeraude tuviera oportunidad de responder, pues antes de que pudiera musitar palabra, la pelirroja reveló el traje que la cantante usaría en aquella gran fiesta que se daría en unas horas, y cuando posó sus ojos en aquel atuendo, le costó un poco creer que era real.

Brazaletes, tiara, Lazo de la Verdad, espada y escudo. Un par de botas se unían a la reluciente armadura de la princesa de Themyscira, confabulándose entre todas para lograr que Emeraude se congelara por la impresión. Le bastaron un par de minutos para darse cuenta de que aquel traje era tangible como su propia piel, exuberante y definitivamente exquisito a la vista y al tacto.

—¿Flama, en serio hiciste esto? —la estudiante de diseño de vestuario asintió, orgullosa por aquella reacción.

—Querida, he pasado los últimos días entre telas, pelos de gato, daiquirís y The Mars Volta. De verdad me inspiré. Este traje es todo tuyo, puedes moverte en el escenario como se te antoje, es súper ligero y tiene costuras fuertes para que estés segura de que no se romperá. Y tengo otro regalo para ti —Aura sacó de su armario una peluca castaña oscura que completaba el traje y se la entregó a Emeraude—. Ten. La Mujer Maravilla es genial, pero no tiene el pelo verde —la cantante miró a la pelirroja, dubitativa. Esta última sacudió la peluca en el aire con un gesto imperativo—. ¡Toma, ve y guárdala para esta noche!

—Flama, gracias —Emeraude abrazó a Aura—. Te voy a dar el mejor *show* que puedas tener, lo prometo. ¡Lo juro! —la chica del cumpleaños sonrió satisfecha.

—Te dije que mi fiesta debía salir perfecta, Ems. Esto hace parte de mi visión. También quiero que tengas algo lindo para lucir en alguna convención de cosplay, te iría de lujo.

El celular de Aura sonó con un par de pitidos cortos. Ella lo tomó y leyó el mensaje.

—Genial, ya llegó el camión con todas las cosas de tu banda. Ven, acompáñame.

Las dos chicas llegaron a la sala y encontraron varios hombres descargando todos los equipos que solían estar en el escenario de "The Stockpile". Los chicos de la banda se maravillaron con la enorme vivienda y Lyle, al ver a Emeraude y su hermosa acompañante, se acercó para saludar.

—Hola, Emi. ¿Ella es la chica del cumpleaños?

El bajista se quedó mirando a Aura de pies a cabeza. Luego le dio un suave codazo a Emeraude para que los presentara, y ella reaccionó de inmediato.

—Oh, Flama... déjame presentarte a Lyle, el bajista de la banda. Te fuiste muy rápido del bar esa vez y no pudiste conocer a mis compañeros. —él se acercó a la pelirroja y le dio un beso en la mejilla.

—Hola, Flama... déjame verte. Qué linda eres. —él tomó la mano de Aura y la hizo girar. Ella lo miró con exasperación.

—Lyle. Gracias. Debo hacer algo allí, adiós. —la anfitriona de la fiesta se fue sin decir nada más, y Lyle no pudo ocultar su desconcierto mientras Emeraude lo miraba extrañada.

—¿Qué? Es linda. —ella puso una mano sobre el hombro de su amigo.

—Lyle, cariño... hiciste que Flama se callara. Eres un mago. —el bajista hizo pucheros sarcásticos.

—Emi, ¿qué dices? ¿Debería invitar a Flama a una cita? Puedo ser su regalo de cumpleaños si ella quiere. —la cantante rió.

—Si quieres que te estampe la mano en la cara... ve. Hazlo. —el muchacho se encogió de hombros.

—Al menos dime qué va a usar para esta noche. ¿Combina con lo que voy a usar yo? —Emeraude levantó las cejas.

—Es una rareza. Mejor no te lo digo, vas a armar una película en tu mente antes de tiempo. Aguanta un par de horas, ya verás.

—¿Entonces así se siente pisar el suelo de Golden Nest? Hasta los desechos destellan oro aquí. —Laetitia llegó acompañada de Sylvain y los dos se acercaron a Emeraude para saludarla. El muchacho tenía la cabeza envuelta en un pañuelo, cosa que le extrañó a la cantante.

—Syl, sabes que la fiesta es de superhéroes y súpervillanos y no de la India, ¿verdad? —el bartender asintió.

—Estoy en un proceso de transformación para esta noche. No tienes idea de lo que voy a usar. *Namaste*. —Emeraude le dedicó una sonrisa cándida.

—Creo que puedo esperar para saberlo. Pero viniendo de ti... —Laetitia miró a su mejor amiga y le guiñó el ojo. —Te vas a enamorar, Ems. Hay que darle un poco de crédito a Flama por convertir esta fiesta en un *crossover* épico de Marvel con DC, de otra forma Syl nunca se habría atrevido a cambiar de apariencia tan drásticamente. Créeme, va a ser algo genial.

Arne entró con el crash en una mano y el redoblante en la otra y los dejó junto al resto de instrumentos antes de saludar a Emeraude.

—*Hallo*. ¿Syl planea explotar, o qué? —Laetitia se rió por lo bajo. Sylvain lo miró de reojo.

—Sí, Arne. Voy a explotar por tu trasero como jalapeño. —el alemán sonrió con desgano y se trepó al escenario para organizar su batería mientras Charlie y Alex hacían lo propio con sus guitarras.

Al cabo de un par de canciones, la prueba de sonido terminó. Empezaba a hacerse de noche cuando Emeraude y sus compañeros se recluyeron en habitaciones distintas de la enorme casa para vestirse con aquellos trajes que los convertirían en personajes de película.

A través de unos altavoces estratégicamente colocados en varias partes de la casa, se oyó la voz de la anfitriona llamándolos a todos para iniciar una de las mejores fiestas que daría lugar en Copper Grace.

—Superhéroes, supervillanos. Es hora de una tregua. ¡Salgan de sus escondites para entretenernos un rato!



## XVI: ¿Has visto a Flash?

Emeraude llevaba varios años sin tener un color de cabello tradicional. Desde que aprendió a usar el agua oxigenada no pasó más de tres meses sin decolorarse para luego aplicar un tinte esmeralda, y lo sentía más suyo que el rojo cobrizo con el que había nacido. Por eso se le hizo tan extraño estar frente al espejo y verse con el cabello oscuro, aun más que estar usando la preciosa armadura de Diana Prince, la mítica Mujer Maravilla.

—Oh, hija de Zeus... te ves preciosa. Te mataría con mucho amor si pudiera. —Laetitia en su traje de Psylocke también se veía imponente. Se notaba que Betsy Braddock era una de sus superheroínas favoritas, pues con su actitud logró capturar la esencia dual y conflictiva de la mutante. Emeraude inclinó la cabeza a manera de saludo.

—Qué buen par de ojos te puso Captain Britain, perra —la chica de cabello violeta pestañeó un par de veces—, lanza una bengala si ves a Flash por ahí. —asintiendo, la joven caminó hacia la barra y comenzó a servir unos cuantos tragos para un grupo de invitados que no conocía.

—No hagas eso sin mí, psicópata. —un traje de látex negro y unas botas de tacón alto obligaron a Emeraude y Laetitia a girar la cabeza. Al revisar de abajo hacia arriba a quien les hablaba, se encontraron con una cara perfectamente maquillada, pestañas postizas tan largas y delicadas como alas de mariposa y un corte estilo mohicano decolorado hasta el cansancio y matizado para verse completamente blanco.

Sylvain O'Brien había dejado de lado sus jeans rotos y las camisas sin mangas para transformarse en Ororo Munroe, la inconfundible Tormenta.

—Santa Noxeema Jackson[4]. ¡Te ves perfecta! —exclamó Laetitia.

—Lo sé, Halle Berry me odiaría si alguien le dijera que me veo mejor que ella en este traje y haciendo *drag* —replicó Sylvain ante la mirada atónita de sus amigas—. Todos estos años de yoga me prepararon para soportar estos tacones. Estoy levitando y ya no siento los pies. ¿Esto va a ser así toda la noche? —Emeraude asintió mientras levantaba las cejas. Sylvain suspiró.

—Ya te acostumbrarás, Syl. Lo llevas en la sangre.

Harriet, vestida de Mystique, se acercó a la barra y tocó el cabello de Sylvain.

—Qué precioso se ve mi niño vestido de mujer... —el muchacho arrugó la nariz, un poco apenado.

—Mamá, hay mucha gente aquí. No me despeines, esto tomó mucho tiempo. —la pelirroja, ante la actitud de diva de su hijo, pellizcó una de sus mejillas, lo que le pareció menos invasivo para su apariencia.

—Mi bebé, mi niño bonito, ¡eres fabuloso! —el muchacho enrojeció.

—¡Mamá! Ya soy adulto. —la irlandesa asintió con una sonrisa.

—Pero siempre serás mi pequeño. No puedes cambiar eso.

Arne se acomodó la pesada capa verde que colgaba de sus hombros y se recostó contra una de las paredes del escenario construido exclusivamente para la fiesta. Lyle se le unió mientras acomodaba su uniforme.

—Oye, Wolverine. —el alemán dio un sorbo a su botella de agua y saludó al bajista. Éste se agachó y pellizcó una porción de la tela a la altura del trasero ante la mirada de asco de su compañero de banda.

—No me mires así. Harías lo mismo si tuvieras los bóxers subiéndote por el recto. —Arne rió, un poco perturbado.

—¿Tienes que ser siempre tan gráfico? No te los pongas para la próxima, se acaba el problema. —Lyle se encogió de hombros.

—Lo siento, Loki. Es lo único que puedo ofrecer mientras uso spandex, no queda nada a la imaginación. Dentro de un rato empezarán a sudar mis pelotas y no te va a gustar verme así. —el baterista hizo una arcada, aguantándose las ganas de vomitar.

—*Das ist widerlich* [5]. Me desconecto antes de que digas algo peor.

Desde las enormes ventanas que rodeaban la sala el viento soplaba refrescando la noche. Una capa roja kriptoniana ondulaba desordenadamente mientras Charlie acomodaba su set de pedales en preparación para una noche llena de música. Alex se le unió vestido del Caballero de la Noche.

—Eres muy flacucho para ser Superman, Charles. —el guitarrista errante se encogió de hombros luego de colgarse el instrumento al hombro.

—Eres demasiado peludo para ser Batman, Alex. La viga en el propio ojo, amigo.

Mientras los dos amigos discutían a modo de broma, Emeraude subió al escenario para arreglar un par de detalles. Los invitados que llegaban se quedaban asombrados ante los hermosos trajes de la banda y tomaron varias fotografías con sus celulares. Rápidamente el lugar se fue llenando de superhéroes y supervillanos, y la fiesta empezó de manera oficial cuando la anfitriona apareció personificando a Jean Grey, una de las telépatas más fuertes de los X-Men.

—¿Ya empezaste a sudar, minion? —Emeraude le dio un suave codazo a Lyle al ver su cara luego de la entrada de Aura. Él bufó, tratando de restarle importancia al momento.

—Banana. No me importa, de todas formas no tengo una sola chance con ella. —la princesa de Themyscira sacudió la cabeza al oír eso.

—Ni se te ocurra repetirlo, Lyle. ¿Ese leotardo amarillo acabó con tu amor propio, o qué? —el muchacho suspiró en silencio y se inspeccionó por un par de segundos.

—No. De hecho, se ve un poco más grande con esta cosa, no sé si lo notaste. —Emeraude lanzó una rápida mirada para arrepentirse luego.

—Oh. ¡Pelotas sudorosas, pelotas sudorosas! —la cantante cubrió sus ojos. El bajista no se inmutó.

—Lo vi venir desde hace horas, Emi. Es tarde para quitarme la ropa interior, así que te aguantas.

Un Hulk vestido de traje negro apareció junto al Joker y una preciosa Harley Quinn de estilo *steampunk*. Los tres se acercaron a la barra, donde Tormenta los recibió con unas copas de cocteles.

—*Boa noite, cavalo*. Sabia decisión esa de no aparecer semidesnudo, hace un poco de frío en esta parte de la casa. —Braulio asintió.

—Ahorro en pintura verde también. Esto es divertido, ¿por qué no hacemos fiestas así en el bar? —Ernie le dio un sorbo a su copa y le

dedicó una mirada tierna a su esposa.

—Porque tu jefe es un grandísimo idiota. Esto atrae mucha gente y no se nos ocurrió primero. —replicó Gretchen. Sylvain alzó las cejas y miró al británico, que estaba demasiado ocupado con un Bloody Mary, por lo que no respondió. Harley apoyó los codos sobre la barra—. Syl, deberías darle una vuelta a este lugar. Aura ordenó que cada habitación fuera decorada con temática de superhéroes.

—¿En serio? Suena divertido.

—Lo es. Cada uno tiene un nombre genial y juegos relacionados: Atlantis, la Baticueva, la Escuela Xavier para Jóvenes Superdotados... esta fiesta es magnífica.

—Flama sabe muy bien lo que quiere a pesar de ser un completo vómito de unicornio.

—¿Quieres ver cosas lindas y de tu estilo? Deberías ir a la sala temática de Wakanda. Tal vez encuentres a tu T'Challa y te conviertas en reina más rápido de lo que crees.

—No, cariño. Hoy no me coronan —Tormenta extendió los brazos y se pavoneó un poco—. Todos son hermosos, pero no están preparados para esto.

—Podrías llevarte una sorpresa.

—La gran mayoría han sido desagradables. Por hoy paso.

—Vale. Voy a estar un rato en el Planeta Oa, por si se te ocurre husmear un poco.

Gretchen se retiró y Sylvain se unió a Laetitia para servir tragos a quien se acercara. Al cabo de unos minutos, una persona vestida de Iron Man se acercó a la barra y pidió una soda. Psylocke la sirvió en un vaso alto y le entregó un sorbete.

—Aquí tiene, señor Stark —señaló la joven imitando el acento británico de la mutante—. Aunque si lo desea, puedo ofrecerle algo más fuerte. Tenemos Jack Daniel's, *whisky*, ron blanco, tequila... —el hombre levantó una mano para declinar la oferta.

—Debo rechazar eso, Betsy. Llevo varios años sobrio y aunque aprecio a Flama y su familia, ella sabe muy bien que no bebo alcohol. Ya me ha hecho bastante daño. —la chica de cabello violeta sonrió con timidez. Aquella aura de misterio le causaba una inmensa curiosidad.

—¿Qué te hizo cambiar?

—Varias cosas. Pero lo que más me preocupaba en ese momento era perder mi trabajo. Me insistieron en ponerme sobrio o no me volverían a llamar.

—¿Se puede saber lo que es? Suena como si tuvieras jefes muy estrictos.

—No eran estrictos, sólo se preocupaban por ver sus productos bien terminados. Creo que sabes de qué hablo.

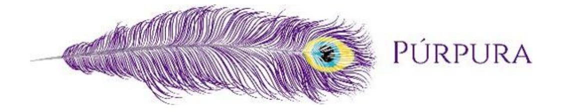
Laetitia lo pensó por unos segundos. Se dio cuenta de que había oído esa voz en algún lado.

—¿Oye, con qué te ganas la vida?
—Soy actor. —Laetitia soltó un siseo de incredulidad y se cruzó de brazos.
—No, dímelo en serio. —él asintió.
—Es muy en serio. Hoy estoy de incógnito, pero con cinco segundos puedo demostrártelo.
—A ver...

Asegurándose de que sólo Laetitia pudiera verlo, Iron Man levantó la parte frontal del casco para revelar su rostro, lo que dejó a la chica sin aliento.
—Señor Stark... soy una gran fanática. —el actor guiñó el ojo antes de cubrirse la cara de nuevo.
—Dejémoslo para nosotros nada más. ¿Te parece? —la joven asintió, aun impresionada.
—Bien. Que tengas buena noche, Psylocke.

Robert Downey Jr. abandonó el lugar tan pronto como apareció. A Laetitia no le quedó ninguna prueba de aquello, más que lo visto por sus ojos y grabado con fuego en su memoria, pues Sylvain estaba demasiado ocupado coqueteando con un chico vestido de Thor y no se había enterado de nada.

—Genial. Ni siquiera un autógrafo le pedí. Soy brillante.




—¿*Frau* Ems, te importaría si intercambiamos lugares en una de las canciones? Quisiera dedicarle algo a Lety y me gustaría cantar un poco. —el pedido de Arne era inusual, pero sabiendo que Emeraude podía cubrirlo en la batería por unos minutos, estaba seguro de que no habría problema.
—Claro. ¿La de Maroon 5?
—¿Por qué no? —Loki asintió.
—Vale. Esa es linda, a ella le va a gustar. ¿Has visto a Flash?
—*Nein*. Lo siento. —Emeraude frunció el ceño.

—Ya llegará. Dijo que vendría.

Después de un corto suspiro Emeraude tomó el micrófono para saludar a la gente.

—Parece que Copper Grace se llenó de superpoderes esta noche. ¿Quién vino a pasarla súper bien? —el público elevó unos cuantos gritos de ánimo. —Me encanta oír eso. Más me gusta saber que todos estamos aquí por una persona en común. Flama —Aura saludó a la cantante desde la barra—, feliz cumpleaños, nena. Esto es para ti.

**#LaHistoriaPlumosa:**
**Súper Fiesta, el cumpleaños de "Flama" Aura Spitfire**
**(Playlist disponible en Spotify)**

**1.** Californication **– Red Hot Chili Peppers**
**2.** Sunday Morning feat. Arne Schlagzeuger **– Maroon 5**
**3.** Man! I feel like a woman **– Shania Twain**
**4.** Take me to church **– Hozier**
**5.** Kiss from a Rose **– Seal**
**6.** Bathwater **– No Doubt**
**7.** I just wanna live **– Good Charlotte**
**8.** Centuries **– Fall Out Boy**
**9.** Feel invincible **– Skillet**
**10.** Pompeii **– Bastille**
**11.** Evil and a Heathen **– Franz Ferdinand**
**12.** Rock and roll all nite **– Kiss**
**13.** Thnks fr th mmrs **– Fall Out Boy**
**14.** Sixth of june **– It Ends Today**
**15.** Rose red violent blue **– Stone Sour**
**16.** Little Monster **– Royal Blood**
**17.** Hold me, thrill me, kiss me, kill me **– U2**
**18.** Heroes **– David Bowie**
**19.** Iron man **– Black Sabbath**
**20.** The Widow **– The Mars Volta**
**21.** Want you bad **– The Offspring**

Durante la canción de Stone Sour, Laetitia fue demasiado literal con el pedido de su mejor amiga por si veía un borrón rojo en la fiesta: desde la barra encendió una pequeña bengala y le hizo un par de señas a Emeraude para avisar que Sam estaba finalmente en la fiesta, vestido de Flash.

—¿Has visto a un Flash ebrio, Ems? —le espetó Alex a Emeraude. Ella apretó los labios con un poco de angustia.

—No por tanto tiempo —replicó la princesa de Themyscira—. Estoy segura de que no ha tomado nada aquí, Lety o Syl lo habrían notado.

—¿Quieres bajar? Podemos cubrirte si lo necesitas.

—No, Batman… el Flash borracho puede esperar media hora más. Esto es trabajo del bueno.

—Vale. Lo que ordenes, Maravilla.

Al final del concierto Emeraude se acercó a la barra donde Sam esperaba casi a punto de caerse. Sylvain le dio una cerveza.

—Le he dado café para que no parezca tan muerto, cariño —susurró el muchacho—, necesitas subtítulos para entender lo que dice. —la joven suspiró.

—Sabes que no es la primera vez que lo hace, Syl. Hay que hacer que se levante, inyéctale Red Bull, dale un baño de agua fría, lo que sea. A Flama no le va a gustar verlo así. —Tormenta levantó las cejas.

—¿A Flama, o a ti? No estás muy feliz. —la cantante se cruzó de brazos.

—Mentiría si te digo que no me molesta el hecho de que deba alcoholizarse cada vez que nos vemos fuera de la universidad. —Sylvain frunció el ceño.

—Mal. Todo mal. Dame veinte minutos y te lo entrego un poco más despierto, ¿vale? —Emeraude asintió—. Bien. Lo llevaré al laboratorio S.T.A.R., donde pertenece. Ya regreso.

Aura se acercó a la barra con una expresión bastante impropia de ella. Tanto así, que ver a Flash ebrio y a punto de vomitar un traje prestado no podía importarle menos. Emeraude tomó la botella de tequila y sirvió un shot para la anfitriona de la fiesta.

—¿Problemas en el Lago Alkali, Flama?

—Odio al DJ. —respondió Aura al cruzarse de brazos.

—¿Qué te hizo? Para ir a darle un par de cachetadas.

—Es Linterna Verde. Tomó demasiado bourbon y está desmayado junto a la piscina. Se supone que va a tocar en diez minutos.

—Oh —Emeraude replicó, preocupada—. Encontraste un magnífico DJ.

—Ems, sé que pido demasiado, pero necesito que me salves. No puedo dejar la fiesta sin música, y la banda ya tocó todo lo que yo quería. ¿Conoces alguien que pueda reemplazar a ese estúpido Hal Jordan de cloaca? ¿Puedes tomar la consola y tocar algo? Esto me está matando.

La princesa de Themyscira se rascó la barbilla, pensativa. Ella tenía la respuesta a las penas de la contrariada anfitriona.

—Conozco a alguien que puede arreglarlo —Emeraude se volvió hacia sus compañeros de banda—. ¡Oye, Wolverine! ¿Quieres salvar a Jean Grey otra vez? —Lyle se acercó a su amiga mientras trataba de disimular una inoportuna picazón en cierto lugar indiscreto.

—Lo que sea para esta belleza. —Aura señaló la consola con luces de neón que se alzaba junto a la barra.

—Si logras reemplazar al DJ y tocas algo decente con eso, te daré

mi número y saldremos a tomar un café.

Lyle no lo pensó dos veces. En cuestión de segundos corrió hacia el lugar indicado y se rascó con disimulo antes de juguetear con el vistoso panel e iniciar un beat básico que mantendría en cohesión otros tantos sonidos por el resto de la noche. Llevaba años sin usar el tornamesa, pero a pesar de eso logró acoplarse con rapidez para mantener contenta a Aura.

Unos minutos después, Sylvain volvió a su lugar tras la barra. Emeraude lo esperaba con pucheros y un Manhattan.

—¿Qué hay del borrón rojo? —Tormenta ladeó una sonrisa y le dio un sorbo a la copa.

—Ya dejó de ser más alcohol que persona, galletita. Me preguntó dónde andabas.

—¿Quiere que vaya con él? —Sylvain la miró con sorna y cruzó los brazos, haciendo que la respuesta fuera más que obvia.

—Cariño... todos en esta fiesta queremos que vayas con él. El laboratorio S.T.A.R. es una de las pocas habitaciones que tiene una cama ahí, y no es parte de la escenografía. Flama sabía muy bien lo que hacía cuando organizó todo así.

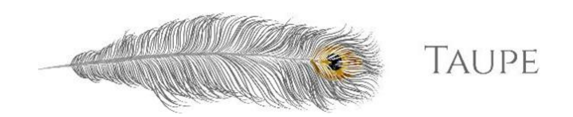
Emeraude se mordió el labio inferior con suavidad y fijó los ojos en el suelo. Sylvain no ignoró aquel gesto dubitativo y se propuso borrarlo dándole una cerveza a su amiga y un pequeño empujón.

—Ya está todo cubierto aquí, querida. Ve, no dejes que Flash salga de ahí hasta el martes.

La cantante obedeció. Mientras caminaba por uno de los corredores que dirigía a las salas temáticas atrajo unas cuantas miradas, tanto de chicos que la veían hermosa como de chicas que apreciaban cada detalle del traje con envidia. A Emeraude no le importó mucho aquel escrutinio, después de todo sólo le interesaba la opinión de una persona que estaba esperándola a escasos metros de distancia.

Respirando hondo, la princesa de Themyscira dio tres golpes en la puerta. Un instante más tarde, Sam atendió, aun tambaleándose un poco, pero lo suficientemente despierto como para un poco más de fiesta.

—Hola, Mujer Maravilla. ¿Viniste a hacer explotar mi acelerador de partículas?



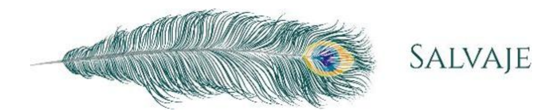

[4] Noxeema Jackson: *Drag queen* interpretada por Wesley Snipes en la película “To Wong Foo, Thanks for Everything! Julie Newmar”.

[5] Das ist widerlich: “Eso es asqueroso” en alemán.



## XVII: I wish I knew you

*Cada año, después de la época de apareamiento, el pavo real muda la cola de manera natural.*




Irina llegó al pequeño café casi veinte minutos después de la hora acordada, alegando un embotellamiento de tráfico a tres manzanas del lugar. Para compensar su tardanza, le dio a Sam un pastel de arándanos y fresas con crema, uno de sus favoritos.

—Aquí está. Para que no digas que no te aprecio.
—Gracias. No debiste.
—Claro que sí. Tengo que darte de comer, sin mí te mueres de hambre.

La rubia se sentó frente al chico tatuado. Luego dio un par de toques en su celular.

—¿Oye, no tienes esa fiesta de disfraces hoy? Deberías estar allá.
—Eso puede esperar un par de horas.
—¿Bien, de qué querías hablarme?
—Necesito decirte algo importante. Desde hace bastante tiempo quería mencionarlo, pero cada vez que iba a hacerlo terminaba siendo interrumpido.
—Bueno, aquí me tienes.

—Irina, yo…

La muchacha no había despegado los ojos de su celular, y luego de un pitido de notificación, se levantó de la silla.
—Lo siento, tonto. Alguien loco de este sitio hizo *match* en Tinder conmigo —Irina le mostró el aparato a su amigo—. ¿No es linda esta chica? Voy por ella. Hablamos luego, diviértete en la fiesta.

La silla de Irina no duró mucho tiempo ocupada, y cuando salió del lugar estando acompañada, Sam no tuvo más opción que resignarse a tomar su capuccino solo, algo a lo que ya estaba más que acostumbrado.

—Soy idiota. Voy por el vodka.




Las sábanas tenían una textura bastante placentera y la habitación mantenía un ambiente perfecto. Si festejar en la Liga de la Justicia llevaba ese tinte todo el tiempo, a Emeraude no le habría molestado pertenecer a ella.

Las preciosas partes del traje de la princesa de Themyscira estaban desperdigadas por todo el laboratorio, a excepción del Lazo de la Verdad, anudado en los barrotes que coronaban la parte superior de la cama. Sin duda, la temática de la fiesta había sido una idea magnífica y bastante estimulante.

La cantante se estiró y abrió los ojos luego de una agitada noche. Sorprendida de no haber amanecido en una cama rota, Emeraude tomó su celular para ver la hora: ocho de la mañana. Luego se puso la sudadera que llevaba del día anterior para salir de la habitación mientras dejaba que Sam durmiera un poco más.

Al avanzar unos cuantos pasos, Emeraude se encontró con una chica vestida de Hiedra Venenosa, que desde lejos se sabía experta en caminatas de la vergüenza.

—¡Hola, Maravilla! Tú y la banda estuvieron geniales anoche.
—Gracias —Emeraude se sonrojó ligeramente—. Disculpa, ¿sabes si alguno de mis compañeros de banda está aquí todavía?
—Oh, acabo de salir de la Baticueva —la muchacha soltó una

pícara risa—. El Batman *hippie* es bastante salvaje.

—No hablas en serio —la chica pelirroja con enredaderas en el cabello asintió—. Bueno, ya sé dónde está Alex.

—¿Ese es su nombre? Magnífico. Me daba un poco de pena preguntárselo. —Emeraude se llevó la mano a la cara.

—Dios, qué fiesta. ¿Has visto a Flama o a Gunray?

—No sé de Flama, pero Gunray está en Atlantis con Tormenta. Creí que era cien por ciento súper gay.

—Lo sigue siendo —Hiedra Venenosa fijó sus ojos en Emeraude sin comprender—. Esa Tormenta no es una chica.

Hubo un corto silencio donde la pelirroja reflexionó un momento acerca de lo que había escuchado, hasta que finalmente comprendió lo que pasaba.

—Vaya, así que Gunray rompió con Conor —Emeraude la miró de vuelta a la espera de una explicación—. Deja que te lo cuente: Conor iba a venir vestido de Aquaman, pero nunca apareció. Los dos tenían una promesa de nunca ser infieles, pero si Nightwing pasó la noche con Tormenta es porque él y Conor rompieron por cuadragésima vez. Es algo complicado.

—No, ya entendí. Gracias. ¿Cuál es tu nombre?

—Ay, ¡qué distraída soy! Siento no habértelo dicho antes. Soy Winnie Harper, Flama y yo somos amigas desde secundaria.

—Un gusto conocerte, Winnie. Si me disculpas, debo buscar a alguien.

—¡Ve, ve! Tienes cara de que hay un gran chisme que quieres contar.

Winnie tenía razón. Emeraude quería hablar con Laetitia y decirle todo lo que había hecho la noche anterior, pero primero debía acudir a la anfitriona de la fiesta para darle las gracias por todo. Eso también debió esperar, pues cuando la cantante se estaba acercando a la habitación de Aura vio salir a Lyle en ropa interior y con su leotardo amarillo en la mano.

—¡Alto ahí, mini Wolverine! —al verse descubierto, el bajista se detuvo a mitad de pasillo. Emeraude se acercó a él.

—¿Vas a regañarme?

—¿Bromeas? Es lo más grande que ha pasado en tu liliputiense vida, no te regañaría.

—Te amo, Emeraude Blanchard.

—Lo sé, yo también me amo. ¿Dónde está Lety?

—Se fue anoche. No iba a quedarse aquí cuando podía dormir

donde Arne.

—¿Charlie?

—No lo sé. La última vez que lo vi estaba en medio de una partida de beer pong con los Vengadores. ¿Y tú qué demonios haces aquí? Deberías estar jugando al doctor pervertido con Sam.

—Está dormido. Quería hablar con Flama, pero debe estar cansada.

Lyle suspiró ante la mirada burlona de la cantante. Luego se rascó la nuca.

—Esa chica es pura dinamita. Tiene formas muy interesantes de agradecer los favores.

—Convirtió esta casa en un burdel de muy buen ver.

—Si todas las Comic Con fueran así...

—En lugar de eso tienes que ver gente como Ladybeard y el gordo que se viste de Sailor Moon. —Lyle puso su mano sobre la boca con un gesto de asco. Emeraude rió.

—Agh, no. Rayos, no. Vas a hacer que vomite la alfombra.

—Vale, no lo mencionaré de nuevo. Voy a dormir un poco más, me duelen las piernas.

—¿Debería preguntar por qué?

—No.

—Bien, ve. Flash debería tenerte a su lado cuando despierte.

Emeraude obedeció. Cuando llegó a la habitación Sam aun dormía, así que se metió en la cama con sigilo para no despertarlo. Luego de un corto intercambio de mensajes de texto entre ella y Laetitia, sintió el roce de los pies de su acompañante moviéndose bajo las sábanas y prefirió permanecer en silencio para no asustar al chico apenas abriera los ojos.

Sam, aun dormido, se dio la vuelta y pasó su brazo sobre el regazo de Emeraude. Ella, sin sobresaltarse, esbozó una suave sonrisa. Unos minutos más tarde, Flash finalmente despertó.

—Buenos días, borrón rojo ebrio. —saludó Emeraude en voz baja.

—Hola, Ems —replicó Sam—. ¿Qué hora es?

—Casi las nueve. Lo de anoche fue movido. ¿Recuerdas alguna cosa?

Sam se levantó, apoyó la espalda contra los barrotes de la cama y suspiró. Emeraude apagó su celular como preámbulo de una conversación seria.

—Recuerdo que entraste aquí y pusimos música.
—Me pediste que cantara sólo para ti y eso hice.

Sam cerró los ojos para tratar de recordar. Unos cuantos fragmentos de "Safe and Sound" de Capital Cities cantada por Emeraude se agolparon en su mente, haciéndolo sonreír.

—Sí... eso fue lindo.
—No te quedaste atrás. Debo decir que el alcohol mejora tu oído, elegiste una canción bastante interesante. —un poco aturdido, Sam se rascó la cabeza.
—¿Qué canción?
—Algo de The Revivalists. —respondió la joven tratando de ocultar su desconcierto. Luego tarareó unas cuantas notas de "Wish I knew you" para refrescarle la memoria a su compañero de juegos de la noche anterior. Él suspiró.
—Suena mejor cuando la cantas tú.
—Pero para mí no significa lo que para ti.

Sam se dio vuelta y apoyó los talones en los barrotes de la cama, usando los dedos de sus pies para jugar con unas partes del Lazo de la Verdad que escapaban de los nudos y colgaban de los tubos metálicos.

—Sammy, conozco el poder de la música —Emeraude continuó hablando—. La elección de una canción es más profunda de lo que imaginas.
—No puedo engañarte, ¿verdad?
—Ni aunque yo quisiera hacerme la sorda. ¿Sabes quién es Euterpe?
—Sí —el joven hizo una leve mueca mientras lo evocaba—. La musa de la música.
—Bien. Así que debes saber que ella entiende las emociones del compositor y le dicta las palabras perfectas para una canción especial.
—Lo dices de una forma hermosa.
—Mi tío Viridian solía contarlo así —Emeraude levantó las piernas por unos cuantos segundos—. En todo caso, si eliges una canción para cantarla a todo pulmón es porque te identificas con ella. Y la que oí anoche es particularmente dolorosa.

Sam dejó de juguetear con las cuerdas al escuchar esa última frase. Luego miró a Emeraude sabiendo que no podía ocultarle la verdad.

—Ems, recuerdo que te hablé de la relación con mi padre.
—Sí —la joven asintió—. ¿Tuviste otra discusión con él?

—Algo así. Fue por una idiotez, no te preocupes. Siempre pasa lo mismo.

—Pero no es eso lo que te tiene así.

—Cierto. Muchas veces me desahogaba con otras personas cuando eso pasaba, y debo decir que Irina era una de ellas.

Emeraude notó que la voz de Sam se suavizó al mencionar el nombre de la rubia. Ella era valiosa para él.

—Aquella chica, Irina... —el muchacho sonrió.

—Lo sé. Es como mi hermana de otra madre. Hemos sido amigos desde niños.

—Es muy importante para ti, ¿verdad?

—De hecho... sí. Ella siempre ha estado ahí para mí. El señor Feldman también, pero ella me entiende mejor, y ha escuchado todas mis rabietas sin juzgar. Es mi mejor amiga.

Emeraude se dio cuenta inmediatamente de lo que realmente sucedía entre Irina y Sam. O más exactamente, de lo que pasaba con él cuando ella estaba cerca.

—Oh, por Dios... la amas —el chico suspiró y se cubrió la cara con las manos—. La amas y ella no lo sabe.

Sam estaba un poco avergonzado, pues le parecía irónico que la chica con la que sólo había pasado unas pocas noches se hubiera dado cuenta en segundos de algo que Irina no había percibido en años.

—¿Es tan obvio? —Emeraude negó con la cabeza.

—No lo es hasta que empiezas a hablar de ella.

Sam dejó de mover los pies. Entrelazando las manos, suspiró mientras las ponía sobre su abdomen.

—Lo siento, Ems. —Emeraude se encogió de hombros.

—No tienes que disculparte, es natural querer a alguien así. —el chico se dio la vuelta y apoyó los codos en la cama.

—Lo que no parece normal es soportar que la mujer que amas haga *match* en Tinder con otras personas mientras tratas de decirle algo importante. —la cantante levantó las cejas con un gesto de pena.

—Eso apesta. Pero no tienes por qué aguantarlo.

Sam pasó las yemas de los dedos por los tobillos de Emeraude. Ella trató de ignorar eso para evitar distraerse.

—¿Sugieres alguna solución para eso, Ems? —ella asintió.

—Podrías tomarte unas vacaciones al final del semestre. Alejarte un poco de ella calmaría esa angustia. —el muchacho sacudió la

cabeza.

—Ya lo intenté. La vez que fui a tatuarme a Nueva York ella no quiso ir conmigo.

—No, Sammy… tres días lejos de ella no son vacaciones. Hablo de semanas, meses. Más de setenta y dos horas.

A pesar de que a Sam le costaba un poco admitirlo, Emeraude tenía razón.

—¿Y si fuera a Las Vegas?

—¿Quieres acabar sufriendo en un casino?

—Podría ir a ver cantar a Celine Dion o a Britney Spears. Tal vez a un *show* del Blue Man Group.

—¿Te sirve como terapia? Adelante. O puedes saltarte todo eso y decirle lo que sientes.

Tres toques en la puerta resonaron, interrumpiendo la conversación abruptamente. Sam se levantó de la cama.

—No han pasado diez horas de lo que hicimos anoche y ya me exiges que busque a otra chica. Eres rara, Emeraude Blanchard. —al abrir la puerta, el muchacho se encontró con un hombre alto y delgado, usando un uniforme negro muy elegante.

—Buenos días, joven. Busco a la señorita Blanchard, se me ha ordenado transportarla a su lugar de residencia. —Emeraude se levantó y tomó todas sus cosas. Luego se acercó a la puerta con una sonrisa.

—Hoy no, Niles. Voy al bar a dejar todo como estaba.

El conductor asintió luego de recibir educadamente la maleta que la joven llevaba. Ella le dedicó una última mirada condescendiente a Sam antes de irse.

—Esto no es una exigencia, Sammy. Es puro sentido común. Tal vez puedo mandar en tus testículos ahora, pero no en los sentimientos que has tenido por Irina desde niño —ella se acercó al chico y le dio un beso en la mejilla para despedirse—. Piensa en eso. Nos vemos por ahí.

Sam regresó a la cama y se recostó en el lugar que Emeraude había ocupado durante el poco tiempo que pasaron juntos en la habitación. Las palabras de la cantante le enredaron la mente por mucho tiempo, haciéndolo reflexionar acerca de la noche anterior, la mañana que le siguió y el resto de su vida. Él definitivamente la había subestimado al elegir cantar una canción que transmitía tanto dolor, y aunque no se arrepentía de haberlo hecho, se dio cuenta de que Emeraude era una

total maestra en ese tipo de mensajes sutiles.

Al fin y al cabo, con la canción de Capital Cities, ella había hecho exactamente lo mismo.



# XVIII: De la plaza de Trafalgar y otras bondades ocultas

Septiembre, después de octubre, era el favorito de Emeraude, pues era su mes de cumpleaños. Ese año ella estaba particularmente feliz. En los últimos meses le habían sucedido cosas divertidas, y el día que despertó de veinte Laetitia la sorprendió en la mañana con un enorme retrato suyo al óleo, que logró ocultar por mucho tiempo con altísima pericia.

—¿Qué clase de cosa me acabas de regalar? ¡Voy a parecer una jefa de la mafia si cuelgo una pintura así aquí!

—Te iba a regalar la ropa de tu primera cita con Sam, pero esto es más divertido. ¡Feliz cumpleaños, anciana!

—Gracias, Lety —replicó la cantante luego de abrazar a su amiga —. Es hermosa.

—¿Eso que tienes en la frente es una cana?

—Necesitas ajustar tus anteojos, niña. ¡En mis tiempos no se irrespetaba a los mayores!

—Soy mayor que tú, Ems.

—Aun así, nos seguimos llamando "ancianas" cada vez que cumplimos años.

—Es tradición, ¿no?

—Claro que sí.

Después de un corto desayuno especial de *waffles* con un poco de helado y una diminuta vela de cumpleaños, las chicas pasaron la mañana entre mallas de serigrafía y emulsiones de estampado. En la hora de almuerzo, en lugar de comer en la cafetería del campus,

fueron a "The Stockpile", pues Laetitia había preparado algo especial allí con ayuda de Ernie y Gretchen.

Carne asada a la parrilla, patatas al estilo argentino y una copa de vino tinto fueron el almuerzo de celebración de Emeraude junto a sus compañeros de banda y sus amigos. Sylvain estaba particularmente emocionado, pues era la primera vez que se metía a cocinar junto con su madre, y quería que todo saliera perfecto.

—¿Qué tal está de sal, preciosa?

—Perfecto, Syl. Dame un poco de pimienta, por favor...

—Ten —el muchacho le entregó el pimentero a Emeraude—, pon toda la que quieras.

—¿Qué preparaste para Lyle, diva? —preguntó Laetitia mientras se llevaba a la boca un trozo de carne medio cruda y miraba al bajista de reojo.

—Yo solamente hice la carne. Mamá se encargó de los pedidos de los microllorones.

—Ya dije que la carne me da náuseas y por eso soy vegano. —replicó un enfurruñado Lyle.

—Esa excusa es más tonta que Jessica Simpson. —al decir eso, Sylvain miró a Emeraude. Los dos compartieron una sonrisa burlona.

—Tu madre. —dijo Lyle.

—Lo sé, ella me adora. Salúdame a la tuya.

Lyle chocó su puño con el de Sylvain y sonrió. El bartender fue a la cocina por más platos de comida.

Un par de golpes en la puerta del bar sobresaltaron a Gretchen, que se levantó a abrir. En la entrada se encontraba Aura, que la saludó amistosamente.

—¿Cómo está la Harley Quinn más sensual de Copper Grace? —las dos mujeres se abrazaron.

—Bastante bien, Flama. ¿Qué te trae a mi humilde negocio? —la pelirroja tendió una pequeña bolsa de tela frente a Gretchen.

—Toma un papel y dime lo que dice, por favor. —la mujer obedeció.

—Libélula. ¿Qué es esto, linda? —Aura anotó algo en una pequeña libreta.

—Ya te lo diré —respondió la chica jugando con su bolígrafo—. ¿Puedo entrar? —Gretchen se quitó del camino para dejar que la chica revoloteara entre las mesas del bar. Ella pasó por cada puesto repitiendo aquello, y una vez terminó, se dispuso a explicar lo que significaba.

—Primero que todo, Ems… feliz cumpleaños. Disculpa que me hayan invitado y no pueda quedarme por mucho rato, pero es por una muy buena causa —Emeraude respondió con una sonrisa—. Segundo, a cada uno le correspondió un animal, y sé que estamos en septiembre, pero quiero que esto también salga perfecto. La mascarada de Halloween organizada por la Facultad de Diseño de la uni se hará en este bar, a menos que el señor Spencer o su esposa se opongan. —casi al unísono, Ernie y Gretchen levantaron el pulgar en signo de aprobación—. Perfecto. La temática será de zoológico, yo traeré las decoraciones, conseguiré un equipo para que haga sus trajes y ustedes harán lo suyo. ¿Les parece bien? —sin darles tiempo de negarse o aceptar, Aura se despidió con la mano y se acercó a la puerta del bar. Lyle la alcanzó antes de salir y le cerró el paso.

—Hola, nena.

—Guarda las garras, Logan —la pelirroja lo apartó poniendo la mano sobre el hombro del bajista—. Hoy tampoco vas a tener suerte.

—Me hiciste dormir en ropa interior a los pies de tu cama el día de la fiesta, Aura —Lyle pestañeó con lentitud—. No hago eso por cualquiera.

—No habría sido divertido si lo hicieras por todas, querido —la joven guiñó el ojo—. Pero me entretuve viéndote bailar como los de Full Monty. Lo mejor fue no haber gastado un solo billete para que te quitaras la ropa.

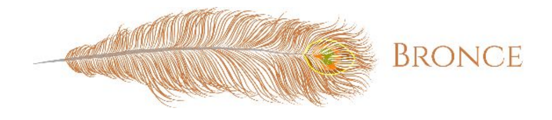
—Oye, yo…

—Cálmate y deja el drama. Todavía no has cobrado el café que te prometí por salvar mi fiesta, estás a tiempo antes de que cambie de opinión. Muévete, por favor…

Aura salió del bar y dio unos cuantos pasos en dirección a la calle.

—¡Flama! —al oír la voz de Lyle, la pelirroja se giró—. ¿Qué tal el sábado en la tarde? —la chica tecleó un par de cosas en su celular y se volvió hacia el bajista con una sonrisa discreta.

—A las tres en el Mokchai de la Avenida Platinum. Si llegas un minuto tarde, no volverás a verme en ese tipo de plan.




Tal vez era el cumpleaños de Emeraude, pero no por eso dejaría de trabajar ese día. La visita de Aura en la tarde la había entusiasmado, y esperaba con ansias que llegara Halloween, pues tenía un montón de

planes por realizar.

—Cariño, ven acá —Sylvain se acercó a Emeraude en medio de un corto descanso antes de subirse al escenario—. Tengo que mostrarte una de las joyas de la Corona. Es maquilladora de efectos especiales y me acaba de contar un par de ideas geniales para la "Zoo Keeper's Masquerade". Ven, a Lety y a ti les conviene hablar con ella.

Emeraude se bajó del escenario y se acercó a la barra, donde el muchacho le señaló a una chica con el cabello peinado en un negrísimo rodete alto, un maquillaje impecable en tonos pasteles, pantalón negro, camisa azul de manga corta, *stilettos* de charol y unos suspensorios blancos que le daban un toque muy vintage a su apariencia.

—Galletita —prosiguió Sylvain—, te presento a esta hermosa y talentosa mujer. —la cantante le tendió la mano con una sonrisa.

—Es un gusto conocerte. Soy Emeraude Blanchard. —la joven atendió el saludo con delicadeza.

—Clementine Carragher —respondió con un marcado acento británico—. A tu servicio.

Luego de un rato, Laetitia se unió a la conversación que Emeraude y Sylvain habían entablado con Clementine, y la situación se había tornado divertida. La chica británica era inteligente, sofisticada, muy dulce y bastante talentosa, así que cayó bien en el pequeño grupo de divas. Luego de una ronda de martinis de manzana, Clementine resolvió ir afuera para tomar un poco de aire, pero su plan se vio frustrado al ver una pareja entrando al bar.

—Oh, pelotas de cerdo. —la incomodidad de la chica fue tan obvia, que Sylvain decidió averiguar.

—¿Cariño, pasa algo? —Clementine asintió y señaló a la pareja con disimulo.

—Es el exnovio que te mencioné hace un rato. Esa es la mujer con la que me engañó.

—Ay, querida... esa mujer tiene cara de ser una profesional en probar cada falo heterosexual en los Estados Unidos de América y Bolivia. Desde la Primera Guerra Mundial. —replicó Sylvain venenosamente.

—Él está haciendo pasar a su amante como la novia oficial. Su buen juicio y gusto definitivamente empezaron y terminaron conmigo.

—Me dijiste que era ingeniero mecánico, pero parece más un arqueólogo que colecciona reliquias del Lago Titicaca. —la británica rió con suavidad.

—Eres gracioso. Nunca había oído insultos tan creativos.

—Pues prepárate para un brote de creatividad, porque al parecer esa mujer no sabe que las Cheetah Girls ya pasaron de moda —Sylvain se llevó las manos a las caderas—. ¿Quién usa enterizos de estampado de tigre con una chaqueta neón en esta época?

—Tal vez en Perú siguen de moda —Clementine suspiró—. No debí hacer *check-in* en el bar, a veces olvido que Fletcher me acecha en Facebook.

—No te despeines, dulzura. Nada de lo que pasó fue culpa tuya. Si está con esa mujer y la trae aquí, es obvio que no tiene una sola gota de vergüenza en el cuerpo. ¿Cuánto tiempo estuviste con él?

—Cinco años. Pero decidió aceptar un trabajo temporal en Nicaragua y ya sabes el resto.

—¿Nicaragua? ¿Eso es un país?

—Claro que lo es.

Clementine le dio un sorbo a su copa y trató de no alterarse al ver que su exnovio se sentaba a un par de metros junto con su pareja de turno. Se vio obligada a mantener la compostura mientras la mujer pasaba caminando varias veces cerca de ella, como si tratara de provocarla de alguna manera. Luego de un rato, la británica se dio la vuelta y miró a la mujer a los ojos.

—¿Necesitas algo?

—¿Perdón?

—Llevas mucho tiempo rondándome, Bertha —la joven puso las manos sobre su regazo con delicadeza—. Nadie lo hace porque sí. Y dudo que quieras invitarme a un trago.

—Sólo estoy mirando. Ni siquiera sé quién eres.

—Por favor, no seas tan hipócrita —Clementine rió burlonamente —. Es imposible que no supieras quién soy, mis publicaciones en el Facebook de Fletcher cuando estábamos juntos eran demasiado obvias.

A propósito del exnovio, él estaba a metros de distancia, observando la escena fijamente sin mover un dedo. Sylvain se acercó al par de mujeres para cuidar la espalda de Clementine.

—¿Te están molestando, cariño? —preguntó el bartender.

—Todo está bien, Sylvain —replicó la británica—. Es una charla amistosa.

—Sí, Sylvain —habló Bertha—. No te metas donde no te llaman.

—No se meta usted en mi lugar de trabajo, señora —respondió el muchacho—. Aun podemos reservarnos el derecho de admisión a

personas como usted.

Clementine dejó la copa sobre la barra y puso su mano en el brazo de Sylvain.

—Deja eso, Syl. No esperes nada más, incluso podría mover mi mano en círculos frente a ella y hacer que diga "estos no son los droides que buscamos", pero no hace falta.

—No lo entiendo. —respondió Bertha, cruzándose de brazos.

—No se supone que lo haga, señora —se adelantó el bartender—. Se le pasó la hora de tomar sus pastillas de calcio. Ya tiene suficiente con llevarse al tipo, ¿qué busca?

—Quiero pasar un buen rato, pero no creo encontrarlo aquí. Esto parece un lugar donde dejan desechos británicos, nada más decente que eso.

—Señora, no creo que a mi jefe le guste oír tal cosa. También es británico.

—Debí imaginarlo, esto se ve muy lamentable. Voy a decirle a MI hombre que vayamos a otro lugar, opino que...

—Solamente eres un agujero glorioso que fue promovido al puesto de novia —Clementine no lo soportó más y decidió responder con estilo—. No tienes opinión propia desde que no hayas aprendido a respetar a los hombres comprometidos. Y déjame darte un consejo amigable: una vez te conviertes en la novia, el puesto de la amante queda disponible. Si es que una muñeca inflable de Macchu Picchu puede considerarse como novia. Discúlpame, voy a tomar un poco de aire.

La británica se apartó y se dirigió a la puerta del bar. Antes de lograr salir, sintió un cúmulo de uñas clavándose en su cráneo y cuello. Bertha, enfurecida, decidió atacar agarrándola del cabello, con lo que se formó un increíble alboroto. La gente comenzó a gritar, y antes de que cualquiera pudiera intervenir, la ordinaria mujer fue víctima de una estrangulación de anaconda perfectamente ejecutada por Clementine, para luego hacer una rápida transición a una barra de brazo que terminó en una dolorosa fractura.

—¡Por Dios, Clementine! ¿Estás bien? —Emeraude se acercó para auxiliar a la muchacha.

—Estoy bien, Ems —la británica se levantó del suelo y se sacudió la ropa—. Mis gatos me han hecho heridas peores. Gracias por preocuparte.

—Oye, lo que acabas de hacer necesita mucho entrenamiento —la cantante le dio una botella de agua a Clementine—. ¿Haces jiu jitsu brasileño?

—Un poco. Tal vez.
—¿Qué cinta tienes? Fue una transición hermosa.
—Eh... cinta negra. Tercer *dan*.
—Vaya —expresó Emeraude sorprendida—. No lo habría imaginado de alguien como tú.
—Soy toda una caja de sorpresas, señorita Blanchard.
—¿Haces algo de *striking*, o sólo JJB?
—Alguna vez tomé una clase de Krav Maga, pero no fue nada serio.
—¿Te interesa aprender algo de karate? Seríamos compañeras de entrenamiento.
—Tal vez —Clementine le dio un sorbo a la botella—. ¿Qué estilo?
—*Shotokan*. El brasileño de la entrada es el sensei.
—Me gusta la idea. Hablaré con él.

Después de tranquilizarse, la muchacha salió del lugar y se sentó en el banco de piedra de la entrada. Fletcher la abordó unos instantes después.

—Le rompiste el brazo a Bertha. ¿Estás feliz ahora?
—Sólo me defendí, Fletcher —Clementine se cruzó de brazos—. Debiste avisarle que era capaz de hacer esas cosas.
—Esto no se va a quedar así.
—Claro que no, señor Vanderbilt. Se va a inflamar, dile a tu juguetito que va a necesitar cirugía.
—Eres una bruja.
—Te dije que era la novia perfecta. Me convertí en la exnovia más insoportable, ahora te aguantas. Y deja de acecharme en Facebook, no deberías estar pendiente de la plaza de Trafalgar y otras bondades ocultas si se supone que estás tan entretenido en la Isla de Pascua.
—Piensas que eres perfecta, ¿verdad?
—Voy a parafrasear algo que leí en Wattpad —Clementine respiró hondo y se levantó del banco de piedra—: no pretendo ser perfecta, será suficiente para mí con ser mejor persona que tú.

Un par de enfermeros entraron al bar y salieron llevando a Bertha en una camilla con rapidez. Sin mirar atrás, Fletcher se fue junto con la mujer en la ambulancia, dándole una pequeña satisfacción a Clementine, que se animó a tomar un par de cocteles más junto a sus recién adquiridos amigos.

En la noche de cumpleaños más feliz de su vida, Emeraude fue sorprendida por sus compañeros con un pastel de chocolate enorme, mientras todos a su alrededor cantaban "Feliz Cumpleaños". Era un delicioso remate para aquel divertido y loco día, pero la sorpresa más

dulce apareció junto a la puerta de su habitación en el campus: una caja de dulces y una pequeña tarjeta roja marcada con la inconfundible letra de Sam.

"Siento que mi regalo para ti sea tan pequeño, pero no sabía que era hoy hasta que Flama me lo dijo. Me atrapaste con la guardia baja. Feliz cumpleaños, Ems. — Sammy"

La cantante tuvo que ahogar un grito de emoción. El chico de rojo se había tomado el trabajo de regalarle algo de cumpleaños y eso le alegraba mucho, pues nunca se lo imaginó. Ya era suficiente con que él le hubiera hablado de ella a Aura antes, y uno que otro regalo inesperado le parecía magnífico.

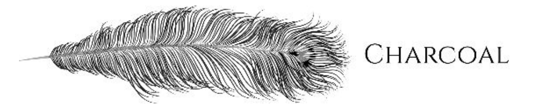
Después de tantas cosas geniales que habían sucedido ese día, Emeraude se fue a la cama con una sonrisa.

—Feliz cumpleaños a mí... ¡feliz cumpleaños a mí!



# XIX: Enemigos naturales

*Las amenazas naturales de los pavos reales incluyen los gatos, zorros rojos, perros, leopardos y tigres.*




Emeraude respiró hondo mientras miraba la tabla que Zack sostenía frente a ella. Después de meses de entrenamiento se enfrentaba a su reto más difícil: un examen de ascenso para recibir su cinta amarilla.

—Me rompiste un dedo una vez, Ems —susurró Zack para darle ánimo a su compañera—, esto es más blando que un hueso.

—¡Por centésima vez, no fue mi intención! —respondió Emeraude entre dientes. No podía hablar mientras Braulio y su esposa Keira, que hacían de jueces examinadores, la miraban fijamente. Perder la concentración no estaba en el plan.

—Lo sé. Sólo quería darte ánimo. Respira hondo, y recuerda el *kya* al soltar la patada. Contaré hasta tres...

Zack no había terminado de decir "dos" cuando Emeraude soltó un fuerte grito junto con una patada circular que aterrizó a un centímetro de la cara de su compañero, rompiendo el pedazo de madera en tres partes. Braulio celebró en silencio con una sonrisa discreta.

—*A técnica é boa.* —mencionó Keira.

—*O sensei é bom.* —replicó el brasileño. Su esposa soltó una cortísima risa.

Emeraude terminó su examen de ascenso con una breve inclinación a manera de saludo hacia Braulio y Keira. Luego de salir del tatami se permitió respirar hondo y dejar que sus evaluadores decidieran si merecía el cambio de grado. Zack se acercó a ella y la abrazó.

—Estuviste bien, Ems. Tendrás una buena calificación. —la joven sonrió.

—¿Fue tan difícil para ti? —el muchacho asintió.

—De hecho, fue peor. Todos mis exámenes de ascenso fueron con un par de maestros japoneses que no dejaban pasar medio error. Traídos de Okinawa, de esos viejos de ochenta años que ves caminando por la calle encorvados y luego te hacen *katas* tremendos y perfectos como si tuvieran diecinueve. —Emeraude suspiró aliviada.

—Me di por bien servida. Gracias, Zack.

Keira revisó el examen teórico que Emeraude le había entregado antes de hacer la parte práctica. Después de unos cuantos trazos con bolígrafo le entregó el papel a su esposo.

—¿Podemos hablar con ella en privado? —Braulio asintió. Luego le hizo una seña a Emeraude para que se acercara, a lo que ella obedeció.

—¿Me necesita, *sensei*?

—Sí, Blanchard. Keira quiere preguntarte sobre el examen teórico.

—Verás, Emeraude —Keira le dio un par de toques a su carpeta con el dedo—, este puntaje teórico es muy… interesante.

—¿Qué significa eso?

—Mira, si Braulio no me hubiera dicho que eres muy buena estudiante, habría pensado que este examen es absurdo. Escribiste cosas que a ningún aspirante a amarillo se le ocurrirían.

Pasando saliva, Emeraude trató de ocultar su nerviosismo.

—¿En serio? ¿Tan mal está lo que escribí? —la entrenadora se encogió de hombros.

—No voy a darte la cinta amarilla.

—Oh —la cantante bajó la vista—, si es lo que consideran correcto, lo acepto.

La joven dio un paso atrás, un poco frustrada. Keira la detuvo tomándola del brazo.

—¿Niña, a dónde crees que vas? Deja que termine de hablar. No te voy a dar la cinta amarilla porque tu puntaje fue bastante alto. Braulio me pidió que te hiciera el examen de cinta naranja y lo pasaste.

Emeraude creyó haber alucinado aquella respuesta, por lo que le tomó un buen tiempo replicar.

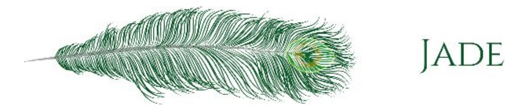
—¿Qué acabas de decirme? —la brasileña asintió.

—Naranja. Cinta naranja. —la muchacha seguía sin poder creerlo.

—¿Hablas en serio? —Keira la tomó de los hombros y la sacudió con suavidad.

—Muy en serio. ¡Eres cinta naranja, emociónate ya, por Dios!

Emeraude se llevó las manos a la cabeza, aun desconcertada. Al darse cuenta de que era cierto lo que la mujer le decía, gritó y saltó llena de emoción. Tal vez no era la meta más grande que alcanzaría en aquel camino, pero era el impulso que necesitaba para lograr la disciplina férrea que necesitaba en su vida. Algo que le ayudara a mantener el control total de todo lo que la definía y la mantenía tranquila.




—Te juro que es por el entrenamiento, Flama. Braulio dijo que sucedería.

—Bueno, sí... pero eres alta, y necesitas mucha comida. ¿Estás segura de que no te has pasado de Kit Kats o Twinkies?

—Más que segura.

—Está bien. Ya sólo falta una semana para la fiesta, así que no creo que vayas a subir más de peso, pero por si acaso te dejaré un poco más suelto el traje y te prometo que no te verás gorda. ¡Es que no lo estás!

—Gracias. De verdad lo siento.

—No es nada, Ems. En unos días te lo entregaré.

Faltando una semana para Halloween, en medio de la última toma de medidas para los ajustes en su vestido, Emeraude se dio cuenta de algo: desde que había empezado a entrenar con Braulio, Ernie y los demás, su masa corporal estaba ligeramente aumentada. Había tenido que comprar pantalones de dos tallas mayores a las que solía usar, y mientras pasaban los días vio que se volvía más resistente a ciertos golpes, físicamente era más fuerte, y se veía radiante. Si antes tenía un poco de fuerza para patear, ya estaba lista para romper puertas

usando sólo las piernas. Y le gustaba el hecho de no verse enorme, así que se sentía hermosa.

Después de la corta reunión con Aura, la cantante corrió a clase de Proyectos Multimedia y se unió a Laetitia.

—¿Puedo empezar con los chistes de gordas, Ems? —Emeraude negó con la cabeza.

—Braulio dijo que era aumento de masa muscular y lo sabes, Lety. Si me vuelves a llamar gorda, te mataré de panzazo. —la muchacha, desconcertada, miró a su amiga con extrañeza.

—Está bien... sin chistes de gordas. Pero no te enojes. —Emeraude suspiró.

—Lo siento. Es que últimamente he estado sintiéndome demasiado bien. Eso no se me hace normal. —Laetitia sonrió con ligereza.

—Claro que es normal. Es incluso lógico, te ves divina y para Halloween eso es perfecto. Flama está haciendo un trabajo magnífico con nuestros trajes.

—Deberías ver el mío, es hermoso.

—Oh, no. El mío sí que es genial. Seré el pulpo de anillos azules más sexy del Universo.

—Serás el único pulpo de anillos azules sexy.

—¿Es algo malo?

—No, para nada.

Al terminar la clase las chicas salieron del aula y fueron a la cafetería del campus. A lo lejos, Emeraude vio a Sam entre una muchedumbre de estudiantes que se agolpaban frente a una enorme pantalla: dos de ellos tenían controles en las manos para manejar un par de personajes que peleaban con espadas *samurai*.

—Mira eso, Lety.

—Lo sé —la muchacha miró por encima de sus gafas—, no tienen idea de cómo ligar con chicas, pero son los mejores con la *katana* virtual.

—No me refería a los que juegan —la cantante señaló hacia una de las esquinas—, Sammy está allá.

—¿Y por qué estás aquí? Ve y saluda, no seas descortés.

La cantante se abrió paso entre los espectadores y logró acercarse al muchacho, que en un principio no prestaba atención por estar pendiente de los puntajes en la pantalla, pero cuando sintió un leve pellizco en la parte baja de la espalda, supo exactamente quién usaba eso como un saludo al evocarlo por una noche de copas.

—Emeraude Blanchard —sonriendo, Sam se dio la vuelta—. ¿Qué haces en el "*Nerdhalla*"[6]?

—Sólo vine a saludar a un amigo.

—Genial. Ninguna chica se acerca por acá cuando hay muestras de videojuegos.

—Sí, puedo darme cuenta.

Los dos miraron al grupo de estudiantes, que al notar entre ellos a Laetitia y su vestido corto de encaje rosa, no pudieron evitar darle un poco de atención. Uno de ellos se atrevió a olfatearla con disimulo, haciendo que Emeraude y Sam rieran.

—Eso fue raro. —dijo Emeraude.

—Lo que tengo que ver casi a diario con la mayoría de mis compañeros de clase —replicó Sam—. Algunos no saben disimular.

—Creo que más de uno moriría de hemorragia nasal si va al bloque de diseño.

—Podemos hacer ese experimento si quieres.

—Oh, no —Emeraude levantó la mano—. No quiero tanta sangre en mis manos, serían demasiados *fatalities* en medio segundo.

Sam sonrió. Emeraude respondió al gesto de la misma forma.

—Soy el zorro rojo.

—¿En la "Zoo Keeper's Masquerade"?

—Así es.

—Vaya, creo que somos enemigos naturales.

—No me digas que Flama puso una gallina entre las opciones.

—Me habría reído mucho si hubiera sido así —la joven se cubrió la boca con la mano y bajó la vista—. Hay múltiples enemigos naturales del zorro rojo.

—¿Tengo que averiguar qué animal serás?

—Pregúntale a Flama. O espera a Halloween.

Emeraude sonrió con un poco de malicia antes de darle un beso en la mejilla a Sam.

—Cualquiera de las dos cosas implica un esfuerzo mínimo. Nos vemos.

Las dos chicas se abrieron paso entre los estudiantes que las miraban embelesados y salieron de la cafetería luego de comer un rápido almuerzo. Por el resto de la tarde las dos se quedaron con Lyle ayudando a pintar una pared de su habitación, y como si ellas la hubieran invocado, se encontraron con Aura en uno de los corredores.

—Chicas, chicas, ¡chicaaaaaaaaaaaaas! Les tengo una sorpresa. Pasen mañana por el taller de vestuario del bloque, ¡van a amar sus trajes! —Laetitia y Emeraude asintieron mientas Lyle se quedaba mirando a Aura de pies a cabeza.

—Hola, nena. —la pelirroja respiró hondo.

—Otra vez no, Lyle. Prefiero entrar de ilegal a Wakanda siendo así de blanca. —el bajista trató de insistir un poco más, pero Aura se fue antes de que él pudiera responderle alguna cosa. Emeraude lo miró.

—Lyle, ¿qué le hiciste para que te hablara así? —él se encogió de hombros.

—No le he hecho una maldita cosa de todas las que quiero, Emi. Créeme, tengo una lista bastante larga, hasta la escribí y la pegué en uno de mis tableros. —Laetitia se cruzó de brazos y pestañeó un poco.

—Este es un juego en el que no debemos meternos, Ems. Flama está haciéndose la difícil y Lyle tiene que solucionar esto solo. Ahora, si me disculpas... iré a tomar una ducha. Adiós.

Después de terminar la pintura en la pared, Laetitia se fue y dejó que la cantante trazara unos cuantos toques finales con aerógrafo. Los dormitorios se habían llenado de un ambiente festivo a partir de ese lunes, pues el sábado siguiente era la "Zoo Keeper's Masquerade" y media universidad iría al evento. Muchas chicas revoloteaban de un lado a otro en los corredores, mientras las plumas, la seda y la brillantina volaban de un lado a otro. Entre aquella revolución, casi a las once de la noche, Emeraude se encontró a Sam caminando por los corredores, y no pudo evitar sonreír al verlo.

—Hola, Sammy. —él sonrió de vuelta, como si supiera que ella quería que lo hiciera.

—Ems... tantos colores te hacen ver preciosa.

—No te ves a ti mismo, ¿verdad? —Sam se mordió los labios suavemente con una sonrisa.

—Vamos... soy un aburrido estudiante de ingeniería. En cambio, tú...

—Sammy, tengo manchas de pintura por todas partes y el cabello revuelto.

—Eres la Vía Láctea con ácido. Llena de estrellas.

Emeraude no pudo evitar sonrojarse cuando oyó que, de la nada, el muchacho la elogiaba.

—Gracias, Sammy. —él la abrazó.

—Ems, tengo un regalo para ti —Sam tenía una caja de cartón del tamaño de un cuaderno, atada con un lazo rojo—. Ábrela. Quiero ver

tu cara cuando lo hagas. —Emeraude asintió. Cuando destapó la caja y vio su contenido, se quedó sin aliento.

Cristales de verde tornasolado bordeaban un delicado arreglo de plumas irisadas, y los inconfundibles ojos en las plumas del pavo real se asomaban entre una pequeña malla de tul negro. Era el antifaz más perfecto que Emeraude había visto, y Sam se lo estaba regalando.

—¿Esto es para mí? —el chico tatuado asintió.

—Le dije a Flama que conseguiría uno así. Cuando me dijo que serías el pavo real de la ZKM supe que era perfecto para ti. —Emeraude sonrió y abrazó a Sam de nuevo.

—Gracias, zorro rojo. —mientras se abrazaban, él pasó la mano por la cabeza de Emeraude con suavidad.

—No es nada. Creo que ya puedes responder de qué animal vas a vestirte. ¿Eres el pavo real?

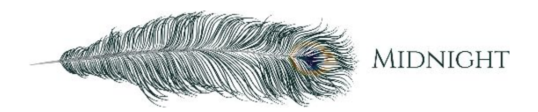
Emeraude rió un poco mientras trataba de alejarse caminando, y Sam la tomó de la mano.

—Ems, por favor... —abanicando suavemente con sus pestañas, la cantante sonrió. Luego se tocó la nariz con el dedo índice mientras asentía en silencio—. Ya está. ¿Era tan difícil responder a mi pregunta? —los dos rieron.

—No era difícil. Pero la incertidumbre puede ser divertida. —él soltó la mano de Emeraude sin dejar de sonreír. Ella abrazó la caja con el antifaz como si del chico tatuado se tratara. Luego le dedicó una última sonrisa antes de que los dos se fueran por caminos separados.

—Te veré por ahí, pavo real.

—Te veré por ahí, zorro rojo.




[6] Nerdhalla: Combinación de palabras entre "Nerd" y "Valhalla", el lugar donde los guerreros nórdicos pasaban su eternidad al morir en batalla.



## XX: El color del cobre

Sábado.

Halloween.

Día de la "Zoo Keeper's Masquerade".

Emeraude y Laetitia habían recogido sus trajes el martes en el taller de vestuario y desde ese día estaban impacientes por usarlos. El de Laetitia era un hermoso traje victoriano con apliques dorados, unas cuantas piedras violáceas, una peluca azul oscura y un antifaz de lentejuelas celestes y doradas con brillantina. El de Emeraude, después de ver la perfección de su antifaz, le hacía justicia: un *kimono* de tres capas con un velo de tul negro, organzas azules, doradas y verdes oscuras, un peine con las más delicadas plumas de pavo real, una peluca negra, un voluminoso moño atado a la espalda que terminaba en una larguísima cola con plumas, y brillantes que destellaban como el arco iris, salpicando todo el traje. Sin duda, Aura había hecho un trabajo hermoso.

—Lety, deberíamos vestirnos con estos trajes todos los días por el resto del año. Son tan perfectos...
—Ems, creo que no nos alcanzará este Halloween para usarlos. Éste será mi disfraz para los próximos diez Halloweens.
—Valdrá la pena el calor.
—Perderemos veinte kilos si los usamos toda la noche.
—Flama es una maga.
—La maga más ruidosa de Copper Grace. Pero nos convertiremos

en divas gracias a ella. ¿Compramos zapatos?

—Claro que sí. No hay forma de estropear estos trajes usando tenis. ¡Vamos de compras!

Tres horas más tarde las chicas estaban regresando a su habitación con zapatos de tacón alto: un par dorado con azul y otro par de color verde esmeralda. Traje completo, todo perfecto, y antes de que el sol cayera las dos estaban en "The Stockpile" terminando de decorar lo que Gretchen inició en la mañana: el lugar estaba lleno de hojas de hiedra, rosas rojas, luces de colores, telas verdes y plateadas, y había un par de jaulas en la entrada del bar. Sin duda, era el zoológico más extraño de la historia.

A las siete de la noche la gente empezó a llegar, y todos quedaban maravillados con la decoración del lugar. Rápidamente, aparecieron monos, elefantes, águilas reales, leones, panteras, gatos, y muchísimos animales con el estilo de carnaval que siempre distinguía a las "Masquerades" de cada año. Todo era tan exótico y sofisticado que hasta Ernie, Gretchen y Braulio quisieron hacer parte de la fiesta, aun sin necesidad de hacerlo, pero con un buen gesto de Aura se convirtieron en un gallo, una libélula y un caballo. Sylvain era un avestruz y Harriet una ardilla. Los chicos de la banda no se quedaron atrás: Alex era un tigre, Charlie un oso polar, Lyle una cacatúa, y Arne un cangrejo. No podían verse más perfectos.

Después de las ocho la banda se subió al escenario y Emeraude, vestida como un pavo real, tomó el mando de la fiesta.

—¡Buenas noches a todos, Universidad de Copper Grace! —el bar estaba a reventar y todos se lo hicieron saber a la cantante con una grandiosa ovación—. Bienvenidos a la "Zoo Keeper's Masquerade". Soy Emeraude Blanchard, y esta noche la banda local de "The Stockpile" recibirá solicitudes de canciones por parte de ustedes. Acérquense a Lety, el pulpo de anillos azules, y pidan una canción de la lista que ella tiene a la mano. Nosotros la tocaremos con dedicatoria y habrá un shot de tequila gratis para los primeros veinte. ¡Corran, muévanse! —la barra se llenó de gente, y Sylvain repartió shots de tequila mientras Laetitia escribía cosas en una hoja de papel que entregó a Emeraude apenas completó las veinte canciones.

—Lo siento, Ems. No hay zorro rojo en la lista. —un poco decepcionada, la cantante recibió la hoja de papel. Ya aparecería el zorro rojo, la noche apenas empezaba.

**#LaHistoriaPlumosa:**
**Zoo Keeper's Masquerade**
**(Playlist disponible en Spotify)**

1. From Yesterday — **30 Seconds to Mars** (Flamenco rosa)
2. Bat Country — **Avenged Sevenfold** (León)
3. Starlight — **Muse** (Pantera)
4. You Oughta Know — **Alanis Morrisette** (Ibis escarlata)
5. What's my age again? — **Blink 182** (Oso Grizzly)
6. Hash pipe — **Weezer** (Canario)
7. Toxic — **Britney Spears** (Cisne blanco)
8. Crawling — **Linkin Park** (Cisne negro)
9. Going under — **Evanescence** (Faisán)
10. Another one bites the dust — **Queen** (Leopardo)
11. Mr. Brightside — **The Killers** (Elefante)
12. Freak on a Leash — **Korn** (Mono)
13. In the Shadows — **The Rasmus** (Loro)
14. The Hand that Feeds — **Nine Inch Nails** (Tiburón)
15. Everybody — **Backstreet Boys** (Azulejo)
16. Love is a Battlefield — **Pat Benatar** (Mariposa)
17. It's my Life — **Bon Jovi** (Impala)
18. Take me Out — **Franz Ferdinand** (Conejo)
19. The Number of the Beast — **Iron Maiden** (Raya)
20. Jesus of Suburbia — **Green Day** (Gato)

Las veinte canciones terminaron y la banda se tomó un descanso. Emeraude se sentó en el borde del escenario mientras bebía una copa de vino y Aura se acercó a ella emocionada.

—¡Pavo reaaaaaaaaaal! ¡Estuviste perfecta, divina! Sin duda eres una *showgirl* consumada. Eres lo mejor que le ha sucedido a la fiesta de este año y me encanta que haya sido aquí. —bajo su antifaz, la cantante se sonrojó.

—Gracias, cisne blanco. Hiciste un hermoso trabajo con los trajes y la decoración. —la pelirroja hizo un leve manoteo.

—Ay, niña... esto no habría sido posible sin todos ustedes. Créeme, era complicado que lo lograra yo sola. ¿Oye, has visto a Arden? —Emeraude terminó su copa antes de responder.

—No lo he visto, Flama. —Aura suspiró.

—Debe estar mezclado en la multitud. Hay demasiada gente aquí, no me extrañaría eso. Ya aparecerá, no puede regalarte ese antifaz y desaparecer sin verte con él puesto. Voy a tomar un poco de aire, ¡adiosito! —el pavo real recibió de Laetitia otra copa de vino antes de descansar un rato. Eran las diez de la noche, Sam no aparecía, los

zapatos la estaban torturando un poco y cada vez se sentía más cansada.

—¿Lety, estás segura de que no lo ves por ahí?
—Completamente, Ems. Te gritaré cuando aparezca.
—Voy a salir un momento, necesito tomar un poco de aire.
—Llegar tarde es el movimiento característico de Sam, ¿verdad?
—Parece que sí. Me voy, no tardaré.

Emeraude salió del bar con los zapatos en una mano y la copa de vino en la otra, y se encontró de frente en la entrada con una cabeza de caballo. —Hola, pequeña. Te ves muy bonita, como siempre. —ella sonrió débilmente.

—*Obrigada*, BoJack. También te ves genial, nunca acostumbras a usar traje aquí. —Braulio soltó una ruidosa risa.

—Hay que hacerlo de vez en cuando. No siempre necesito los jeans y la camiseta gris. ¿Quieres un cubo de azúcar? Me han sobornado con muchos de estos para entrar a la fiesta y ya sabes, si no estudias en la UCG no puedes entrar. —Emeraude rió mientras tomaba un pequeño cubo blanco.

—Gracias, Braulio. —el enorme caballo brasileño puso su mano con suavidad en la mejilla de la cantante.

—¿Pequeña, estás bien? Te veo un poco triste.

—No estoy triste. Es sólo que... —la joven bajó la cabeza.

—Mira, aunque tienes la cara cubierta, te conozco lo suficiente como para saber lo que sientes, y ni siquiera en los entrenamientos te pones así cuando te sangran. Es por el chico, ¿verdad?

—Braulio...

—Sí es. Lo sabía —el brasileño se cruzó de brazos—. Dime dónde está y qué te hizo, voy a patearle el trasero.

—No está. Ese es el problema.

—Ay, pequeña... ese chico llegaría tarde a todo, incluso si fuera el hombre más rápido de la Tierra. Lo siento mucho.

—No te preocupes por eso. Creo que podría haberlo imaginado desde hace tiempo.

—Sólo ten un poco de paciencia. Te aseguro que cuando él llegue, va a poner una sonrisa en esa hermosa cara. No me gusta verte triste.

—Espero que tengas razón. Gracias.

Sylvain, el avestruz, apareció en la entrada y tomó de la mano a su compañera de banda.

—Ven acá, galletita. Necesito que veas esto. —los dos corrieron dentro del bar, y junto a la puerta del camerino vieron a Lyle, que nunca habría soñado hacer lo que le hacía a Aura mientras estaba

ebria: los dos se estaban besando, acostados en el corredor que daba al camerino. Sorprendida, Emeraude se terminó su copa de vino en un solo trago.

—¡Oye, cacatúa! ¡Deja al cisne tranquilo! —Lyle miró a la cantante mientras Aura le besaba el cuello.

—Fue su idea, Emi. Haré lo que ella diga de ahora en adelante. —tanto Sylvain como Emeraude rieron, y luego fueron a la barra, donde Laetitia rellenó sus copas.

El bartender bebió un sorbo de Cosmopolitan y se acercó al brillante pulpo. Luego frunció el ceño mientras se miraba los altísimos zapatos de color piel.

—Lety, estos zapatos son mucho más altos que los que usé para el traje de Tormenta. De verdad me están matando. ¿Cómo haces para tolerarlos todo el día? —la chica de cabello violeta se encogió de hombros.

—Los he usado desde los dieciséis, cariño. Llevo muchos años montando en ese toro. —el pulpo se acercó a su compañero de trabajo para susurrarle algo y él asintió mientras le guiñaba el ojo a la chica. Ella sonrió.

—Ohhhh, no es mala idea—dijo Sylvain, tratando de disimular—. Creo que me los quitaré. Ems, por favor... ¿podrías llevarlos al camerino? Sabes que no puedo moverme de aquí. —Emeraude recibió los zapatos de su amigo y obedeció. Ya se había hecho a la idea de que Sam no iría a la fiesta, así que decidió dejar los zapatos y volver a la barra junto a Gretchen. Así pasaría el tiempo de una mejor forma que sintiéndose mal por ella misma al esperar a un zorro rojo que nunca llegaría. Era de verdad una lástima.

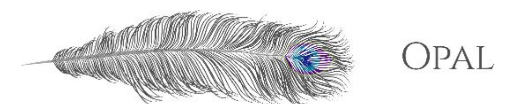
Apenas Emeraude entró al camerino y encendió la luz, una mano la tomó por la cintura. Esa misma mano la jaló hacia quien la esperaba dentro de la habitación desde hacía un buen rato, la acarició con gentileza y recorrió su espalda con suavidad. La cantante levantó la mirada. Con un traje *steampunk* del color del cobre y los ojos verdes que la congelaban a través de un magnífico antifaz, ahí estaba. El zorro rojo.

—Creí que nunca entrarías aquí. Te estaba esperando, pavo real.



## XXI: Me rehúso a ser esa chica

*Cuando están a punto de caerse, los mismos pavos reales se acicalan para quitarse las plumas flojas.*




Emeraude y Sam, ignorando el ruido de afuera, empezaron a besarse. Sabiendo que el sofá no era suficiente, él tiró al suelo los restos de decoraciones que quedaron sobre la mesa y llevó a la cantante al borde de ésta. La cantante enrolló sus piernas alrededor del torso del zorro rojo y como una anaconda lo atrajo hacia ella. Los dos se acariciaban y se besaban con fuerza, tratando de calmar una tensión que tenían reprimida desde la última vez que hicieron algo parecido. Iba a suceder de nuevo. Los dos lo querían y nada los iba a frenar.

Nada, excepto la media botella de vodka que Sam había bebido antes de llegar a la fiesta.

—¿Sammy, estás ebrio? —sin esperar a obtener una respuesta del zorro rojo, Emeraude soltó el agarre de sus piernas y lo empujó con suavidad lejos de la mesa. Él se tambaleó hasta caer boca arriba en el sofá. El Sam ebrio estaba de vuelta.

—Un poco, Ems. Es que...

—¿Un poco? ¿Hablas en serio? ¡Estás tan ebrio que no recordarás


nada mañana!

—¿Eso es bueno, no crees?

—¡No! Tal vez para ti, pero para mí no lo es.

—¿Por qué?

Emeraude se sentó en el suelo junto a Sam. Él, habiéndose quitado el antifaz, seguía echado en el sofá, y por más que hubiera querido no habría podido moverse de ahí.

—Sammy, quiero que me recuerdes al día siguiente. No quiero ser la chica que buscas cuando te invade la calentura.

—Ems... —el muchacho se llevó las manos a la cara y miró a la cantante, mordiéndose los labios con ligereza mientras trataba de ignorar el mareo.

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—Cara de bebé cuando le quitan el biberón. Créeme, si algún día tengo hijos no voy a poder resistirme a eso.

—Pero, Ems...

—No. No puedes hacerme esto. Ya lo viví con George una vez, no quiero repetirlo. —el chico tatuado hizo una arcada.

—Espera, voy a...

Emeraude alcanzó a pasarle una cubeta a Sam para que vomitara. Luego le entregó una botella plástica.

—Toma. Bebe un poco de agua. —el muchacho le dio un sorbo.

—Gracias.

—¿Qué tanto vodka hay en tu sistema?

—De uno como "recordaré lo que desayuné", a diez como "olvidaré hasta mi primer día de colegio"... siete.

—O sea que no vas a recordar lo que te diga en los próximos veinte minutos. —con un poco de vergüenza, Sam asintió.

—Creo que no. Lo siento, Ems. De verdad lo siento.

Emeraude se quitó el antifaz. Sam se levantó y dejó que ella se sentara junto a él. Los dos entrelazaron las manos y se miraron a los ojos.

—Sammy...

—Ems —él la interrumpió—, te ves preciosa con el cabello negro.

—Gracias. Pero...

—No digas nada, por favor…

Sam no quería que Emeraude hablara. De alguna manera sabía lo que ella quería decirle, así que la calló con un beso. Pero la cantante estaba más que determinada a explicar lo que quería, y eso no le impidió seguir hablando sin importar que las rodillas le temblaran de manera incontrolable.

—Sammy, déjame decirlo, por favor… esto es lo más incoherente que ha sucedido en mi vida.

—¿Por qué lo…

—Hace muchos días me dijiste que no querías nada más que un revolcón. Pero no entiendo lo que haces. La cita en The Leprechaun's Kitchen, el beso frente a George, el juego que hicimos con el Lazo de la Verdad, el antifaz, esta noche… ¿Sammy, qué demonios estás haciendo conmigo? ¿Por qué me confundes?

—Yo… lo siento.

—Deberías. Voy a decirte algo, y de verdad espero que no lo vayas a recordar mañana, porque estoy segura de que me voy a arrepentir apenas termine de hablar.

Emeraude acarició con suavidad la mejilla de Sam. Él asintió, permitiéndole desatar un nudo que llevaba mucho tiempo formándose en su poderosa garganta, y que no había podido deshacer de ninguna manera.

—Samuel William Arden, no quiero ser esa chica que buscas para quitarle la ropa interior cada vez que te embriagas. Me rehúso a serlo. No te lo permitiré.

—Ems, yo…

—No dirás una sola palabra —ella lo interrumpió—. Escúchame, no seré esa chica. Créelo cuando te digo que me está costando muchísimo trabajo rechazarte ahora. Mis ovarios están pidiendo a gritos que me tire encima de ti, pero no voy a dejar que me digan lo que debo hacer ahora. Es mi cerebro el que controla esta conversación.

—Oye…

—Sammy, por favor. Quiero que me escuches sin hablar. Necesito que lo hagas. Yo no puedo estar así contigo. No quiero. Deja de confundirme.

—¿Ems, por qué dices que te confundo?

—¡Porque siento cosas por ti, maldita sea!

Sam se quedó boquiabierto ante tal revelación.

—¿Qué?

—Sí. Siento cosas por ti. Cosas que me aterran porque no debería estar sintiéndolas. Me asustan muchísimo.
—Creo que es hora de que seas honesta conmigo y me digas lo que quieres.

Los ojos de Emeraude se aguaron. Ella se limpió con la manga del vestido antes de decir todo lo que necesitaba.

—Yo quiero... quiero tener un poco de tu afecto. Quiero tener sexo sobrio contigo. Quiero despertar junto a ti sin sentirme mal por mí misma. Quiero ayudar a que tu carga sea más llevadera. Quiero algo más que un estúpido rollo de una noche, y quiero que dejes de confundirme. Hay muchas cosas de ti que no entiendo, y quiero hacerlo —la cantante suspiró—. Quiero... algo contigo. Algo serio. Que un día me digas que me amas, y poder decir que también te amo. Aunque sé que pido demasiado, merezco algo mejor que ser lo que... soy ahora para ti. Eso es lo que quiero. Pero bueno... no soy Irina Feldman y no puedo tenerlo todo.
—Oye, eso fue un golpe bajo.
—Claro que sí. Después de todos los golpes bajos que me has dado, necesitaba darte uno de vuelta.
—¿Ems, de verdad sientes esas cosas por mí?
—No te mentiría. No con eso.

Consternado, Sam se llevó las manos a la cara y suspiró. Estaba demasiado ebrio como para opinar. Emeraude se levantó del sofá.

—Ems, yo...
—¿Lo ves? Ya me estoy arrepintiendo de haber hablado.
—Oye, no te vayas.
—No me voy a ir del bar. Pero tampoco quiero quedarme aquí.
—Yo tampoco voy a ningún lado.
—Deberías ir a casa. Llamaré un taxi para ti.

Sin esperar a que Sam replicara, Emeraude salió del camerino y se acercó a la barra. Laetitia, al verla, corrió hacia ella.

—Ems, ¿qué sucedió? Tú y Sam deberían estar chupándose la cara. —la cantante negó con la cabeza.
—No. Nada de chupar cara esta noche. Se acabó, y esta vez hablo muy en serio.
—Oh, lo siento mucho. —la chica de cabello violeta se quitó el antifaz y se apoyó contra la pared luego de cruzar los brazos.
—No lo sientas, Lety. No quiero volver a ver al Sammy ebrio.

Llámale un taxi, ¿quieres?
—Está bien, ya lo hago.

Después de que Braulio metió a Sam en un taxi y lo envió a casa, Emeraude tuvo que aguantarse las lágrimas y quedarse en la fiesta. Había sido un éxito rotundo, y aunque Aura expresó su gratitud por todos en el bar y los hizo muy felices, el pavo real no se sentía tan hermoso.

Alex se sentó junto a Emeraude en la barra mientras la gente bailaba al ritmo de Safri Duo y David Guetta. Luego recibió de Laetitia un vaso de tequila.
—Mira a Lyle y Flama. ¿Quién lo creería? Son perfectos, como un par de miniaturas. —por más que lo intentó, la cantante no logró contener las lágrimas por mucho tiempo. Rompió a llorar mientras corría hacia la parte de atrás del bar, que se había convertido en el lugar donde ella podía sentirse vulnerable: primero, escapando de George. Después, sufriendo por Sam.

—Ems, ¿qué pasa? ¿Dije algo malo? —el guitarrista corrió tras su amiga al verla triste y quiso averiguar lo que le sucedía. Pero ella no hacía más que llorar y eso a él no le decía absolutamente nada. Sin importar que no entendiera lo que le pasaba a quien consideraba su hermanita menor, él la abrazó—. Llora. Llora tranquila. Después hablas. —a Emeraude le tomó un buen tiempo recuperarse, pero cuando lo hizo, pudo hablar con claridad.

—A veces las ideas de Syl son pésimas.
—¿Por qué lo dices, Ems?
—No quería al Sammy ebrio. Quería al Sammy sobrio. —Alex acarició la cabeza de su amiga con un gesto muy de hermano mayor.
—Syl no sabía que él llegaría ebrio. Lo siento mucho.
—Está bien. Lo mandé a volar. No quería que mi noche terminara así.
—Necesitaste mucho valor para rechazarlo. Bien por ti.
—¿Sé que estuvo bien lo que hice, pero por qué me siento tan mal?
—Porque querías lamerlo como un helado. Pero él es de vodka, y tú querías uno de algodón de azúcar.
—No quiero que sea helado de vodka cuando está conmigo.
—Créeme, lo será si se lo permites.
—Ya lo corté. Si supieras lo mucho que me costó…
—Puedo imaginarlo, Ems. Pero eso pasará solo. Vamos adentro, hay una copa de vino con tu nombre.

Alex y Emeraude se juntaron con el resto del grupo y todos trataron de hacer que su hermanita menor se sintiera más tranquila. Era complicado, pero después de un rato pudo calmarse. Cuando todo terminó y la gente abandonó el bar, Braulio llamó aparte a la cantante y le entregó un bate de aluminio.

—Ven acá, pequeña. Vamos a romper cosas. Lo necesitas. —los dos salieron por la puerta trasera del bar que daba a un aparcamiento. En las canecas de basura había varias botellas de vidrio, bombillas de neón y una pantalla descompuesta.

—¿Puedo romper lo que quiera de aquí? —Braulio asintió.

—Lo que quieras. No te contengas. —Emeraude sacó su celular y se lo lanzó al brasileño.

—Sin curva, *pitcher*. —Obedeciendo a la chica, Braulio comprendió que ella sólo quería deshacerse del número de Sammy Arden junto con muchos recuerdos acumulados, y lanzó el celular directo a su dueña. Con una precisión milimétrica, Emeraude lo bateó y se estrelló contra una de las paredes de "The Stockpile" rompiéndose en mil pedazos, lejos de cualquier recuperación.

—Eso fue un *home run*. ¿Te sientes mejor, pequeña? —la cantante suspiró y asintió.

—Gracias, Braulio. Vamos adentro, quiero irme rápido de aquí.



## XXII: Golpéame

Después de pasar un domingo complicado en el que se quedó en cama junto a un bote de helado viendo Scarface y las primeras tres películas de Star Wars, Emeraude madrugó el lunes a entrenar. Apenas entró al gimnasio se acercó a la clase de *muay thai*, donde se encontró a Trina Andrews entrenando junto a Jason.

Aquella era la chica que había perdido con Emeraude en su primer torneo aficionado de Artes Marciales Mixtas. Por lo que Jason había dicho estaba de visita desde Nashville y quería entrenar un poco con el equipo de Braulio.

—Mira quién llegó. La del cabello de marihuana. —Trina sonrió. Emeraude no estaba de humor para responderle, pero sí quería romperle la cara, así que entró a la jaula después de vendarse las manos y ponerse los guantes.

—*Sparring*, niña. Golpéame.

Los demás hombres del equipo se quedaron mirando el *sparring* entre el par de chicas, que se golpeaban como si de ello dependieran sus vidas. Después de un intercambio de codazos y rodillazos, la cantante logró hacer sangrar a la visitante de nuevo.

A pesar de que Emeraude estaba concentrada, su cuerpo aun guardaba vestigios de cansancio del fin de semana, así que empezó a perder el aire en cuestión de minutos. Era una fortuna que Trina no se hubiera dado cuenta de eso, pues ya le había dado suficiente castigo y también estaba cansada.

Antes de que pudiera hacer alguna otra cosa, Emeraude estaba tomando aire con muchísimo esfuerzo y no vio venir la serie de rodillazos al vientre que la tumbaron. Estaba tan mareada, que los demás tuvieron que detener la pelea para que Trina dejara de lanzar golpes, pues la cantante perdió el conocimiento de inmediato. Cuando despertó, escuchó a Braulio reprendiendo a su rival.

—Emeraude ya se había caído cuando le diste en el estómago. ¿Acaso no me escuchaste cuando dije que pararas?

—No escucho nada cuando voy a lo bestia. —Trina se cruzó de brazos y le dio la espalda al brasileño. Él la tomó del hombro con rudeza, obligándola a mirarlo de nuevo.

—¡A lo bestia mis bolas! ¡En mi gimnasio, cuando te ordeno que pares, LO HACES!

—Váyase al diablo. Fue mala idea de Jason el traerme aquí.

—Llévatelo contigo a Nashville si quieres. No voy a permitir que le hagas daño a uno de mis alumnos, y mucho menos si es Emeraude.

La cantante abrió los ojos y se encontró con Marshall sentado junto a ella en una de las camas de la enfermería.

—Buenos días, jovencita. Dormiste mucho menos de lo que todos creímos. —Emeraude se sentó en la cama. El estómago le dolía y quería vomitar. Al levantarse la camiseta, un pequeño recuerdo del pasado la invadió al ver un enorme moretón en su vientre, justo en una de las zonas que George masacraba sin piedad cuando ella se lo permitía.

—Ay, Marshall… esto no es nuevo para mí. —el médico le entregó una bolsa de hielo a la joven que se retorcía de dolor.

—¿Qué tanto te duele, linda?

—Como un rodillazo al vientre. No sé explicarlo —ella hizo una ligera arcada—. Dios, quiero vomitar.

—Tranquila, aquí hay una cubeta por si quieres hacerlo. También sabremos el origen del dolor apenas te haga un ultrasonido.

—¿Puedes hacerlo aquí?

—Claro que sí. Tenemos equipo básico en el gimnasio desde hace años, cuando le encontré cálculos vesiculares a Braulio. Creímos que era otra cosa y él siguió entrenando como si nada hasta que se cayó como un árbol. Eso lo asustó mucho así que ya somos precavidos. Ven, acuéstate en la camilla.

Emeraude obedeció. Mientras Marshall le ponía un gel helado en el vientre, ella cerró los ojos, esperando que no fuera algo grave.

Y en efecto, no lo era.

—Ems, ¿te parece bien si hago una pequeña prescripción para ti? Sólo un analgésico para reducir el dolor.
—Claro, lo que creas que esté bien.
—Bueno, voy a entregarte esto también —Marshall escribió algo en una hoja de papel, luego tomó otra cosa de la impresora y le entregó un sobre sellado a la cantante—, por acá sólo hay buenas noticias y eso me alegra mucho. No es nada grave, puedes irte a clase.
—Gracias, Marshall.
—Hazme un favor: apenas abras el sobre quiero que me cuentes si entiendes lo que dice. ¿Lo harás?
—Sí, señor.
—Bien, Ems. Esperaré tu respuesta. Nos veremos mañana, adiós.

Después del rápido ultrasonido, Braulio recibió a Emeraude en la entrada de la enfermería.
—¿*Tudo bem, menina*? —la joven sonrió.
—*Tudo bem, cavalo. Obrigada*. —el brasileño abrazó suavemente a su alumna para no lastimarla, pues tenía unos cuantos cortes pequeños en la cara que no dejaban de ser dolorosos.
—Es todo por hoy, pequeña. Ve y descansa, ya mandé a volar a la otra chica. —Emeraude se aferró con suavidad a la espalda de su entrenador mientras un leve mareo se le pasaba rápidamente.
—Gracias, Braulio. Iré a dormir un poco antes de clase.

Antes de irse, Emeraude se dirigió a la zona de hidratación, recogió sus cosas y las guardó en su mochila mientras Ernie la miraba fijamente, tumbado en el suelo.
—¿Todo bien, pequeña? —la cantante sonrió mientras asentía.
—Sí, Ernie. No hay ningún problema con mi estómago. —el británico se sentó en posición de loto y le sonrió a la cantante de vuelta.
—Eso me alegra. ¿Nos vemos mañana? —ella asintió de nuevo.
—Sí, claro.

Ya estando en su habitación y después de clase, Emeraude jugueteaba con el sobre sin querer abrirlo. Temía que aquel pedazo de papel dijera algo horrible, pero Marshall se había puesto de tan buen humor al ver el ultrasonido que eso la calmó un poco. Cuando lo leyó, respiró hondo y decidió aceptar lo que el médico había escrito, así que lo guardó bajo su almohada y se fue a clase.

Durante todo el día Emeraude estuvo pensativa. Lo que decía el

contenido del sobre indicaba que en efecto estaba sana, pero no dejaba de inquietarle. Laetitia no fue ajena a ese comportamiento, y al salir de clase para visitar a Arne no pudo quedarse callada.

—Ems, hoy has estado un poco más muda que un muerto sin lápida. ¿Qué te pasa? —la cantante sacudió la cabeza.

—Nada, Lety. Sólo estoy cansada. —Laetitia se cruzó de brazos y levantó una ceja, incrédula.

—He visto esa cara antes. La última vez que la vi tratabas de ocultarme que George te golpeaba. Emeraude Blanchard, ¿algo para decir?

—Relájate. Sólo necesito dormir un poco.

—Es por Sam, ¿verdad?

—Sí.

—Vaya, normalmente me toma más tiempo sacarte la verdad —la joven tomó su celular y envió un mensaje rápido a Sylvain—. En serio, estás muy rara.

—Estoy bien, no te preocupes.

—Vale. Hay pizza donde Arne, vamos antes de que los chicos se la coman toda.

—Voy a parar en la farmacia, necesito comprar analgésicos.

—Lo que digas. Yo no esperaré a que se acabe la napolitana.

Después de parar en la farmacia Emeraude llegó a casa de Arne, y luego de media pizza se encerró en el baño por lo que parecieron horas. Al cabo de un rato, Laetitia se acercó al baño y tocó la puerta.

—¿Ems, estás bien? —la joven salió del baño después de secarse las lágrimas.

—Sí, Lety. No te preocupes. —ella trató de escapar de Laetitia, pero su amiga la tomó del brazo, impidiéndoselo.

—Estuviste llorando. No me engañas. Probablemente a los otros sí, pero te conozco mejor que a mí misma, así que no puedes mentirme. Ems, por favor… si Sam te hizo daño el sábado necesito que lo digas. Iré a clavarle mis tacones en la frente si debo. —Emeraude negó con la cabeza.

—Él no me hizo nada. Yo soy la única responsable por todo esto.

Laetitia acarició la castigada mejilla de Emeraude. Le dolía verla triste de nuevo, y peor aun era verla así por un hombre.

—Ems, no quiero que te pongas como cuando estabas con George. Ni siquiera Sam merece que llores por él, por favor… —la cantante sonrió débilmente.

—Tranquilízate, Lety. Vamos a comer más pizza. —unos cuantos pedazos de napolitana después Laetitia ya no era la única que se había

dado cuenta de que la pequeña del grupo estaba alterada, por más que insistiera en lo contrario. Lyle ya lo sabía, y se la llevó a la cocina para conversar con ella.

—Emi, no te voy a preguntar qué tienes. Debes haberlo oído mucho hoy. Pero necesito que me digas si hay algún problema. Estás rarita. —Emeraude se encogió de hombros.

—No tengo ningún problema, pero debo decirte algo, y sé que no le dirás a nadie antes de que yo lo diga ni armarás escándalo por eso, entonces... —la chica susurró al oído del bajista lo que había leído en el sobre que Marshall había escrito, y Lyle se limitó a sonreír de manera cómplice y discreta.

—¿Estás segura de eso, Emi? —ella asintió.

—Sí. Eso decía en el papel.

—Sal del edificio. Es algo grande.

—Lo es.

—Me alegra saber esta noticia antes que los demás —Lyle abrazó a su amiga—. Aunque no lo creas, soy feliz por ti.

—Creo que vas a ser el único. Yo aun no sé cómo sentirme. He estado pensando tanto en eso que me duele la cabeza.

—Oye, pero al menos estás bien.

—Ahora entiendo por qué Marshall reaccionó así con el ultrasonido.

—Tienes que contárselo al resto, todo el día estuvieron preguntándole a Lety por ti.

—Claro que sí. Estaba preparando algo aquí, pero ya les explicaré.

Emeraude y Lyle volvieron a la sala donde todos seguían comiendo pizza. No tenían la más mínima sospecha de que les caería una bomba de hidrógeno emocional en los próximos cinco minutos.

—Oigan, gente... Emi quiere contarnos algo. —la cantante sacó unas pequeñas cajas rectangulares y le entregó una a cada integrante de la banda, una para Sylvain, otra a Laetitia, y dejó una para ella.

—No es un regalo, pero quiero que sepan algo muy importante. Ábranlas, por favor.

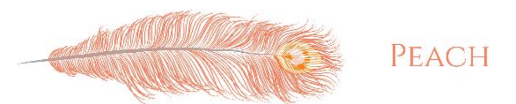
Cuando todos destaparon lo que habían recibido, se quedaron sin habla: era una pequeña vara plástica con una tapa en la punta, y en la pequeña abertura de la mitad, dos rayas azules brillaban como un enorme aviso de neón. El grupo miró a Emeraude fijamente sin poder creer lo que veían. Finalmente, el único que decidió hablar fue Sylvain, y dijo exactamente lo que todos estaban pensando.

—¡Perra, esto no puede ser en serio!



## XXIII: Nunca estarás sola

*El* ***pavo cristatus*** *puede ser muy combativo cuando se trata de defender su integridad o su familia.*




¿Cuándo lo supiste? ¿Era por eso que estabas tan rara? ¿Seguirás estudiando? ¿Alguien más lo sabe? ¿Vas a decirle a Sam?

De todas las preguntas que sus amigos le habían hecho locamente, sólo una tenía respuesta clara. No quería hablar de eso con Sam, pues después de lo que había sucedido el sábado iba a ser difícil volverlo a ver.

Decirle a Sam… que él se enterara era más complicado de lo que parecía.

—Galletita, estás embarazada —Sylvain llevó a Emeraude aparte para evitar la tormenta de preguntas que sus amigos tenían—. ¿Qué va a pasar contigo?

Emeraude tendía a ser generosa. Demasiado. Podía serlo fácilmente cuando se lo proponía, y cuando veía a alguien en problemas sentía la enorme necesidad de evitarle una carga más a quien no podía llevarla. Sabía muy bien que la vida de Sam ya era complicada y un bebé, lejos

de ser una buena noticia para él, acabaría por hundirlo en una depresión de la que sería muy complicado reponerse, y la cantante no planeaba empezar a ser egoísta. Si por ella fuera, nunca le diría a Sam que estaba embarazada.

—Ems, piénsalo bien. Sam tiene derecho a saberlo. —el bartender quería convencer a Emeraude de permitir que su hijo tuviera un padre, pero iba a ser complicado. Ella había tomado esa decisión desde que leyó el sobre que Marshall le había entregado.

—No le voy a decir. —ella era tan obstinada como generosa, y cuando se le metía una idea en la cabeza, nadie podía sacársela.

—Pero Ems —Alex intervino con genuina preocupación—, tienes que decírselo.

—Alex, eres el cuerdo de la banda. No insistas.

—Al menos dime que no fuiste irresponsable y se protegieron como debían. —Emeraude asintió.

—Sí. La fábrica de pastillas anticonceptivas tiene algo que explicarme.

—Vaya que sí. Tú también tienes que explicarle algo a alguien.

—Ya te dije que no.

—No seas tan terca —el guitarrista se cruzó de brazos—. Él debe saberlo, tiene derecho a eso.

—¡Alexander, no! Si le digo, se va a poner peor. Ya tiene suficientes problemas, y una noticia de esas lo va a enloquecer.

—Todos tenemos problemas. Él no es el único. Ve y dile que estás embarazada.

—Ve y dile que no se embriague cada vez que quiere algo conmigo. ¿Cómo crees que se sentirá?

—Tal vez no se convierta en helado de vodka...

—No voy a arriesgarme.

Emeraude sacó su celular y llamó a Marshall. Había prometido que se lo haría saber apenas leyera el sobre y se tardó unas cuantas horas. Después de hablar con él regresó a la sala y se unió a sus amigos. Luego recibió otro pedazo de pizza de Lyle.

—Emi, tienes mucho por planear ahora. —Emeraude asintió.

—Sí. Ya se me ocurrirá algo. Pero primero, lo primero: llamaremos a los altos mandos. ¿Vale?

Al saber la noticia, Gretchen y Harriet gritaron emocionadas y Ernie, junto con Braulio, aunque fueron quienes lo tomaron más tranquilamente, también se alegraron mucho. Todos estaban felices, y hasta ese momento, nadie había dicho algo malo.

Hasta que Laetitia mencionó a la madre de Emeraude.

—Ems, tu madre va a matarte y lo sabes. ¿Verdad? —la doctora Katrina Myers-Blanchard, a pesar de ser una buena mujer, podía ser muy cruel con su hija a veces. Enviudó cuando Emeraude apenas podía caminar, y eso la convirtió en una persona triste y amargada que se refugió en su trabajo para apagar el dolor de ver morir a Blue Blanchard en un quirófano, después de un accidente cerebro vascular.

—No quería hablar de eso tan pronto, Lety… pero sí. Cuando tenga tiempo para mí, mamá me convertirá en tocino. —Emeraude apoyó los codos sobre la mesa de centro y le dio un par de toques a la misma.

—Al menos vas a decirle a ella que será abuela. Digo, ya que no quieres decirle a Sa… —rápidamente, Sylvain le cubrió la boca a la chica.

—Lety, si vuelves a hablar del tema, te vas a arrepentir —replicó el bartender—. Mejor que te lo diga yo a que lo haga Ems.

—Vale, Syl. Pero sabes que ella debe hablar con la doctora Myers-Blanchard.

—Lo haré —replicó Emeraude—. Pero no quiero…

—A veces debes hacer cosas que no quieres —apuntó Laetitia—, y si vas a escoger una de las dos, escoge la peor.

—Está bien. Me iré en una semana a Short Hand. Se va a sorprender muchísimo de verme en casa.

Al día siguiente, Emeraude veía entrenar desde lejos a sus compañeros de JJB sin poder unirse a ellos por sugerencia de Braulio. En vez de eso se dedicó a golpear un saco de boxeo por casi cuarenta y cinco minutos.

—Puedes boxear hasta que te sientas lo suficientemente liviana para eso, ¿vale? —la joven asintió.

—Lo haré. No quiero dejar de hacer ejercicio y ponerme como un maldito hipopótamo. —engordar ni siquiera era el menor de los problemas de Emeraude, y aunque ella trataba de ocultarlo, Braulio lo sabía bien. Con una seña la llamó para que se sentara junto a él en la zona de hidratación. Ella obedeció.

—Pequeña, quiero que me cuentes algo. ¿Qué vas a hacer ahora? —la joven respiró hondo.

—No lo sé. Creo que voy a tener que dejar de estudiar y conseguir un trabajo en el día.

—Lo ideal sería que te graduaras, pero si necesitas un poco de ayuda, puedes usar lo que sabes hasta ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Quisiera que trabajaras aquí manejando las redes sociales del gimnasio Almeida —Braulio se encogió de hombros—. Te pagaré lo que pidas.

—¿Oye, hablas en serio?

—Claro que sí, pequeña. Eres buena en lo que haces y no me gustaría ver que estás pasando dificultades con lo del embarazo. Créeme, Keira y yo sufrimos mucho por dinero cuando nuestra primera hija nació. Yo sólo hablaba portugués cuando llegué a Copper Grace y aunque lo logré, me costó trabajo ajustarme. Julie tiene diez años ahora y todos entienden cuando hablo.

—No tenía idea.

—Ahora que lo sabes, me gustaría que siguieras otro de mis consejos. Me encantaría que trabajaras conmigo.

—Claro que sí. ¿Cuándo puedo empezar?

—Apenas resuelvas tus asuntos. Boxeas en la mañana y vas a tu escritorio en la tarde. ¿Qué te parece?

—Acepto —Emeraude se levantó y le tendió la mano a Braulio con una sonrisa—, jefe.

—Está bien, pequeña —el brasileño respondió el gesto de la misma manera—. Ahora, mata a la serpiente con un golpe a la cabeza. Ve con tu madre.

Pasada una semana, después de evitar a Sam en la cafetería de la universidad para no tener que sufrir dándole una mala noticia, Emeraude estaba tocando la puerta en casa de su madre, de vuelta en Short Hand. Y en efecto, la doctora Myers-Blanchard estaba muy sorprendida de ver a su hija.

—¿Emeraude, qué haces aquí? —la joven sonrió débilmente.

—¿Puedo pasar, doc? —Katrina asintió e hizo sentar a su hija en el limpísimo sofá de la sala. Luego de servirse una taza de té hizo lo propio en una de las cómodas. Toda la casa Blanchard tenía un toque francés, y la decoración no había cambiado desde que Emeraude nació.

—Doc...

—¿Emeraude Blanchard, qué hiciste esta vez?

—Viendo el humor que traes hoy, creo que no lo voy a endulzar. Estoy embarazada.

Katrina miró a su hija con una hostilidad impropia de una madre. No podía creer lo que escuchaba.

—¿Qué dijiste?

—Eso mismo.

—Así que eso es lo que has estado haciendo en Copper Grace. Yéndote de zorra. —Emeraude sacudió la cabeza, negándolo.

—No, doc... no es eso. He estado estudiando.

—Estudiando anatomía masculina, ¿quizás?

—No era lo que...

—Supongo que el jovencito que te embarazó debe ser de artes, o algún irresponsable de filosofía —la mujer se cruzó de brazos—. Estudia ciencias sociales, ¿verdad?

—No...

—Seguramente estaba ebrio y lleno de hierba cuando lo hicieron... ¡y también tú lo estabas!

—¡Suficiente, madre! ¡Deja de hablarme así!

Emeraude se levantó del sofá.

—No debí venir aquí. Adiós. —antes de que la cantante saliera de la que solía ser su antigua casa, Katrina la agarró del brazo con tanta fuerza que casi le hace daño.

—Te irás cuando yo diga. —Emeraude se soltó del agarre de su madre.

—¡No! Siempre hice lo que me decías. Y nunca tenías tiempo para mí desde que papá murió.

—No menciones a Blue.

—Lo voy a hacer. Madre, desde que era pequeña evitabas hablar de él y nunca tenías tiempo para mí.

—¿De qué hablas, Emeraude? Te lo di todo, nunca te faltaba nada.

—Me diste clases de música. Eso lo agradezco. Pero nunca estabas para ver mis recitales. Cada vez que mencionaba a papá, me decías "vas tarde para clase de canto", o "Julian te espera en la clase de bajo", o "llévate la guitarra, tienes clase después de la escuela". Piano, batería, violín, etcétera. Madre, soy malditamente buena en lo que hago, ¿pero cuál es el punto de eso? Aun no me has oído cantar, no sabes si toco jazz o rock, ni siquiera me llamas cuando estoy en Copper Grace... no se te ocurrió averiguar si tengo trabajo o si necesito algo, ¡no sabes nada de mí!

Emeraude abrió la puerta de la casa. Después de bajar las escaleras de la entrada, Katrina la siguió.

—Hija, ven. Quiero ayudarte. —respirando hondo, la joven miró a su madre.

—¿Cómo podrías ayudarme?

—En el hospital hay un médico que puede solucionar ese problema

sin hacer mucho ruido. —Emeraude puso sus manos en las caderas, sospechando que su madre diría algo sórdido.
—¿Qué problema?
—Ese problema. Eres muy joven para estar embarazada, y yo no tengo tiempo para cambiar pañales.
—No lo harás tú, doc. Despreocúpate.
—Emeraude, mira... no es tu obligación tenerlo. No quieres tenerlo.
—¿Me estás sugiriendo que aborte? ¡Olvídalo!

Katrina no habló más, pues se dio cuenta de lo estúpidas que habían sonado sus palabras. Sin querer oír más a su madre, sin despedirse y sin mirar atrás, Emeraude se subió al auto azul de Arne, donde él y Laetitia la esperaban.

Nadie dijo nada durante todo el camino, pero cuando los tres entraron a la casa de Arne, Emeraude rompió a llorar al instante. Laetitia la abrazó y le acarició la cabeza.

—Ay, Ems... ¿quieres hablar del tema ahora? —la cantante negó con la cabeza.
—Quiero helado y una película de terror. Y no quiero que mi madre conozca a mi bebé. —las dos chicas se sentaron en el sofá mientras Arne hacía algo de comer.

Después de "El Resplandor" y una tonelada de palomitas, Emeraude se quedó dormida. Al día siguiente estaba entregando varios documentos en la secretaría de la universidad para hacer su retiro oficial. Marina, la encargada de la oficina, no podía ocultar su tristeza.

—Ay, niña... esto no debería suceder —la dulce mujer tomó a Emeraude de las manos—. Eres tan buena estudiante, tan bonita, y tienes tanta actitud... te voy a extrañar.
—También te extrañaré.
—Oye, no quiero ser chismosa, pero… ¿qué te obliga a irte?
—Um, mi madre está enferma. Debo trabajar para ayudarle, es un tratamiento costoso. —Marina hizo un gesto de pesar.
—Oh... siento mucho escuchar eso. Espero que algún día puedas volver.
—Yo también, Mari.

Al salir de la secretaría, después de días de evitarlo y huir de él, Emeraude se encontró con Sam y enrojeció apenas lo vio.
—Hola, Ems. ¿Cómo estás? —los dos soltaron una risa nerviosa. Él la abrazó, mientras ella trataba de no desmoronarse o llorar.

—Bien, bien… estaba… entregando unos documentos que… Mari necesitaba de mí. ¿Es eso un chupón? —Emeraude encontró el momento perfecto para cambiar de tema al ver un enorme chupón en el cuello de Sam. Ella sabía lo que eso significaba.

—Yo, oye… Ems… —el chico se cubrió el cuello con la mano mientras ella se apartaba.

—Vaya, te has estado divirtiendo. Sigue así. Adiós, Sammy. —Emeraude corrió por el pasillo de la secretaría.

—¡Oye, Ems! ¿Nos veremos por ahí? —ella asintió sin decir nada más y salió corriendo a la habitación para llevar sus cosas a casa de Arne.

Lyle y Emeraude sacaron una gran cantidad de cajas de cartón llenas de ropa, libros y otras cosas, y él pudo darse cuenta de lo que a ella le molestaba.

—¿Emi, viste un fantasma? —la cantante negó con la cabeza. Las circunstancias la tenían un poco sentimental.

—No, Lyle. Todo esto es duro. Muy duro. Primero me entero de que estoy embarazada, tengo dos trabajos ahora, luego mamá me sugiere abortar y después de retirarme de la universidad me encuentro con Sammy y un chupón del tamaño de Texas en su cuello. —el muchacho suspiró por lo bajo y tomó la mano de su amiga.

—Vaya, qué mal. ¿Aun así planeas ocultarle esto?

—Es mejor para los dos. Así puede ir donde cualquier otra chica y dejarse hacer chupones.

En silencio, la joven empezó a llorar y se recostó en las piernas de Lyle. Él le puso una mano en la cabeza.

—Llora, hazlo hasta que te canses. Te lo has estado guardando por mucho tiempo. —mientras el bajista acariciaba el cabello de Emeraude, ella se limpiaba la nariz con la manga de su blusa. Sin darse cuenta estaba liberando mucho dolor, muchas inseguridades, una gran angustia y una interminable incertidumbre, y era una suerte que Lyle tuviera la paciencia suficiente para hacerla sentir mejor cuando le hacía falta.

—¿Y si no puedo hacerlo por mi cuenta?

—No tienes por qué, Emi. Todos estamos contigo. Nosotros no abandonaremos este barco.

—¿Nunca?

—Te doy mi palabra. Nunca estarás sola.



## XXIV: Ganbatte kudasai

El gimnasio en las tardes era un mundo muy diferente al que Emeraude veía de siete a ocho de la mañana. Entraban hombres fuertes y musculosos, uno tras otro, y golpeaban los sacos de boxeo con una fuerza impresionante. Sólo en una clase de JJB, la cantante vio tres dislocaciones de huesos y muchos más cortes faciales de los que en su vida imaginaría. No le producían asco, pero sí una admiración incontenible.

—Aquí estamos acostumbrados a huesos rotos y articulaciones salidas de sitio, Ems… si eres muy impresionable, te sugiero que no mires mucho hacia afuera. —Keira, la esposa de Braulio, a pesar de ser una de las maestras de karate, no parecía encajar en el gimnasio, pero de alguna forma le daba un toque muy especial al lugar. —Mira, niña. Tienes que ir el próximo lunes con el doctor Clip Matheson. Braulio quiere que te vaya como a los ángeles con tu embarazo, así que me pidió que programara una cita con el mismo doctor que nos atendió cuando Joanie nació. —la mujer le entregó una hoja de papel a Emeraude que ella guardó con cuidado en su bolso.

—Oye, Kei… ¿quién es la chica nueva? —un chico de unos veintitrés años que parecía haber perdido su camiseta, entró a la oficina y se acercó al escritorio de Keira mientras miraba a la nueva con una sonrisa que podría haber derretido a cualquier chica. La cantante se levantó de su silla y le tendió la mano.

—Emeraude Blanchard, relaciones públicas y manejo de redes sociales. Tú eres… —el chico no dejó de mirar a Emeraude con sus penetrantes ojos negros mientras le estrechaba la mano de vuelta.

—Parker Sarvankar. ¿Acaso dijiste relaciones públicas? —Emeraude asintió.

—Si tienes alguna idea para que el gimnasio mejore puedes decírmela, yo la haré real. —Parker sonrió y miró la mano de la joven, llena de costras en los nudillos.

—No me digas que entrenas aquí. —ella asintió.

—Lo hago.

—¿Por Dios, a qué hora? Nunca te había visto.

—De siete a ocho. Soy un pájaro madrugador. —el muchacho chasqueó la lengua con un gesto desdeñoso.

—En eso nos diferenciamos, linda. Prefiero entrenar en la tarde, evita que me duerma. ¿Quieres salir a tomar unas cervezas este sábado?

—Tal vez, Parker... pero no puedo beber durante el embarazo. Lo siento.

Parker miró a Emeraude con incredulidad mientras ella se acariciaba el vientre.

—Es la peor forma de rechazar una cita que he visto en mi vida. No me mereces, adiós. —la cantante respiró hondo mientras Keira le pasaba un vaso de agua.

—Él es así de intenso, Ems. Trata de montarse todo lo que menstrúe y odia que las chicas declinen sus invitaciones, más si son lindas como tú. Se convirtió en un chiste local, es Parker siendo Parker. Aunque no puedo negar que sí es de muy buen ver. —las dos mujeres volvieron a sus puestos de trabajo hasta casi las cinco. Al terminar de trabajar, Emeraude fue a casa de Arne, donde Laetitia la esperaba para ir a "The Stockpile".

—Ems, ¿qué tal tu primer día de trabajo de escritorio?

—Magnífico. La esposa de Braulio me explicó lo que debía hacer y programó una cita con el obstetra para revisarme. Vi mucha sangre, huesos rotos y uno que otro chico desesperado. Fue muy divertido. Pero no pude quitarme la sensación de que alguien se quedaba mirándome por mucho rato.

—¡Mírate, tienes un acechador! —la chica de cabello violeta miró a su amiga con un movimiento de cejas que resultó muy gracioso.

—Es muy escalofriante cuando lo dices así.

—Puede ser tierno. ¿No crees?

—Es muy incómodo.

—Vas a tener que acostumbrarte. Eso del embarazo los atrae como abejas a las flores.

—Sí, pude notarlo.

Después de un cambio de ropa, las chicas llegaron al bar y se encontraron con Keira y Gretchen conversando en la barra. Gretchen, apenas vio a Emeraude, la llamó con una seña.

—Ems, querida… ven. Keira quiere proponerme algo y sé que será bueno. Siéntate, por favor. —la cantante obedeció. Keira tomó la palabra.

—Chicas, tengo una propuesta para ustedes. Braulio me ha dicho que este bar ha visto muchísima diversión, y me encantaría unirme a la fiesta. Hoy en la tarde uno de los chicos conoció a Emeraude —avergonzada, la cantante se cubrió la cara, pues la mujer hablaba de Parker y su vergonzoso intento de ligar—, y preguntó por qué no la había visto antes. Se me ocurrió algo.

La brasileña chasqueó los dedos.

—¿Y si hiciéramos una fiesta de integración para los alumnos del gimnasio el sábado? —Gretchen asintió con una sonrisa.

—Me gusta la idea. Hablaré con Ernie ya mismo.

Al día siguiente, Emeraude diseñaba volantes de fiesta que Keira repartió a todos los alumnos del gimnasio, y el sábado el bar estaba a reventar. Cuando la cantante se subió al escenario no cabía un alma en el lugar y todos se estaban divirtiendo mucho.

—Buenas noches, Team Almeida. ¿Cómo están? —la gente gritó de alegría—. Me complace mucho saber que todos ustedes son alumnos de Braulio. ¡Es genial tenerlos aquí! Disfruten su shot de tequila de bienvenida, y si quieren algo más, pídanlo educadamente a Lety, la chica del cabello violeta en la barra, o a Sylvain, el chico del mohicano blanco, y ellos los ayudarán con gusto. Ahora, si les gusta el rock van a disfrutar las próximas dos horas. ¡Levanten sus copas para la banda local!

**#LaHistoriaPlumosa:**
**De fiesta con el Team Almeida**
**(Playlist disponible en Spotify)**

**1.** Detroit Rock City — **Kiss**
**2.** We Will Rock You — **Queen**
**3.** Eye of the Tiger — **Survivor**
**4.** Paint it Black — **The Rolling Stones**
**5.** Give it Away — **Red Hot Chili Peppers**
**6.** The Unforgiven — **Metallica**

7. Song 2 — **Blur**
8. Crazy — **Aerosmith**
9. Zombie — **The Cranberries**
10. Black Hole Sun — **Soundgarden**
11. Sweet Child O' Mine — **Guns n' Roses**
12. What's Up — **4 Non Blondes**
13. Don't Look Back in Anger — **Oasis**
14. Breaking the Law — **Judas Priest**
15. One Way or Another — **Blondie**
16. Lithium — **Nirvana**
17. Mysterious Ways — **U2**
18. Come Together — **The Beatles**
19. Everlong — **Foo Fighters**
20. Points of Authority — **Linkin Park**
21. Nookie — **Limp Bizkit**
22. Want You Bad — **The Offspring**
23. Are You Gonna Go My Way — **Lenny Kravitz**
24. Back In Black — **AC/DC**
25. The Trooper — **Iron Maiden**
26. Almost Easy — **Avenged Sevenfold**

Mientras Emeraude y la banda tocaban, ella volvió a sentir aquella sensación de que alguien la miraba fijamente, y aunque intentó no prestarle atención a eso se le complicaba un poco, no era como cuando el resto del público la miraba. Era un láser incandescente que le quemaba la cara con vehemencia, y no lo pudo averiguar sola. El suspicaz Charlie tuvo que darle una mano en medio de "Are You Gonna Go My Way".

—Junto a la entrada, Ems. Grandote de camisa a cuadros con una cerveza.

La cantante, haciendo caso a sus enloquecidas hormonas, no pudo poner sus ojos en alguien tan diferente de Samuel William Arden porque no era posible encontrar a alguien así. No se parecía en lo absoluto a los extrovertidos alumnos de Braulio, pero físicamente podía ser tan fuerte como cualquiera de ellos. Su piel era blanca como el papel y sus enormes brazos parecían tallados de inmaculado alabastro. Era improbable que se diera cuenta de lo simple y atractivo que podía verse al mismo tiempo usando solamente una camisa a cuadros azules, botas de cuero negro y un par de jeans desgastados. Se aferraba a la botella de cerveza como si fuera la última en su vida, y por alguna razón, no podía quitarle la mirada de encima a Emeraude. Ella, al verlo, tampoco pudo apartar sus ojos, que lo miraban de vuelta con insistencia.

—¡Emi, despierta! —Lyle tuvo que darle una pequeña palmada en la espalda a su amiga para hacerla reaccionar. Ella acarició el micrófono con suavidad.

—Lyle, dime que está bien estar embarazada y querer que ese tipo me clave contra el sofá del camerino. —el bajista se encogió de hombros.

—Yo estoy caliente todo el tiempo. Si me preguntas a mí, te diré que puedes montártelo sobre la barra. —los dos rieron.

—No sé si sobre la barra, pero quiero morderle el... —Emeraude se vio obligada a parar de hablar para seguir cantando. Cuando la banda terminó de tocar, Sylvain le entregó un vaso de limonada a su amiga.

—Galletita, dime que viste al grandote que no te quita los ojos de encima.

—Lo vi. Mataría por morderle el... —el bartender dio un manotazo al aire mientras se aguantaba la risa.

—Ya lo sé, yo también lo mordería. Ve y haz tu movimiento.

—¿Qué movimiento?

—En el que te acercas, le sonríes y te sonríe de vuelta. Ve.

Emeraude hizo caso y se acercó a quien no había dejado de mirarla durante esas dos horas. Era mucho más alto de lo que ella creía. Casi dos metros de músculos perfectamente proporcionados y un cabello negro rebelde que caía sobre sus marrones ojos en mechones desordenados. "Haz tu movimiento, Ems", pensó la cantante, "no pierdes nada con intentarlo". Luego sonrió con dulzura, esperando de vuelta una sonrisa que nunca llegó.

Laetitia y Sylvain no pudieron aguantarse la risa al ver a su amiga regresar con la incomodidad en la cara y un rojo en las mejillas que nunca había tenido.

—Supongo que el grandote de la puerta estaba mirando a Charlie. ¿Verdad, Ems? —replicó Laetitia. Emeraude cerró su puño y levantó el dedo del medio, causando unas cuantas risas a los que trabajaban tras la barra. Luego corrió al camerino y se tiró en el sofá para tomar un descanso. No pasaron ni cinco minutos desde que la cantante se había tumbado en el mueble cuando Alex entró y la hizo levantar.

—Ven, Ems. Tienes que ver esto. —Alex tomó a Emeraude de la mano y la llevó a la salida del bar, donde Braulio bloqueaba la puerta.

—Ya la traje, Braulio. Dile a él que no se vaya. —el brasileño asintió y le hizo señas a alguien en la distancia para que se acercara.

—Ven, niño. Tienes veinte minutos. —suavemente, Braulio jaló del

brazo e hizo sentar en el banco de la entrada a un sonriente y sobrio Sam.

—Hola, Ems. —Emeraude miró a Alex y a Braulio sabiendo muy bien lo que ellos querían que hiciera. Después de negar repetidamente con la cabeza y sentarse junto al chico de rojo, los dos se quedaron solos.

—Traté de llamarte, Ems. Dice que tu número está desconectado.

—Oh, sobre eso —Emeraude decidió mentir un poco—, perdí mi teléfono, así que tuve que bloquearlo. Lo siento.

—Todo tiene sentido ahora. ¿Oye, por qué no puedo entrar hoy al bar?

—Es una fiesta privada.

—Ya veo —Sam suspiró—. Llevo aquí casi media hora y no había podido pasar de la puerta. Ni siquiera estaba el caballo de la ZKM.

—Está lleno de alumnos del gimnasio de Braulio. Sólo hay cinco mujeres aparte de mí. De resto...

—Todos hombres.

—Exacto.

Los dos sonrieron. El viento hacía que el cabello de Emeraude le tapara los ojos y Sam le apartó unos cuantos mechones aprovechando para acariciar su mejilla.

—Ems...

—Sammy, tengo que decirte algo.

—Creo que ya lo sé. —Emeraude levantó una ceja, esperando oír algo más.

—¿Ya lo sabes?

—Sí. Ya lo averigüé. Debiste decírmelo antes.

La cantante, nerviosa, pasó saliva. ¿Cómo se había dado cuenta?

—Espera un minuto, puedo explicarlo...

—No tienes por qué hacerlo, Ems. Pero pudiste decir algo sutil antes, no lanzarlo como una bomba cerca de mí.

—Yo... —Emeraude, angustiada, se cubrió la cara con las manos.

—Mari me lo contó. Siento mucho saber que tuviste que retirarte de la universidad.

La joven respiró aliviada. Había esquivado una bala de cañón.

—Lo siento, es que mi madre está enferma y... —la cantante fijó sus ojos en el suelo.

—No te preocupes. Te comprendo, yo habría hecho lo mismo.

—Gracias, Sammy. Supongo que mi vida es más complicada que la tuya ahora.

—Créeme, nunca lo será. Mis problemas no son tan fáciles de resolver como trabajar para pagar un tratamiento costoso.

—Bueno, si lo dices así...

Emeraude se recogió el cabello en una trenza. Sam estiró las piernas y apoyó los brazos en el frío banco de piedra.

—Ems, ahora soy yo quien debe explicarte algo. —La joven giró los ojos hacia él con resignación.

—¿Lo del chupón? No te molestes. En serio.

—¿Realmente no quieres saberlo?

—No —la cantante sacudió la cabeza—. Te lo habría preguntado antes, pero no tienes por qué justificarte conmigo. De veras, está bien.

Emeraude hablaba muy en serio cuando decía que no necesitaba explicaciones sobre aquel misterioso chupón en el cuello de Sam. Tenía la cabeza en un lugar muy distante y ese tipo de cosas no le molestaban en ese momento. Sin embargo, eso no era lo único que el chico tenía por decir.

—Hay algo más que quiero contarte, Ems. —el chico se frotó las manos para tratar de apaciguar un poco el frío.

—¿Son buenas noticias?

—Bastante buenas —Sam asintió—. Se abrieron tres puestos para que estudiantes de mi carrera se convirtieran en pasantes de Nintendo. Yo fui uno de los ganadores.

—¡Sam, eso es genial! —Emeraude sonrió emocionada—. Me alegra mucho saberlo. Vas a hacer cosas magníficas.

—Gracias, Ems —el chico sonrió de vuelta—. Esto es precisamente lo que necesitaba para encontrar un poco de calma con mis asuntos.

—Lo sé, estar ahí te va a distraer mucho.

—No sólo eso, la distancia va a ayudar. La pasantía dura dos años y es en Japón. Viajo en seis meses.

Emeraude se congeló. Luego de unos segundos sonrió, sabiendo el peso de todo lo que abarcaba para el muchacho aquel hecho de dejar los Estados Unidos en pos de cumplir el sueño de su vida.

—Estoy muy feliz por ti, Sammy. Sé que te irá de maravilla. —Sam sonrió de vuelta. De verdad estaba muy orgulloso por lo que había logrado. Pero algo le nublaba un poco el panorama, y no tardó en

hacerlo evidente.

—Ems, te portas muy raro. ¿Estás segura de que no quieres hablar de algo más? —el chico tatuado notó que Emeraude temblaba como una hoja, y no era por el frío. Lo que Alex y Braulio querían que ella hiciera tomaba mucho más valor del que ellos creían y no estaba lista para eso.

—No, Sammy... no es nada. Puedes estar tranquilo. —la cantante se acercó al chico tatuado para dejar que él la rodeara con sus brazos, y así logró esconder las lágrimas que salían de sus ojos sin control.

Después de un rato de verlos abrazados Braulio salió para llamar a Emeraude.

—Hora de entrar, pequeña. Lo siento, niño. Debe trabajar. —el muchacho asintió, y antes de que la cantante entrara al bar, se levantó y la abrazó de nuevo.

—Prométeme que hablarás conmigo si sucede alguna otra cosa, ¿te parece? —ella asintió mientras se secaba las últimas lágrimas que le quedaban.

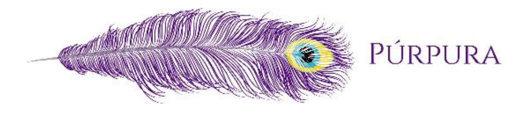
—Serás el primero en saber cuando regrese a la universidad. Que no te quede duda de eso. —aunque Sam no lo sabía, Emeraude no tenía planeado regresar a estudiar, pero él no tenía por qué enterarse. Ella prefería dejar esa puerta entreabierta por si acaso.

Sam dio la vuelta y se dirigió a la calle. Luego de un par de pasos, Emeraude se dio un respiro y tuvo un pequeño impulso lúcido.

—¡Oye, Sammy! —el muchacho se dio la vuelta. La cantante tuvo unos instantes para reflexionar acerca de lo que diría, y antes de que se tornara incómodo tomó la decisión que definiría el resto de su vida.

—*Ganbatte kudasai*[7], zorro rojo. —el chico entendió aquella frase y respondió con una sonrisa.

—*Ganbarimasu*[8], pavo real.



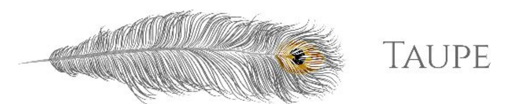

[7] Ganbatte kudasai: Su significado en japonés traduce “trabaja duro y da lo mejor de ti”.

[8] Ganbarimasu: Es la respuesta a “Ganbatte kudasai”. Significa “me esforzaré”.



## XXV: ¡Universo, mi trasero!

*El pavo real es independiente y le cuesta trabajo relacionarse con otros animales.*




El lunes en la mañana Emeraude estaba más nerviosa que una gallina con el trasero atrapado en una madriguera de zorros. Su cita con el doctor Clip Matheson se había atrasado por casi quince minutos y le había dado un poco de tiempo a Laetitia para llegar a hacerle compañía.

—No es nada, Ems. Respondes las preguntas, te dejas hacer el ultrasonido y recibes una que otra recomendación extra. Pan comido. —la cantante le dio una última revisión a lo que traía en su bolso mientras escuchaba a su amiga.

—Lety, bebí alcohol sin saber que estaba embarazada. ¡Eso es lo que me preocupa! ¿Qué pasa si hay algún problema?

—Limítate a escuchar lo que el médico te diga. ¿Vale?

—Sí —Emeraude sonrió con delicadeza—. Gracias por venir.

—Tenía que estar aquí. Voy a ser tía, quiero saber si mi sobrino o sobrina estará bien.

Después de otros diez minutos de espera una enfermera finalmente llamó a Emeraude.

—Sigue por el corredor hasta la segunda puerta. Vaya, qué chica tan linda eres. —la joven sonrió.

—Gracias. —la enfermera sonrió de vuelta.

—Le vas a caer de maravilla a Clip. Ve, ve. —después de caminar unos pasos la cantante entró a la puerta que la enfermera le indicó. El doctor Matheson estaba de espaldas a ella, esperando que la impresora le entregara una hoja de papel.

—Dame un momento, por favor. Sólo necesito que... —el rebelde aparato emitía unos cuantos sonidos que hicieron molestar un poco al medico, pero Emeraude quiso ayudarle, se acercó a él para ser de utilidad y cuando vio su cara, estuvo a punto de desmayarse.

El doctor Clip Matheson era el mismo hombre que unos días antes le había negado una sonrisa a ella en la fiesta de los alumnos de Braulio.

—Oye, eres tú. La cantante de la banda. —los dos enrojecieron, y el doctor Matheson compensó con una tímida risa la vergüenza que le había hecho pasar a la joven el sábado. Era una hermosa risa.

—Sí, soy esa chica. Déjeme, yo... —Emeraude presionó un botón verde y la impresora siguió funcionando.

—Gracias. Vaya, estás embarazada. —la joven se sentó frente al escritorio del doctor Matheson y él dirigió sus ojos hacia la ventana, nervioso. No era capaz de sostenerle la mirada a su paciente.

—Lo estoy. Desde mitad de agosto. —el médico anotaba algo en una hoja de papel a medida que escuchaba lo que su paciente decía.

—¿Cuándo lo supiste?

—Hace unos días.

—Oye, suenas un tanto irresponsable. ¿No te diste cuenta de que algo pasaba en tu cuerpo?

Emeraude se acomodó en su silla y puso las manos sobre el escritorio del doctor Matheson. Ella podía ser cualquier cosa, menos irresponsable.

—Mi período bajaba normalmente. ¿Cómo iba a saber que algo andaba distinto conmigo? —el médico se encogió de hombros.

—Bueno, hay casos de esos... ¿sentías algo extraño últimamente?

—Un poco de cansancio...

—Ahí está.

—Mire, doctor Matheson...

—Clip —él la interrumpió con delicadeza—. Solamente Clip.

—Vale. Clip...

—Y no tienes que tratarme de usted. Me haces sentir viejo.

—Está bien. Mira, al principio creí que mi agotamiento era por otras cosas, pero todo encajó cuando me entregaron un ultrasonido en el gimnasio. Ahora me siento mal, bebí unos cuantos tragos hace unas semanas, y me preocupa mucho…

—Bueno, para eso te envió el *sensei* Braulio, ¿no?

—Ehm… sí. Keira fue la que hizo la cita.

—Kei es un ángel. Me parece increíble que Joanie esté viva.

—¿Por qué?

—¿No te lo dijo?

—Dijo que les habías ayudado mucho, pero no explicó exactamente en qué.

—Kei fue mi primera paciente de obstetricia, y cuando Joanie nació tenía el cordón umbilical enredado en el cuello. Estuvo sin signos vitales por dos minutos y logré revivirla. Aun me sorprende haber logrado eso sin ayuda.

—Vaya… es genial.

—Joanie tiene cuatro años ahora y de vez en cuando Kei me envía dibujos hechos por ella. Es genial.

Emeraude y Clip sonrieron. Ella, un poco nerviosa por tenerlo al frente, miró los diplomas que colgaban en la pared.

—Asclepius Matheson. Como el dios griego de la medicina. —él asintió.

—Mi madre es griega. Quería un nombre así para su hijo menor. —la cantante siguió mirando las paredes y en una estantería le sorprendió gratamente ver una figura Funko Pop de Tony Montana entre un par de figuras decorativas de origami.

—Oye, te gusta Scarface.

—Así es —el médico miró hacia el estante—. Mi película favorita.

—No me digas —Emeraude volvió a mirarlo con una sonrisa—. ¿Cuál es la posibilidad de que esa también sea la película favorita de una de tus pacientes?

—¿Es la tuya?

—Por Dios, me sé los diálogos de memoria. Nunca he ido a Miami, pero conozco casi todas sus calles de tantas horas que pasé jugando el juego. Haciendo las misiones de distribución con la patrulla de policía mientras suena Judas Priest y The Latin Brothers.

—Chica mala.

—La que no puedo ser en la vida real porque es ilegal. No soy una *chazer*[9], ¿sabes?

—Es obvio que no. Tu vibra es más de una Gina Montana joven, no de Elvira Hancock.

—Tampoco creo ser como Gina. Ella es demasiado… delicada.

Emeraude hizo sonar sus nudillos y Clip no pudo ignorar las costras que cicatrizaban en ellos.

—*Muay thai* y judo.
—¿Perdón?
—Practico *muay thai* y judo en el gimnasio del *sensei* Braulio.
—Eso suena genial. Yo hago karate y JJB. También un poco de boxeo hasta que la panza me permita hacerlo. ¿Puedo hacerlo, verdad?
—Claro que puedes. Recomendaría un poco de yoga, pero no creo que lo necesites. Pareces una chica tranquila.
—Lo soy, cuando no estoy en un escenario —la joven le dedicó una mirada inocente a Clip—. Y hablando de eso...
—Recuéstate en la camilla. Voy a hacerte el ultrasonido.

La cantante obedeció. Se recostó en la camilla y se levantó la camiseta destapando su vientre. Cuando el frío gel tocó su piel, cerró los ojos.

—Clip, el sábado pasado... —él le hizo una seña para que hiciera silencio.
—Shhh... escucha. Sólo escucha.

Unas pulsaciones intermitentes podían oírse desde la máquina de ultrasonido. Clip sonrió.
—¿Lo oyes? Latido de bebé, mira. —en la imagen de la máquina se veía una sombra difusa, pero definitivamente había una forma brillante en el centro, y luego de ver y escuchar con atención, la cantante lloró de alegría.

Era una pequeña vida formándose dentro de ella.

Emeraude estaba viendo la forma y oyendo el latido del corazón de su bebé. Eso lo convertía en algo tangible: sería madre, era real. Más real que cualquier otra cosa.
—Dios mío, ¡hay un bebé dentro de mí! —Clip asintió.
—De trece semanas, y por lo que puedo ver está sano. Todo está bien contigo, es un embarazo muy normal. ¿Puedes estar un poco más tranquila ahora? —la joven asintió mientras se secaba las lágrimas.
—Sí, ya puedo calmarme. Todo está bien, todo está bien... lo siento, normalmente no soy tan llorona. —el médico sonrió mientras limpiaba el gel del vientre de su paciente.

—Puedes relajarte. Todas las chicas se portan así cuando ven el ultrasonido por primera vez. —Emeraude se cubrió la cara con las manos.

—Lo siento, es que debo hacer esto sola. Bueno, no sola, sino que no quiero hablar de esto con…

—El padre no lo sabe, ¿verdad? —la cantante negó con la cabeza.

—No quiero que lo sepa.

—Bueno, si crees que es mejor así… no necesitas decírselo.

—Dile eso a mis amigos, Clip —la cantante palmeó la camilla con suavidad—. Quieren obligarme a hablar de eso con él, y no quiero que termine odiándome o mandándome al infierno por culpa de un par de pastillas que no hicieron su trabajo.

—Tus amigos no pueden forzarte. Creen que es lo correcto pero no mandan en ti. Cuando estés lista lo harás.

—Gracias, Clip. Oye, acerca del sábado… —un poco incómodo, el médico levantó las cejas.

—Puedo ser muy inoportuno cuando quiero.

—¿De qué hablas?

—Soy magnífico cambiando de tema.

—Pero…

—Mira, te daré una lista de alimentos que puedes comer, y si tienes alguna pregunta puedes llamarme. ¿Te parece bien?

—Está perfecto.

—¿Tienes alguna otra pregunta?

—Oye, el sábado pasado…

Clip bajó la vista y anotó algo en una hoja de papel.

—Clip, oye… —mientras él tecleaba algo en el computador, Emeraude respiró hondo.

—Estaba muy ebrio cuando te acercaste a mí el sábado. Lo siento, si hubiera llegado a mover un músculo, me habría ido de espaldas. —por fin había dado una respuesta. Tenía lógica.

—Vale… ya entiendo la cara de muerto. —el médico rió y le entregó a la cantante el papel que había estado escribiendo.

—Aquí está mi número por si necesitas algo, también puedes preguntarme cosas cuando vaya a entrenar, o algo así. ¿Hay algo más que quieras saber?

—No, todo claro.

—Bien. Habla con Mandy, la enfermera. Pídele que te programe una cita para dentro de un mes, ¿vale?

—Sí, Asclepius.

Clip arrugó la nariz.

—Eso suena como si fuera un niño y estuvieras a punto de regañarme. No lo hagas. —Emeraude levantó una ceja y sonrió antes de salir del consultorio.
—Está bien. Nos vemos, doctor Clip.

En la estación de enfermeras, Mandy y Emeraude programaban una nueva cita mientras Laetitia moría por saber lo que el doctor le había dicho.

—¿Ems, todo bien? —la cantante asintió y acercó su boca al oído de su mejor amiga.
—Lety, no vayas a hacer un escándalo, te lo ruego... el doctor Matheson es el grandote del sábado. —la chica de cabello violeta apretó los labios y respiró hondo unas cuantas veces. Cuando las dos chicas salieron del edificio, gritaron emocionadas.
—¿Ems, quéeeeee? ¡Tienes ojos clínicos para encontrártelos con el paquete completo! —Emeraude rió.
—Soy su paciente. O sea, es intocable. Aun más intocable será cuando el bebé nazca. —Laetitia hizo pucheros.
—¿Te pusiste moralista? El sábado te lo comías con los ojos.
—No sabía que era médico, y aunque hubiera querido hacerlo... no habría podido. Estaba pasado de ebrio, por eso no se movió.
—Vaya, ya decía yo que la cara en blanco tenía una razón. ¿Quieres ir a tomar algo?
—Batido de fruta, por favor...
—¡Nos vamos!

Antes de que Laetitia regresara a clase y Emeraude fuera a trabajar, las dos se detuvieron en Harvest a tomar batidos de fruta congelada y no pararon de hablar de Clip. Al terminar se encontraron en la entrada con Sam.

—¡Ems, hola! Lety. —Laetitia saludó con la mano antes de dejarlos solos y Emeraude lo abrazó.
—¡Sammy! ¿Qué haces por aquí? —él sonrió.
—Paso todos los días antes de ir a clase. Me encantan los batidos de Harvest. Son una de las pocas cosas que extrañaré cuando me vaya.
—Hoy decidí venir antes de ir a trabajar... también me gusta pasar a veces, me encanta el batido de sandía con fresa y limón. —la cantante respondió con una sonrisa.
—Tenemos varios sitios en común, ¿no?
—Sí, eso noté —Emeraude tomó del brazo al chico tatuado—. Oye, disculpa... debo ir a trabajar, ¿nos vemos por ahí?
—Claro que sí. Adiós, Ems.

Sam entró a Harvest con una sonrisa y Emeraude respiró hondo, tratando de aguantar las lágrimas. Laetitia le pasó un pañuelo con disimulo.

—¿Ems, sabes que esto es una señal, verdad?

—¿Qué señal?

—El Universo —Laetitia se cruzó de brazos y le dio un pequeño toque al marco de sus gafas—. Te está rogando a gritos que le digas a Sam que vas a tener un hijo suyo.

—¡Universo, mi trasero! No voy a decírselo.

—Ems, por favor…

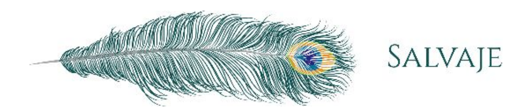
—¡No! Demonios, no insistas, ¡o tendremos muchos problemas!

—Está bien. Pero dime algo: ¿qué vas a hacer si te encuentras algún conocido de Sam en unos meses y te vea con una panzota enorme? ¿Qué vas a decir?

—Algo se me ocurrirá. Pero ese es mi asunto, Lety. Ya lo solucionaré.

Emeraude sabía muy bien que tantas señales estaban en su contra y era cuestión de tiempo para que el chico tatuado notara que ella buscaba evitarlo a toda costa. Pero en su naturaleza generosa estaba la necesidad de resolver problemas con una facilidad impresionante y ese asunto no iba a ser la excepción. Después de saber las cosas por las que él estaba pasando, prefería privarlo de algo que le causaría más daños emocionales que beneficios.

Con tal de evitarle un gran sufrimiento a Sam, Emeraude estaba dispuesta a usar vestidos de hippie o sudaderas enormes para ocultarle su mayor y más complicado secreto.




[9] Chazer: Insulto en Yiddish que describe a una persona como un cerdo o alguien hipócrita y despreciable.



## XXVI: Deja que sea sorpresa

Después de una corta jornada de trabajo en el gimnasio, Emeraude fue a casa de Arne para descansar un rato. Tuvo tiempo de hacer un breve almuerzo y dormir un par de minutos antes de que el timbre sonara y ella se levantara a abrir. Su sorpresa fue bastante grande al ver en la puerta a su abuela, Lavender. Y no llegó sola: estaba acompañada de sus tíos Viridian, Amber y Gray. Sus primos se sumaron a la visita.

—Abuela, ¡qué bueno verte! No te esperaba. Pasa, por favor —la mujer asintió mientras ella y el resto entraban a la casa. Emeraude les indicó la dirección de la sala—. ¿Qué hacen todos aquí? —Amber dejó que la pequeña Mauve, una de sus trillizas, se separara de sus hermanas Lilac y Azure y saliera corriendo para conocer la casa. Luego se acercó a su sobrina y le dio un beso en la mejilla.

—Tu madre llamó a la abuela. Dice que te vas a acabar la vida si continúas con tu embarazo.

—Oh, Dios —Emeraude se cubrió la cara con las manos—. ¿Piensa que ustedes pueden hacerme pensarlo dos veces?

—Si fue por eso, créeme: tomó una pésima decisión. No te vamos a obligar a abortar, Kat está muy equivocada si cree que eso va a pasar.

—Gracias, tía —la cantante abrazó a Amber—. Necesitaba oír eso.

La familia Blanchard era toda una fuente ecléctica de culturas. Crimson, el abuelo, era un galés educado y galante que enamoró a la abuela Lavender con un poco de locura y un toque de buenos detalles. Viridian, el hijo mayor, parece ser la última persona en viajar con sus

dos pasaportes siempre en la mano: aunque presenta el estadounidense en los aeropuertos por insistencia de sus hijos, el documento con sello yugoslavo nunca saldrá de su maletín para recordarle que nació en plena correría de sus padres por toda Europa. La familia viajó por tantos países que los abuelos le dieron la bienvenida a la familia a Gray entre edificios preciosos en Florencia y a Amber en la ciudad sueca de Malmö. Aquel espíritu viajero fue heredado por toda la prole: los dos hijos mayores de Viridian, Scarlet y Carmine, nacieron en Nueva Zelanda y Egipto respectivamente; Gray encontró una oportunidad maravillosa en llamar Silver a su hijo mayor luego de que su país de origen fuera Argentina, y acorde con su especia favorita, llamó Saffron a su hija menor que tenía en registro a Bangalore como su ciudad de nacimiento.

Los cuatro primos mayores de Emeraude entraron juntos luego de tomarse una selfie en la entrada y saludaron a la cantante.

—Cariño, hermosa... ¿De quién es esta casa? Está genial —Olive, la tercera hija de Viridian, se acercó a la batería de Arne y le tomó una fotografía—. ¿Esto es tuyo? —la cantante negó con la cabeza.

—Es de mi amigo Arne. El novio de Lety.

—Cállate. Mi Laetitia no tiene novio. —Cobalt, el hijo menor de Viridian, se metió en la conversación. La cantante asintió.

—No tienes oportunidad contra ese tipo, Cobie. Ya ríndete. —el muchacho se cruzó de brazos enfurruñado.

—Nunca, Ems. Lety y yo nos amaremos, nos casaremos y tendremos muchos hijos. —Carmine, otro de los hermanos de Cobalt, se acercó al chico y le dio un abrazo con un tinte de burla al mismo tiempo que miraba a su prima.

—Déjalo, verdecita. Scarlet y yo se lo hemos dicho muchas veces, pero no lo entiende. Lety no es para él.

Como si supiera que estaban hablando de ella, Laetitia entró a la casa. Después de saludar a los Blanchard se acercó a su amiga.

—Ems, ¿qué pasó aquí? —la cantante se encogió de hombros.

—Los Blanchard vinieron de visita. Me sorprende que el tío Gray esté aquí, creí que nunca volvería a verlo después de lo que Silver y Saffron hablaron de su viaje a Marruecos. Ven —Emeraude tomó del brazo a su amiga con suavidad—, alguien quiere hablar contigo.

—Sal del edificio, Ems —la chica de cabello violeta soltó un suspiro de exasperación al ver a Cobalt—. ¿Otra vez está ese niño cerca? —Emeraude respondió con un gesto de preocupación.

—Todavía está enamorado de ti. No le importa que tengas novio,

sigue pensando que tus bebés con él serán inteligentes y hermosos.

—¡Lety, mi reina! —Cobalt se acercó a las chicas y abrazó efusivamente a Laetitia—. Eres una diosa, como siempre.

—Cobalt, no hagas eso —la joven trató de zafarse—. Mi novio te va a clavar las baquetas en un ojo si te ve.

—Tu novio puede clavarme una estaca en el corazón, pero no me va a alejar de ti.

—¡En serio, quítate! —Laetitia lo empujó con delicadeza—. No va a pasar, Cobalt Blanchard.

—Ya déjala, Cobie —la neozelandesa apartó a su hermano casi a la fuerza. Luego se volvió hacia la chica—. Lety, de verdad lo siento. Mi hermano tiene un problema, de verdad le pareces demasiado perfecta.

—Sé eso muy bien, Scar —Laetitia sonrió—. Pero si conocieras a Arne, sabrías por qué lo escogí. Tal vez aparezca después de dar clases de batería, le encanta enseñar a niños pequeños. Dice que eso lo va a entrenar para cuando nazca el de Ems o si algún día decidimos tener los nuestros.

—Tiene un nombre muy inusual —el egipcio se inmiscuyó en la conversación—. ¿Es estadounidense?

—No, Mine. Nació en Alemania, vino a estudiar a Juilliard y nunca se graduó. Eso no quita que desborde talento por los poros, tienes que verlo en un concierto algún día.

—Parece alguien genial, Lety —respondió el muchacho—. De verdad me alegro por ti.

Emeraude fue a la cocina y sirvió una taza de té para su tía Amber y su abuela, quienes se sentaron en el sofá a conversar un poco. La pequeña Lilac se acercó a su madre con una expresión triste.

—Ma, dice Mauvie que ella es tu hija favorita, ¡dile que no es cierto! —la niña se veía preocupada por aquella afirmación.

—Eso no es verdad, Lili. Las tres son mis favoritas —Amber le dio un beso en la frente a su hija y se volvió hacia su sobrina—. Querida, amo a mis tres hijas por igual, pero Mauve se porta tan bien... es un ángel.

—Lo sé, tía —Emeraude le dio un sorbo a su taza—. Siempre ha sido así.

Amber respiró hondo, tratando de contener las lágrimas. Hablar de sus hijas le costaba un poco de trabajo, pues había tenido que criarlas sola y no precisamente porque lo hubiera querido: su prometido había muerto en una misión especial con las Boinas Verdes, dejándola embarazada de trillizas y con su carrera en el *ballet* completamente

estancada. Luego de muchos intentos fallidos por la vía convencional, habían logrado tener familia por medio de fertilización in vitro, para que seis meses después ocurriera la tragedia.

—Mauve me recuerda muchísimo a Adam —la sueca le dio un sorbo a su taza de té—. Es como tú y Blue, parecen reencarnaciones.

—Tía, mamá nunca habla de papá. Sólo lo conozco por un par de fotos que hay en casa.

—Entiendo que no lo haga. Intentó todo lo que pudo para salvarlo.

—Dime algo de él, por favor... sólo una cosa.

—Vale, pero no le digas a Kat —Amber suspiró. Luego tomó la mano de su sobrina—. Hubo un tiempo en que tu padre tuvo el pelo verde como tú.

—¿En serio? —Emeraude sonrió.

—Sí, y se le veía bien. Pero tu madre es demasiado estirada, no le gustaba verlo así.

—Por eso armó un drama cuando lo tinturé, dejó de hablarme durante un mes.

—Yo siendo tú no le prestaría atención, ya sabes cómo es ella.

Lavender le entregó la taza de té a su nieta. Emeraude iba a levantarse para llevarla a la cocina, pero Laetitia se acercó y se la quitó con delicadeza.

—No dejes sola a la abuelita, Ems. Yo llevo eso por ti. —la cantante obedeció y se sentó junto a su abuela, que no podía quitar la sonrisa de su rostro al ver a la joven con tan buen semblante.

—Tu madre es una exagerada, mi niña —Lavender acomodó uno de los cojines del sofá para darle un descanso a su espalda—. Me dijo que estabas pasando un muy mal rato.

—Estoy bien, abuela. Mi amigo Arne deja que viva aquí con él y todos mis compañeros de trabajo están dispuestos a ayudarme.

—Me alegra mucho oír eso.

—Abuela —Emeraude tomó la mano de Lavender—, ¿crees que es buena idea seguir con esto? Lo único que hizo mamá fue sugerirme un aborto y no quiero hacerlo. Pero tampoco busco problemas.

—Ni se te ocurra decirlo de nuevo, Emeraude Blanchard —la abuela sacudió la cabeza—. No puedes dejar que los demás decidan por ti. No seas tan Katrina.

Las dos compartieron una risa cómplice. Sabían que Katrina era así por los deseos de sus padres, que toda la vida le dijeron a qué debía dedicarse, lo que era correcto o incorrecto, cómo portarse y cómo restringirse. Y aunque los Blanchard no eran muy amantes de aquella

filosofía, habían dejado que Blue la tuviera por esposa, pues eso lo hacía feliz.

—Me debería sentir peor, pero creo que puedo lidiar con eso.
—Mi niña, Dios nunca te dará cosas que se te hagan imposibles de manejar —Lavender tomó entre sus manos el rostro de su nieta—. Sé que esto no te va a quedar grande, eres una Blanchard. Tu abuelo está feliz con la noticia, no pudo venir por un par de asuntos pendientes en Nueva York, pero quiere que sepas que te ayudará con lo que necesites.
—Gracias, abuela —Emeraude la abrazó—. Me alegra mucho saber que tengo el apoyo de ustedes.
—No es nada, dulzura. Déjame decirte algo más —la abuela sonrió con un poco de picardía—: esa criatura te va a traer muchas cosas interesantes. No interrumpas su vida, sé por qué te lo digo.
—No lo haré, lo prometo.

Lavender acomodó los cojines de su silla de nuevo. Luego respiró hondo, teniendo un par de preguntas en la garganta desde que se subió al avión en el aeropuerto John Fitzgerald Kennedy.

—Emeraude, linda... ¿qué puedes decirme sobre el padre de tu bebé?
—Verás —la cantante suspiró con amargura—, sé quién es, si eso es lo que te preocupa.
—Oh, no me refería a eso, mi niña. Fuiste responsable, tuviste tus momentos de diversión y algo inesperado sucedió. Es algo muy normal en esta época y en personas de tu edad. Mi pregunta va por otro lado. ¿El chico sabe que vas a tener un bebé suyo?
—No, abuela —Emeraude sacudió la cabeza—. Voy a ser honesta contigo: todos me han dicho que hable del tema con él y no quiero. Se va a una pasantía en Japón y no pienso arruinársela. Ha soñado con eso toda su vida, me odiará si no puede cumplirlo.
—Querida, eres muy generosa por pensar así. Pero eventualmente él tendrá que enterarse.
—Lo sé. Eso me aterroriza.
—No tiene por qué, mi niña —Lavender sonrió y la joven le devolvió el gesto—. Es lo natural que deba pasar, la forma en la que él conozca la noticia está en tus manos.

Viridian y Gray se sentaron en el sofá junto a Lavender luego de haber hecho un recorrido por la casa, comprobando que Katrina había tergiversado completamente la situación de su hija.

—Si Blue estuviera aquí habría dicho que vives bien, Ems —Gray le dio un sorbo al vaso de agua que Laetitia le ofreció—. Cuando los dos estuvimos en Singapur de vacaciones tuvimos que ayudar a una niña a parir en un callejón infestado de ratas. Y la chica vivía ahí, juraba que era su hogar.

—Dios mío —Emeraude se cubrió la cara con las manos—, eso es muy triste.

—Gray ha tenido que ver cosas así en todos sus viajes, linda —replicó Viridian—. La vez que fue a Marruecos casi no sale vivo, lo confundieron con un espía y lo tuvieron retenido por dos meses. Saffron creyó que iba a quedarse sin papá.

—Eso es aterrador.

—Lo es, preciosa. Me salvaron los dioses. Creo que debería escribir un libro con todo eso.

—Te estás tardando, tío Gray —replicó Laetitia al oír aquello—. Seré la primera en leerlo.

—Gracias, Lety —el natural de Italia respondió con una sonrisa—. Te daré el borrador para que le des el visto bueno.

Silver y Saffron se acercaron al sofá donde Emeraude y Lavender se hallaban sentadas. Los dos estaban ansiosos por probar que la abuela tenía un superpoder, pues cada vez que alguna de las mujeres Blanchard se embarazaba, Lavender acertaba el sexo de aquel bebé. Y esa vez no dejarían de probarlo.

—Abuela, haz tu magia —Silver se acercó—. Dinos el sexo del bebé de Ems.

—Oye, espera —Saffron interrumpió a su hermano mayor—. ¿Qué pasa si Ems quiere que sea sorpresa? No se la arruines —la joven se volvió hacia su prima—. Ems, habla. ¿Quieres?

—Pues realmente me gustaría mantener el misterio —respondió la cantante—. Pero si ustedes quieren saberlo, no se los prohíbo.

Saffron se acercó a Lavender, que le susurró algo muy corto al oído. La niña sonrió al oír de primera mano el sexo de su nuevo primo o prima, teniendo la seguridad de que su abuela acertaría. Luego ella se acercó a su hermano mayor y repitió en voz baja lo que había escuchado, a lo que el muchacho asintió con discreción.

—Deja que sea sorpresa, Saf. No le digas a nadie.

La tarde con los Blanchard fue muy agradable y a pesar de que todos querían que se extendiera, Emeraude y Laetitia debían ir a “The Stockpile”, por lo que se vieron obligadas a despedirse temprano de la familia. Los primos llenaron sus cuentas de Facebook e Instagram con

fotos divertidas, y los tíos le prometieron a Emeraude que tratarían de calmar a Katrina para que no se hiciera malas ideas. Antes de irse Lavender abrazó a su nieta, instándola a hacer bien las cosas cuando lo considerara correcto, a lo que Emeraude le mantuvo la promesa.

Sin duda, la visita de los Blanchard había sido una de las motivaciones de la cantante para continuar con su embarazo. Estaba más que segura de eso, se aferraría a aquella idea sin importar lo que tuviera que sacrificar en el camino aceptando los enormes cambios que tenía su actual proyecto de vida.

Lamentablemente, en ese proyecto no estaba Samuel William Arden por ninguna parte.



## XXVII: Grava en las botas y olor a pólvora en las manos

*Los vistosos colores en el cuerpo del pavo real lo convierten en una especie animal con alto atractivo visual.*




Cuando Emeraude entró en el séptimo mes de embarazo, Laetitia y Arne planearon una fiesta sorpresa de bienvenida para el bebé que coincidió con el día de San Patricio. Iba a ser una reunión pequeña en "The Stockpile", sólo con los compañeros de la banda, del bar, unos pocos del gimnasio y Clip, que se había convertido en una importante compañía para la cantante en los cuatro meses que llevaban de conocerse.

Todos los días a las cinco de la tarde ella y Clip conversaban sobre muchas cosas mientras ella golpeaba un poco el saco de boxeo y él practicaba muay thai. Entre los dos se ayudaban mutuamente, y a pesar de la complicada atracción que había surgido entre ellos al principio, lograron superar eso y ser muy buenos amigos. Simplemente algunas cosas no estaban destinadas a suceder y a veces era mejor dejarlas así.

El día de la fiesta de bienvenida Laetitia le encargó a Clip la misión de distraer a Emeraude por unas horas mientras Arne y ella

organizaban el bar. Él obedeció, y pasadas las cuatro sorprendió a la cantante dejando en su escritorio una caja de chocolates y un batido de Harvest mientras estaba en el baño. Cuando ella apareció de nuevo en su puesto de trabajo, Clip la esperaba junto a la puerta con una sonrisa.

—Feliz día de San Patricio, Mimi. A falta de cerveza verde, buena es una mezcla de hierbabuena y limón. —Emeraude sonrió y bebió el batido sin prisa.

—Gracias, Clip. ¡No debiste! —el altísimo muchacho sonrió con dulzura.

—Claro que debí, quería hacerte un regalo. Ven, aun puedes golpear un poco.

La cantante se puso un par de guantes. Clip descolgó el saco de boxeo y ayudó a Emeraude a desatarse los tenis. Cuando los dos estuvieron sobre la lona él levantó los brazos.

—Golpéame, Mimi. Quiero saber qué tan fuerte eres —Clip empezó a recibir golpes en el abdomen—. Niña, ¿esa es toda tu fuerza? —la joven respiró hondo y negó con la cabeza, teniendo cuidado de controlarse para no dejar sin aire a su *sparring*.

—No quiero golpear demasiado fuerte. Si te hiciera daño, me sentiría muy mal. —él suspiró.

—Pega en serio, puedo soportarlo —la cantante tomó un poco más de aire y conectó un gancho al hígado del médico, que apenas se movió después de recuperar el aliento—. Vaya, Mimi... eso fue raro. —Solo para asustarla un poco, Clip se levantó la camiseta. En cuestión de segundos, dos moretones se habían formado en su abdomen.

—Oh, cielos. ¿De verdad hice eso? —él asintió, se sentó en el suelo y Emeraude lo imitó.

—Creo que no necesito decirte que me impresionaste.

—No lo sé. ¿Te parece que tengo fuerza? —la joven trató, sin éxito, de ocultar una sonrisa modesta.

—Sí. No me salía uno de esos en el estómago desde que estaba en el Cuerpo.

—No me digas —Emeraude levantó las cejas, sorprendida—. ¿Fuiste Marine?

—Así es —Clip asintió—. Siempre quise ser de Operaciones Especiales, pero los morteros me llamaban y terminé en Infantería.

—Vaya. Gracias por tu servicio.

—Me rompí un par de costillas antes de Irak, así que no tuve tiempo en campo. Duré dos años antes del descargo, y luego... Escuela

de Medicina.

Clip miró al suelo y empezó a trazar formas circulares con el dedo sobre la lona. Ese tipo de cosas eran las que él no le decía a todo el mundo.

—Extrañas ser Marine, ¿verdad?

—Sí. Hay cosas que no aprendes en otro lugar, ¿sabes? Entrenar aquí es lo más parecido a estar en el Cuerpo. Es divertido y puedo golpear un poco, aunque me hace falta grava en las botas y olor a pólvora en las manos.

Emeraude se acostó boca arriba en la colchoneta. Clip se sentó junto a ella y le acarició la frente con los dedos.

—Gracias, Mimi. Me hacía falta un poco de sangre. —ella sonrió.

—Creí que veías la suficiente cuando traías bebés al mundo. —él soltó una risa casi imperceptible.

—Sabes de qué hablo. Recibir unos cuantos golpes es terapéutico. —un poco molesta por el tema, la cantante le dio una suave cachetada a Clip.

—Habla por ti. Lo más terapéutico es golpear de vuelta.

—¿Te parece? —Emeraude asintió.

—Sí. ¿Crees que es divertido golpear a alguien que no puede defenderse?

—No, no quise...

—¿Recuerdas a George? Él decía algo como eso. ¡Y estuvo a punto de matarme!

—Yo no lo digo en la misma tónica y lo sabes.

—Lo que sea —la joven sacudió la cabeza—. Esa frase me trae malos recuerdos.

—Lo siento. No la volveré a decir.

—Prométela.

—Prometido.

Clip puso la mano en la mejilla de Emeraude y besó su frente. Luego se levantó del suelo y le tendió la mano a su compañera temporal de entrenamiento.

—Ven acá. Quiero llevarte a un lugar. —ella, aun recostada en el suelo, negó con la cabeza.

—No puedo levantarme. Voy a necesitar un montacargas. —él rió, y con sus fuertes brazos tomó a la cantante por la espalda y las piernas levantándola del suelo con extrema facilidad.

—Yo soy el montacargas. Vamos. —Clip llevó a Emeraude hasta su escritorio y la puso en la silla con cuidado.
—¿A dónde me llevas, Clip Matheson?
—A un lugar donde apreciarán tu cabello.
—¿Salón de pintura?
—No.
—¿Secuestro alienígena?
—Déjate sorprender, Mimi.
—Está bien.

Después de una corta caminata, Emeraude y Clip llegaron a un bar de yogur congelado, y la hermosa decoración de crema, frutas y chispas de chocolate gigantes parecía sacada de un sueño. Las meseras usaban pomposos delantales, gorros blancos con forma de merengue y recibían a los clientes con una sonrisa. Una en especial, de ojos azules y cabello rojizo, se acercó emocionada a los recién llegados.

—¡Feliz día de San Patricio para ustedes dos! Clip, te tomaste el tiempo para volver. —el muchacho abrazó a la chica.
—Feliz día, Shelley... tenía que venir aquí con ella. —la joven abrazó y besó a Emeraude en la mejilla.
—Shelley Matheson. Soy la prima favorita de Asclepius. —Emeraude sonrió y Clip arrugó la nariz.
—Un gusto conocerte, Shelley. Soy Emeraude Blanchard. —las dos chicas sonrieron mientras la pelirroja los llevaba a una mesa.
—Bienvenidos a "Ice Cream River", hoy es un día especial para nosotros, pero mucho más especial para ustedes. Veo que traen algo verde, y por San Patricio hay yogur congelado gratis para ustedes —Shelley señaló el cabello de la cantante—. ¡Me encanta tu cabello! Ya les traigo el menú.

Los dos se sentaron en una mesa con forma de barra de chocolate gigante.

—Esto huele bien. —el médico sonrió al ver la complacencia de la joven.
—Sabía que te iba a gustar.
—Gracias, Clip.
—Va a pasar una de dos cosas con el bebé: o va a amar el chocolate tanto como tú, o lo va a detestar con el alma. —Emeraude se encogió de hombros.
—Si lo llegara a detestar quedará más para mí.
—¿Aun sigues sin querer saber el sexo?
—Lo sabré cuando nazca. Pero sin importar eso creo que quiere ser

karateka, no deja de patear y patear mi diminuta vejiga. Ya regreso, voy al baño.

Emeraude se levantó de la silla y fue al baño mientras Clip la esperaba. Shelley llegó con el menú a la mesa y, aprovechando que la cantante no estaba, se sentó frente a su primo.

—Conque ella es la que te gusta. ¿Embarazada?

—Shelley... —la pelirroja guiñó un ojo y sonrió.

—No me malinterpretes, eso es lindo. Esa chica es preciosa. Pero si quieres tener algo con ella, lánzate al agua. —Clip sacudió la cabeza al oír aquello.

—No lo sé. Creo que fue mejor que se enfriaran las cosas.

—Ay, Clip... esas cosas nunca bajan de temperatura. Si la invitas a salir, dirá que sí. No puede negarse a esa cara tuya, estaría loca.

—Pero va a tener un bebé, es mi paciente...

—Y tú eres inoportuno como nadie —replicó Shelley luego de encogerse de hombros—. No me digas que eso va a detenerte. Agnes ya tenía un hijo cuando te casaste con ella.

—No menciones a esa loca endemoniada. Es algo que a nadie le importa y mucho menos a Mimi. —la pelirroja se cruzó de brazos.

—Así que ella no sabe que estuviste casado. ¿Cuándo planeas decírselo?

—Después... cuando el infierno se congele.

—¡Asclepius Matheson! ¿Cómo es posible? —al oír su nombre completo, Clip se cruzó de brazos.

—No tiene por qué saberlo, no estamos saliendo.

—Todavía no. Mírala, es rara, como te gustan a ti. Y a ella se le nota desde lejos que quiere a alguien como tú.

Clip miró a Emeraude, que salía del baño un poco más fresca que antes. Se veía radiante, y aunque él no quisiera reconocerlo abiertamente, la pelirroja tenía razón. No podía ocultar lo mucho que le gustaba.

Shelley se levantó de la silla de chocolate y Emeraude tomó su lugar frente a Clip. Un rato después, los dos comían yogur congelado con tapioca y frutas mientras conversaban. Al terminar, los dos salieron del lugar con una sonrisa en la cara y doscientos gramos de helado más pesados.

—Bien, Clip... esto fue genial y me encantaría repetirlo, pero debo ir a trabajar ahora. —el médico tomó a la cantante de la mano.

—Mimi, no te vayas. No todavía... —Emeraude se paró en puntas

de pies y besó a su amigo en la mejilla.

—El deber llama. Nos vemos mañana, ¿sí? —antes de que ella pudiera ir más lejos, él comenzó a caminar junto a ella.

—¿Puedo acompañarte hasta el bar? Sería muy desconsiderado de mi parte que te fueras sola. —la cantante no tuvo tiempo de aceptar o declinar la propuesta, pues cinco segundos después, los dos caminaban juntos hacia "The Stockpile", donde las luces aun estaban sospechosamente apagadas.

"¡Sorpresa!"

La enorme sonrisa de Emeraude sirvió como gratificación a lo que Laetitia y Arne habían organizado para ella. Una hermosa decoración con luces y telas verdes, azules y amarillas llenó el bar de una atmósfera diferente a la que solía tener. Era un aire lleno de tranquilidad y ternura.

Laetitia, emocionada, abrazó a su mejor amiga.

—¡Sorpresa para ti, Ems! No te la esperabas, ¿verdad? —la cantante no dejaba de sonreír.

—No creí que fueras a hacer algo así, Lety... ¡gracias! —Arne se acercó también a Emeraude para abrazarla.

—Te felicito, *Frau* Ems. Tu plan resultó todo un éxito.

Sonriendo, los dos mantuvieron el abrazo para tener la oportunidad de decirse unas cuantas cosas.

—¿Arne, cambiaste las invitaciones?

—Sin que Lety se diera cuenta.

—¿Se creyó mi cara de sorpresa?

—Al cien por ciento.

—Bien. Es tu turno, hazme orgullosa.

El baterista se subió al escenario y tomó un micrófono.

—Buenas noches a todos. Hoy estamos reunidos para algo muy especial. Como ya saben, nuestra amiga Emeraude tendrá un bebé. Esta fiesta de bienvenida era una sorpresa para ella, pero no será como muchos de ustedes se lo imaginan. Lety, por favor... ¿podrías subir aquí conmigo? —Laetitia asintió, subió al escenario y tomó el micrófono.

—Aquí estoy, Arne... y quiero agradecerles a todos los que han venido hoy. Son personas importantes para Ems y para nosotros. Sin ustedes, esto no habría sido posible. —el alemán tomó de nuevo el

micrófono.

—*Danke* por venir. Y ahora que ya llegó la que faltaba, necesito contarle algo a mi bellísima novia. —los dos se tomaron de la mano y se miraron a los ojos.

—Lety, *meine Liebe*... hice algo que probablemente no te gustará. Las invitaciones que me diste están en el maletero de mi auto —un poco molesta, la muchacha miró a Arne mientras él sacaba un sobre de su chaqueta—. En su lugar entregué ésta. No me mates, por favor... léela. —la joven de cabello violeta tomó la invitación y la abrió. Cuando terminó de leerla, el baterista estaba frente a ella, apoyado sobre una de sus rodillas y sosteniendo el anillo que había guardado por meses. Todos aplaudieron y gritaron.

—¿Arne, qué es esto?

—Lo que leíste. Emeraude y yo te hicimos creer que organizabas una fiesta de bebé. Pero en realidad...

—¿Es el anillo de tu abuela? —Laetitia fijó los ojos en aquel pedazo de roca brillante perfectamente tallado.

—*Jawohl* —Arne asintió—. El mismo.

—No puede ser. ¡Es un maldito diamante!

—Quiero que lo tengas. Planeaba hacer esto mucho antes, pero sentí que no era un momento perfecto. Ahora lo es. Laetitia Elena Seward... ¿quieres convertirte en mi esposa?

Emeraude nunca había visto llorar a su mejor amiga. Siempre se portaba como una princesa de hielo, y verla con lágrimas de emoción en el rostro era algo nuevo.

—Di que sí, Lety... por favor... —todos guardaron silencio mientras Laetitia miraba a su novio y le acariciaba la mejilla.

—La hiciste bien, Arne Schlagzeuger... ¡claro que quiero ser tu esposa!

Todos aplaudieron y gritaron mientras levantaban sus vasos de cerveza para conmemorar el amor en el día de San Patricio.



## XXVIII: Invítala a salir

La boda Schlagzeuger-Seward ocurrió mes y medio después del compromiso de Arne y Laetitia. Los dos estaban emocionados por eso, y aunque habían decidido casarse lo antes posible, no les impidió organizar una ceremonia enorme y hermosa.

Gretchen se encargó de la decoración en "The Stockpile", Emeraude diseñó las invitaciones y Laetitia se encargó del resto de la planeación. Tenía muchas cosas por hacer en la universidad, pero logró balancear todo de una manera mágica e inexplicable. La cantante, con nueve meses de embarazo, prefirió no dejar de trabajar y estar disponible para su amiga. Le molestaba quedarse sin hacer nada en casa de Arne, y Clip no le había prohibido moverse, así que aprovecharía cada segundo antes del nacimiento del bebé.

El día de la boda, Emeraude y Gretchen se vistieron de damas de honor con vestidos violetas. Laetitia se vistió con un traje blanco, sin mangas, sin cola y con una faja de organza violeta, usó un velo de tul, su cabello fue recogido con rizos que caían sobre su espalda y la dulce Clementine hizo su parte maquillándola con suaves tonos naturales. Ernie se convirtió en el padrino de bodas de Arne, y los chicos de la banda consiguieron trajes muy elegantes. Nigel, el hermano de Alex, reemplazó al novio en la silla del baterista, y después de unas cuantas canciones junto a la banda, Emeraude tomó el mando en el bar después de una hermosa y corta ceremonia católica en la iglesia de Saint Peter.

—¡Buenas noches a todos! ¡Gracias por venir, son muy importantes

para Arne y Lety! ¡Por favor reciban a la nueva pareja en su primer baile de casados!

La cantante se sentó frente al teclado y tocó "Dear God" de Avenged Sevenfold mientras los novios bailaban. Era una de las poquísimas veces que ella cantaba mientras tocaba un instrumento, y aunque se le hacía un poco difícil por el gran tamaño de su vientre, logró hacerlo de manera limpia y enternecedora.

Mientras Emeraude acariciaba las teclas con una sorprendente precisión, Clip, desde la mesa que compartía con ella y el resto de la banda, la miraba encantado. Entre todos los presentes, la única persona que no se daba cuenta de lo que el grandote sentía por ella era la propia Emeraude, pues estaba tan concentrada en lo que hacía, que no tenía ojos para ver que él apenas había tocado la comida y ni se le ocurrió tocar la copa de champaña por estar mirándola. Sin importar que ella estuviera a punto de tener un bebé, tenía un aura que a sus ojos la convertía en una diosa, en un ser etéreo tan inalcanzable que a Clip le dolía mirarla, estar cerca de ella y no poder tocarla de la forma que quería. Pero sin importar eso, antes de dejar de sentir su presencia prefería caminar sobre carbón caliente.

—Invítala a salir, doctor Clip —Gretchen se sentó junto al grandote sin que él se diera cuenta, provocándole un ligero sobresalto. Ella rió —. Lo siento si te asusté. Pero si vieras la cara que te deja Emeraude cuando la miras...

—¿Qué quieres decir? —el médico le dio un sorbo a su copa.

—Todos los presentes estamos pendientes de Ems, pero mi esposo no pudo evitar darse cuenta de la forma en que la miras. Es la misma manera en la que ella solía mirar a alguien que no quiero mencionar, pero que le ha cambiado la vida por completo.

—¿Hablas del que la embarazó? —la dulce mujer asintió.

—Sí. Él no tiene idea, pero Ems sentía cosas por él.

—¿Sentía?

—Digamos que ya superó la etapa complicada.

—¿En qué etapa dices que está?

—Está en la de "me gusta alguien, pero es complicado morderle el trasero porque voy a tener un bebé" —Gretchen levantó las cejas—. No te imaginas la cantidad de helado que ha comido al pensar en ese alguien.

—No quiero sonar prepotente, pero acaso el trasero que quiere morder... ¿es el mío?

—Invítala a salir y lo sabrás.

Emeraude terminó de tocar, y mientras la gente aplaudía se sentó junto a Clip.

—¿Qué tal estuve, doctor Matheson? —él sonrió mientras la miraba.

—Meh... hay mejores. —la cantante pestañeó unas cuantas veces mientras hacía pucheros.

—Lo siento, Simon Cowell... —los dos se miraron a los ojos y él la abrazó—. Sabes que bromeo. Fue genial.

Ella sonrió. Le gustaba bromear así con él, y aunque era un poco complicado para ella aceptarlo, Clip le quitaba unas cuantas noches de sueño a la semana. Cuando lo vio por primera vez nunca se le ocurrió que podría convertirse en uno de sus mejores amigos. Al conocerse en la clínica agradeció inmensamente a Braulio y Keira por tener la brillante idea de conseguir un médico para ella y que ese fuera Clip. Después de verlo entrenando no lograba comprender la manera en la que su magníficamente formado cuerpo recibía los golpes sin sentir una pizca de dolor. Verlo sonreír era escaso, pero más fascinante que la aurora boreal y el sol de medianoche. Nunca, en sus sueños más disparatados, se imaginó que él la miraba con una creciente admiración que ella le profesaba de vuelta. Por más que le incomodara esa idea, Clip era el único que había logrado sacarle de la cabeza a Sam en ciertos momentos del día, cuando no estaba jugando intermitentemente con la idea de decirle que tendrían un bebé.

La pareja de recién casados revoloteaba por las mesas saludando a los invitados, y cuando llegaron a la mesa de la banda, se quedaron conversando y tomando unas cuantas fotografías. Un rato después, Braulio se acercó a Emeraude y la cubrió con la chaqueta de su traje.

—Vas a necesitarla, pequeña. Te buscan afuera. —ella miró a Braulio con extrañeza.

—Está bien, ya salgo. —la joven comprendió lo que Braulio le decía cuando miró a la entrada del bar y vio a Sam a través de la ventana que daba hacia la calle.

"Maldita sea. ¡Emeraude Blanchard, actúa normal!". Ese momento, aparte de ser incómodo, era uno de esos que la cantante nunca habría querido que llegara. Habló muchísimas veces de eso con Laetitia, pero durante seis meses se las había ingeniado para evitar a Sam cuando su embarazo empezó a notarse. Era una fortuna que él no pudiera entrar al bar ese día, porque si hubiera podido hacerlo las cosas habrían cambiado mucho entre los dos.

Rápidamente y ocultando unas cuantas lágrimas, Emeraude se puso

la chaqueta de Braulio, se encorvó un poco hacia adelante para tratar de ocultar al pequeño ser que vivía dentro de ella desde hacía nueve meses y caminó hacia la salida.

—Braulio, cúbreme un poco, por favor...—el brasileño asintió.

—Lo intentaré, pequeña. Pero si no lo nota, o es muy idiota, o eres una maga. —Emeraude lo miró con un poco de angustia.

—Prefiero que sea la segunda. Él no tiene un pelo de tonto. —ella se asomó por la puerta del bar donde el chico la esperaba.

—Hola, Sammy. —él sonrió y la besó en la mejilla.

—Ems, cada vez que vengo hay fiestas privadas. ¿Qué sucede con eso?

—Creo que tienes un poco de mala suerte, Sammy. Hay un matrimonio hoy. Te dejaría entrar si estuvieras de traje, pero...

—Lo sé, mal día para jeans y saco deportivo. —Sam se encogió de hombros.

—La novia no te dejará pasar del banco de piedra.

—Veo una falda violeta. Lety es la novia, ¿verdad? —la cantante asintió con una sonrisa.

—Lo es... señor Sherlock de videojuegos.

—Salúdala y felicítala por mí.

—Lo haré. Discúlpame por no poder salir, debo subirme al escenario en un momento. ¿Cómo vas con los preparativos del viaje?

—De maravilla. Viajo en dos semanas y estoy muy emocionado. Me alegra poder cumplir mi sueño sin tener ninguna restricción.

Emeraude logró disimular un escalofrío. En sus manos estuvo no cortarle las alas, y justo en ese instante se dio cuenta de que realmente estaría por su cuenta con el bebé.

—Genial. Sé que vas a hacer cosas grandes en Japón, lo puedo vislumbrar.

—Es lo que quiero, Ems. No me imagino en otro lugar o en otras circunstancias.

La cantante, un poco nerviosa, pasó saliva con gran dificultad. Él no tenía idea del poder de aquellas palabras que inocentemente pronunciaba.

—Ya sabes, Sammy-*san*... *ganbatte kudasai*. —alcanzó a replicar Emeraude con un hilo de voz.

—*Ganbarimasu*, Ems-*chan*. Lo siento, debo irme a estudiar un poco más. No quiero malentendidos con el idioma.

—Diviértete con los libros, zorro rojo.
—Así será. Adiós, pavo real.

Apenas Sam se fue, Emeraude se quitó la chaqueta de Braulio y corrió al baño para echarse agua en la cara. Laetitia y Clip corrieron tras ella, sólo para encontrarse con la puerta cerrada y un silencio sepulcral que los asustó.
—¿Ems, estás bien? —la cantante no respondió. Clip tocó la puerta suavemente con los nudillos.
—¿Mimi... qué sucedió? —no había respuesta aún. Pero se podía escuchar una respiración agitada, seguida de unos cuantos sollozos. Emeraude se limpió la nariz con un pañuelo desechable y bebió un poco de agua del grifo antes de decir alguna cosa.
—Clip, por favor... ¿podrías irte? Necesito hablar con la novia. —Laetitia miró al médico y se encogió de hombros.
—Lo siento, grandote. Cosas de chicas. —él asintió antes de irse.
—Estaré en la mesa con la banda, Mimi. —Emeraude abrió la puerta del baño después de retocarse un poco el maquillaje.

—¿Ems, era Sam?
—Lo era. —la joven asintió. La novia la tomó de la mano.
—No me digas que...
—No se dio cuenta, Lety. Sólo pudo ver mi cara. Me dijo que te saludara y te felicitara.
—Vaya, gracias.
—Esquivé una bala muy rápida y muy grande.
—Sí que lo hiciste. ¿Cómo te sientes?
—Yo trato de estar bien. El bebé está un poco intranquilo, se mueve mucho.
—¿Necesitas descansar?
—Lo que necesito es tocar un poco con la banda. Eso me calmará.
—Si te hace bien...

La cantante se subió al escenario junto a la banda y respiró hondo tratando de sacarse de encima esa intranquilidad que Sam le había dejado. Su bebé también la sentía, y aunque no había nacido aún, podía expresarse con su madre con ese vínculo especial que sólo ellos dos entendían. —Ese era tu padre, bebé... perdóname. Por favor, perdóname. —Emeraude se acarició el vientre con suavidad, disculpándose con su bebé por una decisión que estaba más que tomada, y que probablemente le costaría muchas lágrimas durante los años siguientes.

La banda empezó a tocar, y aunque para ella era complicado, la

joven mantuvo el ambiente festivo. Todos se la estaban pasando muy bien y eso era lo importante. Poco a poco Emeraude se tranquilizaba, y en cuestión de minutos volvió a sonreír.

Cinco canciones después, la joven miró a Clip, haciéndole una seña para que subiera al escenario, y le susurró algo al oído.

—¿Hablas en serio? —ella asintió.

—Sí. Voy a necesitar algo aquí. Dame un momento. —la banda dejó de tocar y miró a Emeraude cuando ella les pidió con un movimiento de la mano que pararan. No estaba en problemas, pero necesitaba un poco de ayuda, así que recurrió al público con rapidez.

—Oigan, ¿hay algún cantante en el público? Necesitaré un reemplazo, mi fuente acaba de romperse.



## XXIX: ¡Haz que pare!

*El pavo real representa el cosmos, los ocelos pueden ser interpretados como el sol, la luna y las estrellas en la bóveda celeste.*




A Clip no le importó mucho que su auto se convirtiera en un desastre, sólo pensaba en llevar a Emeraude al hospital apenas su fuente se rompió. Ella no sentía dolor aun, pero era necesario mantenerla en observación a la espera de que algo cambiara.

—¿Mimi, te duele algo? —la cantante negó con la cabeza.

—No todavía. ¿Por qué no siento nada?

—Aun no es hora, apenas es el tapón mucoso. Pero voy a quedarme contigo, quiero que todo salga bien.

—No me dejes sola, Clip. No seas un *chazer*.

—¿Crees que soy el maldito Gaspar Gomez? No voy a ningún lado.

Los dos llegaron al hospital y de inmediato Mandy y otra enfermera sentaron a Emeraude en una silla de ruedas. Ella puso una mano en su vientre con una sonrisa.

—Ya casi nos conoceremos, bebé... sólo espera un poco. —rápidamente, la joven fue internada en una habitación limpia y tranquila a la espera de que su trabajo de parto iniciara.

—¿Cómo te sientes, Mimi? —el médico se sentó junto a Emeraude, y aunque sabía lo que iba a suceder en las horas siguientes no podía sentirse más nervioso y frustrado. Tenía un plan para esa noche en el que la invitaría a una cita. Pero al bebé se le ocurrió adelantarse por dos semanas.

—Creo que no debería sentirme tan bien. El bebé quiere salir. —Clip respiró hondo.

—Mi turno de hoy empezará más rápido de lo que creía. Voy a cambiarme de ropa y regreso. —Emeraude asintió y el grandote salió de la habitación. Mientras tanto, ella cerró los ojos tratando de descansar un poco antes de las horas siguientes, pues serían muy complicadas.

Cada noche, desde que se enteró de su embarazo, la cantante se tomaba un par de horas para hablar con su bebé. Esa noche no fue la excepción. Siempre le pedía perdón por negarle el derecho de conocer a su padre, pero si de alguna forma el bebé terminaba pareciéndose en algo a ella, lo comprendería mejor que nadie.

—Perdóname, bebé… por favor… te prometo que saldremos juntos adelante, ¿sí? —Emeraude trataba de ser fuerte, pero se le complicaban mucho las cosas sin Sam a su lado para eso. Y aunque en algún momento se planteó la idea de hablar con él y decirle lo que debía, pudo más la generosidad y el deseo de que él tuviera una vida sin tantas complicaciones.

Un poco de descanso fue suficiente para Emeraude, que durmió sin interrupciones hasta que Laetitia y Arne llegaron aun vestidos con los trajes de boda.

—¿Lety, qué haces aquí? Deberías estar subiendo a un avión con rumbo a Hawaii. —la novia se acercó a la cama y besó a su mejor amiga en la frente.

—Estás loca si crees que me voy a perder el nacimiento de mi sobrino o sobrina. La luna de miel puede esperar. ¿Verdad, Arne? —el alemán asintió.

—Aquí nos quedaremos, *Frau* Ems. —los tres sonrieron. La cantante puso su cabeza sobre la almohada.

—Bueno, supongo que tendré que estar aquí hasta que empiece a doler.

Emeraude trataba de no respirar demasiado rápido, y aunque aun no sentía dolor estaba muy nerviosa. Ni siquiera era tiempo de que las contracciones empezaran y tenía un poco de hambre. Eran las dos de la mañana cuando Clip llegó a la habitación, habiendo puesto una

bata azul celeste sobre su ropa.

—Mimi, ¿cómo estás? Te veo un poco pálida. —la joven replicó con una mirada suplicante.

—Tengo hambre. Si alguien me consiguiera unas papitas...

—Tendrás todas las que quieras. Mandy te las traerá.

—Clip...

—¿Sí, Mimi?

—¿Cuándo empezará a doler?

—Tal vez en unas diez o doce horas. Ya no puedo enviarte a casa —Clip se volvió a la pareja de recién casados—, pero ustedes dos deberían ir a dormir un rato. Por favor... —Laetitia asintió.

—Volveremos a las nueve, Ems. —Emeraude sonrió mientras se despedía con la mano.

—No me iré de aquí, Lety. No te preocupes.

Clip acercó una silla a la cama de Emeraude y la tomó de la mano.

—Trata de dormir un poco más, por favor... las papitas tomarán un rato en llegar y necesitas energía. —la cantante se acomodó en la cama, aceptando lo que el muchacho le decía.

—Despiértame cuando lleguen las papitas, por favor... —él sonrió y asintió.

—Claro que sí, Mimi.

Clip cuidaba el sueño de Emeraude como si de un tesoro se tratara. En el tiempo que llevaba de conocerla se había convertido en alguien muy importante para él, pues no tenía muchos amigos fuera del gimnasio y en realidad sólo hablaba con ella. Durante su tiempo en el Cuerpo de Marines tuvo muchos compañeros, pero cuando todo su batallón se fue a Irak sin él y varios murieron en acción, se refugió en los libros de medicina para ocultar su depresión. No le había querido decir a ella que estuvo casado por tres meses con una bruja tóxica y rencorosa, pues a pesar de que eso había sido importante en su vida, no era algo que debía saber aun.

Eran las diez de la mañana cuando la cantante despertó sin que las contracciones empezaran todavía. Alex estaba con ella, y cuando abrió los ojos se encontró con un plato de papitas frente a ella.

—Buenos días, Ems. Te trajeron las papitas que querías. —Emeraude se comió una, y le siguió otra, y otra, y sólo pudo hablar cuando terminó de comérselas.

—Dios, Alex... ¡tenía mucha hambre! —el guitarrista le dio un vaso de té helado a su amiga cuando las papitas se acabaron.

—¿Cómo te sientes?

—Bien… aun no siento nada extraño —la cantante se limpió la boca con una servilleta—, pero Clip dice que eso es normal.

—Dime si empieza a dolerte algo. ¿Vale?

—Sí.

Eran casi las seis de la tarde cuando Emeraude empezó a sentir las contracciones y se llevó una gran sorpresa cuando se dio cuenta de lo dolorosas que eran. Lyle, que había cambiado de turno con Alex mientras él iba a comer, se asustó al ver que su amiga se quejaba de dolor.

—Emi, ¿qué sucede? ¿Quieres que llame a alguien? —ella asintió sin decir una sola palabra. Lyle tocó rápidamente el botón de llamado junto a la cama. En unos segundos, Mandy entró.

—Emeraude, déjame ver cómo va eso. —la enfermera metió la cabeza bajo la sábana para ver lo que sucedía con la joven de la cintura hacia abajo.

—Niña, empezó la parte complicada. Va a tomar un tiempo y espero que hayas dormido bien. Voy a buscar al doctor Matheson.

Clip entró corriendo después de unos minutos.

—¿Te duele mucho, Mimi? —ella asintió.

—Creo que me voy a quedar sin piernas, Clip. ¡Ah! —las contracciones eran un poco más dolorosas y frecuentes a medida que el tiempo pasaba, y después de unas horas, Emeraude creyó que perdería la consciencia.

Dieron las tres de la mañana. La cantante llevaba un día entero en el hospital, y después de veintisiete horas de trabajo de parto, el dolor de las contracciones era muy intenso. A pesar de que antes había sentido golpes que causaban mucho más daño, aquella sensación era diferente: estaba trayendo una vida al mundo, así que no podía importarle menos que doliera al punto del desmayo.

Después de muchísimas contracciones Emeraude trataba de no gritar de dolor, pero se le hacía muy complicado. Antes de las siete de la mañana, Clip entró a la habitación e hizo salir a todo el mundo a excepción de Mandy.

—¿Mimi, sientes esto? —el médico tocó con el dedo el lugar donde el bebé había empezado a asomar la cabeza. La joven lloró de dolor.

—¿Ya es hora, verdad? —Clip asintió y resopló para tomar un poco de energía.

—Mimi... tienes que empezar a pujar. Por favor, dime que estás lista.
—No, Clip... vas a tener que distraerme con alguna cosa mientras lo hago. ¡Esto duele mucho!
—Falta un poco, Mimi. ¡Puedes hacerlo!
—¡Ah! Distráeme con algo, ¡por Dios!
—¡Vamos, puja! —Emeraude obedeció.
—¡AAAAAAAAAAAAAH! ¡NOOOOOOO!
—Perfecto, Mimi... ¡un poco más!
—¡ME DUELE, ME DUELE, ME DUELE, ME DUELE!
—Una más, por favor... —Clip puso las manos sobre las rodillas de Emeraude mientras ella seguía sus indicaciones.
—¡MALDITA SEA! ¡DISTRÁEME CON ALGUNA MALDITA COSA!
—Sal conmigo.
—¿QUÉ?
—Lo que oíste. Acéptame una cita.
—ESTÁ BIEN —sin analizar lo que acababa de decir, Emeraude respiró un par de veces—, ¡PERO HAZ QUE PARE!
—Ya nació, Mimi. ¡Es un niño!

A Emeraude nunca se le pasó por la cabeza aceptar una cita mientras estaba teniendo un bebé. Pero al inoportuno de Clip le habría dicho que sí en cualquier circunstancia, y por razones más que obvias debía dejar ese asunto para después.

La cantante cerró los ojos y respiró hondo antes de darse cuenta de lo que había acabado de suceder. Cuando escuchó el llanto de su hijo abrió los ojos de nuevo. Clip sonreía mientras sostenía a una pequeña cosita de piel rosa con cabello rojo como el fuego, y Emeraude no podía creer que ese fuera su bebé.

—Mi... hijo... —después de limpiarlo y revisar que hubiera nacido sano, Mandy envolvió al bebé en una pequeña cobija y se lo entregó a su madre.
—Es un pequeño pelirrojo de cincuenta y dos centímetros y tres mil novecientos gramos. ¡Felicitaciones! —la enfermera puso al pequeño en los brazos de Emeraude, que aun no podía creer que de ella hubiera nacido una criatura tan pequeña y hermosa.

Las enfermeras limpiaron todo y Clip se quitó la bata quirúrgica antes de acercarse a su paciente.
—Mimi, te dejaremos sola con el bebé por un rato. Si necesitas algo no dudes en llamar a Mandy. —la cantante sonrió y asintió. Estaba cansada, pero eso no le impidió admirar a su hijo, que parecía un

pequeño rayo de sol con un toque rosa en la piel.

—Pequeño… espero que puedas perdonarme. Pero no creo que sea buena idea que tu padre sepa que existes. —el precioso bebé, aceptando lo que su madre le decía sin entenderlo muy bien, le regaló una sonrisa antes de quedarse dormido.

Unas horas después, Ernie, Gretchen, Laetitia y todos los de la banda entraron con autorización de Clip, bajo la condición de hacer mucho silencio. Y cuando vieron a Emeraude con un pequeño bulto en los brazos, sus corazones se derritieron como mantequilla en una sartén caliente.

Un caluroso día de mayo, la hermosa Emeraude Blanchard dio a luz al hijo que Samuel William Arden probablemente nunca conocería. De cabello rojo como el fuego, ojos grises como el acero y una sonrisa capaz de convertir el hielo en vapor: Crimson Steely Blanchard.



# ACERCA DEL AUTOR

Claudia Winchester nació en Bogotá, Colombia, pero se radicó en Medellín desde los nueve años. Desde muy pequeña desarrolló un hábito de lectura que inevitablemente despertó en ella su incesante curiosidad y una imperiosa necesidad de contar sus propias historias.

Aprendió a hacer un poco de todo. Encuentra una inclinación especial por la música, el baile, el maquillaje, la cerveza, las artes marciales, los arco iris, los gatos y los videojuegos.

“Tal vez tenga muchas anécdotas guardadas en la cabeza esperando ser contadas, pero lo que me pasa en la vida real es tan o más difícil de creer que mis historias. Nunca podría inventarme tramas tan enrevesadas, y creo que eso es más frecuente de lo que muchos creen, pues la realidad siempre supera a la ficción.”